

NO HAY REGLAS PARA OLVIDAR

IRIS T. HERNÁNDEZ



zafiro

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

NOTA DE LA AUTORA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CITA

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Nasha dejó atrás su zona de confort y se separó de su novio, Andrés Zúñiga, para lanzarse a la aventura, levantar su negocio y construir su reino.

El tiempo ha pasado y ella ha conseguido su objetivo; es la reina, hace lo que le gusta y cree que su forma de vida es la que necesita para ser feliz. Sin embargo, todo da un giro cuando se asocia a Genaro. Un mínimo error podría derrumbar todo por lo que ha luchado, pero aun así, no puede negar que la oportunidad es irresistible, sin saber que será el motivo de su reencuentro con Andrés.

Él ya no es el mismo desde que Nasha se marchó e intenta alejarse de la oscuridad que ella le provocó. Los dos juegan con fuego, conscientes de que acabarán quemándose.

Dos personas destinadas a estar juntas no pueden esquivar su camino, por mucho que la vida los separe de todas las formas posibles, ¿o sí?

Si quieres saberlo, déjate llevar...

NO HAY REGLAS PARA OLVIDAR

Iris T. Hernández

NOTA DE LA AUTORA

Cuando terminamos de leer una historia siempre hay algún personaje que nos llama la atención y tenemos la curiosidad de saber más sobre él: Andrés —suspiro sólo de recordar todo lo que ya sabía de él en *Me gustas de todos los colores* y, sobre todo, en lo que tenía pensado para su futuro—, su familia, que no es poca, sus amigos, un pasado tormentoso que sabíamos que existía pero del que nunca nos contó detalles, y una ex llamada Nasha...

A ella la vi por primera vez en la gran pantalla, una chica con un injusto papel secundario que estaba pidiendo a gritos una historia propia, y desde entonces no dejó de llamar a las puertas y a las ventanas, hasta que un día pensé que era perfecta para él. Andrés y Nasha eran la pareja ideal: personalidades fuertes, erotismo de alto voltaje, y me los encontré en el presente, sabiendo que ya existía un pasado y que por ello habían cambiado tanto, y mis dedos se volvían locos por escribirles un futuro. ¿Me vais a decir que no son la pareja perfecta para contaros su historia? ¡Sí! Lo tuve clarísimo desde el momento en que sus nombres se cruzaron.

Y aquí está, en *No hay reglas para olvidar* he unido a Andrés con Nasha, el nuevo personaje creado en mi mente de forma inconsciente para él.

Espero que disfrutéis de la lectura.

CAPÍTULO 1

NASHA

—José, tengo que irme, llego tarde. —Lo miro con cara de pocos amigos, y es que últimamente está más pesado de lo normal y comienza a cansarme.

—Te lo he avisado por las buenas, al final me obligarás a hacerlo por las malas y no habrá vuelta atrás. —Se detiene frente a la puerta impidiéndome el paso como si con ello fuera a conseguir que no acuda a mi cita.

—Haz lo que quieras, eres libre. ¡Aún me pregunto por qué sigues aquí! —Sé que mis palabras le duelen, aunque él no lo demuestre; sin embargo, es la única forma que veo de que me deje tranquila un rato—. No necesito que seas mi niñera, hace años que soy mayor de edad.

—Eres una desagradecida...

—Eso ya lo sabías, ¿no? —No lo dejo continuar la frase y cruzo los brazos esperando a que se mueva, sigo hiriéndolo descaradamente, y no creáis que no me duele hacerlo, porque José es mi hermano, siempre ha estado a mi lado, pero no pienso tolerar que él ni nadie se inmiscuya en mis asuntos—. Gracias. —Finalizo nuestra conversación justo cuando se aparta unos centímetros para dejarme el hueco suficiente para huir hacia el pasillo, no sin tener que rozar su cuerpo para lograrlo.

—Ya vendrás llorando —me advierte resignado, consciente de que no voy a renunciar a mi idea.

—Sabes que no —respondo antes de bajar el primer escalón, y desaparezco de la planta superior mientras oigo un bufido que me hace sonreír.

Mis tacones retumban por el suelo de madera hasta que llego a la salida, donde me detengo frente al gran espejo que cubre toda la entrada. Me miro de arriba abajo, fijándome en que tenga bien puesto el escote. Desabrocho un botón de la blusa y coloco mis pechos para que sean más vistosos; sé que van a desempeñar un papel muy importante y no quiero desaprovechar la oportunidad.

Con las manos, intento domar mi melena afro; es rebelde, pero muy sexy. Oigo los pasos de José y me obligo a salir a toda prisa antes de que, una vez más, trate de convencerme de que no lo haga.

* * *

Estaciono en uno de los aparcamientos de pago del centro de Madrid y me coloco las gafas de sol justo antes de dirigirme hacia uno de los restaurantes exclusivos que tengo delante, propiedad de Genaro, la persona que me ha ofrecido ser parte de uno de sus negocios de noche, que va a ser el más importante de la ciudad. Es una oportunidad muy buena, y creo que puede impulsar a mi reino a ser uno de los más prestigiosos. Con sus contactos y los míos, cumpliré mi sueño.

Entro en el local y uno de los camareros me indica que lo siga. Acepto y camino tras sus pasos hasta llegar a una mesa alejada del resto y fuera del alcance de los curiosos, en la que veo sentado a Genaro, acompañado de una jovencísima mujer que apenas debe de tener dieciocho años.

—Nasha, pasa y siéntate. ¿Quieres tomar algo? —Me señala su copa de whisky al tiempo que con la otra mano me invita a sentarme frente a ellos. Niego con la cabeza, no me apetece beber alcohol de buena mañana—. Caramelo, necesito unos minutos con mi amiga, ve a comprarte un modelito para esta noche.

Observo la escena desde la silla: Genaro, un hombre de unos sesenta años con un aspecto bastante desagradable a la vista, y esa pobre chica, que seguramente ha sido embaucada por la palabrería y la billetera de él, sin saber que es un mero instrumento, o un juguete, y que cuando se canse de ella le dará una patada como hace con todas las mujeres que tiene a su lado. Veo cómo le agarra la barbilla posesivamente y la besa. En ese instante centro mi mirada en la mesa de al lado; prefiero no ver más, ya que estoy a punto de vomitar o, simplemente, ponerme de pie y largarme.

—Sabía que vendrías; eres una chica lista y sabes lo que te interesa.

—No estés tan seguro de que acepte. —No pienso amilanarme, y mucho menos con un hombre como él—. No soy maleducada, así que escucharé tu oferta y me iré por donde he venido.

—Me gustas, eres ruda. —Se lleva la mano a la bragueta y, sin verlo, sé que mi presencia y mi actitud lo han puesto cachondo, a decir verdad, mucho—. Ya sabes a qué me dedico, bombón.

—Nasha, mi nombre es Nasha. No soy una de tus putitas.

No pienso tolerar ni una falta de respeto. Genaro es el tipo de persona que prueba los límites y, una vez los supera, ya no retrocede. Sé muy bien frente a qué clase de hombre estoy, y aunque con muchas lo consiga todo, yo no soy como ellas.

—No quería ofenderte; es la costumbre, Nasha.

Asiento y le hago un gesto para que continúe hablando. Escucho sus palabras atenta para saber si me conviene invertir en algo que él esté iniciando. Sé que ha tenido algún problema con la justicia, y ese dato me retiene, y por ello, desde que me llamó, he querido ser más precavida. Sin embargo, no puedo negar que todo lo que me está explicando me tienta, y mucho. Tiene muchos negocios, todos ellos relacionados con la noche madrileña, así que el mío, a su lado, es un simple pececillo que está a punto de ser devorado por un tiburón.

—Nada puede salir mal —dice para finalizar, antes de dar un trago a su copa sin dejar de mirarme el escote.

—Muchas cosas pueden salir mal, y lo sabes. —Le pido un botellín de agua al camarero que pasa por mi lado y vuelvo a mirarlo fijamente—. Existe una línea muy fina... —Junto los dedos índice y pulgar sin que lleguen a tocarse para que entienda lo que quiero decir—. La avaricia es muy mala y no quiero tener problemas de verdad. —Uno las yemas y veo cómo intenta mirar mis dedos, aunque no logra centrarse en ellos, sino que, una vez más, se pierde en mi escote, revolviéndose en la silla—. Si quieres que me arriesgue debo estar muy segura de que tú no vas a ir más allá.

—¿Crees que me voy a jugar todo lo que he conseguido por unos miles más? Pensaba que eras más inteligente. —Se le escapa una carcajada y el pecho se le infla como el de un pavo real.

—No me fio de nadie. Eso nunca lo olvides —aclaro para que no haya ningún tipo de duda.

—Deberías comenzar a hacerlo conmigo, o nuestro negocio será imposible. —Se apoya sobre los codos y me mira fijamente—. Conozco a miles de personas que aceptarían con los ojos cerrados. —Me vacila en voz baja, intentando intimidarme sin éxito.

—¿Por qué me necesitas a mí? —Me aproximo más a él por encima de la mesa, retándolo con la mirada. Puedo oler su sucio aliento a whisky, y me repugna; sin embargo, no muevo ni un músculo de la cara, demostrándole la frialdad que tengo yo también.

—Eres la única que puedes darme por el culo con tu casita de orgasmos.

Oír sus palabras no me cabrea, sino que, para su sorpresa, arranco una carcajada.

—Pensaba que te gustaban los orgasmos... —Deslizo el pie sobre su pierna, ascendiendo y rozando el tacón de aguja lentamente hasta llegar a su bragueta, y

entonces lo clavo. Lo miro fijamente, sabiendo que está más que incómodo por mi atrevimiento, dudo que alguien lo haya retado de la forma en que yo lo estoy haciendo. Sonrío al ser consciente de que está a punto de correrse. Se quita el sudor de la frente, mira a nuestro alrededor sin saber dónde meterse, denotando que no es tan frío y de piedra como todo el mundo cree—. Ya sabía yo que eras igual de simple que todos los hombres. —Aprieto con más fuerza y lo obligo a moverse para no hacerle daño, o simplemente para ganar distancia y que no se corra en la tela de sus impecables pantalones de lino marrón—. Jamás olvides que sé dar placer, al igual que mis chicos, pero a quien quiero, y tú hoy no estás de suerte. —Retiro el pie de pronto, permitiendo que suspire, ya que llevaba unos segundos conteniendo la respiración—. No te aconsejo ser mi enemigo —añado.

Me pongo en pie para marcharme cuando lo oigo decir:

—¿Y? —Me giro y lo miro con una sonrisa ladina sabiendo que ahora la que tiene la sartén por el mango soy yo—. ¿Te vas sin más?

—Sí, me voy. Mañana tendrás noticias mías. Mientras tanto, te aconsejo que llates a tu caramelo y evites un gran dolor de huevos.

Satisfecha, me doy media vuelta como si nada y camino con paso seguro hasta salir del restaurante, contoneando las caderas para terminar de mostrarle que soy una persona con la que no va a poder jugar tan fácilmente.

* * *

Miro el reloj y me pongo las gafas de sol para conducir hacia Malasaña, donde he quedado con Ana para comer. Hace muchos días que no la veo y, la verdad, necesito una comida normal en la que pueda ser yo sin estar pendiente de que me juzguen y, sobre todo, sin hablar de negocios. Con ella todo es muy fácil.

Mi teléfono suena dentro de mi bolso justo cuando ya he comenzado a conducir. Con una mano, rebusco en el interior sin dejar de mirar la calzada, pero en cuanto logro dar con él ya ha dejado de sonar. Me quejo molesta y lo coloco en su soporte con la esperanza de que quien haya llamado vuelva a hacerlo.

El tráfico es horrible, pero poco a poco me acerco al punto en el que he quedado con ella. Miro a las personas que caminan en busca de su melena dorada, pero no la veo. Decido parar en doble fila, a sabiendas de que puedo ganarme una multa, y marco su número para preguntarle cuánto le falta, pero no contesta, sino que me corta la llamada.

Oigo el claxon de un vehículo y miro enfadada al conductor por las palabras que está gritando al tiempo que hace aspavientos con los brazos enfadado, así que, para evitar problemas, arranco el motor y me detengo más adelante. En ese momento miro fijamente el coche que está parado delante de mí. Andrés. No tengo ninguna duda de que es él, y, por lo que veo, Ana va montada en el asiento del acompañante.

—Maldita sea, Ana —gruño sin saber qué hacer; no tengo ganas de verlo. Hace tanto que no me lo cruzo que ya me había acostumbrado a tenerlo lejos de mi vida.

Miro el tráfico y no lo pienso, me incorporo a toda prisa antes de que él me vea. Dudo entre dar la vuelta a la manzana o largarme. Ana sabe muy bien que no quiero encontrármelo, al igual que me prometió que no le contaría que nosotras seguimos teniendo la misma relación de siempre.

Mi teléfono comienza a sonar y veo que es ella la que llama.

—¡Dime! —Mi tono no es muy amigable, aunque en el fondo no puedo culparla.

—¿Dónde te has metido? No te habrás ido...

—Aún dudo si hacerlo o no...

—Eh, eh, ni se te ocurra. No te ha visto ni sabe que había quedado contigo. —Me tranquilizo por momentos—. Ya sabes cómo es de protector, ha insistido en acercarme.

—Ok, regreso a por ti.

—Te espero en el quiosco.

Finalizo la llamada y niego sabiendo que me he puesto más nerviosa de lo que acostumbro, pero no esperaba verlo. Hace mucho tiempo que nuestra relación terminó, ambos nos dimos cuenta de que nuestros caminos se separaban y de que no tenía sentido forzar una relación que con el paso de los meses comenzaba a ser inexistente. Y, aunque en muchas ocasiones dudo si debería haber luchado un poco más por nosotros, sé que no valía la pena, éramos demasiado diferentes y yo no soy una persona que quiera una vida como la de cualquier chica de mi edad querría. No quiero casarme, ni tener que estar dando explicaciones a nadie, y mucho menos me agrada la idea de verme con hijos. Me gusta mi libertad, y sé que Andrés desea todo lo que yo no quiero.

Me acerco lentamente hasta Ana y detengo el coche a su lado. Sin embargo, está tan distraída leyendo una revista que ni me ve.

—¡Ana, mueve el culo, anda! —Alza la mirada y clava sus ojos azules en los míos, y ambas sonreímos al vernos—. Eres igual que tu madre. ¿Qué haces leyendo eso?

—Sabes que no lo soy.

Me río ante su cara de enfado.

—Sí lo eres, esas páginas están repletas de marujeos inventados que sólo se cree ella. —Permanezco un segundo en silencio—. Y tú. —Vuelvo a reír, consiguiendo que me lance la revista a la cara.

—Si llego a saberlo, le habría dicho a mi hermano que mirara por el retrovisor —me amenaza sin saber en qué jardín se ha metido.

—Pues tendré que contarle lo bien que te lo pasas los viernes con tus amigas en mi reino. ¿Qué crees que te diría? —Abre la boca de par en par—. No me parece que quisiera ver a su hermana pequeña con Enzo, ¿no?

—Es tan mono... —Es nombrarlo y olvida por completo mi amenaza y que Andrés jamás permitiría que estuvieran juntos, y su madre, mucho menos—. Dice unas cosas tan bonitas que me da igual lo que piensen los demás.

—Ajá, ya veo ya. Me estás empapando el coche de babas.

—Cállate la boca y llévame a comer algo, que me muero de hambre. —Rompe a reír y hago lo que me ha pedido.

* * *

Ana no deja de hablar en todo el trayecto, y yo la escucho encantada. Es una chica joven, llena de alegría, que no sabe mucho de la vida, pero me encanta tal y como es. Con ella no tengo que fingir ser la más fuerte y borde del planeta; al contrario, es con una de las pocas personas que me siento libre. Actúo como me apetece en cada momento y, de vez en cuando, necesito verla para olvidarme de mi mundo.

—A las cuatro tengo que irme. Mamá quiere que vaya a comprar el vestido para la cena de primavera.

—¡Faltaría más! Cómo he podido olvidar la cena del año. —Abro la boca exageradamente, consiguiendo que Ana ría con todas sus fuerzas.

—Cómo echo de menos que no vengas. —Se apoya en el codo y mira por la ventana con cierta añoranza.

—Mis vestidos no son compatibles con los de tu madre. —Intento bromear con el tema.

—Lo que no le ha gustado nunca es que llames la atención más que ella. —Me mira a los ojos muy seria y sé que quiere decirme algo, sin embargo, parece dudar—. No puedo entender por qué lo dejasteis, erais la pareja perfecta.

—Es muy complicado, cariño, el amor se debe mantener...; si no lo haces, la llama se apaga y ya no sirve de nada. Eso nos pasó a tu hermano y a mí.

—Pero estoy segura de que él aún te echa de menos. —Voy a decirle algo, pero no me deja, interviene antes de que yo lo haga—: No ha estado con nadie más. No es el mismo de antes; ha cambiado mucho.

—Todos lo hemos hecho. —Miro al frente seria—. Las piedras que la vida nos pone en el camino nos hacen ver las cosas de otro modo, nos hacen ser más fuertes y valientes.

—Pero...

—Ana, se terminó. No somos compatibles, y forzar las cosas como pretendes es lo peor que puedes hacer.

Noto la resignación en su mirada, pero yo tengo claro que no quiero estar con él, ni con nadie, soy un ave libre que nadie puede atrapar.

—¿Que les pongo, señoritas? —La voz del camarero me salva de la conversación tan incómoda que estábamos teniendo—. ¿Les traigo la carta?

—Sí, por favor. —Veo cómo se dirige hacia la barra y vuelvo a mirar a Ana, que sigue observando por la ventana pensativa—. Si que nos veamos te va a hacer daño, no regresaré, puede que sea lo mejor.

—¡No! —Agarra mis manos por encima de la mesa y me mira a los ojos—. He sido una estúpida... No voy a mentirte, me molesta lo que ha ocurrido, pero no quiero dejar de verte, eres la única que me comprende de verdad.

—Aquí tienen. —El camarero deja la carta sobre la mesa y le echamos un vistazo, aunque en cuanto he visto la corvina con salsa de chile dulce he sabido que era lo que me apetecía comer.

A los pocos minutos se acerca para ofrecernos una copa de vino blanco y toma nota de lo que queremos comer. Alzo la copa y le pido a Ana brindar por un día de chicas.

Y la comida transcurre como siempre, charlamos y reímos olvidando los problemas.

* * *

—¡Este es tu vestido! —Me paro de repente frente a un escaparate de una *boutique* maravillada por lo que tengo delante de mis ojos. Es perfecto para la cena de primavera.

—¡Mi madre me mata! —Se le escapa una sonrisa perversa al imaginarse a su madre al verla con él puesto.

—¿A ti te gusta? —La señalo con el dedo índice, obligándola a ser sincera consigo misma—. Responde sin miedo.

—Me encanta... —Lo veo en sus ojos, y no pienso permitir que por la opinión de su madre deje de ser ella misma—. Es muy..., demasiado...

—¿Sexy? ¿Atrevido?

—Sí, más de lo que se espera de...

—Alto, no sigas por ahí. —Odio la manía que tiene esta familia de temer lo que los demás esperan de ellos; he oído esa frase a cada uno de los hermanos y jamás lo he soportado. No comprendo el miedo que le tienen a lo que puedan pensar los demás—. Sabes que los que más hablan son los que más deben callar, así que ahora mismo entras y te lo pruebas.

—¿Estás loca?! Mi madre me mata como me vea aparecer con este vestido.

—Y pagaría por verle la cara.

La agarro del brazo para que me siga hasta el interior de la *boutique*, donde le pido a la dependienta que busque su talla y luego espero frente al probador ansiosa por verla con él puesto.

Sin embargo, una voz me distrae; oigo a dos chicos hablar, y uno de ellos es él, Andrés, por segunda vez en el mismo día, después de los dos años que hemos estado sin cruzar ni una palabra. Y, sin saber por qué, camino hasta que logro verlos. Aunque no pienso reconocerlo, la curiosidad de saber con quién va puede conmigo, e intento averiguarlo sin que me vea.

Andrés le está señalando el mismo vestido que su hermana se está probando y ese gesto me hace sonreír, y el chico al que no he visto hasta ahora asiente contento.

Vuelvo a centrar la atención en él y lo miro de arriba abajo. Me doy cuenta de lo cambiado que está: su cuerpo es más atlético, la barba de un par de días lo hace más maduro, y con su chupa de cuero está irresistible; si no, que se lo digan a la dependienta, que no deja de sonreírle. Desde mi posición puedo ver cómo le hace ojitos, aunque él, como acostumbra a hacer, actúa como si no se estuviera dando cuenta. Sonríe al cerciorarme de que sigue siendo el mismo; por mucho que el tiempo pase, hay personas que no cambian.

Observo al otro chico. Es bastante mono, aunque demasiado joven para mi gusto: su rostro es demasiado aniñado, jamás me fijaría en él.

Me sorprende que sea amigo de Andrés.

Se rumorea que últimamente ni asoma la cabeza por su consulta. Lo miro de nuevo y no creo que esté pasando por un mal momento; al contrario, puedo asegurar que está mejor que nunca. Se gira de pronto y me escondo tras la columna con la esperanza de que no me haya visto; no me apetece que crea que lo estaba espiando, aunque sea así. Tentada estoy de asomarme de nuevo, pero desisto por miedo a ser vista.

Camino hasta el probador, donde se halla Ana, y espero impaciente a que salga con la esperanza de que compren el maldito vestido y se vayan sin vernos.

—¿Cómo me queda?! —Sale de repente gritando y dando vueltas frente al espejo—. ¡Me encanta! ¡Es precioso!

Mi estómago se encoge en ese mismo momento por el grito que ha dado, consciente de que es muy posible que la haya oído. Me acerco a ella y la miro de arriba abajo. Sin duda parece que se lo hayan hecho a medida; está espectacular.

—¿Ana? —Me giro y, justo a mi espalda, lo veo parado observando a su hermana. Sube y baja la mirada, tal y como he hecho yo, sorprendido. No dice nada, creo que por primera vez la está viendo como una mujer y no como a la niña que siempre ha creído que era—. ¿Nasha? —Nos mira a las dos varias veces sin comprender nada. Supongo que para él también ha sido una sorpresa vernos juntas, ya que desde que terminamos nuestra relación decidí apartarme de su familia, aunque no de Ana, como acaba de comprobar.

—Hola, Andrés —lo saludo fingiendo una seguridad que tiendo a aparentar muy a menudo y que pocas veces él ha podido ver.

—¿Os gusta? —Ana sigue a lo suyo, nos pregunta y da un giro sobre sus talones. Andrés vuelve a mirarla incrédulo—. Eo..., contestad. ¿A que es perfecto para la cena de primavera?

Él abre los ojos de par en par y continúa mudo.

—Va a ser el centro de atención de la fiesta, ¿no crees? —digo intentando que diga algo, pues aún sigue sorprendido.

Andrés no suele quedarse callado nunca, es la persona más lógica y segura de sí misma que he conocido jamás, aunque, cuando se trata de su hermanita, todo cambia.

—Debe gustarte a ti. —Soy consciente de que su tono ha conseguido que Ana vuelva a dudar y la alegría que mostraba segundos antes desaparezca.

—Mamá me matará, ¿verdad? —Veo cómo en el fondo le está pidiendo permiso, o el apoyo para comprarlo sin sentirse culpable—. Lo sé, no es apropiado para el lugar. —Se mira al espejo, alisando la tela de la falda, y me fastidia tener que ver la resignación en su rostro, la misma que tantas veces Andrés sentía cuando algo lo

entusiasma.

—Qué más da lo que diga mamá —dice de pronto, y ahora es cuando lo miro yo a él, ya que su aceptación era lo último que esperaba. Veo cómo le sonrío y ella vuelve frente al espejo dubitativa—. Ha sido idea tuya, ¿no? —Aprecio un poco de molestia en su tono.

—No puedes negar que es precioso.

Le diría ahora mismo que él hace unos minutos le ha aconsejado a su amigo que lo comprara, pero, si lo hiciera, sabría que he estado mirándolo, y es lo último que quiero.

—Para ti lo es, no para ella —replica.

Sus ojos descienden hasta mi escote y, lejos de amedrentarme, me siento más fuerte para enfrentarme a la situación.

—Creo que ese tono no quedaría bien con mi piel oscura.

Llevo mis uñas doradas hasta mi pecho y me rasco suavemente de forma intencionada, obligándolo a seguir mis movimientos, que bajan peligrosamente a mi escote. Quiero provocarlo como siempre he hecho, y sé que siempre le ha gustado que lo haga.

Sin duda alguna, ninguno de los dos ha olvidado al otro, pero ambos somos igual de orgullosos para ir más allá de un juego verbal.

—Te aseguro que sí que te quedaría bien —repite.

Agarra mis dedos y los detiene para que no pueda seguir con mi provocación, no sin antes acariciar mi pecho con la yema de su índice, y maldigo porque su roce me arde, su contacto despierta en mí algo que me obligué a enterrar hace mucho tiempo, pero lucho con todas mis fuerzas para que él no lo note.

—Andrés, ya estoy —nos interrumpe la voz del chico que lo acompaña y me sorprende al verlo de cerca.

Ahora sí que puedo ver bien que no es uno de los típicos amigos de Andrés, soberbios y adinerados, con los que acostumbraba a salir cuando estábamos juntos. Él me mira intensamente antes de retirar su mano de la mía, que aún permanecía sobre mi pecho, y responde como si nada:

—Biel, te presento a Nasha, una amiga del pasado. —Sus palabras intentar herirme, pero no lo consiguen; hace mucho tiempo que me puse una coraza para que nada ni nadie me hiciera daño—. Y a mi hermana, Ana —continúa diciendo cuando ve que sale del probador.

Biel amablemente nos da dos besos a las dos y se sorprende al comprobar que el

vestido que acaba de comprar es el mismo que ella lleva en la mano.

—Es precioso. —Ana lo mira confusa cuando él le muestra la bolsa y ve un poco de la misma tela, y es entonces cuando ella sonríe—. Tu hermano me ha ayudado a decidirme por el mismo para mi novia.

Sonríó satisfecha cuando Andrés me mira sabiendo que los dos hemos elegido la misma pieza de ropa.

—Tenemos muy buen gusto —sentencio.

—¿Por qué no tomamos algo?

Me sorprende la invitación de su amigo, aunque a Andrés no le parece muy bien, lo noto en su mirada.

—Creo que tendrán cosas mejores que hacer —dice.

Agradezco que haya sido el primero en declinar la invitación, porque lo que menos me apetece es estar frente a él.

—¡Claro que vamos! —Ana, como siempre, se apunta a lo que sea, pero yo no. No tengo la menor intención de ir con ellos a ningún lado—. Hermano, invítanos a una ronda en tu local.

No sabía que tuviera un negocio aparte de su consulta de psicología, y Ana es muy consciente de ello, porque me mira sonriente. Pero me da igual, me alegro por él y, antes de que digan nada más, me despido:

—Disfrutad mucho de esa copa, yo tengo que marcharme.

—¡Nasha, no! —Ana me mira con cara de pena, pero yo niego muy segura—. Una copa rápida.

—Ve tú, de verdad, tengo muchas cosas que hacer.

Le hago un gesto con los ojos pidiéndole, por favor, que no continúe. Sabe muy bien que lo último que me apetece es pasar un rato con su hermano, así que, sin dar pie a réplicas, alzo el brazo en señal de despedida y me dispongo a salir cuando Andrés me para de repente con una mano y nos miramos fijamente a los ojos durante unos segundos antes de que él hable.

—Sólo una copa y me iré por donde he venido.

Me mira, lo miro y...

CAPÍTULO 2

NASHA

Y esa frase... es la que me paraliza. Vuelvo a mirarlo a los ojos y mi mente viaja en el tiempo hasta retroceder doce años, doce intensos años en los que me dijo esas mismas palabras por primera vez.

Doce años antes...

—Sólo una copa y me iré por donde he venido.

Miro al chico que tengo delante y sonrío por su insistencia. No suelen venir jóvenes tan educados a este antro. La mayoría de los universitarios que acuden terminan borrachos e intentan que me acueste con ellos, o simplemente me insultan por el hecho de tener la piel negra.

—Estoy trabajando, no puedo tomar una copa contigo. —Paso un trapo húmedo por la barra disimulando para que mi jefe no me vea coqueteando y me despida.

—Esperaré a que termines. —Da un trago a su botellín y vuelve a dejarlo como si nada antes de volverse y darme la espalda para esperar de brazos cruzados.

—Aún me quedan dos horas.

Se me escapa una risa nerviosa al ver cómo gira el cuello y clava sus preciosos ojos azules en los míos.

—Entonces trae algo para picar, debo hacer tiempo.

—¿Para picar? —le contesto con una carcajada al darme cuenta de que no tiene intención de moverse—. Aquí sólo hay cacahuetes. —Lo miro como diciendo: «¿Dónde crees que estás?».

—Pues sírveme unos y otro botellín.

Le da el último trago y lo deja sobre la barra al tiempo que mira a nuestra derecha. Sigo su mirada sonriente hasta que me topo con la de pocos amigos de mi jefe y voy hasta la nevera, de la que saco otra cerveza. Luego busco un plato pequeño para ponerle los cacahuetes, sabiendo que el pesado está atento a mis

actos para buscar la mínima oportunidad de echarme a la calle.

—¿En serio te vas a esperar? —Le pongo delante lo que ha pedido y se da la vuelta sin importarle que nos estén mirando.

—Cuando algo quiero, hago lo que sea por tenerlo. —Fija en mí sus ojos azules, hechizándome—. Aunque tenga que pasarme media noche comiendo estos cacahuetes rancios...

—¿Nasha? —Zarandea mi brazo y lo miro distraída cuando me doy cuenta de que me he quedado parada al recordar la escena del primer día que lo vi.

—¿Qué? —Me suelto a desgana, como si su contacto me molestara, y lo miro fijamente—. ¿Buscas un poco de cariño, Andrés? —digo para evitar que se cerciore de que sus palabras me han afectado.

—Sabes que no lo necesito. —Se yergue ante mi respuesta, separándose de mí, ganando el espacio que necesito para poder respirar y poder mantener la máscara que tanto me ha ayudado a forjar a la persona que soy en estos momentos, nada que ver con la que él conocía.

—Tú te lo pierdes.

Me doy la vuelta con la cabeza bien alta, consciente de que he sido yo la que ha dicho la última palabra, y camino por la abarrotada calle sabiendo que lo único que necesito es alejarme de él todo lo posible para poder respirar.

Me odio por sentirme frágil, no me gusta que Andrés ni nadie sepa de mis debilidades, y, aunque no lo reconozca, él sigue siendo una de ellas. No giro la cabeza en ningún instante, puede que lo haga y ya no esté, sin embargo, sé que es un error el mero hecho de volver a cruzar nuestras miradas.

Sigo el ritmo del sonido de mis tacones hasta que al fin me siento en mi coche y, con las manos rozando la curva del volante, me obligo a irme del lugar pensando que no lo necesito en mi vida. Y arranco el motor para alejarme de sus ojos azules, que, sin yo saberlo, están observándome desde que he salido de la tienda.

Miro el reloj y veo que son las cuatro de la tarde. Aún es muy pronto para regresar a casa, lo que menos me apetece es volver y que José no me deje en paz. Finalmente pongo rumbo hacia el gimnasio; correr un poco me ayudará a sopesar todo lo que tengo que decidir.

* * *

Llevo una hora en la cinta, el sudor recorre mi frente hasta caer en mis labios. El ritmo es frenético, sólo cuando tengo que tomar grandes decisiones me esfuerzo hasta el punto de caer exhausta, y ésa es mi intención. Presiono el botón y elevo la cinta unos centímetros para sudar un poco más, si puedo.

—Ya está bien por hoy, ¿no crees? —No hago caso de lo que acaba de decirme Soraya, la entrenadora de la sala y, desde hace un tiempo, una buena amiga—. No me obligues a pararla y que te des de bruces.

Cierro los ojos con rabia siguiendo el ritmo de la cinta, pero sé que es capaz de hacerlo y, cuando los abro, veo cómo su dedo se acerca al botón, sin éxito, ya que antes de que llegue le aparto la mano y aminoro la marcha hasta pararla por completo.

—¿Contenta? —No puedo evitar mirarla con intención de asesinarla.

—¿Qué te pasa? —Me lanza la toalla que tenía en el lateral y me da en la cara, así que aprovecho para secármela. Siento cómo la temperatura de mi cuerpo asciende hasta mi cabeza; apuesto a que, si no tuviera la piel negra, estaría roja como un tomate.

—Nada. ¿Por? —respondo nada más descubrir mi cara—. Necesito un buen baño.

Me mira negando con la cabeza y me lanza una llave, que cojo al vuelo.

—Se supone que está en obras —dice.

Me guiña un ojo y se da media vuelta para dirigirse hacia una chica que está justo delante, a la que ayuda a corregir la postura para que no se haga daño.

Camino en dirección a la salida, no sin antes decirles un adiós que dejo atrás al igual que a ellas, que continúan con los ejercicios.

Una vez me encierro en el *jacuzzi* del gimnasio, me despojo de toda mi ropa sudada y me meto en el agua, sintiendo cómo tengo destrozado cada uno de mis músculos. Me estiro por completo y cierro los ojos durante unos minutos.

Y pienso.

Sé que tengo que tomar una decisión, Genaro espera mi llamada. Sé que corro un riesgo, puede que innecesario, sin embargo, los contactos que él tiene me vendrán de perlas para conseguir una mayor afluencia de mujeres con dinero, que es lo que necesita mi reino.

Por más que baraje posibilidades, tengo que hacerlo, es lo mejor, y no pienso perder más tiempo. Salgo de repente del agua mojando el suelo hasta alcanzar la toalla, con la que me enrolló para dirigirme a toda prisa hasta mi taquilla. Una vez vestida, camino hasta mi coche, dejo en el maletero la bolsa de deporte y conduzco lo más rápido que puedo en dirección a mi casa.

Cuando aparco en la puerta, miro hacia la verja, a través de la cual puedo ver a lo lejos a José. Están vaciando un camión de comida para la cena de esta noche. Oigo el sonido de un mensaje entrante de WhatsApp y cojo el teléfono para leerlo cuando siento la necesidad de llamarlo, de terminar de una vez y dejar que pase lo que tenga que pasar.

Respiro profundamente y cierro los ojos cuando oigo su voz:

—Sabía que me llamarías, no te vas a arrepentir.

Lo mandaré a la mierda ahora mismo si no lo necesitara de verdad.

—Eso espero —le respondo, y por instinto miro a José, que acaba de girarse y está observándome desde la lejanía—. Llámame para cerrar los detalles, ahora tengo que dejarte.

—Muy pronto tendrás noticias mías.

Finalizo la llamada enfadada. Ni yo misma me entiendo. Debería estar dando saltos de alegría porque, gracias a él, mi reino va a ser más conocido, pero por alguna extraña razón me siento hundida, como si me hubiera traicionado a mí misma. No obstante, sea como fuere, ya no hay vuelta atrás.

Me coloco las gafas de sol y cierro el coche antes de caminar hacia el lateral de la casa para comprobar que todo esté bajo control, aunque no lo dudo. José lleva el negocio de maravilla, no podría confiar en nadie más que en él.

—¡Hombre, si la reina se ha dignado a venir! —Hace una reverencia que no me gusta nada delante del resto de los trabajadores, y no puedo culparlos porque se les escape una risa; ellos no son conscientes de nada de lo que ocurre—. ¿A qué debemos este honor?

—Cierra la boca y cállate. —Mi tono consigue que todo el mundo guarde silencio, y José, molesto por mi actitud, espera a que entre en casa para seguirme—. Tenemos que hablar.

Dejo el bolso sobre la mesa de la cocina y me siento con la esperanza de que él haga lo mismo, sin éxito, porque no tiene intención de hacerlo.

—Sorpréndeme. —Apoya los codos en la isla y aguarda como si no le importara lo más mínimo lo que estoy a punto de decirle.

—He aceptado la oferta de Genaro. —Exhala todo el aire de los pulmones, aguantando la rabia y permaneciendo callado frente a mí—. No he podido rechazarla, sus contactos nos ayudarán a que este negocio...

—A que todo se vaya a la mierda —replica si dejarme terminar la frase, soltando lo que piensa.

—Al contrario, Genaro nos proporcionará nuevos clientes.

—¡Venga, Nasha, ¿a quién quieres engañar?! —grita de pronto dando un puñetazo al granito de la encimera—. Ése sólo quiere llevarte a la cama, no sin antes robarte tu precioso reino de papel.

—¿A la cama? —Se me escapa una carcajada de sorpresa—. Aunque fuera el último hombre de la Tierra no me acostaría con él. —Me pongo de pie y camino hasta estar frente a él—. José, no va a pasarnos nada, no soy tonta. Estaré alerta.

—Joder, no pensaba que fueras tan ingenua. —Aparta de mala gana el brazo, que justo acababa de agarrarle—. ¿Cuántos negocios le han cerrado? —Levanta las cejas esperando una respuesta que no es necesario que ninguno de los dos dé—. Y ¿por qué? —Vuelve a instalarse el silencio en la cocina—. No creas que porque él tenga amigos que le cubran el culo también lo hará contigo. —Su risa nerviosa me advierte, pero ya no hay nada más que hablar. Ya he aceptado.

—Está decidido y punto. Si no quieres acompañarme en este nuevo negocio, me dolerá, pero lo comprenderé. —Lo miro fijamente esperando una reacción por su parte, pero está congelado, sin un mísero gesto que me indique qué es lo que pretende hacer—. Sólo te pido que, si declinas mi oferta, me dejes tranquila con mi trabajo; yo sola asumiré las consecuencias de mis decisiones.

—No esperaba menos.

Se da media vuelta y sale de la cocina como alma que lleva el diablo.

Sé que no va a ser nada fácil, y nada me gustaría más que tenerlo a mi lado, porque en el fondo creo que le debo mucho y el dinero que ganemos de más no nos viene mal.

Aprieto los puños y los apoyo en la encimera sabiendo que no puedo hacer nada más por él. José tiene que decidir si quiere continuar en mi camino, o si, en cambio, tomará uno diferente. Sea como sea, tengo que comenzar a arreglarme para estar lista para trabajar.

* * *

Vuelvo a pasar el pincel sobre la sombra de ojos, consiguiendo así que brille aún más el dorado que he elegido para esta noche. Me inclino un poco más el sombrero y me miro al espejo de arriba abajo. Me gusta cómo me sienta este traje de raya diplomática. Dudo qué hacer con el botón de la americana, hasta que al final lo desabrocho y dejo al descubierto parte del sujetador, a la vista de todos.

Bajo la escalera, desde la que puedo oír la música. Oigo gritos de mujeres y soy consciente de que mi reino es el lugar que muchas necesitaban.

Justo cuando bajo el último escalón me encuentro a José, que camina hacia mí, pero por primera vez no me mira; me ignora como jamás lo había hecho, y una punzada se clava en mi corazón.

Mis pies caminan hasta llegar al salón en el que se encuentra un grupo de mujeres que vienen a celebrar el divorcio de una de ellas, porque en mi reino no sólo se celebran despedidas de soltera, que también, pero en este último tiempo lo que más estoy viendo son celebraciones por haber terminado con la pareja, en las que se festeja un nuevo comienzo, y me parece que eso también debería celebrarse siempre.

—¡Por un nuevo inicio en el que sólo tenga cabida la alegría! —digo a través del micrófono, y levanto una botella de champán cuando todas me miran sabiendo quién soy—. ¡A ésta invita la casa! —Los gritos me hacen sonreír—. Pero para todo hay una condición... —añado. Ellas me miran sin entender, sin saber qué es lo que voy a decir, y lo último que esperan es lo que les pido—: En este lugar sólo hay cabida para el placer, así que, señoritas, les aconsejo que comiencen esta nueva vida sin bragas —muchas de ellas abren la boca de par en par y otras se ríen a carcajadas—, libérense de cualquier cosa que las retenga y disfruten, que son dos días. ¿No crees, Enzo?

—¡Fuera bragas!

Me quedo callada al oír el grito de una de ellas y dirijo la mirada hasta la punta de la mesa para ver a la única atrevida que balancea un tanga con los dedos y consigue que todas ríen aún más.

—¿Estáis preparadas para sentir placer? —El tono de Enzo es pura explosión de erotismo, sé que alguna de ellas podría llegar a correrse si lo tuviera susurrándole al oído las cosas que está a punto de decir.

—¡Sí!... —grita alguien—. ¡Contigo al fin del mundo!... ¡Si no estuviera casada, te enterabas!... ¡Jajajaja! ¡Guapo!

Me aparto para dejar que Enzo haga su trabajo. Veo cómo coge el micro y, con esa voz tan sensual que no canta ni habla, comienza a susurrar lo que toda mujer quiere oír. Sus poesías en modo rap son lo mejor que he oído en mi vida, puedo entender que Ana se haya enamorado de él.

Lo tiene todo, es guapo, sexy y sabe qué decir para enamorar a una mujer.

Lo observo desde mi posición y veo cómo se centra en la chica que está celebrando su divorcio. Está cohibida, como si estuviera haciendo algo prohibido,

pero lo que no sabe es que, en mi reino, sentirse especial es una obligación.

—Si no te importa...

Giro el cuello hacia la derecha para mirar a José, que va cargado de bolsas de hielo, esperando que me mueva para que pueda entrar por la entrada de la barra.

—Claro que me importa —digo, y vuelvo a mirar al grupo de chicas como si nada.

—¡Nasha, mueve el puto culo! —me pide molesto.

—Cuando me lo pidas por favor. —Mi tono es suave, calmado. Sé que no hay cosa que le dé más rabia que yo esté como si nada cuando él está enfadado conmigo.

—Por favor —dice bajando el tono, tanto, que casi no se lo oye.

—¿Qué has dicho? —Frunzo las cejas y acerco mi oreja un poco más, como si realmente no lo hubiera oído.

—Que te vayas a la mierda, eso te he dicho. —Suelta las bolsas de hielo sobre la barra de mala gana.

—Siempre estáis como el perro y el gato... Dame el hielo antes de que lo moje todo. —Merche sacude la cabeza y echa el hielo en la cubitera mientras yo sigo con la mirada a José, que sale de la casa.

—¿Conoces a algunos hermanos que se lleve bien? —le pregunto intentando que entienda que los cabreos son habituales.

—Por supuesto, yo me llevo de maravilla con mi hermana.

—Qué afortunada eres —le respondo guiñándole el ojo, y ella me hace un gesto para que salga a hablar con él.

Miro la sala y todo está tranquilo; las chicas están disfrutando y mis chicos están dándole todo para conseguirlo, así que me encamino hacia el exterior para hablar con él y conseguir que haya paz.

—Te prometo que nada va a cambiar. —Me agarro con todas mis fuerzas a su cintura para evitar que huya en cuanto vea que soy yo.

—Todo va a cambiar. —Sigue pensando que nada saldrá bien, y me molesta mucho.

—José, sólo es un restaurante. Personas de la *jet* cenando y dejándose una fortuna, nada más. —Quiero que sepa que el único fin del restaurante es ése—. De vez en cuando, nuestros chicos actuarán para dar a conocernos a los clientes y ya está.

—No me fío de Genaro.

—¿Y de tu hermana? —Me cuelo entre sus axilas hasta rodear su cintura y ponerme frente a él, sintiéndome chiquitina a su lado, ya que mi barbilla está a la

altura de su pectoral—. ¿Cuándo te he fallado? —Abro mis grandes ojos negros y, poco a poco, él va rindiéndose a mí.

—No necesitamos implicarnos con él. —Me separa de su cuerpo medio metro y se lleva la mano a la frente—. Con nadie, joder. Lo estamos haciendo bien, mira dentro, está a tope, los chicos son una pasada, las tienen a todas enamoradas y tenemos reservados todos los días. Si incluso tenemos lista de espera...

—Pero podemos conseguir más.

—La avaricia rompe...

—La conformidad nos mata, y lo sabes. —Me cruzo de brazos esperando que dé el suyo a torcer—. Te prometo que voy a controlar hasta el último detalle para que nada se salga de lo pactado.

—No pienso moverme de tu lado, porque no te quiero cerca de ese... No sé ni cómo describirlo, verlo me da asco.

—Y a mí. —Rompo en una carcajada que José no esperaba y él también sonrío, volviendo a mirarnos a los ojos con la conexión que siempre hemos tenido—. ¿Me das un abrazo, como en los viejos tiempos? —Le ofrezco mis brazos y poco a poco nos fundimos el uno en el otro, sellando la paz.

—Me preocupo porque te quiero.

—Lo sé, y no sabes cuánto te lo agradezco, pero confía en mí.

—Vamos dentro, pueden que nos necesiten

Agarrada a su cintura, camino hasta llegar al salón. Todo está igual que cuando me he ido, las copas no dejan de salir de la barra, al igual que los piropos a mis chicos.

José se dirige a la cabina de música para preparar el espectáculo de Mikel, uno de los más deseados de la noche. Baila como nadie, digamos que hace el amor en cada uno de sus movimientos.

Micrófono en mano, me acerco al centro de la sala y les pido que me atiendan. Poco a poco se hace el silencio y les doy la bienvenida como cada noche.

—Buenas noches, mis princesas. Hoy estáis en mi reino para buscar lo que en pocas ocasiones podréis encontrar. Puede que penséis que en vuestras casas sois plenas, pero no es así. Y lo sabéis. ¡¿Cuántas de nosotras estamos hartas de encargarnos de todo, de no tener un minuto para mirarnos al espejo?! ¡¿Quién no espera un piropo cuando nos hemos comprado un modelito nuevo o cuando venimos de la peluquería?! ¿A cuántas os ocurre?

—A mí —oigo a la única atrevida, que consigue animar al resto a que se unan a ella y levantan una oleada de gritos que resuena en la sala.

—Pues aquí lo vais a encontrar. Mis chicos están preparados para ello y mucho más. Sólo tenéis que venir dispuestas a dejaros mimar... ¿Lo estáis?!

—¡Síiiiiiiiiiiiiiiii! —Ahora casi todas gritan, dando por inaugurada la noche.

Entre aplausos y ovaciones, me alejo para dar un trago y reponer mi voz, que con tanta efusión me pica la garganta.

—Bonito discurso, y creíble. Si no, míralas, están todas encantadas de encontrar al hombre que no tienen en sus casas.

Esa voz... Me giro y de pronto me encuentro a la última persona que esperaba ver esta noche.

—Buenas noches, Genaro. ¿Una copa? —Disimulo el rechazo que siento por su presencia, pero ahora, me guste o no, voy a tener que verlo a menudo.

—Whisky doble. —Se apoya en la barra y mira la sala. Apuesto a que está satisfecho con lo que tiene ante él. Puede que mi reino le guste más de lo que esté dispuesto a admitir—. Has conseguido un buen consolador para las insatisfechas.

—Según se mire. Puede que éste sólo sea un motivo para darse cuenta de la realidad y que muchas de ellas abran las alas y vuelen como aves libres.

—Sea para lo que sea, se mueve dinero. Eso es lo importante.

Alza la copa que acaban de servirle y le pido que espere un segundo.

—Merche, un agua, por favor.

—Ni hablar, no se puede brindar con agua...

—Una copa de rosado, del que ya sabes. —Le dirijo a Genaro un gesto que significa: «¿Satisfecho?», y, tras su afirmación, espero a que me la traiga.

Alzo mi copa de champán rosado y las chocamos como si con ello hubiéramos cerrado en firme el negocio que teníamos entre manos. Permanecemos en la barra mientras él comenta lo que ve y lo que le parece cuestionándolo todo, pero una cosa tengo muy clara, y es que en mi reino la única que decide soy yo. Ya puede venir Genaro o el mismísimo Papa de Roma, que no pienso ceder ni cambiar ni un ápice.

—¿Has venido tan sólo a ver qué se cuece aquí?

—Sabía perfectamente lo que encontraría. No creerás que no me he informado bien de ello, ¿no? —me contesta sonriendo sin dejar de mirarme a los ojos hasta que una chica pasa por su lado y, con todo su descaro, él la mira de arriba abajo.

Ella se siente observada y se encuentra con un guiño de Genaro que no le gusta nada. A punto estoy de reírme en su cara, pero no creo que sea apropiado, y prefiero girarme hacia la barra para dar el último trago a mi copa.

—Será mejor que pasemos a mi despacho —propongo.

No espero a que me diga sí o no, simplemente dejo la copa vacía sobre la barra. En cuanto Merche me mira, la aviso de que nadie nos moleste y me alejo del jaleo de la sala para caminar por el pasillo escaleras arriba hasta abrir la puerta de mi espacio. Muy pocas personas pisan este territorio, y tampoco creo que merezca conocerlo Genaro; no obstante, prefiero que esté lo más lejos posible de mis clientas, pues lo último que quiero es que se sientan incómodas por su presencia.

—Creo que nos vamos a llevar de maravilla —lo oigo decir en cuanto le ofrezco que entre y ve mi cama al fondo.

—Siéntate allí —señalo a mi izquierda justo antes de caminar delante de él para sentarme en la silla de mi escritorio y pedirle que se siente enfrente.

—Lástima, sé que tú y yo podríamos pasarlo bien.

—Qué pena que jamás llegue a saberlo. —Me sirvo un vaso de agua—. Qué lástima, ¿verdad? —Le sirvo un vaso de agua sabiendo que no es lo que quiere beber, pero no me importa.

—Mis abogados ya han preparado todos los papeles, debes firmar... —me señala, pero ni lo miro. No creerá que voy a hacerlo sin tan siquiera leerlos con detenimiento. Obviamente, los leerá un abogado, al igual que haría él.

—Dentro de cuarenta y ocho horas los tendrás firmados.

—No me lo vas a poner nada fácil. —Se muerde el labio al mirar mi escote—. Esto cada vez me gusta más...

Se pone de pie sin molestarse en disimular su erección. Al contrario, se marcha satisfecho por mostrármela con todo el descaro.

Respiro profundamente y pido a los dioses o a quien pueda oír mis ruegos que todo salga bien o será mi ruina.

* * *

Me dispongo a bajar cinco minutos más tarde, sabiendo que, cuando lo haga, él ya no estará y podré volver a sentirme cómoda en mi casa.

—¿Qué narices hacía aquí? —Justo cuando voy a abrir la puerta, José entra como un miura, casi llevándome por delante. Suerte que soy hábil y logro apartarme a tiempo—. Oh, Dios, Nasha, no me dirás que tú... tú y él...

Me da la espalda nervioso, veo su desesperación al pensar que me he dejado embaucar.

—¿Estás loco?! ¡Jamás! —Se da la vuelta y se frota los ojos con fuerza, dejand

su negro rostro morado—. José, por favor, sólo ha venido a traerme estos papeles.

Camino hasta mi mesa y se los muestro, consiguiendo que se relaje.

—Será... hijo de puta...

—Pero ¿qué pasa? —le pregunto sin comprender qué ha podido suceder para que esté tan enfadado—. José, ¿quieres hablar de una maldita vez?

—El muy... me ha dicho lo fiero que eras. —Se me escapa una carcajada, lo que lo enfurece más de lo que ya lo estaba—. Sabía que nada iba a ser igual.

—Pero José, ¿estás loco?

—Déjame en paz, Nasha.

Veo cómo desaparece de mi habitación escaleras abajo y sale al exterior. Sin embargo, esta vez no se queda parado, y cuando bajo tras él en su busca ya no está. Doy la vuelta a la casa con la esperanza de encontrarlo, pero se lo ha tragado la tierra, y esta vez sé que realmente está enfadado.

CAPÍTULO 3

ANDRÉS

Marco los cuatro dígitos en el panel de control y accedo a mi soledad. De una patada a desgana cierro la puerta para dirigirme hacia mi despacho, aunque no tengo que caminar mucho, apenas cuatro pasos y ya estoy frente a mi escritorio, donde veo la luz azul de mi teléfono parpadear y supongo que tengo alguna llamada. Aun así, rechazo la idea de averiguar quién es y me voy directo a la ducha.

Paso frente a la cama, lanzo la camiseta sobre la sábana sin mirar atrás y me encamino dispuesto a relajarme bajo el agua; es lo que necesito ahora mismo.

Vaya semana de mierda. Froto con más fuerza mi cabeza e intento relajarme, pero parece que los problemas me crecen como los enanos. Menos mal que me he ido con Biel; ayudarlo a encontrar el vestido perfecto para Yué no ha sido nada difícil, pero mi sorpresa ha sido verla a ella. Hacía tanto que no me la cruzaba que había aprendido a vivir sin su presencia. Sin embargo, hoy la he visto tan diferente... Levanto la cara para mojarla directamente con el chorro de agua caliente, sin dejar de recordarla. Estaba muy guapa, tengo que reconocerlo. Es preciosa, y parece que las cosas no le van nada mal. No obstante, he sido un estúpido al pensar que haciéndole recordar el día que nos conocimos iba a conseguir algo. Ella decidió dejarme, prefirió volar sin importarle mis sentimientos... No sé por qué he podido pensar que hoy iba a ser diferente.

He intentado sonsacarle a mi hermana. No entiendo cómo me ha ocultado todo este tiempo que siguen viéndose. No me habría opuesto, al contrario; siempre se han llevado bien, ¿cómo no iba a permitirles verse? La cuestión es que a la niña no le ha dado la gana de decirme nada sobre Nasha. «Si quieres saber de ella, pregúntale», oigo su frase como si me la repitiera ahora mismo y se me escapa una sonrisa.

—Ana, ¿cuándo te has hecho tan mayor? —pregunto al aire, sabiendo que no obtendré respuesta.

Cierro el grifo del agua y me seco con la toalla para enrollarla luego en la cintura, al tiempo que camino hasta quedar frente a la cama. Tentado estoy de lanzarme sobre ella y dormir, un verbo que extraño bastante, pues hace días que apenas logro hacerlo

en condiciones, y no sé el motivo. Estoy nervioso, más de lo normal, como si por algún extraño motivo tuviera la sensación de que viene una mala época. Me jode ser tan analítico y darle tantas vueltas a mi jodida cabeza pudiendo disfrutar de lo que tengo.

Niego en silencio y camino hasta llegar al escritorio, donde vuelvo a ver la oscuridad de la pantalla del teléfono rota por un parpadeo azul. No tengo ni ganas de comprobar quién me ha escrito. Sin embargo, antes de que lo haga, un nombre aparece como llamada entrante y abro los ojos asombrado, molesto. Agarro el teléfono con fuerza, tanto que si quisiera lo partiría en dos. No obstante, su insistencia habla por sí sola, me necesita y debería responder, pero hoy es lo último que quiero hacer. Con furia, deslizo la yema hacia la izquierda y cuelgo.

Me apoyo en la fría madera con el móvil en el puño y me pregunto qué es lo que querrá. Es la primera vez que me llama desde que me despedí de la que era mi casa. Aún recuerdo aquella noche:

—Pero ¿por qué te vas? —Lo miro fijamente a los ojos y veo la rabia en ellos. En los míos, en cambio, hay tristeza—. Eres un cobarde.

—José, me voy porque es lo mejor para todos, pero si ocurre algo, por favor, llámame. —Le aprieto el hombro con fuerza y él asiente.

Y lo ha hecho. Después de mucho tiempo, me ha llamado y yo he sido el cobarde que era antes y no le he respondido a la llamada. Decepcionado conmigo mismo, lanzo el teléfono a un lado de la cama y me dejo caer sobre ella con los ojos cerrados.

* * *

Me muevo nervioso, oigo algo, pero no sé qué es y me doy la vuelta. Me tapo con la sábana cuando vuelvo a oír ese zumbido que no reconozco. Abro los ojos y siento que me ha atropellado un puñetero camión, los cierro, me los froto y, cuando los abro de nuevo, veo una luz que procede de mi teléfono. Es entonces cuando soy consciente de que lo que me ha despertado ha sido el vibrador del mismo.

Me siento en la cama y, tras unos segundos de desconcierto, vuelvo a oír el teléfono. Veo en la pantalla el nombre de Ana y abro los ojos de par en par antes de contestar.

—Buenos días, hermanita —la saludo mientras intento con todas mis fuerzas que

no se me escape ningún bostezo.

—A tu madre le va a dar un infarto —me dice a punto de reírse al tiempo que oigo la voz de ella lamentándose de fondo—. No te habrás dormido, ¿verdad? Son más de las doce y sólo faltas tú.

—Pero ¿con quién te crees que estás hablando? Acabo de terminar con un paciente —miento descaradamente, como ya es habitual con mi familia.

—¡Andrés, pero ¿por qué has citado a un paciente sabiendo que es la comida anual de mamá?! —me recuerda, como si no supiera lo que significa que no esté allí ya.

—No tardo, te lo prometo. Id haciendo el vermut sin mí. —Intento ganar un poco de tiempo, aunque la verdad es que me da exactamente igual la comida anual, la cena de primavera y los cientos de eventos sociales a los que mi madre nos obliga a ir.

—Haré lo que pueda, pero vuela. —Finaliza la llamada y me acuerdo de todos mis antepasados antes de salir disparado hacia el baño para arreglarme.

No tengo tiempo que perder, y al cabo de cinco minutos estoy frente al espejo recortándome la barba para que la largura sea uniforme. Abro el armario que hay escondido en una de las paredes frente a la cama y miro la ropa que tengo colgada. Descarto mi chupa de cuero favorita y cualquier vaquero de los que utilizo normalmente y me inclino por ropa formal, tal y como sé que va a ir el resto de la familia.

Me miro al espejo mientras me abrocho la impoluta camisa blanca y la meto en la cintura de mi pantalón chino beige, para terminar abrochándome el cinturón marrón a juego con mis zapatos. Me perfumo ligeramente y cojo la americana y mis cosas antes de salir por la puerta y encontrarme a Víctor.

—Me ha llamado la señorita...

—Ana —termino la frase por él con una carcajada—. Vámonos o me van a desheredar.

—Señor...

Me abre la puerta, aunque sabe que no me gusta que lo haga, pero, sin decir nada, me adentro en la parte trasera del Mercedes y nos dirigimos a la casa de mi madre, en La Moraleja.

Víctor no dice nada, es el conductor más reservado que he conocido, por eso nos llevamos tan bien. Aún recuerdo el día que me mudé a vivir en lo que ahora es mi estudio y le pedí que no dijera nada a mi familia. Aquel día me di cuenta de su fidelidad cuando lo ofendió mi petición, y desde entonces ha permanecido a mi lado.

Me llega un mensaje de WhatsApp al teléfono, y sé quién es:

Dime que ya llegas, porque mamá liquida el Martini y no habrá quien la aguante.

Estoy de camino, quítale la botella.

Estás de coña, ¿no?

Ja, ja, ja... Paciencia, hermanita, ya llego.

¡Más te vale!

Puedo dar gracias porque no hay tráfico y apenas me quedan diez minutos. Miro por la ventanilla y cierro los ojos al sentir los rayos del sol chocar contra mi rostro. Estoy muy cansado, he dormido demasiadas horas después de unos días de insomnio, pero ahora mi cuerpo necesita más.

Por mi mente cruza Nasha. Puede que necesitaran ayuda anoche y ni me preocupé. Miro la pantalla de mi teléfono y veo que no tengo ninguna llamada perdida más ni mensaje alguno que se me haya pasado leer. Cuando me doy cuenta ya estoy entre las casas vecinas de mi madre, momento en el que debo dejar de pensar en Nasha y poner mi mejor sonrisa.

Me bajo del coche siendo el chico perfecto que mi madre siempre ha querido. Me despido de Víctor, que desaparece una vez camino hasta llegar a la puerta, y llamo al timbre.

—Pero ¿tú has visto la hora? —Mi madre, vestida tan impecable como siempre, está histérica. Nada raro en ella—. Entra, que ya han llegado mis amigas y vas a conseguir que se desmayen de hambre.

—Buenos días a ti también, mamá.

—Mejor buenas tardes... Pasa, por favor.

Camina delante de mí y yo la sigo hasta el jardín trasero, donde los veo a todos sentados, esperándome. Las amigas de mi madre sonrían descaradamente mientras me miran de arriba abajo como si yo fuera estúpido y no me diera cuenta.

En uno de los extremos de la mesa están mis hermanos Alberto y Ana. Él es el mayor, y uno de los abogados más importantes del bufete en el que trabaja. Está casado con Alba, la preciosa mujer que hay sentada a su derecha.

—Buenas tardes, señoras.

Hago una pequeña reverencia ante las amigas de mi madre, que cuchichean entre sí justo cuando les doy la espalda y me dirijo hacia Alberto, que me estrecha la mano

por educación.

—Cada día estás más preciosa —le digo a mi cuñada.

Alba sonrío agradecida por mis palabras, pues estoy más que seguro de que el insensible de mi hermano no sabe ni decir las, y él me mira con cara de pocos amigos.

—Querrás decir más enorme —responde ella con una mueca de pena.

Sentir que su embarazo le está creando un complejo me duele en el alma, porque una mujer cuando más guapa está es cuando está a punto de ser madre, aunque el idiota de mi hermano ni lo haya notado. Le doy dos besos en las mejillas e intento levantarle el ánimo.

—Pues yo creo que estás más guapa que nunca.

—Y más gorda, sin mencionar lo insoportable que se pone. Pero tú no sabes de lo que hablo —replica él.

Le daría un puñetazo en la boca si estuviéramos solos ahora mismo. Primero, por tratar de ese modo a la que se supone que es la mujer de su vida y la madre de su futuro hijo, y, después, por hablar más de la cuenta sobre algo de lo que no tiene la menor idea.

—Cállate la boca, Alberto —no puede evitar soltarle Ana, y se lo agradezco, porque si hubiera dicho algo más no sé si podría comportarme como debo—. Hermanito, me debes una.

—Ya sabes que si un paciente me necesita tengo que estar con él —le respondo a Ana, sabiendo que el resto me están escuchando.

—Es que mi hijo se preocupa tanto por los demás... Ojalá toda la juventud de hoy en día pensara como él.

Mi madre me abraza para que sus amigas se enteren de lo buena persona que soy, y yo confirmo lo poco que me gustan las apariencias. Si ellas supieran... Por un momento imagino sus caras al saber lo que realmente escondo tras esta sonrisa de niño bueno y esta ropa de pijo que no me va nada. Yo no soy como ellos, ni pienso serlo nunca.

—¿Sabemos algo nuevo de Marcos? —le pregunto a Ana una vez me siento a su lado y me olvido del corral de gallinas que no dejan de mirarme.

—¡Está loco! —La miro sorprendido, porque llevo un par de días sin entrar en redes sociales y sin saber nada de lo que ha hecho—. Ha surfado las olas más grandes del mundo en Nazaré.

—¡Eso sí que es una auténtica hazaña! —No puedo evitar sonreír, estoy más que orgulloso de él, es el único que se ha encarado a mi madre y, con la verdad por

delante, ha decidido su presente sin importarle nada más.

—¿Hazaña? Dirás locura, cualquier día de éstos vamos a su funeral por sus imprudencias.

—Vivir, Alberto. A eso lo llamo yo vivir al límite, y deberíamos hacerlo un poco todos, seguro que sonreíamos más —replico.

Consigo una de sus miradas desaprobatorias, pero lo ignoro y continúo escuchando a Ana, a quien, al igual que a mí, le entusiasman las aventuras de Marcos.

—Y no te lo vas a creer, ha puesto una foto de una chica —sonríe emocionada—, es guapísima.

—¿Tiene novia? —pregunto sorprendido.

—Ayer sí, hoy no lo sé. —Rompe en una carcajada que me contagia y los dos no podemos parar de reír.

—Hijos, por favor, no estáis solos. —Mi madre se dirige a nosotros y nos callamos por respeto a los demás, mientras las camareras del *catering* se disponen a servirnos la comida y veo el gesto molesto de Alberto.

Doy un primer mordisco al primer plato que mi madre ha elegido y está delicioso. Bocado a bocado, siento que mi cuerpo recupera las energías. Mientras, Alberto explica que dentro de pocos meses nacerá su primer hijo. En ningún momento Alba dice palabra alguna, siempre se mantiene en un segundo plano.

—¿Qué nombre le vais a poner? —le pregunto a ella directamente, obligándola a intervenir en la conversación.

—Alberto —me responde con una media sonrisa.

—Qué original —Oigo la burla de Ana casi en un susurro que sólo he podido oír yo y que ignoro por respeto a Alba.

—Es un varón, no puede llamarse de otro modo.

—No esperaba menos de ti. —Alba me mira con el gesto fruncido cuando le contesto a su marido, pero Alberto se crece, parece que mi hermano o no sabe ver lo que es una ironía o es que le importa una mierda lo que le diga.

Los del *catering* recogen nuestros platos y nos sirven una carne en salsa de segundo que huele de vicio, y me dispongo a comer dejando a un lado la batalla dialéctica que siempre tenemos mi hermano y yo.

Ana y Alba encuentran un día que les va bien a ambas para ir a comprar cosas para el bebé, ya que con Alberto no puede contar. Ella se está encargando de todo, porque mi hermano está demasiado ocupado en su bufete de abogados como para dedicar una tarde a ir de compras con su mujer.

—¿Qué queréis que os regale? —les pregunto más amable porque ni Alba ni mi futuro sobrino tienen la culpa del comportamiento del capullo de su padre.

—Pues de eso queríamos hablarte... —Se calla porque mira a mi hermano, y yo espero a que continúen.

—Alba y yo hemos decidido que seas el padrino de Alberto.

Blanco como una hoja me quedo al oír las palabras de mi hermano, tanto que no sé ni qué decir, era lo último que esperaba de él.

—¿Y yo seré la madrina? —pregunta Ana en ese mismo instante, dándome los segundos suficientes para reaccionar y asumir lo que acaban de pedirme.

—Lo siento, pero lo será mi hermana. Hemos decidido que cada padrino sea de una familia, para compensar.

—Oh, no pasa nada. Seré la madrina de los hijos de Andrés.

Oír la respuesta de Ana ya es el acabose. ¿Ha dicho hijos? No entra en mis planes, por lo menos hasta un futuro lejano, muy lejano.

—¿Hijos? Espera sentada, hermanita —le respondo con una gran carcajada.

—No tengo prisa. —Me pellizca el brazo obligándome a apartarlo.

—¿Quieres serlo, Andrés? —Veo el brillo en los ojos de Alba, y a ella no puedo negarle nada, es una mujer maravillosa—. No te sientas obligado. Si no quieres, no pasa nada.

—Por supuesto que quiero. Es mi primer sobrino, y así podré malcriarlo, aunque su padre se enfade conmigo por ello; creo que me lo voy a pasar muy bien.

—Ya veremos.

Es tan empático, mi hermano, y por ello sé que puede ser divertido.

* * *

La comida termina y, tras los cafés, las amigas de mi madre se marchan. Por fin podemos acomodarnos sin miradas indiscretas. Hoy parece más un día de verano que de primavera, así que me quito la americana.

—¿Nos damos un chapuzón?

—Vosotros queréis coger una pulmonía.

—Alberto, ¿sabes lo que es una piscina climatizada? —Ana, como siempre, consigue que no pueda evitar reírme, incluso Alba lo hace y recibe una mirada enfurecida de él.

—Otro día, hermanita, hoy estoy cansado.

—No pretenderás irte ya, ¿no? —me pregunta mi madre justo antes de sentarse a nuestro lado y prestarnos atención por primera vez desde que he llegado—. He comprado unos pasteles que sé que os encantan a todos.

Ana aplaude y, contenta, sale corriendo hacia la cocina mientras mi madre nos pregunta a mi hermano y a mí cómo nos va en el trabajo. Los dos somos escuetos, y es que en ese aspecto es en lo único que nos parecemos, no nos gusta hablar mucho del tema profesional. Sin embargo, lo único que le importa a mi madre es comprobar que no vayamos a defraudarla y podamos ser el centro de las críticas de la *jet*.

—¡Están para chuparse los dedos! —Ana aparece con la boca llena y deja una bandeja sobre la mesa de hojaldres de nata y frutos rojos que no dudamos en coger y llevarnos a la boca.

—Ana, por favor, ésas no son formas de hablar. Sé más educada.

—Ay, mamá, ya no están las estiradas de tus amigas, déjame tranquila. —Se sienta a mi lado y vuelve a coger otro trozo, gimiendo en voz alta mientras saborea el pastel.

—De verdad..., tanto dinero invertido en educación para nada.

—Mamá, esta juventud está perdida. —Alberto se posiciona de su lado, consiguiendo que Ana le lance uno de los pasteles a la cara y le manche la mejilla de nata.

—Tanta clase y no sabe ni comer. Míralo, todo lleno de nata. Hay que ver, mamá, que mal invertido tú dinero.

—¡Ana! —Mi madre grita horrorizada.

—Te vas a arrepentir de esto, idiota, niñata malcriada. Si papá estuviera aquí, te iba a poner firme.

—Alberto, por Dios. Si vuestro padre os viera discutir de este modo, lo matabais en vida.

—Chicos, haya paz. —Sobre todo me dirijo a Ana, diciéndole que se comporte, que es la que más suele perder los papeles, es la más impulsiva, y lo que menos me apetece es un espectáculo de mi madre en este momento—. Mamá, trae un papel mojado para que se limpie.

Mi hermana me mira molesta, pero me entiende y decide entrar en la casa mientras Alberto sigue quejándose en voz alta, sin importarle que su mujer esté tratando de limpiarlo. La está poniendo muy nerviosa y en su estado no es bueno.

—Límpiate, sólo es un poco de nata. —Intento que se calme, pero él se altera aún más.

—¿Sólo?! —Se limpia la nata de la cara y mira a mi madre—. Mamá, me voy, la semana que viene vendré a arreglar los papeles.

—Hijo, pero no te vayas aún.

—¡Adiós! —Le da un beso en la mejilla y se dirige a la puerta sin darse cuenta de que Alba está cogiendo su bolso y la pobre no puede seguir su ritmo.

—Alba, cuídate mucho. Cuando puedas, escíbeme y dime qué queréis que os regale.

—Sí, claro —me contesta sin dejar de mirar hacia la puerta, hasta que camina detrás de su marido, y mi madre y yo la observamos, en cierto modo, con cara de pena.

—Si tu padre me hubiera tratado como él, le habría dado una patada en el culo.

Miro a mi madre sorprendido por sus palabras, jamás le había oído pronunciar una frase tan vulgar, pero es que tiene toda la razón; desde que Alberto presentó a Alba a la familia, no lo he visto tener una muestra de afecto, y por lo que acabo de comprobar mi madre también se ha dado cuenta.

—Es Alberto —respondo como si nada.

—No, Andrés, a eso se lo llama no estar enamorado. —La miro a los ojos y suspira justo antes de beber un poco de agua—. ¿Te suenan las palabras «boda», «conveniencia»...?

—Pero nadie lo ha obligado a casarse.

Hasta este momento nunca había hablado con mi madre de ellos.

—El bufete es de su suegro, el prestigio de las dos familias juntas es muy goloso. Y yo habría hecho lo mismo que él.

—¡Pues yo no! —Me indigno sólo de pensarlo.

—A veces debemos hacer cosas que no queremos por la familia.

Volver a oír esa frase es el detonante para que me ponga en pie y quiera irme cuanto antes de esta casa, porque yo no comprendo su forma de pensar.

—Conmigo no cuentes, mamá. Yo hago lo que me hace feliz. —Le doy un beso en la mejilla y me encamino hacia el interior para salir lo antes posible.

—Es cierto, pero sigues la estela de la familia, es nuestro cometido —la oigo decir cuando aún no me he alejado lo suficiente.

—Adiós, mamá.

* * *

Oigo la música de Ana a todo volumen y desisto de ir a despedirme. Me dirijo a la puerta cuando mi madre me pide que me quede un rato más, pero no estoy dispuesto a hacerlo, hoy he oído ya demasiadas sandeces para aguantar ninguna más.

Abro la puerta y me encuentro con Martina. ¿Martina? ¿Qué hace aquí? Me giro y veo la cara de culpable de mi madre y niego enfadado porque ahora entiendo a lo que se refería momentos antes.

Martina es la hija de una de las amigas de mi madre. Tuve un pequeño *affaire* con ella, pero es una mujer plana, con la que no puedes cruzar más de tres frases seguidas porque no sabe qué responder. Su padre es un respetado cirujano, y ella sigue su mismo camino, pero por mucho prestigio y dinero que tengan no quiero saber nada.

El día que tenga una relación, será con una mujer que me haga feliz en todos los sentidos y no por interés solamente.

—Hola, Andrés.

—Hola, qué pena que hayas llegado cuando ya me iba —miento descaradamente frente a la esperanza de mi madre de que recule y me quede un rato con ella.

—¡Martina, pensé que vendrías antes! —Mi madre intenta normalizar la situación.

—Perdonadme, he tenido una operación complicada y me ha llevado más tiempo.

—Espero que todo haya salido bien. —Me acerco para darle dos besos—. Pero, de verdad, tengo que irme. Discúlpame.

—No pasa nada; nos vemos en otra ocasión.

—¡En la fiesta de primavera! —interviene mi madre eufórica, sabiendo que tiene otra fiesta para anclarse en sus esperanzas. Fantástico, si de normal ya tenía pocas ganas de ir, ahora tengo menos.

—Cuando quieras.

Abrazo a mi madre y camino dejándolas atrás y sin girarme en ningún momento.

Víctor me abre la puerta del coche y me monto donde puedo volver a ser yo, me dirijo a mi estudio, que para nada es la casa a la que hace más tiempo del que recuerdo que ya no voy, ni a mi consulta, que sólo uso cuando no tengo más remedio. Regreso a mi local, donde puedo hacer lo que me hace feliz sin miedo a lo que puedan pensar de mí, lo mismo que hace mi hermano Marcos sin esconderse de nadie.

Cojo el teléfono y abro la aplicación de Instagram para ver la foto que el granuja ha colgado. Y, efectivamente, tal y como Ana me ha dicho, su última instantánea es de un atardecer abrazado a una chica, mirándose a los ojos a escasos centímetros sin dejar de sonreír.

Pulso en comentarios y escribo un escueto pero afectivo mensaje:

Carpe diem, hermano.

Ambos sabemos a lo que me refiero, y sé que, cuando lo lea, seguirá mi consejo, al igual que hizo cuando me preguntó si debía ser valiente y decirle a mi madre que él no quería esta vida. Aquel día, en mi consulta, me di cuenta de lo importante que era ser sincero con uno mismo, aunque yo no seguí su ejemplo y continúo cargando con una losa que supongo que continuará de por vida.

CAPÍTULO 4

ANDRÉS

Cuando el coche para frente a la puerta veo cómo se acerca Gema, una amiga a la que hace tiempo que no veo. Esto sí que es una sorpresa, porque no suele acudir al local muy a menudo. Aunque no tenía la intención de subir, creo que con el día que he tenido me va a venir de lujo para desconectar un poco de todo.

—Dichosos los ojos.

—Déjate de rollos y vamos arriba, no tengo tiempo que perder.

Víctor, al oírla, se mete en el coche y conduce para alejarse de nosotros hasta desaparecer del lugar.

—A sus órdenes. —Me llevo la mano a la frente en señal de burla y consigo que sonría un poco—. Las mujeres primero.

Abro la puerta y, con galantería, espero que ella comience a subir los escalones. Sin embargo, antes de avanzar se para en seco, casi consiguiendo que choque con ella, y se gira para mirarme a los ojos.

—Algún día tienes que enseñarme qué hay tras esa puerta tan segura. —Posa su mano sobre ella y la acaricia con suma sensualidad.

—¿A un agente de policía? —La miro ladino—. Cuando traiga una orden.

—Algún día lo haré y...

No la dejo terminar la frase porque la rodeo por la cintura y, empujándola contra la pared, la beso como sé que le gusta. Mis manos se cuelan bajo su camiseta y, cuando oigo un gemido de su boca, me aparto de repente, observando la comisura de sus labios, que tan sexy me parece.

—¿No tenías tanta prisa? ¿Subes o no? —Me aparto de repente, consiguiendo que se enfade por haber comenzado y haberla dejado a medias.

Nos miramos y, tras una carcajada que a ella no le parece divertida, comienzo a subir los escalones dejándola atrás, sabiendo que no llevar el control es lo que más la excita. Y soy de los pocos que lo consiguen. Gema no deja que nadie la amedrente, y por ello la excita que alguien como yo lo haga.

Abro la puerta sin mirar atrás, sin esperarla, porque sé que de un momento a otro

vendrá. Camino relajado observando el lugar y me paro frente a Sofía, que espera que le diga lo que me apetece tomar, justo cuando veo a Miguel salir de un reservado con cara mustia. Parece que no le ha ido muy bien con la elección, pero sé que puedo arreglarle el día en cuanto veo que se acerca y se sienta a mi lado.

—Uno doble, Sofía —pide una copa y me confirma lo mal que debe de haberle ido—. ¿Por qué a veces es todo tan difícil?

—¿Quieres que te responda? —Lo miro a los ojos y él niega con la cabeza—. Tu suerte acaba de cambiar, amigo. —Le doy una palmada de complicidad en la espalda—. Si tú quieres...

Justo en ese instante la puerta se abre y los dos nos giramos al mismo tiempo y recorreremos su cuerpo con lascivia. Sé que Miguel piensa del mismo modo que yo, a juzgar por la sonrisa que acaba de aparecer en su rostro.

—¡Cómo no voy a querer! —Sonríe sabedor de lo que está a punto de suceder.

—Qué afortunada soy. —Gema se acerca para besarme, pero más bien es un mordisco, vengándose un poco por haberla dejado en la escalera en pleno calentón, y, sin apartar la mirada de mí, se acerca hasta Miguel para atrapar su barbilla y besarlo con descaro, sin importarle nada más que mi maldita entrepierna, que está abultándose en ese mismo instante—. Un whisky doble, por favor —le pide a Sofía dejando a Miguel extasiado.

—Mejor lo que tú y yo sabemos, Sofía. —Le guiño el ojo, y ella espera a que Gema dé su consentimiento—. Tú eliges: disfrutar de verdad o seguir atormentada por tu frustrado día.

La conozco muy bien, y sé que si ha venido es porque algo no le ha salido como quería, y me alegra saberlo.

—Que sea doble —se burla, conociendo muy bien la bebida que va a tomar—. Llegará el día en que te detenga por aprovecharte de mí.

—Si lo haces porque te ha asustado lo que has sentido, me daré por satisfecho —replico.

Dirijo toda mi atención a Sofía, que se ha apartado para prepararlo. No es nada que se encuentre en la carta, sino un cóctel de alcohol y hierbas que logran desinhibir a la persona que lo toma.

Y eso es precisamente lo que necesito para acostarme con Gema, sé que con ella es un duelo de titanes, al igual que lo era con... Nasha. Su imagen aparece de nuevo, pero me obligo a no recordarla. Sofía me ofrece la copa y, con ella en la mano, camino hasta uno de los reservados que tengo cerrados para mí. Los invito a entrar

para poder deleitarme con la vista que Gema me ofrece con su movimiento de caderas al andar, el mismo que Nasha me ofrecía, y me enfurezco por volver a pensar en ella. «Maldita sea», exclamo para mis adentros.

Lo último que quiero es volver a acostarme con Gema pensando que es Nasha; hace mucho tiempo que lo superé y no quiero volver a caer en ello.

—¡Andrés!

Oigo que me llaman y vuelvo a la realidad al ver a los dos esperándome sentados sobre el sofá que hay al fondo.

—Todo tuyo. —Le ofrezco la copa a Gema y ella le da un trago largo sin pensarlo, mientras Miguel espera que le dé las indicaciones.

Es una norma no escrita que ambos cumplimos a rajatabla, sabe perfectamente lo que debe hacer, son muchos años compartiendo reservados.

—¿Estás bien? —Me acerco a ella y le susurro al oído al tiempo que le acaricio el hombro dejando que el fino tirante de su camiseta caiga y muestre más su piel—. Dime qué quieres hacer.

Me mira ofuscada, pero no me importa; yo sé que ella debe pedirlo, si no, no moveré ni un dedo.

—Bésame, Andrés. —Noto la necesidad en su respiración—. ¡Los dos!

Dejo caer la americana despacio, ralentizando el momento, para continuar con el cinturón del pantalón y desabrocho los botones de la camisa sin llegar a quitármela cuando sus brazos rodean mi cuello y sus labios apresan los míos. La levanto sin dejar de besarla hasta que mi espalda topa con la pared y adentro mi lengua en su dulce sabor, arrancándole un gemido que anuncia que ya está lista para comenzar. Le pido con la mano a Miguel que se acerque y sus labios recorren su nuca, consiguiendo que se yerga de placer, aunque aún acabamos de empezar; cuando salga quiero que esté exhausta de placer.

Mi lengua juega en el interior de sus labios, mis dientes le muerden y ella sigue mi ritmo como una felina. Gema es una auténtica leona cuando está cachonda y por eso me gusta tanto.

Miguel cuele su mano por la cintura de su pantalón presionando la mía, el movimiento de sus dedos habilidosos desabrocha el botón de su vaquero y, poco a poco, va desprendiéndose de él. Se agacha lentamente sin dejar de besarla en ningún instante hasta que consigue deshacerse de ellos.

—Déjame que te desnude. —Mi voz ronca la excita y, sin pensarlo, sube los brazos con la boca entreabierta y enrojecida de mis besos, la miro y mi pene tiembla

de placer. Ahora mismo es tan mansa, es un regalo que muy pocos podemos disfrutar. Le retiro la camiseta, eternizando el momento, y veo que no lleva sujetador. Sus pezones están erectos, le pellizco uno y gime—. ¿Quieres un poco de frescor? —No me responde, mueve su cuerpo como si sonara alguna canción, pero no hay ninguna—. ¿Sí o no?

Me aparto para que sepa que, si no contesta, no pienso seguir.

—Sí —responde al tiempo que jadea cuando Miguel acaricia su trasero con gel.

Me lanzo a sus labios y, presionando su piel con los dedos, la subo a mis caderas para que Miguel tenga mejor posición y pueda penetrarla poco a poco.

Y yo sólo la miro, veo cómo aparece el efecto de la bebida en sus ojos, poco a poco Gema no es la *dominatrix* que finge ser frente al resto del mundo; ahora es una tierna chica que disfruta del sexo sin importarle nada más que lo que esconden las cuatro paredes del reservado.

Miguel la penetra por detrás y yo lo hago por delante consiguiendo que nuestras embestidas la lleven a un vaivén de sensaciones tan sólo roto por su respiración, que termina rasgándose en gemidos y jadeos y ya no es capaz de controlar.

Intento apoyarme con más fuerza en la pared, controlando su peso con los muslos al tiempo que hago todo lo posible por llegar lo más adentro de su vagina. Un esfuerzo que me obliga a no pensar en nada más que en lo que estoy haciendo, acelerando mi ritmo, forzando cada uno de los músculos de mi brazo y alcanzando un nivel de adrenalina que está a punto de desbocar al oscuro Andrés que llevo dentro.

Llevo unos minutos conteniéndome con todas mis fuerzas. Les presto atención a ellos y creo que a Gema no le queda mucho para terminar, pero de pronto siento la necesidad de apartarme de ella, como si el roce de su piel me quemara.

—Lo siento —termino la frase en un gruñido que me obliga a correrme dentro del preservativo que me había puesto cuando la estaba besando sobre el sofá—. Miguel, acaba tú.

Me mira extrañado, pero sin mediar palabra la lleva a la cama, y me recuerda al primer día que la compartí con él. Aquel día fue singular, ésa es la palabra exacta que lo define, y creo que hoy lo está siendo del mismo modo.

* * *

Estoy incómodo, sus jadeos me molestan, tanto, que me dirijo a la ducha para tener unos minutos en soledad. Levanto el monomando y termino de quitarme la ropa

para colocarme bajo el chorro de agua. ¿Qué es lo que me ocurre? ¿Por qué cada vez que la veo mi mundo se pone patas arriba? ¡Estúpida cabeza! ¿Por qué no soy como el imbécil de mi hermano, al que no le importa nadie más que su puto ombligo?

Me froto el jabón con fuerza hasta que desaparece bajo mis pies y salgo de la ducha para vestirme. Desde el baño, los oigo. Sin duda alguna los dos están aprovechando el momento, pero yo no tengo ganas de unirme, se ve que hoy no es mi noche.

Sin hacer ruido, cierro la puerta del reservado dejándolos dentro y voy hacia la barra donde me encuentro con la mirada extrañada de Sofía esperando que le diga algo.

—Un botellín de agua, por favor.

—¿Andrés, estás bien? —Se apoya en la barra apenas a unos centímetros de mi rostro, y la miro fijamente antes de contestarle.

—Podría estar mejor..., mucho mejor.

Veo cómo se aleja a por el agua que le he pedido y me giro para mirar a mi alrededor; todos los clientes están sonrientes, tomando unas copas mientras esperan tener una buena noche y pasar a los reservados. Nadie se fija en la persona que tiene al lado más que para un buen polvo, sin importarle su clase social o cómo de llena esté su cartera.

En ese mismo instante mi bolsillo vibra, y me pregunto quién es el que me está escribiendo ahora. Miro el reloj y compruebo que apenas son las nueve de la noche. Curioso, abro la conversación de WhatsApp:

Tienes que saber algo, es urgente.

Releo tres veces el mensaje de mi hermano Alberto y no tengo ni la más remota idea de qué quiere decirme, pero algo me indica que si no fuera importante de verdad no me escribiría. Así pues, sin demora alguna le respondo:

Dime. ¿Qué ocurre? ¿Alba está bien?

No dejo de mirar la pantalla en todo momento, impaciente por saber qué es lo que tanta prisa requiere. De un trago, me bebo la botella que Sofía ha dejado a mi lado cuando oigo otro mensaje entrante.

Sí, está bien. Tengo que verte, dentro de 20 min. en tu local.

Dejo la botella vacía sobre la barra y le pido a Sofía que se despida por mí de Miguel y Gema, que, por favor, les diga que me ha surgido algo importante, y como alma que lleva el diablo bajo la escalera hasta respirar el aire del exterior. Salgo del callejón y miro a la calzada, en la que espero que aparezca un taxi para pararlo. Apenas en dos minutos logro montarme y le pido que me lleve al local de copas.

Me preocupa la forma en la que me ha hablado mi hermano. Por un momento pienso que de algún modo ha descubierto que no sólo tengo un negocio, que estoy metido en líos y obviamente que él no piensa sacarme de ellos. Debería estar nervioso, pero, al mismo tiempo, sería un alivio si llegara el momento de que todo el mundo se enterara y tuviera que dejar de actuar frente a mi familia.

—Son veintitrés con cincuenta y cinco. —La voz del taxista me despierta de mi ensimismamiento. Saco la cartera del bolsillo de mi pantalón y, tras darle veinticinco euros, me bajo—. Perdona, el cambio.

—Es su propina. Buenas noches.

Cierro la puerta del coche y entro en mi local, que está repleto de personas disfrutando de la noche. Todas ellas bebiendo y alegres, como debería estar yo.

Saludo con un ligero movimiento de la cabeza al camarero y subo la escalera hasta llegar a uno de los reservados, que en este momento está vacío. Desde mi posición puedo observar todo el lugar, comprobar que mis camareros son profesionales, no como el anterior, al que tuve que despedir. Sonríe al recordar que lo eché el día que conocí a María, aquella andaluza sexy que ahora es una de mis mejores amigas; lástima que viva tan lejos, ahora mismo me iría bien una charla con ella, es de las pocas personas que no te juzgan.

Vuelvo a centrarme en dónde estoy cuando veo entrar a Alberto, como siempre, impoluto con su traje gris claro. Mira a la gente, hasta que mi camarero le señala hacia arriba, donde me encuentro. Lo invito a subir con un movimiento escueto de la cabeza y veo cómo lentamente lo hace.

—¿Qué es tan importante para que me hagas venir tan rápido?

—Buenas noches a ti también. —Se sienta a mi lado y me ofrece la mano en señal de saludo.

—¿Os traigo algo de beber? —nos pregunta el camarero.

Alberto se gira y, tras pensar un poco, responde:

—Ginebra con un hielo.

Yo niego con la cabeza. Ahora lo último que me apetece es beber, necesito

respuestas y las quiero ya.

—¿Quieres comenzar a hablar?!

—Esta misma tarde, Felipe ha venido a verme por un tema que estaba verificando y ha creído que debería saberlo. —Escucho con la esperanza de que se deje de rodeos y se centre de una maldita vez en lo que realmente es tan importante—. El caso es que... ¿No tengo que decirte que es confidencial y por nada del mundo vas a decir ni a hacer nada, ¿verdad?

—¿Quieres ir al grano?!

—Genaro está abriendo un nuevo negocio en la periferia, un restaurante de lujo.

—Eso no es nuevo, tiene muchos... ¿Qué tengo que ver yo?, o ¿por qué debería interesarme?

—Porque esta vez no lo hace solo, tiene un socio. Y ya sabemos que los restaurantes de Genaro son para blanquear dinero, por no decir...

—¿Quién? —lo interrumpo para saber quién es el tonto que se ha dejado embaucar por ese imbécil. Lo que haga con su dinero o con sus putitas me trae sin cuidado, por mí que lo atrapen de una vez y se pudra en la cárcel.

—Prométeme que no vas a mover un dedo —me advierte de tal forma que sé que tendré que hacerlo aunque él me pida lo contrario.

—Alberto, ¿alguna vez te he puesto en peligro?

Comienza a molestarme que me llame para después darle tantas vueltas al tema.

—No, lo sé. Pero es más delicado que nunca. —Resoplo molesto—. Nasha, es ella.

—¿Qué? ¿Perdona? —Me pongo de pie y me apoyo en la barandilla.

—Su ginebra, señor.

Me doy la vuelta y veo cómo le coge la copa al camarero. Cuando va a llevársela a la boca, me acerco y se la quito para bebérmela de un trago.

—Joder, sabía que no debía decírtelo. —Se pone de pie frente a mí y me mira a los ojos, que me arden en llamas—. Hermano, no nos llevamos bien, pero no quiero que te involucres en esto, sabes lo que va a ocurrir si lo haces.

—No puede ser, no ha podido ser tan tonta.

—Pues te aseguro que he visto su firma, de lo contrario no estaría hablando contigo.

Pocas veces he visto al insensible de mi hermano sentir algo por alguien que no sea él, pero hoy me está demostrando que Nasha le importa, aunque cuando estábamos juntos parecía no tragarla.

—¿Actualmente en qué condiciones legales está ese indeseable?

—Puedes imaginarlo... —Noto su nerviosismo—. Asier, su abogado, al ver que era Nasha, no ha podido callarse y me ha avisado.

—Esa mujer es estúpida... ¿Cómo ha podido involucrarse en algo así?

Vuelvo a apoyarme en la barandilla con la mirada perdida mientras no dejo de pensar en el cerdo de Genaro.

Hace un tiempo tuve un encontronazo con él; jamás he soportado cómo trata a las mujeres, y mucho menos cuando se sobrepasa en una de las fiestas de mi madre. A punto estuve de partirle la cara, si mi madre no hubiera entrado en el baño al oírme gritar, no sé qué habría ocurrido, pero, como siempre, él se fue de nuestra casa impune.

—Ya no podemos hacer mucho más, la empresa se está formalizando a toda prisa, diría que dentro de un par de semanas estará funcionando.

—¿Me estás pidiendo que me quede de brazos cruzados y espere a ver qué ocurre?

—¡Sí! —Me advierte con el dedo índice—. Con ella no vas a poder hablar, no conseguirás nada. ¿Qué crees?, ¿que va a vender su parte porque tú pienses...?

—¡Sé que no lo va a hacer, maldita sea! —No lo dejo ni terminar la frase.

—Hermano, lo mejor es que la olvides; ella se atendrá a las consecuencias de sus decisiones.

—Lo que tú digas.

Me siento, y veo que él duda sobre si hacer lo mismo.

—Mejor me voy, que Alba estará esperándome. —Me aprieta el hombro con fuerza y le agarro la mano.

—Nunca te he dicho esto: valora a tu mujer, porque dudo que encuentres otra como ella. —Soy sincero con él como pocas veces lo he sido.

—Ya lo hago —replica, pero la frialdad de sus palabras me demuestra que no es así.

—Alberto, de verdad.

—Pronto te llamaré, Alba no sabe qué pedirte —dice cambiando el rumbo de la conversación como si nada.

—Si quieres me paso mañana a verla y lo decidimos.

Me apetece hacerle una visita, sé que sentir que alguien de la familia de su marido se preocupa por ella le vendrá bien.

—Fantástico. Cuídate, hermano.

Le doy unos toques en la espalda justo antes de que baje la escalera y desaparezca de mi vista. Miro el reloj y veo que son las doce de la noche. Estoy agotado por el día que he tenido y, sobre todo, por la noticia, pues aún sigo sin poder creer que ella haya accedido a hacer negocios con ese impresentable.

Me dan ganas de ir a su *reino*, como ella quiere que lo llamen, y recordarle unas cuantas cosas que parece que ha olvidado por completo. Lo haría si supiera que iba a servir de algo, pero no será así; cuando se le mete algo en la cabeza no hay forma de que dé un paso atrás.

CAPÍTULO 5

NASHA

Es la una de la madrugada y, tras haber pasado todo el día cerrando papeles con Genaro, estoy en la villa de lujo que se va a transformar en nuestro restaurante, el más exclusivo de la ciudad de Madrid. Miro los diferentes salones que están aún por montar y me sorprendo de lo rápido que está yendo todo. Hace dos meses recibí la primera llamada de él, en la que me proponía participar. La verdad es que me sorprendí de que quisiera contar conmigo, pero conforme pasaban los días y, con ellos, su insistencia, me di cuenta de que mi reino estaba molestando más de lo que yo me podía imaginar, y ahí fue cuando valoré la posibilidad.

—Pasad, que es para hoy. —Esas formas tan desagradables no pueden ser de nadie más que de mi nuevo socio—. Nasha, aquí tienes a las camareras, explícales lo que queremos.

Miro el reloj y él suspira molesto por mi reacción, pero lo último que esperaba era tener frente a mí a veinte chicas a las que tengo que explicarles su cometido.

—¿Todas camareras?

Elevan los hombros asustadizas sin decir ni una palabra, hecho que me sorprende, pero no quiero darle importancia. Son muy jóvenes, seguramente es la primera vez que trabajan, así que tendré que esforzarme en explicarles el sentido de este lugar.

—Esperad aquí un momento.

Voy en busca de mi teléfono antes de ponerme con ellas para comprobar si tengo alguna llamada de José. Llevo todo el día intentando dar con él, pero parece que está muy enfadado. Resignada, desisto cuando compruebo que efectivamente no hay señal de que me haya contestado.

Pienso en cómo explicar la idea que tenemos del negocio, pues ya me ha resultado complicado que Genaro lo entendiera y accediera. Él tenía muy claro que necesitaba un lugar en el que pudieran cerrarse tratos y celebrarlos sin necesidad de ir a ningún otro lugar. Tras varias discusiones, hemos decidido hacer varios ambientes totalmente separados. Uno en el que prime el lujo por encima de todo, la mejor comida, el mejor servicio para que puedan acudir tanto mujeres como hombres. Cómo no, he tenido que

acceder a crear un espacio para hombres de negocios muy importantes que buscan un poco de placer tras ganar o haber invertido gran parte de su dinero, así que en esta zona las camareras irán vestidas muy sexis y se encargarán de ofrecer todo lo que el cliente les pida sin traspasar una línea que he definido muy clara. En resumen, que he querido hacer un segundo reino, pero esta vez para hombres. Así que necesito chicas que sepan bailar, que sean intelectuales, personas especiales que logren hacer la experiencia de lo más singular.

Cojo una libreta y me siento a la barra. Luego le pido a la primera que se siente en el taburete de al lado para hacerle unas preguntas y ver qué es lo que puede hacerse.

—¿Tu nombre?

—Violette.

—¿Francesa? —La miro fijamente y veo cómo coloca el bolso encima de sus piernas para enrollar los dedos en el asa de cuero negro. Y sé que algo la preocupa.

—Sí.

—¿Edad?

—Diecinueve.

«Muy joven», pienso en cuanto me lo dice. Sin embargo, su tono de voz es sensual, lento, sin duda alguna es puro sexo. Sigo anotando.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer?

Mi pregunta la pilla por sorpresa, ya que me mira con los ojos vidriosos.

—Siempre he querido cantar.

Asiento curiosa y la miro de arriba abajo. Una chica delgada, con unos ojos verdes increíbles y unos labios que podrían matar de un infarto a muchos hombres.

—¿Puedes mostrarme cómo lo haces? —Su sorpresa es aún mayor, y maldigo a Genaro por no haberles explicado a las chicas un poco a qué venían antes de entregármelas. Espero a que se decida y al fin asiente antes de cantar una canción muy pop que no termina de convencerme—. ¿Sabes alguna canción en francés que sea lenta?

—Hay una artista que podría..., pero no es muy comercial.

—Cántamela.

Y de repente sé qué tiene que hacer, su voz sensual alargando el suspiro hasta el final de la nota, dejándose llevar por primera vez delante de mí; puedo ver lo que a un tío le pasaría en este momento: estaría cardíaco y retorciéndose de placer en la silla deseando hacerla suya. En vano, porque en este lugar nada va más allá de la provocación.

—Suficiente —la corto y ella se levanta para volver junto al resto de las chicas.
Anoto que será la cantante del salón de hombres.

—Tú —señalo a una joven rubia, muy mona. Su rostro es peculiar, sus facciones no son habituales, y me fijo en las pecas que la hacen parecer más niña—. ¿Nombre?

—Malba.

—¿Edad?

La media sonrisa nerviosa que se le escapa me encanta, creo que también va a ser un gran descubrimiento.

—Veintiuno.

—¡Quién lo diría! Pareces más joven.

—Suele ocurrirme. —Mira al resto de sus compañeras y vuelve a sonreír, efecto de los nervios que siente. Se toca el pelo y un mechón se suelta dejando ver su dorado cabello.

—¿De dónde eres?

—Albania.

Me quedo pensando un momento mientras la miro de arriba abajo. ¿A Genaro le dan ayudas por contratar a trabajadoras inmigrantes? Aunque, si todas son así, no me importa de dónde provengan.

—¿Qué sabes hacer?

—Peluquería... —se queda un rato pensando—, y camarera, claro.

La miro seria sabiendo que lo ha dicho porque es el que debe ser su nuevo puesto; apuesto a que no tiene ni idea, pero su imagen me gusta.

—¿Sabes bailar?

—Hice *pole dance* hace unos años.

Dejo de escribir de repente y la miro asombrada por su revelación.

—¿Podrías...? —le señalo la barra que hay al fondo.

Aún debemos trasladarla al lugar que le corresponde, pero ella asiente encantada. Espero que se descalce y la veo cómo se frota las manos y estira los hombros, cuando de pronto mira el suelo y siento que algo la detiene.

—Malba, venga, no tenemos toda la noche.

Veo que no se decide, así que cojo mi teléfono y pongo una canción que me gusta mucho y es muy sensual, puede que la ayude a comenzar. Y así es, observo cómo sube la barra, cómo baja lentamente y deja caer su cuerpo de la forma más sensual que he visto, y os aseguro que he visto a muchas chicas hacerlo; incluso yo lo intenté, pero desistí, no era lo mío.

Me fijo en su rostro cuando queda suspendida de los muslos, la sonrisa tímida que muestra y cómo su rostro enrojece pronunciando aún más las pecas de sus mejillas, me encanta.

Y anoto: «Salón, hombres, barra».

Poco a poco van pasando cada una, aunque no tengo la misma suerte con todas. En las que no encuentro nada que las haga especial anoto que estarán en salón. Serán simples camareras, y lo único que les recalco es que necesito sofisticación y la educación más exquisita con la que hayan soñado.

Finalmente cierro la libreta satisfecha, he conseguido hasta una chica que hace trucos de magia y una contorsionista que hará un espectáculo de lo más sensual y atractivo. Sé que puedo sacar mucho de algunas de ellas, y a mi lado aprenderán a explotar sus talentos.

* * *

Entro en mi reino, y compruebo que apenas queda nadie, es muy tarde. Camino hacia el salón principal y veo detrás de la barra a Merche, que me mira seria.

—¿Ha ido bien?

—¡Yo no puedo encargarme de todo! La barra..., reponer..., las clientas...

—¿Y José? —le pregunto atónita, porque es la primera vez que me encuentro en una situación como ésta, y está enfureciéndome por momentos. Me mira molesta, de brazos cruzados, pero sin contestar a mi pregunta—. ¿Dónde está José? —repito una vez más.

—No ha venido, ha dicho que si tú te desentendes de este negocio, él también.

Resoplo sabiendo que voy a tener bastantes problemas con él.

—Lo siento, Merche, no volverá a suceder. —No puedo decirle nada más, tengo que buscar una solución rápida, aunque hoy estoy muerta de sueño y tan sólo me apetece irme a la cama y descansar unas horas—. ¿Puedes cerrar? —Soy consciente de que le estoy pidiendo demasiado.

—¿Todo va bien? —me pregunta sabiendo que no.

—Demasiado rápido. Sin embargo, sólo serán un par de semanas.

—Vete, ya me encargo yo. Pero habla con él.

Merche es la mejor, no sé cómo le voy a agradecer todo lo que está haciendo por mí.

—Lo haré, sin duda que lo haré.

Subo la escalera y voy a mi habitación, donde me lanzo sobre la cama aún con los zapatos de tacón puestos. Cierro los ojos pensando en cambiarme de ropa, pero no llego a hacerlo, pues mi cansancio se apiada de mí y me duermo tal y como he caído sobre el colchón.

* * *

Sabía que iba a tener trabajo, que no iba a ser tan fácil hablar con José, y mucho menos convencerlo de que todo estaba bajo control y no iba a ocurrir nada de lo que él pensaba. Aun así, no ha dado su brazo a torcer, incluso he intentado mediar a través de nuestra madre, que la pobre bastante tiene con sus achaques, pero ni intercediendo ella hemos logrado que regrese al reino. Así pues, me he visto obligada a contratar a un chico que nos ayude a descargar los camiones y se encargue de controlar que no falte de nada en las salas. Merche necesitaba ayuda y no podía permitir que un enfado afectara al buen funcionamiento del reino. Y al fin ha llegado el día de la inauguración de Dolce, mi nuevo negocio, y estoy frente al espejo viendo cómo el vestido de encaje blanco con transparencias se ajusta perfectamente a mi cuerpo.

Hoy es el gran día y es uno muy importante, ya que asistirán personas muy distinguidas de Madrid. De eso ya se ha encargado Genaro, porque de lo que es organizar a las chicas y a los decoradores, esa ardua tarea la he estado haciendo yo casi las veinticuatro horas de cada uno de los días que han pasado. Y estoy exhausta, no puedo negarlo, pero valdrá la pena. Hoy me conocerán muchas personas y al mismo tiempo a mi reino, por ello estoy deseando hacer mi entrada triunfal. Mi intención es que todo el mundo me vea, y lo van a hacer.

Me retoco la sombra dorada de los ojos y atuso mi melena, que está en modo fiera. Mis horas de peinado han servido para conseguir que mi cabello afro se vea voluminoso, porque así soy yo, una negra de escándalo con una melena de lo más felina.

Termino de coger mis cosas y bajo hasta la planta baja, donde está Merche esperándome.

—Estás más guapa que nunca.

—Ésa era la intención.

Sonríe porque no le sorprende mi respuesta, ella me conoce muy bien. Dirijo la mirada hacia la sala, y me agarra del brazo para que no entre.

—Está todo bajo control y así será toda la noche. —La miro agradecida por todo

lo que hace por mí—. Vete ya o llegarás tarde.

—Lo bueno se hace esperar y eso es lo que hace una reina.

Me hace una reverencia y cuando nos miramos a los ojos nos lo decimos todo. Veo que se para en la puerta un Mercedes negro.

—Me voy, cualquier cosa que ocurra, me llamas.

—Ya sabes que sí.

* * *

Camino sobre mis altísimos tacones de firma hasta el coche, donde el chófer me abre la puerta y me invita a entrar. Agradecida por el detalle, le doy las gracias y me siento para dirigirme a Dolce.

No tardo en llegar. Hay muchos coches de lujo aparcados, y sonrío, me doy cuenta de lo vitales que eran los contactos de Genaro. El chófer para en la entrada, en la que hay un chico que a toda prisa se acerca para abrir la puerta del coche y me ofrece su mano para ayudarme a bajar.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches —le respondo como una autómatas porque mi atención está fija en el chalet que tengo frente a mí.

Las luces que lo iluminan lo hacen más grande, si es que se puede. Camino sobre una alfombra roja que me invita a continuar, hasta que llego a la puerta, en donde una pareja de jóvenes con una sonrisa encantadora, tal y como les pedí que mantuvieran, agachan sus cabezas para darme la bienvenida. Sigo caminando por el pasillo, que me conduce a una gran sala cubierta por elegantes telas y lámparas de araña de vidrio negro. Los camareros casi levitan entre las mesas sirviendo de la forma más discreta posible la cena a los primeros comensales.

Una gran carcajada me llama la atención, me es familiar. Cuando me giro veo a Alberto, el hermano de Andrés, que, flagelado, me observa desde la distancia. Nunca le he caído en gracia, pero no me importa lo más mínimo. Camino hasta su mesa, en la que se encuentran algunos de sus compañeros: uno de ellos, mi abogado, y, cómo no, Ángel, que es el dueño del bufete y también su suegro.

—Buenas noches, caballeros, espero que estén atendiéndolos como merecen. — Mi voz sensual provoca un silencio y capto la atención de todos, incluso la de Alberto, que no deja de mirarme de arriba abajo.

—Este lugar es especial —responde Ángel, evitando sin éxito mirarme el escote.

Y no lo culpo, sé que pocos hombres pueden resistirse a mirarlo, un número reducido de mujeres son tan atrevidas como yo.

—Ése era nuestro fin. —Aprieto su hombro buscando complicidad, y me sonrío—. Si necesitáis algo más, por favor, decídmelo. —Los miro a todos hasta llegar a Alberto, del que por primera vez me gustaría poder leer sus pensamientos—. Por cierto, enhorabuena por el futuro Zúñiga.

Sus labios se curvan orgullosos por tener un descendiente y así mantener el apellido en una nueva generación. Vuelvo a dirigir la vista a Ángel, que sonrío bobalicón al pensar que está a punto de ser abuelo.

—Buenas noches. —Siento cómo una mano se posa en mi espalda desnuda y no me aparto por educación. Simulo una sonrisa cuando miro a Genaro, que es el que acaba de poner sus sucias manos sobre mi cuerpo—. Ya veo que conocéis a mi nueva socia.

Todos asienten divertidos, pero no me pasa desapercibido el escrutinio de Alberto.

—Hace tiempo que nos conocemos —le respondo a Genaro con una de mis mejores sonrisas—. Si me disculpáis, tengo que saludar a más personas.

Doy un paso hacia un lado para quitarme su sudorosa mano de mi espalda y me alejo. A punto estoy de entrar en el baño para enjabonármela, pero no quedaría muy bien si alguien me viera, así que me dirijo hacia el fondo cuando veo a Aitor sentado a una de las mesas, siguiéndome con la mirada. Me fijo en los comensales y veo caras conocidas, altos cargos de la Policía Nacional, pero lo que me llama la atención es que están acompañados de una chica cuya cara no me suena. Es muy guapa, sexy, seguro que es el recreo de todos los compañeros.

Parece que Genaro ha querido una representación muy importante de todos los ámbitos, no ha dejado ni uno por invitar: policías, abogados, médicos...

Traspaso la vidriera y salgo a las mesas que hay en el exterior, pudiendo respirar un poco de aire puro, cuando veo a los gobernantes del país. Ellos me miran, ninguno dice nada, intentan disimular que me están observando, pero les sonrío en una muestra de saludo cuando una camarera tropieza conmigo, me vierte encima parte del contenido de una copa y yo contengo un grito.

—Perdón, disculpe..., yo...

La miro a los ojos con los míos inmersos en una furia que no quiero mostrar delante de las personas que me están mirando.

—Continúa como si no hubiera pasado nada, pero como alguien vuelva a notar tu

presencia estarás despedida.

Me encamino al interior directa al baño.

—Nasha, quiero presentarte a alguien. —Aparece Genaro para cortarme el paso y suspiro molesta.

—Un momento, esa inútil ha derramado una copa en... —Me llevo los dedos al escote, mojándomelos y consiguiendo que se relama y lo mire con cara de pocos amigos—. Ahora vuelvo.

Claudico antes de que vaya a soltar una sandez como la que estaba a punto de hacer.

Entro en el baño y, para mi fortuna, no hay nadie, así que cojo un puñado de papel y me seco el escote. Va a ser imposible que desaparezca el olor a champán. Lanzo la bola de papel mojada a la papelera y pulso el botón del secador de manos. Luego estiro todo lo que puedo la tela de mi vestido y la seco con el aire caliente.

—Qué mala pata has tenido...

Me giro al no saber quién me está hablando y me encuentro con la chica que estaba sentada con Aitor.

—Cosas que pasan —digo simplemente, sin intención de seguir hablando con ella.

—Una pena que un vestido tan caro se haya estropeado de esa forma. —Se me acerca y roza la tela con un dedo hasta que me aparto unos centímetros para que no me toque. La verdad es que su forma de hablarme y de mirarme no me gusta nada—. Aunque tú debes de tener un armario repleto.

—¿Es que el sueldo de una policía no da para ello? —Pongo los brazos en jarra esperando su reacción, intentando averiguar qué es lo que quiere exactamente.

—Seguro que a tu nivel no.

—Soy una simple empresaria, no creas lo que oigas por ahí, nunca son ciertas las habladurías.

—Y aunque lo fueran tampoco me lo dirías. —Repasa el carmín de sus labios al tiempo que me mira a través del espejo.

—¿Tú qué crees? —Se me escapa una carcajada ladina—. Si quieres le digo a Aitor que te suba el sueldo, es tu jefe, ¿no?

Noto cómo tensa la mirada y siento que hay algo en ella que no me gusta nada.

—Si no tienes nada más que decirme, espero que pases una gran velada.

Doy por finalizada mi conversación con ella, dejándola en el baño, y voy con Genaro, que está hablando con unos empresarios muy conocidos de la ciudad.

—Al fin, Nasha, supongo que ya los conocerás. —Ríe de forma escandalosa—.

Ella es mi nueva socia, Dolce es de los dos, ella se ha encargado del personal...

Justo en ese momento pasa por mi lado esa chica y se sienta junto a Aitor, no sin sonreírle antes de acercarse a su oído para susurrarle algo y que nadie pueda oírlos. Me molesta mucho su actitud, porque no comprendo a santo de qué me ha dicho eso en el baño. Lo último que quiero pensar es que Aitor es tan tonto de dejarse embaucar por esa mujer; conozco desde hace unos años a su esposa y no me gustaría saber que tiene un *affaire* con esa chica.

—Vais a ver el talento que tiene esta mujer. —Genaro me da una cachetada en el muslo que me obliga a centrarme en él. A punto estoy de devolverle el golpe, pero en la cara, y que todo el mundo vea que conmigo no se sobrepasa ni mi madre—. Ve, es tu turno. Que empiece el espectáculo.

Les sonrío por compromiso y me alejo hasta la pared del fondo, que se está abriendo para mostrar un segundo salón de paredes oscuras, del que hasta ahora nadie sabía de su existencia. Mientras veo cómo todo el mundo centra su atención en el lugar, me apunto mentalmente que cuando no haya ningún cliente le dejaré las cosas claras a Genaro, o tendremos muchos problemas en el futuro.

—Buenas noches, mis *dulces*. —Arranco a hablar utilizando mi tono de voz sensual, el mismo que empleo en mi reino, donde consigo que todas las mujeres deseen que mis chicos les den placer—. Antes de nada querría dar las gracias a mi socio, Genaro... —lo señalo para que todos lo aplaudan y, en décimas de segundo, él se infla del orgullo, tanto que poco a poco apenas si cabe en el traje—, por haberme ofrecido la posibilidad de crear un lugar en el que podréis cenar tranquilamente y disfrutar de los espectáculos que rigurosamente hemos seleccionado para vosotros. Y con nuestras chicas os dejamos, espero que disfrutéis y os dejéis llevar por ellas.

El foco de luz se enciende en medio de la sala oscura y revela el cuerpo de una mujer de espaldas. En cuanto suenan las primeras notas musicales, sus caderas comienzan a moverse lentamente, hasta que su voz consigue dejar a muchos con la boca abierta, y yo sonrío satisfecha por el trabajo de todos estos días.

* * *

Espectáculo tras espectáculo, logramos que los comensales disfruten de una velada que ha transcurrido sin problemas, y al fin me siento a una de las mesas para descansar mis pies un rato.

—Mañana ven también de largo porque tenemos una cena muy importante.

Me giro para ver a Genaro dejando la chaqueta de la americana sobre la silla de al lado y desanudándose la corbata, que le comprimía la papada.

—Pensaba venir mañana también, al menos unos días hasta que...

—La cena es fuera.

—¿Qué cena? —le pregunto justo en el instante en el que recuerdo que la fiesta de primavera de la familia Zúñiga es también al día siguiente.

—Soy el empresario del que más se habla y quiero que mi socia me acompañe a casa de los...

—¡Zúñiga! —pronuncio en un suspiro, sabiendo que no me equivoco.

—Veo que ya conoces la fiesta. Mejor, así no tengo que decirte cómo debes ir. —Coge la chaqueta y, con la corbata en la mano, me da la espalda para marcharse.

—No pienso ir.

—Pasaré a recogerte a las ocho en punto.

—Genaro, ¿me estás escuchando?

Me pongo en pie molesta para ver cómo se detiene de repente y se gira para contestarme.

—¿Y tú a mí? —No respondo, porque estoy a punto de decir algo que no debo—. Ahora eres mi socia, y, como tal, te han invitado.

«¿A mí? ¡No puede ser...! La madre de Andrés jamás me invitaría... ¡No piense ir! ¡Joder, allí no!...», me grito mentalmente. Era lo último que esperaba tener que hacer, ir a esa maldita cena. «¡Y no pienso ir!», sentencio para terminar mi conversación conmigo misma.

CAPÍTULO 6

NASHA

Estoy tan cansada que me niego a moverme. Sé que me han llamado unas cuatro veces, pero necesito descansar, aunque lo que realmente no quiero es leer u oír alguna palabra de Genaro que tenga que ver con esa estúpida cena. Siempre la he odiado, jamás he entendido por qué todo el mundo acude como si fuera el evento del año, cuando es una reunión de gallinas cluecas que sólo van a ponerse finas de champán y a criticar al prójimo.

Vuelve a sonar el teléfono y me llevo la almohada a la cara, pero, aun así, sigo oyéndolo. Maldita sea, ¿¿por qué no me dejan en paz?! Me giro y miro la pantalla con desdén, y entonces veo que es Merche. Qué extraño, mucho, ella no suele llamarme a estas horas.

—¿Dime!

—Al fin. ¿Por qué narices no has contestado antes? —Noto su voz temblorosa y me alarmo, algo no va bien—. Me ha llamado José para que te diga que vuestra madre está en el hospital.

—¿¿Qué?! ¿¿Qué acabas de decir?!

—Nasha, vete pitando al hospital.

—Voy..., voy...

No cuelgo la llamada, conecto el manos libres y le pregunto en qué hospital está, al tiempo que cojo de mi vestidor ropa deportiva que me pongo a toda prisa con una mano mientras intento no caerme al suelo y ella me va informando de todo lo que sabe.

—Gracias, ya salgo... Te dejo... Sí, te llamo..., *ciao*.

Y finalizo la llamada nerviosa, porque en el fondo no sé por qué narices está ingresada, y como le pase algo y no llegue a tiempo no me lo voy a perdonar en la vida. Bajo la escalera dando saltos sin pensar en que en uno de ellos puedo caerme, pero lo único que quiero es llegar cuanto antes al coche.

Metó la llave en el contacto y salgo a toda prisa de la finca. Conduzco rápido, todo lo que el tráfico me permite, hasta que llego y estaciono en el parking de

urgencias. Corro hasta llegar frente al mostrador y, apenas sin respiración, le pregunto a la recepcionista, que habla por teléfono y no me hace ni caso.

—¡Nasha! —El grito de José me llega desde la lejanía y me giro para encontrarlo—. Mamá... —Su voz se rompe, jamás lo había visto tan preocupado.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

Corro hasta abrazarme a él y los dos lo hacemos con fuerza, porque, por mil malentendidos que haya entre nosotros, nos queremos como si fuéramos de la misma sangre.

—No lo sé, he ido a verla y estaba... —No logra terminar la frase sin que una lágrima rueda por su mejilla.

—José, se va a poner bien. —Le estrecho las mejillas y pongo su cara frente a la mía—. ¡Mírame! —le insisto —, no le va a ocurrir nada, ¿me oyes?

—No sé qué ha pasado, estaba en el suelo... Nasha, te juro que si le ocurre algo...

—Chist, no digas nada más; vamos a sentarnos.

Lo agarro de la mano y caminamos hasta la sala de espera de urgencias, en donde nos acomodamos como podemos en las incómodas sillas de plástico y, durante horas, permanecemos el uno abrazado al otro sin movernos de allí.

—Perdona por cómo me he comportado estos días —dice rompiendo el silencio de repente.

—Ahora no te preocupes por eso, eres mi hermano y todo está olvidado.

—Es que, de verdad, odio a ese hombre, las libertades que se toma, la forma en la que te mira... —Sus palabras están teñidas de rabia, cosa que me sorprende en él, porque no lo había visto así hasta ahora.

—Todo está bajo control, es un simple restaurante, y la primera noche ha sido increíble.

Me mira a los ojos apenado y muestra cierto arrepentimiento por no haber confiado en mí.

—¿Familiares de Celia Obiang?

—¡Sí! —respondemos José y yo al unísono, y nos ponemos en pie para escuchar lo que el doctor quiere decirnos.

—¿Sois...?

Nos mira a los dos, y José, que sigue bloqueado, lo mira pero no responde, así que me adelanto yo:

—Sus hijos.

—Bien. Celia está estable, pero debemos hacerle más pruebas porque ha tenido un amago de infarto y dejarla en observación unas horas.

—¿Es grave, doctor? —pregunto angustiada.

—Aún es pronto para saberlo.

—¿Podemos verla? —José no puede esperar, y lo comprendo, necesita comprobar que su madre está bien.

—Sí, pero está sedada y debe descansar, así que os pido que lo hagáis en silencio.

—Entendido, doctor.

Cojo a José de la mano para darle fuerzas y, paso tras paso, seguimos al médico hasta la unidad de cuidados intensivos, en la que vemos el cuerpo grande de su madre tumbado. Pocas veces la hemos visto de esa manera, ella es tan alegre y risueña...

—Mamá...

—José, está dormida. Mejor que descanse.

Los dos agarramos una de sus manos y puedo ver el dolor en los ojos de mi hermano. Sé exactamente qué es lo que le pasa por la cabeza, y aunque espero con todas mis fuerzas que todo vaya bien, verla tendida es doloroso.

Beso su mano y le acaricio la mejilla cuando veo que el doctor entra y nos pide en voz baja que, por favor, salgamos.

Una vez lo hacemos, cierra la puerta tras de sí.

—Lo mejor es que se marchen a casa hasta mañana, aquí no pueden hacer nada. —Nosotros nos miramos y negamos convencidos de que no queremos movernos hasta que sepamos más de su estado—. En caso de que haya novedades, prometo llamarlos.

—¿Pero...? —José no concibe la idea de irse.

—Es mejor que se marchen y descansen, mañana necesito que tengan fuerzas. —El médico no deja que José termine la frase, y yo entiendo que, por mucho que nos duela, aquí no vamos a hacer nada más que molestar.

—José, el doctor tiene razón; mañana venimos a primera hora descansados.

El médico me mira y asiente, animándome a convencerlo para que nos marchemos. Mientras yo le hablo a mi hermano, el doctor desaparece y lentamente salimos afuera, donde nos fumamos un cigarro en la puerta.

—¿Te invito a comer! —Sé que estar en casa es peor, y aunque él me mire con cara de que no le apetece, no pienso dejar que se marche para darle vueltas en soledad—. ¡Vamos!

—Está bien. —Caminamos en dirección al parking y lo noto nervioso. Me paro de repente para mirarlo a los ojos y es entonces cuando lo veo dudoso—. Nasha, ¿se va a poner bien?

—¡Claro que sí! —No puedo decirle otra cosa, no lo sé ni yo..., pero la esperanza es lo último que debemos perder.

Me da un abrazo que dura unos segundos y luego seguimos andando y llegamos al coche.

—Conduce tú. —Le lanzo las llaves y me dirijo al asiento del acompañante para que me lleve—. ¿Vamos al hindú?

—¡Venga!

Mi teléfono comienza a sonar y veo que es Genaro. Silencio el volumen y dejo que se corte la llamada; ahora no me apetece hablar con él. Hoy no pienso moverme del lado de José, hoy me necesita él más que nadie.

* * *

—¿Vas a contestar de una puta vez?

Lo miro sorprendida por su reacción. Veo cómo conduce apoyado en la ventana y tocándose la barbilla sin dejar de mirar la calzada muy serio.

—Después.

—Lleva todo el día llamándote. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta?

—No me apetece responder —digo a desgana mirando por la ventanilla de mi lado.

—A ver, ¿vas a decirme qué ocurre?

Cómo odio que me conozcan tanto y sepan que realmente me ocurre algo, aunque él puede aconsejarme.

—Me ha invitado a la cena de primavera de los Zúñiga.

—Querrás decir de Andrés. —Se le escapa una carcajada y, por primera vez desde que lo he visto en el hospital, sonrío—. Y ¿cuál es el problema? —Lo miro con cara de «¿No lo entiendes?»—. ¿Me vas a decir que no eres capaz de pasearte con uno de tus vestidos y dejarlo con un dolor de huevos?...

—José...

—¿Qué? ¡Disfrutarás de ello, y lo sabes! —Se me escapa una sonrisa porque la verdad es que es así—. Vamos, nena, sabes que estás deseando ver su cara.

—¿En qué momento me he convertido en una mala persona? —digo pensando en

voz alta.

—Con los tíos, desde que decidiste dejar a Andrés.

Odio que sepa tanto de mí.

—¿Por qué no te callas un poco? —Le doy un golpe en el hombro y de pronto da un volantazo consiguiendo que tenga que agarrarme para no chocar contra la puerta del coche—. ¿Estás loco? ¿Adónde vas?

—A comprar un vestido destrozabraguetas.

—¡Joder, qué bruto eres! —No puedo evitar reírme por su ocurrencia.

—Ya lo sabes.

Mientras conduce en dirección a una *boutique* pienso en si debo o no ir a esa cena. Por un lado, no me apetece volver a verlo, la última vez no pude evitar que me afectaran sus palabras, pero José tiene razón, nunca me he amedrentado por nadie, y no voy a comenzar a hacerlo ahora.

—¡Tiene que ser un vestido rompedor! —exclamo.

—Así me gusta.

Justo en ese momento mi teléfono vuelve a sonar y esta vez sí que respondo.

—Dime —contesto como si nada—. Estaré lista, tú sólo encárgate de ser puntual.

—Como en algún momento se sobrepase... —me advierte José, dejando de mirar por un momento hacia la calzada.

—Antes de que te hayas dado cuenta le habré reventado los huevos, hermano.

—No espero menos de ti, llevo media vida enseñándote dónde debes pegar. —Se le escapa una media sonrisa—. Qué asco me da ese tío.

—Ya lo sé, pero ahora lo necesitamos. —Hablar de mi trabajo me recuerda que no debería dejarlo solo, no quiero que esté mal o se vaya a la sala de espera a dormir—. ¿Y tú, qué vas a hacer?

—Tengo trabajo. ¿O creías que no iba a volver más por el reino?

—Mañana a primera hora iremos a ver a mamá.

Asiente serio y continúa conduciendo.

* * *

Oigo el timbre de mi reino y sé que es Genaro. Vuelvo a mirarme al espejo y pienso que me encanta el vestido que he elegido. Es rojo pasión, como a mí me gusta, pero el tul en capas de la falda de sirena consigue darle un aire de dulzura que contrarresta todo lo que soy.

Bajo la escalera y oigo a mi izquierda un silbido de José. Me río, sé que es todo un donjuán.

—¿Cómo estoy?

—*Im*-presionante —Hace hincapié en la «m», consiguiendo que me ría—. Yo sé de uno que va a sentir una presión infernal toda la noche.

—¿Qué haces ahí parado?

Merche aparece detrás de él y se detiene de pronto al verme.

—Guau, porque no me gustan las mujeres, si no, te tiro los trastos.

—¿Queréis trabajar un poco? —Bajo los escalones que me quedan encantada de ser observada, hasta que llego al rellano y veo en la puerta la ostentosa limusina de Genaro—. José, llámame si sabes algo, por favor.

—Lo haré, vete.

Asiento intranquila y me dirijo hacia el coche, donde me espera un chófer para abrirme la puerta. Subo y me siento a bastantes metros de distancia de Genaro, que está bebiendo una copa de whisky.

—¿Quieres?

—No.

—Alegra esa cara, nos vamos de fiesta.

—Estoy alegre, ¿no lo ves? —Finjo una sonrisa obligada que no le convence para nada, pero es lo único que me sale.

* * *

Cuando llego a casa de Andrés, siento que he regresado al pasado. Desde que decidí alejarme de él no había vuelto aquí y, en cierto modo, no es que me sienta muy cómoda entrando del brazo de Genaro. Si alguna vez pensé en volver, no era ésta mi idea.

Subo los tres escalones que me llevan al *hall* y es entonces cuando lo veo en segunda fila. Está distraído, no mira a nada en concreto, y aún no me ha visto cuando su madre lo hace y abre la boca de par en par.

—Buenas noches, señora Zúñiga, le presento a mi nueva socia. —Genaro rodea mi cintura con sus sucias manos, y en vez de apartarme sonrío como si fuera la persona más satisfecha del mundo. En parte, ver la cara de la madre de Andrés mirándome de arriba abajo, sin saber qué decir, es más de lo que habría soñado—. Nasha, Carmen Zúñiga, la representación de la noble...

—Ya nos conocemos, ¿verdad, Carmen? —digo.

Ella asiente flagelada. Creo que puede que de un momento a otro se desmaye, pero mi atención está puesta en Andrés. Al oír mi voz se ha girado de pronto y no ha dejado de mirarme.

Sus ojos emanan fuego, furia por ver las manos de Genaro rodear mi cuerpo, lo sé porque lo conozco muy bien.

—Encantada de teneros en mi casa —miento obligada porque Genaro es el empresario más importante de la fiesta y es consciente de que no puede dedicarle un gesto desagradable.

—Buenas noches, señorita Biyogo. —Andrés me besa la mano como a una más, como si entre nosotros no hubiera ocurrido jamás nada.

—Señor Zúñiga. —Le hago una pequeña reverencia que no le pasa desapercibida a Genaro, que me agarra con más fuerza para que siga su paso.

Contoneo las caderas hacia el interior de la casa sabiendo que sus ojos están clavados en mi espalda desnuda. Pagaría por ver la cara de su madre ahora mismo. Seguro que está preguntándole a Andrés si sabía que yo iba a venir.

—¿De qué conoces a esta familia? —me pregunta Genaro casi sin mover los labios. Es obvio que no se informó todo lo que debería sobre mí cuando quiso que nos asociáramos.

—Digamos que no sólo hago negocios contigo —le respondo sin querer dar explicaciones de mi vida.

Si una cosa logramos Andrés y yo fue evitar a la prensa. Nadie supo de nuestra relación, a él no le importaba que se enteraran, pero yo siempre preferí mantenerme al margen de la prensa sensacionalista, que buscaba día tras día a la mujer que robaría el corazón del guapo hijo mediano de los Zúñiga.

Cojo una de las copas que me ofrece un camarero en el jardín cuando veo pasar a Ana por mi lado, y antes de que se aleje le digo:

—Estás preciosa, Ana. —Se gira para mirarme porque ha reconocido mi voz y obviamente no me esperaba esta noche—. Buena elección. —Le señalo el vestido y sonrío avergonzada.

Doy unos pasos para alejarme de Genaro y que no pueda oírnos.

—Mi madre no me ha visto, cuando lo haga me mata.

—Intenta que sea en público, delante de alguien importante —le aconsejo, y guiño un ojo tratando de ayudarla un poco, porque en cierto modo es culpa mía si se lleva una buena reprimenda de su progenitora—. Aprovecha, el presidente.

Dirige la mirada hacia la entrada y, al igual que yo, ve quién está saludando a su madre. Entonces, tras afirmarse ella misma, camina a toda prisa hasta ponerse al lado de Andrés, que la besa en la mejilla y la agarra de la mano dándole la fuerza que necesita para enfrentarse a lo que está a punto de ocurrir.

Cuando su madre se dirige a Andrés y ve a Ana a su lado, vuelve a quedarse sin habla al ver el escote de su tímida hija, pero delante de las personas que está no puede decir nada, aunque su semblante lo dice todo. Ana se gira y me mira cómplice; sé que para sus adentros está agradeciéndome que la haya ayudado.

—Te voy a presentar a todos, ven.

—Primero debo ir al baño —me disculpo con Genaro, que, no conforme con ello, resopla—. Será un momento. —Intento que me comprenda, aunque, si no lo hace, pienso ir igualmente.

—No tardes.

Me doy la vuelta y cierro los ojos con fuerza conteniendo las ganas de darle una patada en los mismísimos y volver a dejarle claro que no soy ningún trofeo que ir mostrando. Entro en la casa y es entonces cuando oigo a un Andrés serio interceder por su hermana; imagino que su madre, en cuanto ha visto la oportunidad, le ha dicho algo sobre su vestido.

—Mamá, no es el momento. —Coloca a Ana a su espalda—. Tampoco es para tanto, va preciosa.

—Esto no va a quedar así, al final te llevo a un internado para que te metan en vereda.

Se me escapa una sonrisilla que intento disimular cuando veo su mirada fija en mí. Ana, contenta por no haber tenido que enfrentarse a su madre, corre hasta el jardín, y Carmen tras ella para seguir saludando a los asistentes. Y yo, sin importarme lo más mínimo que esté él justo al lado del aseo, camino hasta que abro la puerta cuando me agarra del brazo.

—Pensé que te gustaban más jóvenes... —Me giro para asesinarlo con la mirada cuando remata la frase—: ¿O es su cartera lo que más te gusta?

—¿Tienes envidia, señor Zúñiga?

—¿Acaso ahora soy el señor Zúñiga, señorita Biyogo?

—¿Debería ser de otro modo, señor Zúñiga? —repito.

—No lo sé, ¿usted qué cree?

Me agarra de las caderas y me aproxima hasta que topo con su cuerpo sin vacilar un momento ni tan siquiera preocuparse de que haya alguien que pueda vernos. Noto

cómo su mano acaricia mi espalda y es entonces cuando sé que no debo dejarlo seguir.

—¿Cree que a su señora madre le gustará que lo acusen de acosar a una de las invitadas a su fiesta anual?

Le agarro la entrepierna con fuerza, sé que le duele, que no habla porque apenas puede, sin embargo, mantiene la compostura en todo momento para que nadie se percate de lo que está ocurriendo.

—Sabes que me importa una mierda lo que piense mi madre —logra decir, y noto el dolor en su entrecortada voz.

—Los dos sabemos que no. —Lo suelto de pronto y me llevo las manos al cabello como si me estuviera peinando y charlando como una más—. De lo contrario, no seguirías en la consulta y habrías cambiado tu forma de vivir para ser feliz.

—Si tú lo dices...

Se aparta para dejarme entrar en el baño, no sin tener que rozarle el traje con mi abultada falda, cuya tela se engancha y tengo que tirar discretamente de ella.

Me apoyo en el mármol del baño y respiro profundamente mirándome al espejo. Mi respiración es forzada, rápida, porque el contacto con Andrés ha encendido algo que creí que ya estaba apagado. Nuestra relación está más que terminada, me digo para convencerme, pero parece que mi estúpido cuerpo tiene pensamientos propios, y son contrarios a los de mi cabeza.

Me miro al espejo y sigo autoconvenciéndome. Nuestras vidas no pueden unirse porque ninguno de los dos deseamos lo mismo, y aunque no queramos asumirlo, ninguno cambiará su forma de vivir por el otro.

La puerta se abre y veo entrar a Martina, que se queda parada al verme.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué es de tu vida? —le digo volviendo a colocarme la máscara soberbia. Nunca me ha caído bien, supongo que la insistencia de Carmen porque Andrés estuviera con ella tiene algo que ver.

—Como siempre, bien —responde como una autómatas, puesto que imagino que verme no entraba en sus planes.

—Faltaría más —digo. Ella me mira sin llegar a comprenderme—. Nos vemos fuera, me están esperando.

Cuando abro la puerta no veo a Andrés y me siento aliviada. Sé que esta noche va a ser todo un reto con él. No me va a dar tregua, lo conozco muy bien.

Salgo y veo a Genaro, que está deseando que llegue a su lado para presentarme a todo el mundo, y eso hace. No sé cuántas horas paso saludando a las personas que me

presenta, muchas de las mujeres me miran por encima del hombro, y sé que es porque mi vestuario es muy provocativo, más de lo que les gustaría. Aunque, en realidad, lo que no les gusta es que sus fieles maridos no puedan dejar de mirarme.

Es muy tarde y yo tengo que madrugar, no puedo dejar solo a José, me necesita más que nunca.

—Genaro, yo tengo que marcharme. —Me acerco para hablarle sin que nadie pueda oírnos, sabiendo que Andrés está a pocos metros mirándome molesto.

—Es muy pronto, aún queda mucha fiesta. No te vas.

—No te estoy pidiendo permiso. Te estoy diciendo adiós.

Me doy media vuelta y me dirijo a la salida cuando noto unos brazos que me paran. Cierro los ojos con fuerza antes de girarme y tener que repetirle que debo irme y voy a hacerlo, diga lo que diga. Es mi socio, nada más.

Pero cuando me dispongo a volverme me elevan de las caderas hasta quedar sobre unos fornidos hombros. Estoy a punto de gritar cuando veo a Ana romper en una carcajada y pedirme en silencio con las manos que no grite. Y entonces sé que la persona que me está llevando escaleras arriba es su hermano. Andrés.

—¡Déjame en el suelo ya! —De pronto me deja caer y me coloco la falda en su sitio—. Pero ¿tú estás loco?

—Odio verte al lado de ese...

—¿De ese qué? —le vacilo para que continúe hablando—. Andrés, hace mucho que no somos nada y no tengo por qué darte explicaciones.

—Es que no puedo entender por qué has accedido a...

—¿A acostarme con él? —Intento llevarlo a otro camino que sé que le va a doler mucho más. Me mira fijamente, intenta psicoanalizarme como el buen psicólogo que es—. Algunas mujeres necesitamos salir de nuestra zona de confort para ser felices. —Doy un paso hacia delante quedando tan sólo a un par de él—. ¿Tú sabes lo que es eso, Andrés?

—Puede que más de lo que crees.

—¿Ah, sí? —Sé que me está mintiendo—. ¿Cuántas horas dedicas en la consulta? —Espero su respuesta.

—Las necesarias. —Lo sabía, no me va a contestar porque no va a reconocer la verdad—. ¿Ahora te van los viejos? —dice retomando la conversación que yo había desviado.

—Los maduros. —Miro al techo pensativa y puedo ver su desesperación—. Puede..., nunca se sabe quién puede hacerte tocar el cielo.

—¡Ése, como mucho, te lleva al infierno!

Se ríe ladino y no pienso amedrentarme ni permitir que se sienta satisfecho.

—¿Y tú, Andrés, alguna vez me has hecho llegar a ese lugar? —intento herirlo con mis palabras—. Ahora mismo no sabría decirte... —respondo por él.

—Vas a ver lo que este psicólogo sabe hacer.

Vuelve a cogerme a la fuerza y camina a toda prisa hasta entrar en la que era su habitación y me tira sobre la cama.

—¿Vas a violarme?

—Voy a recordarte lo que éramos juntos, pues parece que lo has olvidado.

Sus manos apresan las mías por encima de mi cabeza y mi pecho sube y baja al respirar. Está muy cerca de mí, hacía mucho que no podía verlo apenas a unos centímetros y no puedo negar que está mucho más atractivo y oscuro que cuando era mi pareja.

—Estoy a punto de hacer una tortilla con tus partes bajas. —Elevo la rodilla sin llegar a golpearlo, sino que lo rozo para que sienta mi cuerpo.

—Haz lo que tengas que hacer. —Noto cómo roza con fuerza mi rodilla y cierra los ojos antes de lanzarse a mi boca, pero no lo recibo, me giro, no voy a dejarme llevar o será mi perdición—. Sabes que te gusta, mírame a los ojos —me exige.

No lo hago, no quiero hacerlo porque sé lo que voy a ver.

—Suéltame, tengo que irme.

Intento zafarme de su agarre, pero tiene más fuerza que yo.

—¿Desde cuándo eres puntual para irte a la cama de un viejo?

—Desde que ese viejo me da lo que tú nunca me has dado.

Me enfado, no me gusta nada que me trate como a una prostituta, jamás lo he sido y nunca lo seré, aunque, como veo que le duele, no tengo intención de desmentir nada.

—¿Estás segura?

Baja los labios y los posa en mi cuello. Intento alejarme, evitar que me roce, pero tiene más fuerza que nunca y no logro zafarme de él. Me besa el cuello, lo muerde, y con todas mis fuerzas ahogo un gemido. No quiero que sepa que me está excitando, pese a que es la verdad. Ahora mismo lo único que quiero es tenerlo dentro de mí, pero no debo permitirlo.

—¿Crees que con esto voy a caer rendida? —le vacilo.

—Puede que no, aunque nunca se sabe. —Levanta la falda de mi vestido y tira de mi tanga hasta que oigo el crujir de la tela y no puedo evitar un grito de dolor cuando se me clava en la piel—. Ya no soy el mismo Andrés que dormía cada noche contigo.

Me suelta una mano y yo no me muevo, estoy paralizada. Él sonrío ladino, lascivo, debería levantarme e irme, sin embargo, no lo hago. Lo que acaba de hacer jamás lo había hecho, y por alguna extraña razón me gustaría ver hasta dónde está dispuesto a llegar.

—Tu marcha me cambió, nos cambió. Ninguno de los dos es el mismo de antes —añade—. Yo me he dado cuenta. ¿Tú no?

Me suelta el único brazo que tenía apresado y agarra mis caderas con fuerza para mirar mi sexo antes de lanzarse sobre él y devorarlo.

Su lengua ya no es dulce como era, sus labios ya no me acarician como lo hacían, ahora su agresividad me excita, me da lo que me gusta, y sus dientes concluyen los movimientos consiguiendo que tenga que abrir la boca y permanezca inmóvil y confundida.

—Demuéstrame que no sigues sintiendo algo por mí —reclama, pero yo no puedo decir nada, estoy superada por la excitación y el descubrimiento de un hombre nuevo—. Pídeme que no te toque.

Se incorpora y veo su boca brillar, cómo se relame lentamente y acaricia mis labios con su dedo índice. Huele a sexo. Baja hasta mi escote y destapa uno de mis pezones rozando la tela, que los endurece al instante.

—No me toques —logro decir en un suspiro ahogado.

—No mientas, sabes que no quieres que pare, te conozco muy bien.

Introduce dos dedos en mi sexo, profundiza y los mueve con maestría.

—Te estás confundiendo. —Tengo que tragar saliva para no ahogarme—. Y te arrepentirás.

—Dime que me aparte. —Continúa con sus acometidas con los dedos y no puedo más que cerrar los ojos—. Dime que lo haga. —Acerca sus labios a los míos y, por instinto, me los muerdo bajo su atenta mirada—. Pídeme que te bese.

Su respiración topa con la mía y no voy a contestarle. Soy yo la que se acerca a él, pero, antes de que lo haga, mi teléfono comienza a sonar. Y me paro de repente.

CAPÍTULO 7

NASHA

Aparto a Andrés con todas mis fuerzas porque algo me dice que debo contestar. Él no se mueve ni opone resistencia a mi intento de apartarme, hecho que agradezco.

—Debe de estar por el suelo —me dice señalando al otro lado de la cama, donde efectivamente está mi bolso tirado.

—Gracias —respondo, y no sé si se lo estoy diciendo a él o simplemente al aire en señal de agradecimiento por haberlo encontrado.

A toda prisa, cojo el teléfono que está en el interior y veo que, efectivamente, la llamada perdida es de José. Todo mi cuerpo se descompone y siento que las piernas en cualquier momento me van a fallar. Marco sobre su nombre y lo llamo.

—Dime.

Asiento, trago saliva, hasta que al final no puedo más y, sin importarme que Andrés esté sentado a mi lado, atento a lo que hablo, sin decir nada, me siento para terminar la conversación y llevarme las manos a los ojos.

—Nasha, ¿es Celia? —Lo miro a los ojos y, por primera vez desde que lo he visto, me olvido de lo que siento por él y mis ojos se bañan en lágrimas—. ¿Qué le ocurre?

—Le han dado veinticuatro horas de vida. —Termino la frase con un gemido de dolor, no puedo creer que esté ocurriendo—. Tengo que ir con José, me necesita.

—Vamos, te llevaré.

—¡No, no hace falta!

—No me jodas. Después de tantos años, ¿crees que no debo estar?

Estoy demasiado nerviosa como para enfadarme, discutir o pensar en otra cosa que no sea ir al hospital.

—Dios..., Andrés, no puede estar ocurriendo... José debe de estar...

—Tranquila, estaremos a su lado. No estará solo.

Me ofrece la mano y la agarro con fuerza, tira de mí para salir de la habitación y bajar la escalera a toda prisa. Cuando llegamos al último peldaño, Carmen, su madre, lo llama furiosa.

—Mamá, no tengo tiempo para tonterías. Me voy.

Me pide que vaya al coche, y yo, destrozada por la noticia, ni me doy cuenta de que su madre no está sola, sino acompañada de Martina. Cuando ella habla es cuando soy consciente de lo que deben de estar pensando, pero sus desdichas no son mi problema.

—Hijo, si te vas con ella...

—Di lo que quieras, no tengo tiempo para discutir.

—Pero, Andrés..., necesito hablar contigo. —Martina le suplica en vano.

—Martina, ya lo hemos hablado todo. Lo siento, pero lo nuestro es un imposible. Y ahora me voy.

Desde la puerta de la casa he escuchado la conversación. Estoy parada sin saber hacia dónde ir, hasta que su mano se posa en mi espalda y me guía entre todos los coches que hay aparcados hasta llegar al final.

Las luces del todoterreno se encienden y me monto a toda prisa en él. No dejo de mirar la pantalla del teléfono mientras Andrés rodea el coche y monta también. El tiempo se ralentiza, los segundos se convierten en siglos, en los que me da tiempo a recordar a Celia, su sonrisa, la generosidad que siempre me ha demostrado, no puedo creer que esté a punto de no verla más.

Me limpio las lágrimas con la mano y Andrés me acaricia la mejilla justo antes de arrancar y salir de la finca a toda leche, provocando que las ruedas chirrién.

—No tardaremos, te lo prometo.

—Por favor —le ruego apenas sin voz.

Me paso todo el camino mirando por la ventanilla. La negritud de la noche me acompaña, al igual que mi estado de ánimo apagado, muriéndose una parte de mí. Un pedazo de mi corazón se resquebraja al igual que me ocurrió cuando vi morir a mi madre biológica, la que me dio a luz y dio su vida para que yo tuviera un futuro mejor.

* * *

Entro en el hospital a toda prisa seguida por Andrés, que no ha hablado desde que hemos salido de su casa. Busco entre las personas que hay en la sala de espera a José, pero no lo veo. Miro a Andrés nerviosa y él me pide en silencio que me tranquilice. Se aparta de mí y me siento en una de las sillas, desde donde observo cómo se dirige a un médico, con el que habla unos minutos hasta que al fin se acerca de nuevo.

—Vamos. Puedes ver a Celia.

Me levanto de repente y camino hasta la habitación a la que la han trasladado.

El corazón está a punto de salirseme del cuerpo, hacía mucho tiempo que no estaba tan nerviosa como lo estoy ahora. Me paro indecisa frente a la puerta.

—No quiero..., no sé si soy lo bastante fuerte para...

—Lo eres, siempre lo has sido —me anima. Lleva su mano a mi nuca y la acaricia con un cariño que jamás había sentido.

—Andrés, yo...

—¡Nasha! —Voy a decir algo cuando José me llama y se acerca a toda prisa para fundirnos en un abrazo y comenzar a llorar juntos—. ¿Por qué? No es justo.

—Lo sé, no lo es. —Sollozo en su hombro, y él lo hace del mismo modo. Ninguno de los dos quiere separarse. Perdemos algo muy importante: para él, su madre, la única familia que tiene en España, y para mí la madre que me crio cuando la mía murió—. No vas a estar solo, no pienso separarme de ti.

Pero José no dice nada, sólo llora entre mis brazos como un niño pequeño, algo que no hacía desde hace muchos años.

—Entra, ahora está estable y despierta —dice cuando, pasado un rato, se ha recompuesto un poco y es capaz de hablar sin sollozar.

—Voy.

Me separo ligeramente de él y nos miramos a los ojos. Los dos los tenemos inflamados y rojos a causa del llanto desolador. Me seco las lágrimas con la mano sin importarme el maquillaje, y justo después le retiro a él las suyas, lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos y sin poder dejar de jadear. Me tiemblan los labios.

—Será mejor que te limpies para que no te vea así. Debes sonreír.

Me giro para darle las gracias a Andrés y José lo mira sorprendido porque ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a nuestro lado en silencio. Nos observa durante un par de segundos y luego me suelta para darle un abrazo.

—Gracias, tío. Gracias por venir.

—José, seguís siendo mi familia.

Andrés me mira con la esperanza de que no me haya molestado y respondo colándome entre los dos grandes cuerpos, sintiéndome muy pequeña para abrazarnos los tres como si no nos hubiéramos separado nunca.

—Voy a entrar —digo.

Me aparto de ellos y veo cómo los dos se sientan en unos sillones que hay frente a la puerta y respiro hondo. Me limpio las lágrimas a conciencia y me obligo a entrar con una sonrisa.

—Mamá —pronuncio con un dolor de garganta que me aprisiona sin poder hacer nada por evitarlo.

Ella me mira sonriente. Es consciente de lo que está a punto de ocurrir y sonrío, porque lo último que quiere es vernos tristes, hasta el final va a ser la madre fuerte que nos ha criado.

—Nasha, siéntate. —Me pide que lo haga a su lado. Su voz es suave y forzada, noto cómo le cuesta respirar, cómo está haciendo un esfuerzo enorme por hablar—. Le hice una promesa a tu madre y no la he cumplido.

—No digas tonterías. Has cumplido con creces cualquier cosa que te pidiera.

—Por favor, escúchame. —Asiento y agarro su mano con fuerza, me la llevo a los labios y la beso—. Te conté por qué había venido tu madre a España. —Noto un pinchazo en el estómago al recordarlo—. Tu madre quería que volvieras, que conocieras a tu familia; tienes tíos, primos, muchas personas que te querían y que hicieron todo lo que estuvo en su mano para verte nacer y que ahora estuvieras aquí. Nasha, tienes que ir por ella, llevar sus cenizas y perdonarte a ti misma. Tú no eres la culpable de lo que ocurrió. —Sus lágrimas comienzan a rodar y no puedo hacer más que asentir.

—Iré, te prometo que iré. Pero no llores, no quiero verte llorar. —No obstante, no puedo evitarlo, las mejillas me duelen, mis ojos se humedecen y ella niega en silencio para que no lo haga.

Suspiro con todas mis fuerzas para evitar que mis lágrimas caigan y lo consigo.

—Lucha por el hombre de tu vida, recuerda que tu destino está escrito y sólo hay una persona adecuada para ti. Recuerda las palabras de tu madre.

La puerta se abre entonces y José asoma la cabeza pidiéndome permiso para entrar.

—Tienes una visita, mamá.

Mi hermano se aparta y Andrés aparece, arrancándole una tímida sonrisa a Celia.

Y en ese momento siento que ya no puedo más y necesito salir para respirar.

—Déjala, necesita pensar —oigo que dice la voz apagada de Celia justo antes de ir a sentarme en el sillón que hay delante de la habitación, y lloro, lo hago en silencio para que nadie pueda oírme.

No puedo creer que ella también esté a punto de irse, no quiero pensar que cuando vaya a su casa ya no estará, que no podré ir a pedirle consejo como cuando necesité saber qué debía hacer con Andrés. Ni tan siquiera José tendrá una persona en la que apoyarse de su propia sangre; él se ha quedado huérfano, al igual que lo fui yo.

Y me enfado con el que haya decidido que ya es su momento, porque no lo es, aún es muy pronto para que se marche. Siempre me había prometido que el día que volviera a mi tierra sería con ella, y ahora he hecho una promesa que no puedo cumplir, no sin ella.

—Nasha, es mejor que entres. —Andrés me agarra del brazo y, con semblante serio, se sienta a mi lado y me abraza—. Ya no tienes tiempo, por favor, entra.

Asiento y, esta vez sin disimular mis lágrimas, accedo a la tenue habitación, en la que el cuerpo de Celia yace en la cama con los ojos cerrados, exhausto por el último esfuerzo que ha hecho por nosotros.

—Mamá... —José se rompe a su lado.

Lo abrazo con todas mis fuerzas, la miro a ella de reojo y me lamento de lo que está a punto de ocurrir.

—Despídete, hazlo ya —le digo entre lágrimas a mi hermano para que no sea demasiado tarde.

—No puedo, de verdad que no puedo... —Noto su gran cuerpo tembloroso—. Mamá, no..., aún no...

Se deja caer a su lado, agarra su mano con fuerza y yo pongo la mía sobre las suyas. Su respiración es cada vez más lenta, el ritmo de su corazón suena más y más espaciado, y poco a poco Celia se apaga, su corazón ya no resiste y nos deja para descansar.

—¡No! ¡No! ¡No! —rompe a llorar José, que se lanza sobre su cuerpo inerte mientras yo no puedo hacer más que alejarme y contemplar la escena apoyada en la pared sin tener el valor de pararlo, de consolarlo; soy una cobarde una vez más.

—José, deja a las enfermeras. Ya se ha ido. —Andrés es el único que reacciona y poco a poco consigue que se aparte.

Los tres vemos entonces cómo el doctor nos deja unos segundos de duelo antes de tapparla por completo con la sábana y una enfermera apaga el monitor, enmudeciendo el sonido de la parada de su corazón.

Andrés abraza a mi hermano con todas sus fuerzas sin dejar de mirarme, pero yo no reacciono. No soy capaz de decirle nada porque siento que en otra vida debo de haber sido muy mala para que en ésta me lo arrebaten todo, todo lo que necesito para ser feliz, todo lo que soy.

No puedo parar de llorar, necesito aire. Sin pensarlo, y sabiendo que José no está solo, salgo de la habitación y corro hasta que llego a la calle. Doy una bocanada y miro al cielo. Me llevo las manos a la cabeza y enredo los dedos en mi gran melena

antes de coger un cigarrillo y llevármelo desesperada a la boca. Me alejo hacia un banco que hay en un lateral y me siento en él ausente del mundo, hasta que oigo mi teléfono sonar.

—Sí —respondo sin haber comprobado quién era.

—¿Dónde estás? —Andrés me habla casi en un susurro, supongo que está muy cerca de José.

—Necesitaba fumar —respondo en medio de un suspiro.

—Te necesita más que a nadie.

Vuelvo a respirar profundamente intentando recuperar el valor para subir de nuevo y darle un abrazo a mi hermano y demostrarle que no está solo.

Cuelgo sin decir nada y me pongo en pie.

Esta vez camino por el pasillo abatida, ya no tengo prisa por llegar. Siento un vacío en el ambiente que me ahoga, sin embargo, continúo hasta llegar, donde veo a un José abatido sentado en un sillón con la cabeza escondida entre las manos y sin dejar de sollozar.

Andrés me mira con los ojos rojos, también bañados en lágrimas, y me siento culpable por no poder compensarle todo lo que está haciendo por nosotros. Los dos miramos a José y yo me siento a su lado para abrazarlo con todas mis fuerzas.

—No llores, ahora nos está viendo y debemos ser fuertes.

—Tú también lo estás haciendo.

—Yo soy una mujer, tú no.

—Eso son bobadas que me decía mi madre. —Veo cómo mira al techo y atisbo una pequeña sonrisa que se rompe con un mohín de decepción—. No es justo. Ahora...

—No es momento de pensar, sino de hacer todo lo que nos toca. Poco a poco nos acostumbraremos a la nueva situación.

—¿Podrían acompañarme? —nos pregunta una enfermera con mucha delicadeza, y los tres la miramos sin saber qué decir.

—Ya voy yo, vosotros quedaos aquí.

—No, Andrés, ya has hecho suficiente. Debemos arreglar muchas cosas. —Por primera vez, José asume que todo sigue y, aunque nos duela, tenemos que terminar con todo esto cuanto antes.

* * *

Llevo más de veinticuatro horas en una neblina que no me deja pensar, y no soy la única: sé que José está igual que yo. Estoy sentada al lado de Ana, la hermana de Andrés, en el todoterreno de él, que lo está conduciendo. A su lado va José, compungido por sostener entre las manos una urna que contiene las cenizas de su madre y que no puedo dejar de mirar horrorizada.

No dejo de pensar que no somos nadie en este mundo. Ana me acaricia la mano y me mira con una tierna sonrisa de compasión, a la que respondo con una leve curvatura de mis labios.

—¿Adónde os llevo?

—Tengo que dejarlas en su casa. —José le pide a Andrés que lo lleve a casa de su madre, y eso hacemos.

Los cuatro permanecemos en silencio todo el tiempo que dura el recorrido hasta la casa de Celia. Cuando llegamos, paramos frente a la portería y respiro profundamente antes de abrir la puerta trasera.

—Quiero ir solo. No tardo —me pide una vez me pongo al lado de él en la acera.

—Si es lo que quieres, hazlo. Te espero aquí de pie por si me necesitas.

Me da un beso en la frente, que para mí dura una eternidad, y me dejo llevar como no he hecho desde que me he despertado esta mañana.

—Yo me quedo con ella —le dice Andrés, que, al verme llorar, no quiere separarse de mí—. Ven. —Sus brazos rodean mi espalda y me agarro a él con fuerza como no lo he hecho en todas estas horas en las que he estado ausente del mundo—. No estáis solos, no pienso dejaros, aunque no quieras.

—Gracias por todo lo que has hecho. José necesitaba tenerte cerca en este momento, gracias.

—No tienes que agradecerme nada, yo he querido estar.

—Siento todo lo que te dije antes de irme, no merecías...

—Ahora no, no es el momento de eso. —Me abrazo con más fuerza a él y me besa la cabeza. Atrapa mi melena entre las manos y me obliga a mirarlo—. Déjame ayudaros, para cualquier cosa que necesitéis.

Voy a contestar cuando veo que José ha salido ya. Me separo de Andrés y me acerco a él.

—Por favor, déjame solo —dice.

Me paro de repente y miro a Andrés, que con un gesto me da a entender que necesita tiempo, y lo comprendo, acaba de entrar en la casa de su madre y ella ya no está. Necesita asumirlo.

—Andrés, ¿nos llevas al reino?

Asiente y montamos todos de nuevo en el coche. El trayecto es corto, pero el silencio es mortífero. José se bate en duelo consigo mismo, y nadie quiere molestarlo; sabemos que lo que necesita es que pasen unos días y poder aprender a vivir sin su madre, porque olvidarla jamás lo hará, pero sí sabrá canalizar el dolor hasta que sea menos hiriente.

* * *

Aparcamos en la puerta y miro a Andrés fijamente. Es la primera vez que vuelve a este lugar conmigo, pero nada tiene que ver con lo que teníamos previsto, y la seriedad de su cara es lo que me está diciendo.

Cuando me obcequé en comprar la finca para montar mi propio negocio fue cuando comenzaron nuestros problemas. Él no comprendía por qué necesitaba embarcarme en algo que nos iba a restar tiempo como pareja. Y en parte tenía razón, pero lo último que quería era quedarme en casa o irme de compras todo el día mientras él estaba en la consulta hasta las tantas de la noche. Aquella vida me asfixiaba, y juro que aguanté todo lo que pude, sin embargo, nuestros caminos no iban en paralelo y, por mucho que él no quisiera verlo, estábamos mejor separados.

—¿Podemos tomar algo? —Ana, que hasta ahora había permanecido en un segundo plano para no molestar, le pregunta a su hermano, que niega con la cabeza—. ¿Por qué no? ¿No quieres ver lo bonito que ha quedado?

Ella insiste sin que Andrés sepa que lo que tiene dentro es un amigo al que está deseando ver, aunque sea a unos metros.

—Si queréis entrar, ahora no hay clientes, es pronto.

—Es mejor que nos vayamos y os dejemos descansar.

—Andrés... —Agarro su brazo y noto cómo se yergue. No sé exactamente si es a causa de la sorpresa o que no le ha gustado nada mi contacto—. Como quieras.

—José, descansa. Nos vemos en otro momento. —Le aprieta la mano al tiempo que le da un golpe cariñoso en el hombro y entra en el coche de nuevo, esperando que su hermana haga lo mismo.

—Gracias por todo —le digo a Ana antes de darle dos besos.

—¿Está Enzo? —me susurra al oído mientras se despide de mí.

—Debería —le respondo del mismo modo antes de separarnos y ver cómo se mete en el coche.

—Adiós.

Me cruzo de brazos mirando a Andrés fijamente. Él, en cambio, no me dice nada; una simple caída de ojos es su despedida y, por alguna extraña razón, me duele.

Me doy media vuelta, no quiero mirarlo; yo decidí que mi vida era lejos de él y ahora no voy a cambiar de opinión, mucho menos en un momento en el que estoy débil anímicamente.

Oigo cómo los neumáticos se alejan y camino hasta llegar al interior de mi reino. Respiro profundamente, éste es mi hogar y lo que he querido ser. Miro hacia delante y veo cómo José sube la escalera hacia su habitación. Me dirijo hacia el salón, en el que se está preparando una cena de empresa de una agencia de modelos. Veinte chicas vendrán a disfrutar de mis chicos, y, por ello, mis trabajadores están reponiendo bebida y dejándolo todo listo para dentro de un rato.

—Eh, Nasha. ¿Cómo está José? —Merche me sobresalta y doy un brinco— Perdonas, no quería...

—No te preocupes. Está arriba, no creo que esté para trabajar.

El estómago se me encoge al recordar todo lo que hemos vivido hoy y cómo lleva su duelo en silencio. En eso es muy parecido a mí.

—Ya contaba con ello. —Se adentra en la barra y comienza a limpiarla con un trapo—. ¿Te quedas?

—Estaré un rato y después me iré a Dolce.

—Perfecto. Aviso de que hoy darás la bienvenida.

—Lo necesito. —Le guiño el ojo antes de girarme y mirar a mi alrededor.

La mesa de las chicas ya está lista. Los del *catering* lo están preparando todo en la cocina, sólo tengo que darme una ducha y arreglarme para una nueva noche trabajando, es la única forma de intentar seguir dentro de la normalidad. Encerrarme en la habitación a llorar no es la solución.

—Merche, bajo cuando todo esté en marcha.

—¡Vale!

Tranquila porque todo está bajo control, me voy hacia mi estancia, me apetece darme un baño y descansar la cabeza durante un rato; la verdad es que la tengo saturada.

Entro en mi habitación y oigo que se cierra la puerta cuando dejo mi bolso en el vestidor y camino hasta el cuarto de baño. Abro el grifo del agua para que se vaya llenando la bañera. Mientras espero, me paro frente al espejo y me miro; tengo los ojos hinchados, no puedo disimular que he llorado. Recojo mi cabello en un moño y

me desnudo dejando la ropa en el suelo.

—Estoy horrible.

No quiero mirarme más, me dirijo hacia la bañera y me siento. Con la mano, mojo mis hombros y vierto jabón para que haga espuma. Masajeo mis hombros y me tumbo para relajarme un poco.

Cierro los ojos y veo a Celia. Me duele tanto que se haya ido, recuerdo sus últimas respiraciones y no puedo evitar que ruede una lágrima por mi mejilla, la primera de muchas que se pierden en mi piel. Me molesta tanto lo que ha ocurrido. Puedo sentir su olor, y sus últimas palabras. Suspiro con fuerza cuando las recuerdo. Me prometí que no volvería a mi país, mucho menos después de saber por qué mi madre había huido.

Y le he dicho que iría, que conocería a mi familia, pero yo sola no soy capaz de hacerlo. Abro los ojos y miro el techo cuando me viene a la cabeza una imagen; puede que sea una buena idea para él. Quiero que José venga conmigo, ambos tenemos que llevar las cenizas. Y seguro que ir con él será menos duro, él ya ha ido una vez y no irá tan perdido como puedo ir yo, después de tantos años, más bien toda mi vida, porque apenas tenía un par de años cuando mi madre huyó de Guinea por culpa de ese indeseable.

Sonrío y me digo a mí misma que cumpliré mi promesa, y José me ayudará a ello.

CAPÍTULO 8

NASHA

—¡Buenas noches, mis reinas! —Consigo captar la atención de todas las chicas que han venido a pasar una velada diferente—. ¿Cómo estáis hoy? Yo, muy caliente —miento, pero nadie se da cuenta—. Y ¿sabéis por qué? —Las miro y todas me observan impacientes porque continúe con mi discurso—. Pues porque hoy necesito mimos, quiero que venga un hombre —señalo a mis chicos, que están en un lateral esperando su momento, y es entonces cuando muchas de ellas comienzan a animarse— y me dé cariño, me diga lo que nadie me ha dicho hoy desde que me he levantado. ¿No os parece que me lo merezco? —Pongo cara pícara—. ¿Y vosotras? ¿Alguna se siente como yo? —Asiento sabiendo que sí, que están deseándolo, y levanto las manos para alentarlas—. Hoy es vuestro día, y ahora mismo es la hora. —Las señalo con el dedo y después alzo el brazo para que permanezcan en silencio un momento—. Sólo tenéis que ir despacito —muevo mi cuerpo al ritmo de la música que acaban de poner de fondo—, suavemente —doy un caderazo al aire con fuerza—, ¡y! —elevo mucho más la voz advirtiéndoles de que lo que estoy a punto de decir es lo más importante—dejaos querer por ellos, son todos vuestros. —Los aplausos dejan atrás mis palabras—. ¡Enzo! —digo poniendo énfasis sensualmente en la «o»—. Cuidadme a mi chico, aunque sé que lo dejo en buenas manos.

Todas las chicas gritan, aplauden y ríen, todos ellos factores que en mi reino no pueden faltar. Me alejo hasta llegar junto a Merche y veo cómo Enzo comienza a recitar poesía, a cada una de las mujeres que esperan impacientes una estrofa diferente, una en la que aparece un aspecto de ella para lograr que se sienta especial, que se lo crea al instante y, así, conseguir enamorarlas con su dulce voz y sus bellas palabras.

—Aquí ya está todo controlado, estoy agotada, pero tengo que ir a ver cómo va Dolce —digo entre suspiros, y Merche me mira comprendiéndome.

—Ve, tranquila.

—Si baja José...

No me da tiempo a terminar la frase cuando lo veo aparecer tras ella. Mi negro

atlético aparece para ser el centro de atención de todas, obviamente no ha pasado desapercibido.

—Buenas noches, hermanito.

—¿Te vas? —me responde sentándose en la barra y pidiendo una copa a Merche —. Está lleno.

—Hoy va a ser una noche muy tranquila, sobre todo por la aceptación de ellas: míralas qué receptivas.

—Es que Enzo es mucho Enzo. —Merche nos interrumpe y los dos lo miramos atentos—. Me dice ven y lo dejo todo. —Rompe en una carcajada que termina en cuanto los dos nos giramos hacia ella.

Es la primera vez que recuerde que opina de uno de los chicos, aunque no me extraña que lo haga: Enzo es guapísimo y tiene una boquita que, diga lo que diga, sabe a gloria.

—¡Merche, estás muy necesitada! —exclamo.

—Un poco bastante, para qué vamos a engañarnos. —Se deja caer sobre la barra fingiendo estar exhausta.

—Necesita un día libre para tener vida —interviene José y, ahora que lo pienso, es verdad. La pobre está todos los días de la semana encargándose de todo y es hora de que la recompense por ello.

—La semana que viene no vengas ni el domingo ni el lunes.

—Pero...

—Pero nada. ¿Sabes lo que son dos días de vacaciones?

Asiente sonriente y veo cómo José continúa mirando serio a Enzo y a las chicas.

Merche se aleja un poco y es entonces cuando me atrevo a preguntarle:

—¿Cómo estás?

Me agarro a su brazo y apoyo la mejilla en su hombro.

—Podría estar mejor —responde como un autómata.

—Eso ya lo sé, pero quiero que cuentes conmigo para lo que necesites.

—Lo sé. —Me da un beso en la frente y suspiro aún agarrada de su brazo.

—He pensado que podríamos ir juntos a Guinea.

Mi comentario no obtiene una respuesta inmediata, y es que seguramente me he precipitado y él no está preparado, aún es demasiado pronto.

—Ahora no —dice entonces—. Cuando haya pasado un poco más de tiempo... estaría bien.

—Con eso me conformo. Me voy a Dolce, ¿me llamas si ocurre algo?

—Vete, yo estaré aquí.

Me da un beso en la mejilla y se pone de pie.

—No tienes por qué estar, deberías desconectar unos días. Merche ya cuenta con ello.

—Paso, prefiero estar ocupado.

—Como tú veas.

No insisto porque sé que yo haría lo mismo que él. Suspiro justo en el momento en que Ana se pone a mi lado y dice un «Hola» muy alegre.

—¡Hombre, cuánto tiempo! —bromeo justo antes de darle dos besos.

—Mi hermano es imbécil, pero yo no pienso perder la oportunidad de verlo. —Dirige toda su atención a Enzo, que está cantándole a una chica a apenas unos centímetros de sus labios.

Ana observa la escena, cómo la chica lo mira y cómo él actúa, y su fruncimiento de cejas me indica que no le gusta nada lo que está viendo; supongo que le gustaría estar en su lugar, pero en la intimidad.

—Es guapo, ¿verdad? Y tiene una voz que le pone el vello de punta a toda la sala... —Intento que comprenda que sólo está actuando, que nada de lo que ve es real.

—Debería estar prohibido que lo hiciera.

—De momento no lo está, y no llames al mal tiempo, que me va de fábula para mis clientas. —Sin embargo, ella sigue absorta en él, no sé si realmente está escuchando todo lo que le estoy diciendo. Me acerco a su oído sin que se dé cuenta y añado—: Aunque nunca se sabe, por amor se pueden dejar muchas cosas, puede que él sea de esos hombres que estarían dispuestos a hacerlo por una rubia como tú.

—¿Igual que mi hermano y tú? —dice de repente, y consigue que le ponga cara de enfado.

—¿Otra vez? —le pregunto cansada porque insista con el tema.

—Joder, es que no lo entiendo.

—Mira qué boca tienes, con el pastizal que tu madre se ha gastado en ti... —Desvió el tema con la esperanza de que se moleste y olvide lo que acaba de decir.

—Muy graciosa. —Le da la espalda a Enzo y sé que no voy a librarme de ella tan fácilmente—. Para que te enteres, los dos sois unos cabezotas de cuidado.

—Eso no es nuevo —me burlo.

—Pero ¿es que no lo ves? —Encoge los hombros indignada—. Vuestro destino es estar juntos.

—Ana, te lo he dicho mil veces, no quiero vivir la vida que él quiere, no es nada

más. —No sé por qué una vez más le doy explicaciones—. Y si el destino cree que ése es nuestro final, pues ya llegará, ¿para qué forzar algo que no creo que vaya a ocurrir?

—No tienes ni idea de lo que ha cambiado. Ya no es como era.

—Pero no es lo que quiero en mi vida.

—Eso no lo sabes.

—Conozco a tu hermano mejor que nadie, Ana. Por favor...

—Eso es lo que tú te crees. —No me deja terminar la frase y me corta con una carcajada—. ¿Acaso sabías que tenía un local de copas?

—No.

Es verdad, y me sorprendió saberlo, pero no es suficiente para que ni tan siquiera me replantee algo que dejé atrás hace mucho tiempo.

—Dale una oportunidad, por favor.

—¿Tu hermano te ha pedido que me digas esto?

—¿Lo haría? —Me mira fijamente a los ojos.

—No. —Obviamente que no se lo ha pedido—. ¿Ves?, lo conozco demasiado, no creo que me vaya a sorprender nada, ni que haya cambiado tanto. —Se molesta, porque le he destruido toda la defensa que tenía para Andrés—. Tengo que irme, disfruta mucho, pero no me lo entretengas.

—Puede que cuando te des cuenta sea tarde.

—Sabes que me gusta el riesgo.

Le beso la mejilla y camino como si nada hasta el exterior de la casa para montarme en mi coche e irme hacia mi segundo negocio.

* * *

—¿Estáis listas? —digo nada más entrar en el reservado donde están las chicas maquillándose.

Todas asienten excepto Violette, que no responde. Me han dicho que ha estado un par de días sin venir, pero Genaro no ha llegado a explicarme el motivo y, con lo ocurrido con Celia, tampoco me he preocupado, la verdad.

Para mi sorpresa, se pinta los labios de negro, pues siempre suele llevarlos rojo pasión, al igual que los ojos, que hoy lleva extremadamente maquillados. Pero no tengo tiempo para nada, los clientes están cenando y muchos de ellos ya están en el salón esperando los espectáculos.

—¡Venga, que es para hoy!

Comienzan a salir todas casi corriendo, menos Violette, que continúa frente al espejo.

—¿Puedes salir ya? —le recrimino molesta por la pasividad que muestra.

—¿Y si no lo hago? —me responde desafiándome a través del cristal.

—¿Qué crees que ocurrirá? —Pongo los brazos en jarra sin amedrentarme; al contrario, le muestro que no me da nada de miedo, que cuando quiera puede enfrentarse a mí, estoy dispuesta a llegar hasta donde ella necesite.

La agarro del brazo conteniendo las ganas de decirle que, si no le gusta, se vaya a la calle, cuando me suelta de repente y me grita:

—¡No me toques!

—¿Qué te pasa? —pregunto alucinada por su reacción.

—¡¿Qué crees que me ocurre?!

Se pone de pie y veo un brillo extraño en sus ojos, pero cuando voy a decir algo aparece Genaro.

—¡Violette, ¿quieres salir de una puta vez?! —le suelta. No me pasan desapercibidos la dureza de sus palabras y el tono con el que le habla, y mucho menos la mirada que me lanza justo antes de que ella salga por la puerta a desgana—. A éstas hay que enseñarles quién manda de vez en cuando.

—Más bien, si no les gusta el trabajo, que se vayan; es así de simple, no es necesario nada más. —No me ha gustado lo que acaba de decir.

—A eso mismo me refería.

Se da media vuelta y cierro los puños con fuerza al ver que se marcha sin importarle si yo quería decirle algo más. En su línea.

Salgo unos minutos después que ellos y me siento a una de las mesas para disfrutar de los espectáculos. Malba domina el *pole dance* de maravilla, es la chica más sexy que tenemos, y los hombres están encantados con ella. Los trucos de magia de Estefanía consiguen abrir la boca de todos, y más cuando de sus braguetas aparece una rosa. Le tengo prohibido que los toque, no quiero que piensen que a este lugar vienen a otra cosa, pero sé que ella, según lo guapo que sea el cliente, se aproxima más de lo que debería.

Vejo cada uno de los espectáculos gustosa, hasta que es el turno de Violette. Aparece en el escenario tumbada mirando hacia arriba, el foco sólo la ilumina a ella y la música comienza a sonar. Su voz se funde con la melodía, pero yo la siento diferente, sé que le ocurre algo y poco a poco conseguiré averiguarlo.

* * *

Los días son agotadores, apenas duermo unas horas. Estoy en marcha comprobando que mi reino siga adelante, que nada falle, y asegurándome de que la clientela femenina de Genaro comience a aparecer para disfrutar de los espectáculos que no encuentra en Dolce. Los beneficios empiezan a aumentar y yo estoy encantada de estar logrando mi sueño. Por las tardes me encargo del personal de Dolce, con las chicas me llevo de maravilla, quiero que confíen en mí y si necesitan algo puedan contar conmigo. Creo que es algo muy importante para que tanto ellas como yo estemos a gusto, y lo he conseguido con todas menos con Violette. Cada día está más distante, podría decir que más desconfiada. Llevo dos semanas intentando averiguar qué le ocurre, pero no me dice nada. Nuestros escasos encuentros se convierten en un pequeño enfrentamiento y empiezo a estar bastante cansada de ella. No es la única cantante de Madrid, y apuesto a que si pongo un anuncio aparecen cientos que trabajarían con nosotros sin dudarlo, pero Genaro no quiere echarla. He hablado con él muchas veces, y lo único que consigo son evasivas. He llegado a pensar que es su amor platónico y quiere que siga con nosotros a toda costa. Por hacer, he intentado sonsacar a sus compañeras, pero ellas enmudecen como si algo las retuviera y no me dicen nada.

—Violette, ¿podemos hablar?

—Tengo que salir.

—Saldrás si a mí me da la gana —respondo molesta, en contra de mis principios —. Siéntate.

—Déjame en paz, no eres mi dueña.

—Tampoco quiero serlo. —Me sorprende su actitud conmigo, jamás las he tratado del modo que ella insinúa, y me duele más de lo que puede llegar a imaginar —. Eres libre de irte cuando te dé la gana.

—¿Ah, sí? —me reta, como si estuviéramos en una competición.

—Vete, haz lo que quieras con tu vida. —Estiro el brazo hacia la puerta y espero que decida si realmente quiere formar parte de Dolce y darlo todo o irse para no volver—. Pero si lo haces no podrás volver.

—Encantada.

—Adiós, Violette.

—Atente a las consecuencias —me amenaza justo antes de coger su bolso y, con

una sonrisa malvada que no me gusta nada, la verdad, salir del reservado.

No ha dudado un instante, y más segura que nunca pienso en llamar a Genaro sabiendo que no le va a parecer bien lo que acaba de ocurrir.

Salgo a la sala y le pido a Estefanía que adelante su espectáculo de magia porque Violette ya no vendrá más.

—¿Quieres salir?! —le espeto. Ella me mira como si le hubiera dicho algo terrorífico, sólo necesito que actúe ya, que no se note el vacío que Violette nos ha dejado esta noche—. Es para hoy.

—Sí, voy.

Coge sus cosas nerviosa, y no logro entender el motivo. Pero no le doy importancia porque es más importante mi conversación con Genaro. Sé que no va a ser grata.

Entro en el despacho que creamos para cuando tuviéramos que trabajar y me siento para respirar hondo antes de marcar su número.

—Buenas noches.

—Debe de ser fundamental tu llamada, para molestarme. —Lo escucho con ganas de mandarlo bien lejos, pero me contengo.

—No te va a gustar nada lo que voy a decirte —le advierto chulesca.

—¡No me jodas! ¿Qué ocurre?

—Violette se ha largado —digo como si nada y aparto el teléfono de mi oreja.

—¿Qué? ¿Adónde? ¿Cómo has dejado que se fuera? ¡Joder...! —vocifera a plenc pulmón. Lo noto nervioso y no llego a comprenderlo.

—Sólo es una empleada.

—Tú no entiendes nada —responde justo antes de colgarme y dejarme con la palabra en la boca.

De verdad que este hombre es gilipollas, pero uno redomado. Odio que me hablen como lo ha hecho él, ni tan siquiera me ha preguntado qué ha pasado para que Violette se fuera, pero me da igual. Yo no quiero que continúe con nosotros porque no está disfrutando y, si no lo hace, no será capaz de entregarse al público.

Salgo del despacho y voy hasta el salón, donde los espectáculos continúan. Más tranquila, me dirijo a la sala donde están los comensales terminando de cenar. La verdad es que todo está tan tranquilo que decido marcharme al reino.

* * *

Cuando aparco en la puerta son más de las doce de la noche, me apetece encerrarme en mi habitación y descansar un rato. Camino entre los coches de los clientes cuando uno de ellos me llama la atención y me paro de repente al comprender que pertenece a Andrés. No tengo la menor idea de qué hace aquí, y la verdad es que estoy deseando averiguarlo.

Cuando entro veo que está sentado a una mesa con varias personas. Me sorprende que no sean todo chicas, como suele ocurrir en mi reino, pero esto lo voy a disfrutar mucho.

—Merche —llamo casi en un susurro para que Andrés, que está dándome la espalda, no me oiga.

—¿Has visto quién ha venido? —Me guiña el ojo, a la vez que lo mira como si se lo comiera enterito—. No entiendo por qué lo dejaste escapar.

—Por esto, dame el micro y atenta. —Sabe que algo voy a hacer, y es que mi reino necesita un poco de diversión y qué mejor que vengarme un poco de él.

Las luces se atenúan y oigo el runrún de los comentarios curiosos de los asistentes.

—¿Cómo lo estáis pasando en esta velada? —Oyen mi voz, pero nadie me ve.

Estoy en una esquina, la más oscura, desde donde puedo ver a Andrés disimular. No obstante, sé que me está buscando, al igual que José, que por primera vez veo que sonríe después de unos días y se sienta en uno de los taburetes de la barra junto a Merche, curioso por lo que está a punto de ocurrir.

—Hoy os voy a contar una historia. Hace unos años me di cuenta de que era el momento de poner un punto y aparte en mi vida. De comenzar de nuevo y hacer lo que realmente me hacía feliz, no lo que por norma debía realizar. ¿Alguna vez os habéis sentido como yo?

Las afirmaciones resuenan en la sala y es entonces cuando levanto la mano en dirección a Merche para que enciendan el foco. De pronto, todas las miradas se dirigen hacia mí, incluidas la de Andrés y sus amigos.

—Ése fue el momento en el que supe que debía levantar este reino, mi reino, vuestro reino, el lugar donde, de un modo u otro, encontráis el placer que necesitáis en vuestras vidas. —Comienzo a caminar entre las mesas—. Porque todo no es sexo, amigas. —Oigo risas y sigo mis pasos lentamente, acariciando el respaldo de las sillas con las que me cruzo, sensual y con un único fin: acercarme a la mesa de mis nuevos clientes—. ¿Quién de vosotras querría que un hombre como cualquiera de ellos —señalo a mis chicos, que están en un lateral— os dijera las cosas que acabáis

de ver?

—¡Yo! *Oh, my God*, dame un hombre de éstos para este cuerpo serrano. —Una de las amigas de mi querido ex es atrevida, y eso me gusta, pues me va a dar el juego que necesito.

—¿Estás segura?

—¿Segura? Tú no me conoces. —Rompe en una carcajada sonora, consiguiendo que el resto de las personas de la mesa rían sin poder aguantarse.

—Me gustas. —Le guiño un ojo y ella contesta lanzándome un beso, a lo que respondo con una carcajada—. ¿Cuántas de vosotras sentís que os asfixiáis en vuestras casas? ¿Que vuestros maridos prefieren trabajar a pasar un rato con vosotras? —Lo miro fijamente por primera vez y sé que tiene el rostro congelado porque supone por dónde van a ir los tiros—. Y ¿por qué lo permitís? ¿Por qué no dais un golpe sobre la mesa y pedís lo que os falta para ser felices? —Mi tono comienza a elevarse y sé que tengo el estado de ánimo de las féminas a mi favor y ésta es mi oportunidad—. Pero no he terminado de contaros mi historia... ¿Queréis saber más?

Gritan que sí, aplauden y yo miro directamente a los ojos de Andrés, que sabe que estoy a punto de contar más de lo que le gustaría.

—Pues aquí tenéis al hombre. —Agarro sus hombros y pongo mi cara al lado de la suya abrazándolo por la espalda, dejando a todos sus acompañantes con la boca abierta—. ¿Quieres decir algo? —le pregunto directamente a él, pero gracias al micrófono lo oye el resto de la sala—. Ya lo sabía... —respondo yo misma porque Andrés no dice nada, sino que se cruza de brazos esperando que lo haga yo. Sonríe ladina y continúo de pie tras él—. Chicas, psicólogo de profesión... —Gimo para añadir más sensualidad al momento—. Ya os podéis imaginar a este atlético chico de hombros anchos sentado frente a vosotras mirándoos fijamente, analizándoos, y os aseguro que es lo más sexy que jamás hayáis imaginado. ¿Quién de vosotras pasaría una noche con él?

—¡Yo! ¡Mándamelo unos días...! Y ¿por qué no estás con él?

—Buena pregunta. —Me giro hacia la chica que se ha atrevido a decir lo que muchas ni siquiera han pensado porque estaban centradas en la imagen de Andrés y no en el problema—. ¿Quieres saber por qué? —le pregunto directamente a ella, que asiente, y luego lo miro a él, que está a punto de matarme—. Pues porque es demasiado perfecto para mí. No me miréis así, yo soy un ave libre. Una que para ser feliz no puede estar enjaulada. Por eso creé este reino, aquí hago lo que quiero sin

miedo a que me juzguen, soy libre y me dejo querer. —Me alejo de la mesa y camino hasta el lateral, sabiendo que las miradas de todos me acompañan—. Éstos son los únicos hombres que conseguirán arrancarnos una sonrisa, que vuestro vello se ponga de punta. Pero no os engañéis, fuera de estas paredes no los encontraréis, no son reales...

La música comienza a sonar y Enzo, mi poeta preferido, se arranca con sus versos entre las mujeres de las mesas y yo paso a un segundo plano, como debe ser.

—Buenas noches, bienvenido a mi reino. —Me acerco a Andrés y lo saludo sabiendo que me he pasado tres pueblos, pero, oye, está en mi territorio y la que mando soy yo.

—Buenas noches —me responde serio. Sé que no le ha hecho ni pizca de gracia que me haya aprovechado de él—. Iba a preguntar cómo estabas, pero ya veo que muy bien.

Sus amigos nos miran, están atentos a cada una de nuestras palabras.

—Al mal tiempo, buena cara, ¿lo recuerdas? —Esa frase me la repetía él constantemente, cada vez que tenía que ir a casa de sus padres o a inútiles fiestas que no me gustaban nada y sentía que estaba obligada a hacerlo por ser la pareja de un Zúñiga.

—Bueno, ¿nos presentas? —nos interrumpe una de sus amigas con un color de voz andaluz, demostrando así que está bastante molesta por no enterarse de qué va nuestra guerra. Y podría jurar que por su forma de preguntar se conocen muy bien, demasiado.

—Ella es Nasha, mi... —tarda unos segundos en continuar la frase— exnovia. Ella es María, y su marido Claudio. A Biel ya lo viste hace unos días en la *boutique*, y su futura mujer, Yué. —Esta última me llama la atención: tiene unos rasgos muy exóticos y es preciosa—. Y ellos son Markel, Dunia, Javier y Esther.

—Encantada. ¿Qué hacéis en mi reino? —pregunto curiosa.

—Los he obligado a venir yo, me moría por ver esos cuerpos en acción. Mis amigas me hablaban maravillas del lugar, y no se equivocaban. Ya puedes hacerme un carnet VIP. —El desparpajo de Esther me hace reír.

—Ésta es tu casa, ven cuando quieras. —Le guiño un ojo.

—¡Oh, my God, ¿habéis oído?! Aquí me tienes cada noche. —Se muere ella sola de risa—. Lástima que no podamos reunirnos tan a menudo, si no, os traigo a todos aquí cada noche.

—Ni hablar, aquí sólo hay tíos, eso no nos lo habías dicho. —Javier, creo que ha dicho que se llama así, es el que le recrimina, ganándose un codazo de Esther que

seguro que le ha hecho ver las estrellas.

Sin embargo, yo no puedo dejar de mirar a la chica asiática. Me chiflan sus rasgos, apuesto a que en Dolce sería la comidilla de muchos hombres.

—Eso tiene fácil solución: os venís a Dolce, que allí tengo a mis chicas.

—Os aseguro que están... —Es el mismo chico el que habla, y me sorprende que ya lo conozca.

—Eso ya me gusta más, Javier —interviene otro de los amigos, dejando al descubierto su pronunciación americana; sin duda alguna, no es español.

—Claudio, mira que has aprendido rápido el castellano, *jodío*.

María se ríe al oír los comentarios de sus amigos y su marido. Observo la conversación curiosa, no conocía a los nuevos amigos de Andrés, y la verdad es que no son nada estirados, como lo eran aquellos con los que solíamos salir a tomar alguna copa.

—Andrés —oigo que lo llama el único que no había hablado hasta ahora, y se queda en silencio unos segundos hasta que, tras sonreír y mirar a su rubia mujer, que parece que se entienden sin hablar, se envalentona y prosigue—, Dunia y yo queremos saber más, nunca se sabe si podríamos utilizarlo... —Nos señala a los dos y no puedo más que reírme por la curiosidad de este hombre, es la primera vez que me ocurre algo así.

Lo habitual es que los chicos tiendan a ser pasotas, pero él no lo es, y algo me dice que es más observador que el resto.

—Dudo que mi historia llegara a *bestseller*. —Observo cómo Andrés niega riendo, y creo que es el momento de despedirme.

—Espero que paséis una velada de lujo, y recordad —me dirijo a los chicos—: Cuidadlas o pronto serán mis clientas.

Me doy media vuelta sonriente y me dirijo hasta José, que me espera en la barra. Supongo que se lo ha pasado bien un rato.

—No te esperaba tan pronto.

—He tenido una movida en Dolce, pero lo último que esperaba era verlo aquí.

Ya ni me acordaba de lo que había pasado con Violette, pues sigo impactada por la presencia de Andrés en mi reino.

—Yo también he alucinado; tenían una reserva a nombre de Esther.

Termino de confirmar, tal y como la propia Esther ha dicho, que la idea había sido suya. Sé que Andrés no habría venido por voluntad propia, nunca le gustó la oportunidad de montar este negocio, y cuando se lo comenté no tuve su apoyo.

—¿Qué ha pasado en...? —No dejo que José termine la frase, porque noto la seriedad en su tono y sé que las palabras «Dolce» y «problemas» juntas no le hacen ni pizca de gracia.

—Violette, una de las chicas, se ha despedido, y a Genaro no le ha gustado. Nada grave.

—Encontrarás una mejor.

—Lo sé. Voy arriba, estoy cansada.

—¿Cansada? ¿O no quieres ver cómo Andrés se divierte con otras personas?

No sé cómo puede pensar que es por eso.

—Cállate, que comienzas a decir tonterías.

CAPÍTULO 9

NASHA

Llevo un par de horas en la cama. No puedo dormirme, sólo hago que pensar. Supongo que a estas horas ya se habrán marchado todos. Encontrarme a Andrés en mi reino ha sido algo extraño, aunque, si lo pienso, desde que volví a verlo en la *boutique* todo ha sido diferente: desde su físico hasta su forma de actuar ha cambiado. Recuerdo cuando me subió a hombros al piso de arriba, a punto estuve de cometer una locura, si no hubiera sido por... Sólo pensar en Celia se me encoge el estómago, me duele tanto no poder verla de nuevo. Pero más me dolerá ver a José pasarlo mal porque ella no esté. Me obligo a apartar mis pensamientos y vuelvo a recordar la escena, estuve a punto de acostarme con él, y sé que me habría arrepentido al día siguiente, aunque no puedo sino sentirme agradecida por todo lo que ha hecho por nosotros estos días.

Me levanto de repente y cojo mi ordenador portátil para llevarlo de nuevo conmigo a la cama. Busco en Google «Guinea Ecuatorial», dejo que aparezcan los resultados, me centro en las imágenes de los paisajes que se han colgado en la red y siento que debo ir, que ésa es mi tierra.

Busco vuelos para el mes próximo y encuentro que hay algunos por unos ochocientos euros; no son baratos, pero tampoco es algo que no podamos asumir. En ese momento llaman a la puerta y mis ojos se abren de par en par. Es una señal, lo sé. Tengo que mostrarle los billetes a José e irnos juntos a nuestra ciudad. Puede que esté forzándolo, porque ya me ha dicho que aún no, pero es una oportunidad que no debemos obviar, y por intentarlo no pierdo nada.

—Pasa, mira qué he encontrado. —Irradio felicidad, sin embargo, me quedo congelada cuando compruebo que la persona que tengo delante no es José, sino Andrés—. ¿Qué haces aquí?

—Veo que te alegras de verme.

—No, perdona, es que pensaba que eras...

—José se ha ido a dar un paseo. —Sin poder evitarlo, me cambia la cara. Me preocupo porque pueda estar mal, o porque me necesite y yo no me haya dado cuenta

—. Tranquila, he estado hablando con él y está bien dentro de lo que cabe.

Suspiro al saberlo.

—¿Y tus amigos?

—Ya se han ido. —Encoge los hombros y yo permanezco inmóvil apoyada en la puerta, cuando me doy cuenta de que voy vestida con una simple bata que no logra tapar mi ropa interior.

Sin embargo, parece que a él no le importa lo más mínimo, porque no ha hecho ademán de mirarme.

—Y ¿tú no te vas?

—Quería hablar contigo. ¿Me dejas entrar?

Lo pienso durante unos segundos y al fin dejo que se abra la puerta del todo y lo invito a pasar a mi habitación.

—Es bonita —dice. Veo cómo camina y observa las paredes y los muebles; sé que lo está analizando todo.

—Dilo: es la habitación de una maniática compulsiva.

—Más bien de una persona con un complejo de inferioridad que esconde bajo la fachada de todas esas ropas. —Señala la pared del fondo, que es un vestidor repleto de prendas de ropa, cada una más llamativa que la anterior.

—Eso es, éste es el Andrés de siempre, era imposible que hubieras cambiado tanto.

—¿Qué esperabas?

—La verdad es que nada. —No pienso entrar en un juego estúpido que no nos va a llevar a ningún lado—. ¿Qué tal en la consulta?

—No puedo quejarme —dice como si nada—. ¿Qué te había hecho pensar que había cambiado?

—Supongo que tu forma de hablarme, de actuar en casa de tu madre... —le respondo al tiempo que me siento en la silla de mi escritorio, al fondo de la habitación, y él me sigue hasta sentarse en el lateral de la mesa.

—¿Me vas a decir que no te gustó?

Con la suela de su zapato empuja mi silla hasta separarme y topar contra la pared, y quedo sentada con las piernas desnudas cruzadas, regalándole una visión que no pienso esconder.

—Aquello no fue suficiente para que pudiera gustarme. —Me apoyo en el reposabrazos y veo cómo fija su atención en mis manos, que lo agarran—. ¿Qué buscabas con aquello, Andrés? —le pregunto casi en un susurro, y veo cómo traga

saliva—. ¿Aparecer después de tanto tiempo y recuperarme como si nada?

—Puede que sí o puede que no.

—¿A qué estás jugando?

—Sabes que no me gusta jugar, sino actuar.

Se pone de pie y, esta vez, apoya su cuerpo en medio del escritorio y yo abro las piernas, colocando cada uno de mis pies en la base de la silla, dejando expuesta mi braguita.

—No lo hiciste en su momento, te quedaste de brazos cruzados mientras yo me largaba de tu vida.

—Nuestros caminos no discurrían en paralelo, tú misma lo dijiste.

—Y lo sigo pensando, tu vida no es compatible con la mía.

—Eso parece, o eso crees.

Provoca que me ría; no sé si lo piensa o es que se está haciendo el interesante conmigo.

—Abre los ojos y mírame: yo sí que he cambiado.

—Sí. —Se le escapa una carcajada y por primera vez me mira de arriba abajo—, aunque no sé si para mejor o para peor, estoy algo confundido.

—Ahora soy feliz, nada más.

—¿De verdad crees que lo eres? —Se pone de pie y camina hasta llegar a mi cama y sentarse justo donde antes estaba yo. Mira la pantalla del ordenador, donde tengo abierta la página del buscador de viajes—. Me alegra saber que vas a ir. — Señala la pantalla, sin disimular que ha cotilleado lo que estaba haciendo antes de que me interrumpiera.

—José necesita ir, no quiero que vaya solo.

—Muy generoso por tu parte, pero deberías ir por ti, no por él.

Y en el fondo es por lo que lo hago; sólo es una excusa para no tener que admitir que la que está preparada para hacer el viaje soy yo.

—No soy tan egoísta como otros —miento, y sé que él lo sabe, pero debía aprovechar la situación para echarle en cara que él no fue capaz de acompañarme en mi sueño; al contrario, intentó que desistiera de él.

—No vas a olvidarlo nunca, ¿verdad? —Niego de brazos cruzados sin importarme que mis pechos se muestren por encima de éstos—. Fui un estúpido, no sabía lo que perdía.

—¿Pasado?

—Lo que se fue desapareció de mi vida, aunque...

—No sigas, por favor. No me apetece tener que decirte algo que no te guste. Las cosas están bien ahora mismo y no quiero que se fastidien. —Esa pequeña o remota posibilidad que está dejando entrever me agrade, porque lo último que quiero es pensar que existe.

—Nasha, hay algo que...

—Por favor, márchate.

Suspira soltando todo el aire que contienen sus pulmones y veo cómo se pone en pie y camina hasta la puerta. Odio echarlo una vez más, pero sé que, si se queda, no seré capaz de controlarme, porque, aunque él no lo diga, imagino que nuestra separación lo ha hecho ser otra persona, una más valiente y fría, es imposible que no lo haya hecho cambiar nada; las experiencias y las vivencias nos sirven a todos para aprender. Y eso es lo que no quiero descubrir, porque cuando decido algo no doy marcha atrás, y Andrés quedó fuera de mi vida, tal y como él ha hecho conmigo, lo ha dejado muy claro diciendo que desaparecí de ella.

—Deberías ambientar tu reino en Olimpia.

—Y ¿eso por qué?

—Porque era capaz de destruir a todo el que interfiriera en sus deseos.

Nada más terminar la frase, cierra la puerta y me quedo paralizada aún sentada en la silla.

Joder, odio tener que reconocer que estoy excitada, pero cómo me ha hablado ha conseguido encenderme como años atrás no lo lograba, y me da mucha rabia que sea ahora.

Comienza a sonar mi teléfono y veo que es una llamada de Genaro, pero ahora mismo lo último que quiero es hablar con él. Así pues, lo ignoro y me lanzo sobre la cama con la esperanza de dormirme cuanto antes y dejar que mi cabeza deje de dar vueltas a todo.

* * *

Por la mañana me despierto con un dolor espantoso de cabeza. Al final no he podido descansar nada. Me doy una ducha y bajo hasta la cocina, donde me encuentro a José tomándose su café matutino.

—Veo que has tenido una mala noche. —Con un gesto me pregunta si quiero y asiento mientras me acomodo en el taburete y espero que me dé el café que me está preparando—. Pensé que...

—No sigas, no me apetece hablar de él, y, no, para tu información, lo invité a irse.

—No sé por qué no me sorprende, pero también te advierto —deja la taza sobre la encimera y le doy el primer sorbo— que te estás confundiendo con él.

—¿Otra vez? Eso creo que ya me lo has dicho, muchas veces, a decir verdad.

—Pues a ver si de una vez abres los ojos y ves la realidad.

—La única realidad que existe es que fuera de mi vida es el lugar en el que debe estar. —Cierro los ojos al saborear el segundo trago de café y me animo a decirle lo que vi anoche—. Por cierto, he visto vuelos para Guinea, José, debemos ir.

—Es muy pronto. Y ¿qué vamos a hacer allí?

—¿Perdona? —Abro los ojos de par en par, despertándome de repente—. ¿Conocer de dónde venimos? Hace mucho que fuiste, ni te acordarás.

—Está bien. Hablamos esta noche de esto.

Me besa la frente y se va, dejándome en la cocina sin poder parar de pensar en el viaje. Al menos tengo unos días para centrarme en él y olvidarme de todo lo demás.

* * *

Un mes después...

No puedo entender a José: a punto de salir de viaje y me dice que ha olvidado hacer una cosa. Miro a mi alrededor y veo a las personas caminar, unas se dirigen al control de seguridad, otras miran los paneles que cuelgan cada pocos metros, y alguna, como yo, aprovecha para tomar un café en el Starbucks del aeropuerto. Necesito un poco de tranquilidad, porque vaya mesecito llevo. La organización del viaje no sólo ha consistido en comprar los billetes y buscar los lugares que tenemos que visitar, no, ojalá. He tenido que encargarme de que en el reino esté todo organizado y no falte de nada hasta que regresemos. No es lo mismo que viaje yo sola a que José también lo haga. Es la primera vez que ninguno va a estar al mando, y no puedo evitar preocuparme de que Merche sepa asumirlo todo, espero que sí. Y, para colmo, el malnacido de Genaro ha desaparecido todo este maldito mes, así que he tenido que encargarme yo, hasta que regresó hace dos días y logré hablar con él.

Encima, después de volver como si nada, no le hizo ni pizca de gracia que me fuera de viaje, pero no tuvo más opción que aceptarlo, ya que yo no tenía intención de pedirle permiso, sólo faltaría.

Oigo el sonido de mi teléfono y veo un mensaje de José:

¡Ya llego! Dentro de cinco minutos estoy ahí.

OK, estoy en Starbucks.

Al fin parece que ya puedo relajarme. Muevo los hombros hacia atrás lentamente, intentando descargarlos de toda la tensión que los contrae.

—¿Necesitas un masaje? —oigo a mi espalda, y me giro para comprobar que lo que acabo de oír no puede ser cierto. Pero sí, sí lo es.

—¿Qué haces aquí?

—¿Viajar? —Me señala la maleta, que miro atónita—. No creerás que eres la única usuaria de este aeropuerto, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—¿Esperas a alguien? —me pregunta al ver que miro hacia el fondo buscando entre la multitud.

—A José, debe de estar a punto de llegar. —Veo que se levanta de su sitio y, sin preguntar, se sienta justo en la silla que hay enfrente de mí—. No te he dicho que puedas sentarte —le recrimino molesta.

—Lo sé, pero José no va a venir, ¿qué más da que me siente?

—¿Cómo que no va a venir?! —pregunto sin poder evitar alzar la voz, consciente de que las personas que estaban tomando algo tranquilamente están mirándonos.

—Te ha dado plantón. —Se le escapa una media sonrisa y no me lo acabo de creer.

—No puede ser... —Cojo el teléfono y lo llamo, pero no responde—. Lo voy a matar.

Lo dejo de nuevo sobre la mesa y veo que Andrés está sonriente, aunque no logro entender por qué, hasta que mi atención se centra en mi móvil, que ha sonado y, al ver que es mi hermano, respiro profundamente antes de leer:

Ya sabes que no voy a ir, supongo. Y no me llames porque no soy capaz de decirte esto en persona.

Pero ¿por qué no vienes?

En ese momento dejo de mirar el teléfono móvil para mirar a Andrés y responder a una duda que me acaba de surgir. ¿Cómo sabía él que mi hermano no iba a venir?

No, no puede ser..., pero, efectivamente, José me responde a cada una de mis sospechas.

No estoy preparado para ir, pero tú sí lo estás, y tienes una promesa que cumplir.

No pienso ir con él.

Ja, ja, ja, sabía que dirías eso. No puedo dejarte que vayas sola. Y sólo confío en él.

Vete a la mierda, ya no soy una niña.

Te quiero, anota bien cada rincón para cuando llegue mi momento.

—No pienso ir contigo —le digo de repente, y Andrés ríe con descaro.

—Pues yo no pienso separarme de ti —me advierte divertido, sin que a mí me haga ni pizca de gracia—. Es lo único que me han pedido.

—Pues podéis iros los dos a la mierda de la manita.

Me pongo en pie, cojo el asa de mi maleta y, con la cabeza bien alta y como si no conociera de nada a Andrés, me dirijo al control de seguridad. Sin tener que verle la cara, sé que está pasándoselo de lujo a unos metros de mí. Pero pienso ignorarlo todo el viaje, para mí no existe.

Entrego mi tarjeta de embarque y coloco todos mis enseres en la cinta del escáner. Como llevo botas, tengo que quitármelas y colocarlas en la bandeja de plástico, al igual que el resto de mis pertenencias, tiempo que él aprovecha para colocarse en la cinta de delante mientras de soslayo veo cómo me sonríe sin disimular que no me quita ojo. Nuestras cintas van a la misma velocidad, casi damos los mismos pasos y yo me muero de la rabia por ello. Saludo al policía, que me mira, y al girarme no puedo evitar dirigir la vista hacia él y, zas, me dice hola con la mano, a lo que respondo con un corte de mangas, sin importarme que me estén mirando. Con la cabeza bien alta, paso por el arco de seguridad para alejarme de él cuanto antes, pero éste comienza a pitar. «¿En serio?» Lo veo reírse y el policía también lo hace al creer que vamos juntos.

—Por favor, debe quitarse el cinturón.

—Es verdad, perdone. —Lo hago enfadada conmigo misma por haber estado distraída y no haberme acordado de él.

Vuelvo a traspasar el arco y esta vez no pita. Bien. Me despido del guardia, pero cuando doy unos pasos y voy a buscar mis cosas, ya no están en la cinta.

—Joder.

Resoplo en voz alta y entonces oigo las risas del policía de antes y de su compañera, que me señalan las mesas siguientes, donde veo a Andrés como si nada, metiéndose las cosas en los bolsillos y, justo a su lado, mi bandeja con todas las mías.

—La madre que lo parió...

Suspiro y camino para empujar mi bandeja y dejarla en la parte de la mesa más alejada de él. Me pongo las botas, lo recojo todo y lo veo mirando el primer estante del *duty free* sin poder evitar la risa.

Reanudo el paso a toda prisa agachándome un poco para esconderme entre los estantes de las ridículas compras, como si estuviera en una carrera y no tuviera que ser vista. Esquivo a las personas que me molestan en mi huida hasta que llego a la puerta de embarque y veo que quedan más de veinte minutos para que la abran. A punto estoy de llorar de la emoción cuando lo veo caminar como si nada, simulando que no me ha visto, y pararse en una de las tiendas que hay frente a la puerta para comprar el periódico. Aprovecho para sentarme en un sitio libre entre dos chicas, así sé seguro que no va a sentarse a mi lado; al menos durante unos minutos podré estar tranquila.

Respiro hondo y cojo mi teléfono para navegar por la red cuando la chica que hay a mi lado se levanta y casi me tira el bolso al suelo.

—Perdona, ha sido sin querer.

—No te preocupes, no ha sido nada.

Me pongo el bolso entre las piernas y lo veo que se acerca rápidamente y se sienta a mi lado. Gruño para mis adentros, ya podría haberse quedado sentadita la señora y habría evitado que él se hubiera colocado a mi lado.

Sin embargo, continúo con mi plan y lo ignoro. Vuelvo a centrarme en mi móvil, pero él no deja de mover el maldito periódico; a cada página que pasa parece que vaya a desmontarlo. Cuento hasta tres cada vez que lo hace, hasta que se aburre y lo cierra. «Aleluya», me digo mentalmente sin mirarlo en ningún momento. Deja el periódico entre nosotros, pero ahora sus piernas no dejan de temblar, moviéndome el asiento y consiguiendo que me saque de quicio. Se gira y tira al suelo el periódico. Cuando va a agacharse divertido, disfrutando con mis caras, veo que comienza a formarse la cola para embarcar, pero él coge su estúpido periódico y permanece inmóvil a mi lado. Apuesto a que no va a levantarse hasta que lo haga yo, pero me niego a irme antes, vamos a ver quién puede más.

Saca el DNI de su cartera y comienza a rebuscar en un bolsillo sin dejar de mover

el maldito diario. Me da una vez, dos, tres y, cuando ya no puedo más y estoy a punto de quejarme, se le cae al suelo de nuevo, pero esta vez nos agachamos los dos. Por suerte, yo llego antes y, cuando me dispongo a incorporarme, le doy un golpe en la barbilla que me duele bastante, pero no le digo nada, porque en el fondo el que más se ha hecho daño ha sido él, y sonrío malvada. Se queja de dolor cuando me pongo de pie y le atizo tres veces con el periódico en la cabeza ante la estupefacta mirada del resto de los pasajeros.

—Pesado, metete el periódico donde te quepa.

Se lo lanzo al asiento que hasta ahora ocupaba yo y camino hasta colocarme la última de la fila.

De reojo, lo miro y lo veo partiéndose de risa aún sentado, y sin intención de levantarse, cuando comienzan a pedir los billetes y observo que se ponen más personas tras de mí. Camino más tranquila hasta la azafata, que muy amablemente me pide mi DNI y mi tarjeta de embarque justo antes de permitirme el paso y me dirijo en soledad hasta mi asiento, donde me acomodo junto a la ventanilla.

—Perdona, pero la ventanilla es mía. —Andrés me muestra el número de asiento que indica el papel que mueve en el aire y resoplo—. Pero te la dejo —añade al tiempo que mete su maleta de mano en el portaequipajes.

—Qué generoso —replico. Me coloco los auriculares, subo el volumen de la canción que suena y me apoyo en la ventanilla con los ojos cerrados para no ver cómo se quita la chaqueta. Noto cómo su asiento se mueve un par de veces antes de acomodarse, y es entonces cuando ya no puedo evitar reírme—. ¿Piensas molestarme todo el viaje? —Lo miro por primera vez desde que decidí que no existía.

—Sólo hasta que dejes de ignorarme.

—Perfecto. —Vuelvo a apoyarme y me dispongo a echar una cabezada, así descanso, porque supongo que la llegada será emocionante a la par que extenuante.

CAPÍTULO 10

NASHA

Estoy tan nerviosa que no quiero ni abrir los ojos. Sé que el viaje dura unas cinco horas y media, y supongo, si mis cálculos mentales no me fallan, que llevaremos unas tres. Tres horas en las que mi compañero de viaje no ha hablado, ni he notado que se moviera, cosa extraña, tanto, que me puede la curiosidad y echo un vistazo disimuladamente. Está mirando al frente, supongo que se entretiene viendo la película que están emitiendo en la pequeña pantalla que hay delante.

—Buenos días —me dice sin apenas mover un músculo, y me molesta que me haya pillado—. ¿Estás nerviosa?

Ahora sí que me mira directamente, y se me escapa una sonrisa antes de girarme de nuevo hacia la ventana e ignorarlo como he hecho hasta el momento. Sin embargo, tengo un problema, y es que necesito ir al baño y, para llegar a él, tengo que pedirle paso y no quiero hablarle, pero lo que no voy a hacer es ponerle mi gran culo en la cara. Así pues, me aguanto las ganas y sigo mirando por la ventanilla hasta que llegamos a Malabo, nada más y nada menos que a la una de la madrugada.

Entre bostezos, espero que todo el mundo comience a bajar, y veo cómo Andrés amablemente me ofrece mi bolso y se lo agradezco con un escueto «gracias», como le diría a cualquier viajero que fuese tan amable como lo ha sido él. Cuando ya podemos bajar me deja pasar delante. Camino con un dolor de barriga que no sé si es una mezcla entre la emoción y las ganas de poder entrar en un baño, tanto, que apenas estoy disfrutando de pisar por primera vez mi país natal.

Estoy en un aeropuerto pequeño y muy caótico, buscando un cartel que me indique que vaya recto o gire a la derecha para acceder a un puñetero WC, y parece que no lo hay. Voy a estallar, tengo hasta ganas de gritar y llorar por la necesidad.

—Deberías entrar. —Andrés agarra mi brazo para que me detenga y veo la puerta de mi salvación.

Sin pensarlo un instante, le lanzo al pecho mi bolso y corro a la desesperada para encontrarme con dos retretes bastante sucios y sin papel.

—¡Joder! —me quejo porque le he dejado mi bolso y no tengo ni un triste pañuelo

de papel para secarme, pero no puedo más, de verdad que no me da tiempo a salir y volver a entrar. Así que no me queda otra más que desabrocharme el pantalón y, haciendo equilibrios, al fin puedo respirar en paz.

A punto estoy de gemir por el placer de haberlo hecho de una vez, pero me contengo, vaya a ser que me detengan por alterar el orden público. Cuando salgo con las manos mojadas y haciendo aspavientos para que se sequen, veo que se ríe.

—¿Todo bien?

—Perfectamente. —No pienso decir nada más.

Sigo andando como si él no viniera conmigo; está comenzando a ser divertido. Camino entre los pasajeros, que lo hacen de un lado a otro, y ya no sé hacia dónde tirar.

—Creo que deberíamos seguir por allí —me indica.

—No, es por aquí.

No tengo ni idea de si es por donde él me dice, pero no pienso hacerle caso en nada de lo que proponga. Veo cómo la mayoría de los pasajeros van al revés que nosotros, y a cada momento que pasa creo que, efectivamente, es por donde él me decía, pero no pienso reconocerlo, así que camino y camino, hasta que doy media vuelta.

—Te lo he dicho.

—Creo que hay una mosca cojonera en este aeropuerto, espero que no muerda y nos infecte.

—Sabes que te gustaría que te mordiera... —me susurra cuando paso por su lado, y consigue que sonría.

Vaya viajecito nos espera. Y no porque nos vayamos a perder, que no, pues para nuestra fortuna debe de estar esperándonos Sócrates, que es un experto en la ciudad y el encargado de guiarnos hasta que lleguemos a nuestro destino final, Bata, sino por la compañía que mi hermanito ha decidido que tenía que traer. Es cabezota como él solo, aunque yo también lo soy, así que no sé cómo vamos a terminar.

Sigo a todos los viajeros hasta que veo mi apellido escrito a lápiz en un cartel que un hombre sostiene entre las dos manos y me acerco para presentarme:

—Hola, soy Nasha.

—Bienvenidos, soy Sócrates. Ya me he encargado de recoger vuestro equipaje. —Nos señala justo a su derecha y veo que están ahí las dos maletas, mejor dicho, las dos enormes maletas. Aunque los dos hemos sido cuidadosos de no pasarnos con el peso permitido, la verdad es que son enormes—. ¿Me acompañáis?

El pobre hombre arrastra nuestras maletas; menos mal que tienen ruedas, si no, no sé cómo lograría llevarlas sin sudar la gota gorda. Andrés intenta ayudarlo, pero él no se lo permite, creo que hasta lo ofende su proposición.

Salimos por la puerta acristalada del aeropuerto y veo que la escasa, por no decir única, iluminación de fuera proviene de las luces del interior de la terminal y del cartel anaranjado que indica con unas grandes letras «Aeropuerto de Malabo». Sócrates se encarga de hablar con dos taxistas, sí, dos, hecho que me extraña, hasta que veo que nos invita a montarnos en un coche y él lo hace en el segundo, junto a nuestro equipaje.

Todo para mí es nuevo, pero por primera vez me dejo llevar.

Cuando comienza nuestro camino a altas horas de la madrugada, y apenas habiendo recorrido unos metros en el taxi, una persona en medio de la carretera nos hace detenernos, supuestamente para un control, pero lo que me sorprende es la metralleta que porta consigo. Preocupada, me acerco a la ventanilla y me doy cuenta de que es sólo un crío de unos dieciséis años que saluda al conductor en su idioma, el fang. Al dirigirse a nosotros espera que también lo hagamos así, pero obviamente ni Andrés ni yo hablamos su lengua, así que, envalentonada, lo saludo en castellano sin pensar si me entiende o no, pero es lo único que se me ocurre hacer.

—¿Así que españoles? —Nos alumbró con su linterna, primero a nosotros y después al resto del vehículo, para volver a enfocarnos. Andrés, preocupado, me agarra por el hombro. Noto su nerviosismo, y para que no diga nada le toco el muslo; quiero que se tranquilice y sea paciente—. Podéis continuar.

El conductor le contesta algo en fang, supongo que ha sido un «gracias», y no puedo dejar de seguirlo hasta que nos alejamos y miro a Andrés perpleja por lo que ha ocurrido.

—¿Esto era una broma de mal gusto?

—Desgraciadamente, no, es algo cotidiano en Guinea Ecuatorial. Es triste, pero cierto —responde el conductor.

—¿Usted es fang?

—Sí, y aunque lo sea no me parece bien lo que están haciendo, pero como comprenderán no puedo hacer nada más que indignarme al ver el trato de los agentes locales.

—¿Ese crío era un agente?

El taxista no dice nada más, sino que se limita a afirmar con la cabeza y se centra en conducir hasta llevarnos a nuestro hostal.

Miro por la ventanilla y no puedo evitar sentirme emocionada. No esperaba encontrarme con algo así, nadie me había explicado que la situación aquí era tan complicada, y me duele saber que familiares míos viven con normalidad situaciones como éstas, que en nuestro país serían impensables.

Al fin, tras veinte minutos por carretera desde el aeropuerto, llegamos al Hostal Residencial Morenita, donde Sócrates nos ha reservado una habitación doble con baño. Nada más dejarnos las maletas en la recepción, nos indica que al día siguiente vendrá a buscarnos a las seis y media para coger un nuevo vuelo hacia Bata.

Es muy tarde, y lo único que deseo es llegar a la habitación para tumbarme un poco, ya que dormir no es que vaya a hacerlo mucho.

El chico del hostal, que un principio me ha parecido un poco seco, al final resulta ser muy amable y nos enseña nuestra habitación. No digo nada, pero sólo hay una cama de matrimonio, hecho que no ha pasado por alto mi compañero de viaje, que ríe disimuladamente.

—No vas a dormir en ella, búscate un sofá en recepción —le digo en cuanto el chico cierra la puerta y nos quedamos solos.

—Estoy hecho polvo, así que, si no quieres dormir conmigo, tú verás.

Lo cierto es que yo también lo estoy, así que no voy a discutir. Me meto en el baño que hay justo delante de la cama y me desmaquillo, luego me pongo un camisón que he cogido de la maleta antes de entrar.

Ya estoy lista para irme a la cama cuando salgo y lo veo prepararse la ropa del día siguiente vestido con un bóxer. Es la primera vez que lo veo semidesnudo desde que me fui de casa, y tengo que reconocer que está mucho más sexy de lo que lo recordaba.

La barba de dos días, el pelo revuelto y el tatuaje que hasta ahora ni había sido consciente de que existía le dan una imagen muy distinta de la que muestra habitualmente. No puedo dejar de mirar el tatuaje que le cubre por completo el brazo derecho, de la muñeca hasta el hombro.

—¿Piensas quedarte de pie toda la noche? —me pregunta cuando se gira y yo sigo delante sin poder dejar de mirarlo—. Muy sexy, tu camisón.

—Igual que tus calzoncillos. —Ya te digo que lo son.

Me meto en la cama y me tapo con la colcha de los años cincuenta que la cubre, mirando hacia la pared.

—Descansa —oigo que dice justo antes de tumbarse a mi lado, tirar de la colcha y destaparme medio cuerpo.

Sé que se está riendo y maldigo el hostel por tener unas camas de matrimonio tan estrechas.

Ni corta ni perezosa, le doy un culazo empujándolo hacia afuera, movimiento que no esperaba y casi consigo que se caiga de la cama. Esta vez soy yo la que no puede disimular la risa. El colchón se mueve e intuyo que se ha dado la vuelta. Me está mirando fijamente, sus rodillas rozan mi piel y me quedo inmóvil esperando su contraataque.

Pero no llega, parece que quiere descansar. Sin embargo, ninguno de los dos logramos dormirnos, tan sólo simulamos que lo estamos haciendo.

Me concentro con todas mis fuerzas, sé que apenas voy a dormir unas horas, no obstante, mi estúpida mente sólo ve una vez tras otra la imagen de su cuerpo. Jamás lo había visto con tatuajes; al final, parece que sí que ha cambiado más de lo que esperaba y yo no quería darme cuenta.

Las horas pasan y, al fin, el cansancio vence la tensión sexual que se respira en la habitación.

* * *

Me despierto la primera. Son las cinco y media de la mañana, una hora antes de la acordada para seguir con el viaje. Dormidísima perdida, me preparo todas las cosas y me dirijo a la ducha. No quiero tardar porque estoy deseando salir de la habitación y curiosear el hostel antes de irnos, así que, a toda prisa, me doy un agua rápida, me visto y cierro la maleta sin que Andrés haya abierto aún los ojos.

Por un momento pienso en despertarlo, pero mi lado maquiavélico no me deja; prefiere que se despierte tarde y ver cómo corre para no perder el avión. Salgo de la habitación con todas mis cosas a las seis y cuarto de la mañana, una hora perfecta.

Camino por las zonas comunes y tengo la sensación de que estoy en una casa de campo de España que no se ha modernizado en los últimos veinte años. Los muebles son de otra época, al igual que las ropas que visten las estancias.

Miro por la ventana y respiro profundamente dejándome cautivar por los olores, mucho más intensos aquí que en Madrid; cada uno de ellos llega hasta mí para quedarse conmigo, y no pienso soltarlos jamás.

Desde la puerta del hostel veo cómo amanece, siento la tranquilidad y la calidez del lugar, un momento mágico que no pensé que viviría, y mucho menos acompañado por una melodía tan atípica para mí, por el canto de los gallos, que también guardo en

mis recuerdos como algo especial.

Miro el reloj y veo que ya son las siete menos cuarto, y no hay ni rastro de Andrés o de Sócrates. Voy hasta recepción, miro a mi alrededor y compruebo que no hay nadie. Me extraña, sin embargo, espero, no puedo hacer otra cosa.

Las siete, las siete y cuarto y ya algo me molesta. Voy hasta la habitación en busca de Andrés para despertarlo y decirle que Sócrates debe de habernos dado plantón porque no aparece, pero cuando entro está vacía.

—Pero ¿dónde estás?

Regreso a la recepción cuando el chico de la noche anterior me informa de que mi pareja está desayunando en el comedor. Voy por donde me ha indicado y me lo encuentro tomando un café la mar de tranquilo.

—¿Sabes qué hora es?

—¿Y tú? —Su pregunta me llama la atención. Vuelvo a mirar el reloj comprobando que no me haya equivocado, pero no, son casi las siete y media de la mañana—. Yo de ti lo llamaría.

—No puede ser, tiene que gestionarnos los billetes, debía venir con taxis para volver al aeropuerto...

Sabía que todo no podía salir rodado, siempre tiene que fallar algo. Estoy muy nerviosa. Voy hasta la recepción y le pregunto al chico si ha visto a nuestro guía. Él, como si nada, me dice que espere, que no sea impaciente, y a punto estoy de decirle algo que no le va a gustar, pero me contengo. Él no tiene la culpa.

—Tranquilízate —oigo nada más sentarme a la mesa de Andrés.

—¿Que me tranquilice? ¿Tú has visto la hora? ¿Y si no hay más vuelos? —No puedo contenerme, le contesto de malos modos, pero es que no comprendo por qué no está moviendo el culo y ayudándome a buscar una solución, se supone que ha venido a ayudarme.

—Creo que no has cambiado la hora.

Rompe en una carcajada que me deja sin habla y miro de nuevo mi reloj y justo después uno que cuelga de la pared que hay enfrente de nosotros.

—¡Mierda! —no puedo callarme, y él sonrío divertido a mi costa.

Ni me acordaba de que en Malabo hay una hora menos.

—Si me hubieras despertado y no te hubieras ido a hurtadillas de la habitación, podría habértelo dicho.

—No me he ido de ningún modo.

—¿Pensabas que no me iba a despertar? —Da el último trago a su café—. Qué

poco me conoces.

No pienso decir nada, me pongo de pie y, cuando me giro hacia la recepción, oigo la voz de Sócrates; al fin ha venido y todo sigue su curso.

—Buenos días. ¿Estáis listos?

—¡Sí! —No he terminado de responder que ya ha cogido ambas maletas y sale hasta el taxi que nos llevará de nuevo al aeropuerto.

Cuando voy a montarme, veo salir a Andrés con gafas de sol, caminando hasta sentarse a mi lado. Estoy tan cansada que no intercambio ninguna palabra con él.

* * *

Abro los ojos y me llevo una grata sorpresa. A través de la ventanilla del avión veo una enorme extensión de espesa vegetación con un verde que no puede compararse con nada que haya visto. Sin duda alguna es pura exuberancia africana y no puedo evitar emocionarme. Éste es el lugar en el que nací, donde mi madre me contó una y otra vez lo feliz que fue, lo diferente que era todo de Madrid, y la pena de no poder volver.

Me apena que no sea con ella que esté viendo la imagen que tengo justo delante, y, por muy dura que sea, me es imposible evitar que rueden las lágrimas por mis mejillas.

—Si miras hacia la derecha verás que el verde se pierde y da paso al marrón de nuestra ciudad —oigo que dice el guineano de sesenta años que está sentado a mi derecha.

Agradezco que una persona que conozca la zona me cuente detalles que yo no habría sabido averiguar, y los quince minutos de viaje los paso charlando con él, como si fuera parte de mi familia.

En todo momento, Andrés permanece en un segundo plano, sentado en su sitio sin decirme nada. No voy a negar que en este instante un abrazo de alguien cercano es lo que necesito, pero no voy a pedírselo, no sería justo.

Cuando bajamos del avión, de nuevo él me entrega mis cosas, y esta vez me ofrece la mano para ayudarme a levantarme.

—Gracias, Andrés.

Es la primera vez que bajo la guardia, supongo que el momento para mí es especial y no quiero que nada lo manche, mucho menos un estúpido juego que no va a llevar a nada.

En el aeropuerto nos esperan la prima de José y su marido, Felipe. No los he visto nunca, pero este mes he hablado mucho con ellos para organizar este viaje.

—¿Nasha? —oigo la voz de una chica bastante más joven que yo al fondo. Bijou, que así se llama, se aproxima arreglada de una forma bastante llamativa y camina hacia mí como si estuviera frente a Miss Bata—. Me dijo mi primo que eras guapa, pero se quedó corto.

—Gracias. —Me da un abrazo como si fuese mi familia, y la verdad es que siento como si lo fuera—. Él es Andrés, un amigo —logro decir cuando nos separamos.

—Encantado de conoceros, y muchas gracias por darnos alojamiento —dice él.

No me sorprende que Andrés esté al tanto de todos los detalles, supongo que mi hermano ha sido el que le ha contado cada uno de los pasos de mi plan de viaje.

—No tienes que darlas. —Felipe coge el equipaje que hemos traído y nos dirigimos en un taxi hasta un pueblo llamado Ukomba, donde viven ellos.

* * *

Entramos en su casa y me sorprende lo amplia que es y lo bien cuidada que está. Bijou es la encargada de mostrarnos las dos habitaciones con baño propio que nos han preparado para nuestra estancia, y me encanta tener mi propio espacio y mi baño exclusivo.

—Descansad un poco, dentro de un rato vemos qué hacemos.

—Gracias, Bijou, por todo.

Cada uno entra en su habitación, y supongo que Andrés, al igual que yo, está mirándolo todo curioso. Es una estancia muy práctica, tengo una cama grande, una mesilla de noche, y enfrente un armario que abro y veo lo amplio que es para guardar todas mis cosas. Y eso hago, deshago la maleta y me pongo ropa cómoda para descansar un rato.

Esta vez, nada más tumbarme me duermo. Mi cuerpo necesita unas horas de sueño para poder seguir con fuerza y descubrirlo todo.

* * *

Cuando al fin logro despertar estoy impaciente por conocer este lugar, así que me dirijo al salón, donde me encuentro a Felipe hablando con Andrés.

—Buenos días, dormilona. —Andrés es el primero en percatarse de que estoy a su

lado.

—Estaba muy cansada —le respondo aún bostezando.

—¿Qué es lo primero que quieres ver? Porque toda la familia ya sabe que estáis aquí y están deseando venir —me anuncia Bijou.

Trago saliva al saberlo, no he tenido contacto con ellos, supongo que por miedo.

—Nasha, ¿damos un paseo? —Andrés, que me conoce muy bien, se ha dado cuenta de que mi cara ha cambiado de repente, y es él el que toma el mando de la situación por primera vez.

—Sí, por favor —le agradezco, y los dos salimos de la casa.

Una vez fuera, nos perdemos por los alrededores y quedo maravillada por lo precioso que es, la vegetación lo llena todo. El espesor de los árboles hace que todo sea verde. Me paro frente a uno de ellos y miro las hojas que cuelgan, sorprendida por lo grandes que son. Hay muchos tipos diferentes: cocoteros, plataneros, mangos..., y podría seguir nombrando mientras sigo mirándolos maravillada.

—¿Qué plan tienes?

—¿Y si no tengo ninguno? —le respondo parándome de repente y viendo cómo él lo hace un paso más adelante que yo.

—Pues tendremos que pensar en uno.

—Siempre he querido conocer a mi familia, a los que ayudaron a mi madre... cuando...

—Si no estás preparada para contármelo, no lo hagas. —Andrés siempre ha sido comprensivo, nunca ha querido forzarme a que le cuente mi pasado, supongo que ser psicólogo juega de su parte. Él sabe cuándo uno está listo para hablar y cuándo no—. Disfruta de este momento.

—Gracias por haber venido conmigo.

—¿Te recuerdo que me han obligado? —bromea comenzando a caminar hacia adelante.

—Sabes que no es así. Si no hubieras querido, no habrías venido.

—Puede —concluye sin decir nada más, aunque entre nosotros las palabras sobran, siempre nos ha ocurrido. No necesitamos tener que explicar algo que sólo con mirarnos a los ojos ya sabemos—. ¡Mira!

Dirijo la mirada hacia el lugar donde me señala y veo unos polluelos caminar a sus anchas. Los dos nos sorprendemos porque no estamos acostumbrados, y sonreímos porque la escena nos parece la mar de tierna. Vagan en libertad sin que nadie los moleste, sin que nadie les corte las alas, aquí son libres y, en parte, yo me estoy

sintiendo igual que ellos.

* * *

Regresamos a casa de Bijou, donde ya han preparado la comida y nos espera la familia de José para pasar un rato muy ameno. Ellos son muy curiosos y quieren saber qué diferencias hay entre Guinea y Madrid. Andrés y yo les explicamos que nosotros no valoramos muchas de las cosas que para ellos son imprescindibles y costosas. Ellos no saben lo que es tener agua corriente en casa y no comprenden que nosotros la malgastemos como si nada o estemos todo el día enganchados a internet. ¿Internet? Ellos sólo tienen acceso a él si van a una especie de locutorio, lo que sería nuestro símil. Nuestras vidas son completamente diferentes, y charlamos hasta que, para mi sorpresa, llega la hora de la novela y todas las mujeres van corriendo a ver la televisión. ¡¿Cómo van a perderse el episodio de hoy?!

Yo, en cambio, me voy a dar un paseo, esta vez sola, y pienso en todo lo que me contó Celia antes de morir y que mi madre no fue capaz de contarme. Tras asumir todo lo que mi madre tuvo que soportar, quiero conocer a las personas que la apoyaron y la ayudaron hasta que decidió marcharse.

—¿Puedo acompañarte? —oigo que dice Andrés.

CAPÍTULO 11

NASHA

—Claro —respondo.

Durante unos metros caminamos en silencio, mientras yo no dejo de pensar en lo que me voy a encontrar cuando vea a la que es mi familia de verdad; en el fondo, estoy aterrada.

De pronto, algo me empuja y a punto estoy de caer cuando Andrés me agarra y, por primera vez, mis ojos y los suyos quedan apenas a unos centímetros. Permanecemos inmóviles hasta que la voz de un niño nos llama la atención:

—Perdone, ha sido sin querer. —Veo cómo se tapa la boca y se ríe sin poder aguantarse.

Andrés me suelta poco a poco para que me incorpore despacio y no me caiga.

—Debes tener más cuidado —le advierte para que no le ocurra lo que a mí a otra persona.

Yo los miro a los dos incapaz de decir nada. El contacto con su cuerpo me ha flagelado, como nunca creí que me ocurriría de nuevo.

—Ya..., es que...

Me alegra que el niño hable castellano y nos entienda sin ningún problema. Veo que sus amigos están esperándolo un poco más adelante

—Ve, corre —lo anima Andrés, y el chiquillo nos sonrío avergonzado.

—Gracias, señor.

—Míralos, están por todos lados —señala Andrés mientras observo cómo el crío se aleja hasta llegar junto a sus amigos, que lo esperan sonrientes. Para ellos la escena ha sido muy divertida.

Me giro y veo que cada pocos metros hay grupos de niños corriendo, jugando a sus anchas libremente sin ningún adulto que los vigile, son libres.

—Yo podría haber sido una de ellos —digo.

Me entristece saber que mi futuro podría haber sido muy diferente del que es ahora mismo, puede que mejor o peor, pero me duele que alguien, en cierto modo, me haya obligado a tener uno diferente.

—Entonces no te habría conocido.

—Puede que lo hubieras preferido. —Justo cuando termino la frase, me agarra del brazo y me obliga a acercarme.

—Nunca, aunque entre nosotros hubiera pasado algo tan malo como para que nos separara, me arrepentiría de haberte conocido.

No soy capaz de responder a la sinceridad de sus palabras. Sé que no me está mintiendo, y en el fondo me da miedo admitir que yo pienso igual, así que continúo con el paseo y no volvemos a hablar de nosotros en todo lo que queda de día.

* * *

De buena mañana me despierto y, tras asearme, echando de menos un grifo con agua corriente, salgo al salón, donde desayunamos y ambos nos despedimos de la familia de José para seguir nuestro viaje a la aventura.

—Ésta es la parte de la que más ganas tenía —dice Andrés.

Lo veo contento mirando un plano en el que están marcados los barrios en los que vive mi familia. No sabemos cómo vamos a llegar ni en qué medios de transporte, pero lo que tengo claro es que estoy a punto de vivir una aventura.

—Perdone, ¿podría acercarnos a este punto? Todo lo que pueda sin que le alteremos su recorrido.

—Paso muy cerca, subid.

Andrés me mira alegre y metemos nuestras maletas y subimos a los asientos traseros de un coche del que no conocemos a las personas que se han ofrecido tan amablemente a llevarnos.

Cruzamos diversos barrios en los que dejamos atrás varias zonas en las que me quedo enamorada de la frondosidad de los árboles. No puedo dejar de mirar por la ventanilla embelesada hasta que el coche se detiene.

—Tendréis que seguir a pie. —El hombre se gira para dirigirse a nosotros y los dos asentimos—. Por ese camino todo recto llegaréis a la playa, una de esas casas es la que buscáis.

Tal y como nos ha indicado, caminamos arrastrando nuestras grandes maletas, que se quedan atascadas en el suelo de arena. Me molesta no haber pensado en esto y no haber traído una mochila cargada a la espalda y listo.

—¿Te ayudo?

Lo observo con cara de «¿Crees que no puedo sola?...», y él mismo se responde.

Miro hacia delante y me parece ver unas casas en la lejanía. Poco a poco nos acercamos, hasta que un grupo de niños vienen corriendo y nos rodean entre risas al tiempo que nos saludan alegremente. Son tan monos que me dan ganas de abrazarlos a todos, pero me contengo porque no los conozco y no creo que les gustara la idea.

—¿Sabéis qué casa pertenece a María? —Es la hermana menor de mi madre, y sé que no me espera.

—Es mi abuela —oigo que dice uno de ellos, el más menudo de todos.

—¿Ah, sí?

Me parece increíble lo que acabo de descubrir, y sobre todo que haya sido tan fácil llegar hasta ellos.

—¿Quién eres?

Su curiosidad me enamora.

—Digamos que una familiar lejana que viene a verla.

No creo conveniente contarle al pobre niño quién soy, al menos hasta saber que ellos quieren conocerme.

—Es ésa —señala divertido, y entre risas desaparece con el resto de los chiquillos sin importarle lo más mínimo el motivo de mi visita.

—¿Estás preparada? —oigo que dice Andrés, que permanece inmóvil a mi lado, pero yo no soy capaz ni de mirarlo.

Lo único que hago es observar la casa que está frente a mí, apenas a diez metros. Es una casa muy humilde, bastante más pequeña que la de Bijou, pero no me importa en absoluto.

El hormigueo que siento es de nervios, pero como siempre acostumbro a hacer, levanto mi escudo y camino hasta llamar con el puño a la puerta, que está entreabierta.

—¿Quién? —oigo la voz de una mujer que se extraña porque llamen a la puerta—. Arturo, como estés de broma, hoy pescarás tú la cena.

Andrés sonrío cuando oye el comentario de la mujer, y yo curvo mis labios nerviosa. Sus pasos cada vez suenan más cerca, y cuando veo su rostro sé que es mi tía. No hay duda de que es la hermana de mi madre, se parecen mucho, aunque María es más gordita que ella.

—¿Nasha? —logra decir sin poder evitar que un cuenco con verduras cortadas le caiga al suelo.

—Abuela, ¿estás bien? —El pequeño Arturo me aparta para correr hasta agarrarse a las piernas de su abuela y nos mira a Andrés y a mí como si le hubiéramos hecho algo malo.

—Sí, cariño, estoy feliz. —Lo coge en brazos para colocárselo en la cadera—. ¿Sabes quién es ella? —El crío, que no deja de mirarme, niega con la cabeza—. Es tu prima de España.

Abre los ojos y sé que le han hablado de mí cuando esboza una sonrisa que consigue arrancarme las lágrimas.

—Sí, Arturo. He venido de Madrid para conoceros.

—¿En avión? —pregunta sorprendido, y me doy cuenta de que el pobre jamás se ha montado en uno y asiento consiguiendo que abra la boca de par en par.

—Pasad, no os quedéis ahí fuera. —María deja en el suelo a Arturo, que comienza a recoger lo que se le acaba de caer a mi tía, y podemos entrar—. Madre mía, no me lo puedo creer... Eres igual que tu madre, que en gloria esté. Voy a avisar a la familia, quiero que vengan todos a conocerte. Pero ¿por qué no habéis avisado? Ya verás cuando se enteren... Gracias, gracias...

Me toca varias veces para comprobar que soy de carne y hueso hasta que nos fundimos en un abrazo y ninguna de las dos podemos evitar las lágrimas. Es un instante que supongo que siempre hemos pensado que llegaría, pero no veíamos el momento.

—Él es Andrés, mi compañero —se lo presento una vez logramos separarnos.

Él está emocionado esperando a que nosotras terminemos de saludarnos.

—Bienvenido a mi morada, Andrés.

Durante un par de horas, María no deja de preguntarnos cómo nos ha ido el viaje y entra y sale de la casa porque nos está adecentando el anexo que tiene y que sólo usa cuando hay invitados. Intento ayudarla, porque lo último que quiero es que seamos una molestia, pero no me lo permite. Arturo, el pequeñajo de seis años, es el encargado de ir corriendo casa por casa para avisar de mi llegada.

—Le prometí a mi madre que traería sus cenizas —le explico a María—. He tardado, pero aquí estoy.

—Mi hermana... —se lamenta llevándose las manos al corazón—. Aún recuerdo el día que me enteré de su... Jamás me lo he perdonado.

—Ella estaba enferma, pero no nos lo dijo, fue una sorpresa para todos.

—Cabezota, siempre queriendo ser la fuerte. —Con ese comentario, Andrés me mira y sé perfectamente lo que le está rondando por la cabeza, que no es más que yo soy igual que ella—. ¿Y tú? Ay, mi niña, eras muy pequeña para quedarte sola en una ciudad como a la que fuisteis. ¿Qué hiciste? Mi niña bonita...

—Celia se encargó de mí. —Me encojo de hombros sabiendo que no es lo que

habría querido, pero fue lo mejor que podría haberme pasado.

—Ojalá algún día pueda agradecerle todo lo que hizo por vosotros.

—Ella también murió hace muy poco. —Siento cómo, al decirlo, la garganta me oprime, y es que aún me duele hablar de ello.

—Por favor... —Se lleva las manos a la boca y no puede evitar llorar—. Entonces ¿José y tu estáis solos?

—No del todo —interviene Andrés por primera vez desde que hemos llegado a la casa.

—No sabes lo que me alegra oírlo. —María se dirige a él más que agradecida.

—Nosotros estamos bien. ¿Y aquí? ¿Lo estáis?

—Sí, ya ves que vivimos de un modo muy humilde, pero somos felices. —Noto una media sonrisa que disimula que son muy conscientes de que podrían vivir mejor si el gobierno renovara las infraestructuras—. Venid, aquí podéis alojaros el tiempo que queráis.

La seguimos hasta una puerta trasera que da a la playa y veo cómo camina hacia una pequeña cabaña de madera que hay justo a la derecha. Cuando entramos me sorprende por lo bonita que es. Es muy simple, con los muebles justos pero lo necesario para estar unos días.

—Os dejo un rato para que os acomodéis y descanséis, porque esta noche cenaremos en familia.

Me encanta oír la palabra «familia». Será la primera vez que lo haga de verdad con gente de mi sangre.

Me quedo parada en la puerta de la cabaña mirando al mar que tengo justo delante y cierro los ojos, imaginando cómo mi madre debía de pasear de joven por este mismo lugar. Me apena no haber podido hacerlo agarrada de su mano, pero sé que, dondequiera que esté, sonrío al verme aquí.

—Tengo que darte una mala noticia. —Me giro de repente sin comprender lo que ocurre, al oír hablar a Andrés tan serio.

—Sólo hay una cama de matrimonio. —Se le escapa una sonrisa cuando me señala hacia ésta y yo sonrío del mismo modo sin importarme en absoluto que tenga que dormir con él—. ¿Eso quiere decir que ya no me ignoras?

—Puede que sí, puede que no. —Le agarro el brazo cuando paso por su lado y me siento en el pequeño salón que hay en el porche. Veo que María se ha encargado de dejarnos comida preparada para que podamos picar algo—. ¿Te apetece?

—Sí, ha sido una mañana larga.

Se sienta a mi lado y saboreamos las verduras que nos ha dejado. Terminamos nuestro almuerzo con una gran fuente de diferentes frutas que no dudo en probar, y quedo impregnada por el sabor tan intenso de éstas.

—¿Qué te parece? —le pregunto al verlo mirando al horizonte con la vista perdida.

—Es un lugar maravilloso. Jamás creí que estaría en un sitio tan... —se para a pensar un segundo— singular como el que tengo frente a mis ojos.

—Éste es mi hogar, aquí nací. —Me emociono al decirlo—. Aunque creo que no estuve mucho tiempo; mi madre tuvo que marcharse al interior.

—¿Por qué? Jamás me has contado lo que realmente ocurrió.

—Uf... —La garganta me oprime todo lo posible para no permitirme continuar hablando. Él se da cuenta, por lo que no insiste, sino que se limita a mirar el paisaje sin decir nada más—. ¿Te apetece descansar un poco?

Asiente y los dos entramos en la habitación, donde abrimos la maleta para sacar ropa cómoda y, sin miramientos, la dejamos abierta a los pies de la cama, en la que, tumbados uno al lado del otro, terminamos durmiendo.

* * *

Oigo risas y mi mente se traslada a mi infancia. Yo corría por la arena sin importarme que me estuviera manchando los pies, saltaba hasta que llegaba a una zona repleta de árboles y me tumbaba apoyando la cabeza en una raíz para mirar la copa. Estaba muy alta, y pensaba qué era lo que podría verse desde allí arriba. Estaba sola y no me gustaba, pero mi madre nunca quería llevarme a ningún lado. Siempre paseaba por el mismo trozo de selva y yo ya estaba aburrída. Imaginaba lo que eran las risas de otros niños, las mismas que estoy oyendo ahora y que cada vez son más altas y más intensas.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —me despierta la voz de Andrés y veo a Arturo tumbado en la cama recibiendo cosquillas. Sus amigos están delante, muriéndose de la risa, y yo me río con ellos.

—¡Arturo! ¡¿Quieres dejar de molestar?!

Veo a una chica joven que, avergonzada, no llega a entrar en la cabaña, sino que llama desde la puerta al que supongo que es su hijo.

—No te preocupes, ya estábamos despiertos —miente Andrés para que la chica que no quiere mirar hacia la cama deje de echarle la bronca a Arturo.

Doy por hecho que es su madre, por tanto, mi prima hermana, y antes de que se vaya me levanto de la cama para salir hacia la puerta, donde la pobre se encuentra abochornada sin saber muy bien qué hacer.

—Hola, soy Nasha. ¿Eres la hija de María?

—Sí, soy tu prima Cristina. —Sus ojos denotan la misma felicidad que los míos, y, sin decirnos nada más, nos abrazamos. Yo no la recuerdo a ella, y supongo que a ella le pasará lo mismo, pero por una extraña razón siento como si la hubiera tenido siempre a mi lado y ahora nos hubiésemos reencontrado—. Vamos a preparar la cena. ¿Queréis ayudarnos?

Andrés, que nos ha oído, ha dejado de hacerle cosquillas a Arturo, y el resto de los niños han salido corriendo, como acostumbran a hacer, al menos las veces que nosotros los hemos visto. Cuando aparece en el porche, donde nos encontramos nosotras, veo cómo mi prima abre los ojos de par en par al verlo.

Al igual que ella, me paro a observarlo más detenidamente. No lleva camiseta, y veo una vez más su brazo tatuado, al igual que puedo leer bajo su pecho la frase «*Carpe diem*» tatuada con una letra caligráfica, y justo encima de su corazón un gran tatuaje de una cruz rodeada por una serpiente. Normal que la pobre no haya reaccionado de otro modo, y no la culpo, porque yo estoy igual y se supone que debería tenerlo más que visto. Andrés se pasa la mano por el pelo y las dos nos miramos intentando serenarnos y disimulando que nos hemos quedado embobadas.

—Tenemos que ir a coger agua, en esta casa no hay agua corriente —le dice María de pronto, intentando que el silencio tan incómodo que se había producido desaparezca.

—Ahora mismo voy, me pongo una camiseta y os acompaño.

Si se ha dado cuenta, disimula a la perfección, porque ha contestado como si nada.

—Te esperamos fuera —le respondo obligándome a no reírme por el embarazoso momento.

* * *

Andrés ha estado un par de horas trayendo agua, junto con más hombres, a la casa para poder asearnos y también cocinar. Y nosotras hemos estado limpiando el pescado que esta misma mañana los hombres han pescado para la cena. He conocido a seis de mis primas, sus maridos y sus hijos, y a sus madres, que son las hermanas de mi madre. Por desgracia, mis abuelos murieron hace un par de años, me habría

encantado llegar a conocerlos.

Esta noche vamos a cenar en la playa, para ello, los hombres están preparando una gran barbacoa en la arena. Andrés ha ayudado en lo que le han dejado, y me ha sorprendido porque juraría que ha estado disfrutando con todo lo que ha hecho.

—¿Estás preparada para la despedida? —Mi tía María, muy emocionada, me agarra de los brazos y espera que le responda.

—Llevo mucho tiempo demorándolo, ya es hora de llevarlo a cabo.

Soy consciente de que va a ser lo más duro que haga en la vida, porque ella se quedará en estas tierras y yo regresaré sola, pero debo cumplir su voluntad.

—Eres igual de fuerte que ella.

—Gracias, María.

Se aleja para comenzar a disponer los platos con los que vamos a comer. Entre Cristina y yo repartimos las verduras a cada uno de los que están sentados para cenar justo delante de las llamas, donde están cocinando el pescado que cuelga de unos hierros que los sostienen.

Me siento justo al lado de Andrés, que no ha dejado de observarme en lo que llevamos de noche, y le pregunto:

—¿Qué te parece?

—Muy interesante, me siento a gusto, la verdad. —Sonreímos—. Y esto está buenísimo.

Muerde las verduras como si fueran un auténtico manjar, y es que lo es, aunque estén pasadas por la plancha sin más, con algún condimento propio del país, supongo que por eso son más especiales.

—Pues no nos hemos matado mucho para hacerlas —declaro sonriente.

—Cualquiera lo diría, tienen un sabor...

—¿Especial?

—Eso mismo.

Eso es lo que yo pienso, todo lo que envuelve el ambiente de este lugar lo es. La luz natural, la vegetación, incluso la arena que cubre ahora mismo mis pies es tan diferente de lo que estoy acostumbrada que siento que estoy en un lugar que no existe en realidad.

Mis tías comienzan a encender velas para iluminarnos mientras cenamos. Mi tío me sirve dos pescados en el plato y, con cuidado de no quemarme, me dispongo a comerlos cuando Andrés pasa uno de sus dedos por mi mejilla y me limpia.

—Lo siento, tenías un poco de comida.

—Gracias.

Por primera vez veo algo distinto en su mirada, no es el mismo pijo que no quería mancharse el traje, o que necesitaba ir a lugares caros a cenar con sus amigos. Este Andrés es del todo diferente, y no sé cuándo he comenzado a verlo así. Ahora mismo está sentado en la arena de la playa, con los pies desnudos y comiendo con las manos como si nada, como si lo hiciera todos los días, y yo lo único que veo es su rostro iluminado por la llama de las velas, que lo hace más guapo de lo que es. Sus ojos azul cielo están más brillantes que nunca, al igual que su sonrisa: es verdadera, y bajo la luna no se miente. Cada uno de sus gestos son sinceros, como mi madre siempre me recordaba.

Termino de comerme el pescado sin poder dejar de mirarlo de soslayo, riendo con las bromas de las chicas y sobre todo de las ocurrencias de Arturo, que no para de llamar la atención para que todos estemos pendientes de él.

Oigo que comienzan a cantar cánticos fúnebres venerando a mi madre. Algunos son en español y otros en una lengua que no logro reconocer, pero sé que todos hablan bien de la persona que dio su vida por asegurarme a mí una mejor.

Mi tía me pide que me ponga en pie, y suspiro con todas mis fuerzas antes de agacharme para coger la urna en la que están las cenizas de mi madre, la que ha estado en mi casa guardada porque he sido incapaz de asumir que el alma de mi madre se había marchado de mi lado.

—Hija, tienes que dejarla ir. —Mi tía María me abraza—. Lo que ocurrió fue un error de un hombre sin escrúpulos que nos entregó la mejor bendición que podría haber imaginado. Me duele en el alma que tu madre fuera infeliz, pero sé que, viéndote ahora mismo, no se arrepiente de todo lo que tuvo que hacer para que hoy estés aquí.

Afirmo con la cabeza, porque es lo único que puedo hacer. No tengo palabras para describir lo que siento, prefiero llevar a cabo la voluntad de mi madre cuanto antes y olvidar mi pasado. Es lo que acostumbro a hacer para seguir adelante.

Camino hasta la orilla de la playa y vierto el contenido de la urna. Las cenizas de mi madre vuelan por el inesperado golpe de aire, como si ella misma hubiera soplado para situar sus restos en su lugar favorito.

Una lágrima rueda con más fuerza, dejando paso a una lluvia de lágrimas como nunca había experimentado desde que murió. Abatida por el momento, me siento en la orilla y permanezco unos segundos a solas, intentando poner mis ideas en orden, y autoconvenciéndome de que lo que acabo de hacer es lo que ella quería.

—¿Me dejas sentarme contigo? —me pregunta Andrés. Asiento con la cabeza limpiándome las mejillas con las manos y me permito compartir este instante con él —. Has sido muy valiente, yo no sé si lo habría sido tanto como tú.

—Ella me lo pidió.

—Y tú has superado tus miedos para llevarlo a cabo. —Coloca sobre mis hombros un pañuelo que llevaba en la maleta y lo abrazo como no hacía desde que me fui de su casa.

—Nunca imaginé estar en este lugar, mucho menos al saber que... —Trago saliva porque quiero contarle la verdad, es la primera vez que hablo con alguien de este tema, porque para mí es algo que me hizo tanto daño que supongo que por ello soy como soy.

—No sigas, por favor.

Me besa en la cabeza y apoya la frente respirando profundamente, puedo oír cómo huele mi esencia, y recuerdo las palabras de mi madre, esas que nunca he querido creer: «El hombre de tu vida estará a tu lado en el momento que abras tu corazón. Él te escuchará y no te juzgará, sólo te amará en silencio». Y es exactamente lo que siento ahora mismo, la necesidad de abrimme, y no quiero hacerlo con otra persona que no sea él.

—Debo hacerlo. —Oigo su respiración entrecortada, está nervioso—. Cuando mi madre vivía aquí y apenas tenía dieciocho años, trabajaba en una de las casas de los señores de la colonia. Imagínate cómo era entonces, una mujer joven, negra y soltera..., un dulce goloso para un político importante. —Me cuesta hablar, noto una opresión en la garganta que me baja hasta el estómago—. Ese hombre se encaprichó de mi madre, hasta que por la fuerza consiguió lo que quería. Ella no pudo hacer nada, mucho menos lo dijo en casa porque tenía miedo de que pensarán que todo había sido por su culpa, hasta que descubrió que estaba embarazada.

—Nasha..., ¿me estás diciendo que a tu madre la...? —No es capaz de decir la palabra «violación», y apenas si logro pronunciarla yo, pero así es.

Asiento y reconozco que mi nacimiento fue fruto de un acto tan despreciable como ése. Sin embargo, necesito contárselo todo, o sé que volveré a callar como he hecho hasta ahora.

—Ese hombre se enteró y quiso quitarle a toda costa el bebé a mi madre, o sea, a mí. Aunque no lo consiguió: ella huyó a la selva, se alejó de su familia, la que nos ha recibido con tanto cariño. —Miro en su dirección, siguen todos alrededor de la hoguera—. Ellos la ayudaron a esconderse unos años, nací y me crie en medio de la

selva hasta que viajamos a Madrid. Aquel hombre me habría separado de mi madre...
—Ya no puedo hablar más, me es imposible, y Andrés no dice nada, tan sólo me abraza con todas sus fuerzas.

Me besa la cabeza y, sin pensarlo, me coge para sentarme en su regazo y continúa abrazándome para calmar mi llanto, que ya no puedo controlar. Por primera vez en mi vida expulso la rabia de mi cuerpo, y lo hago con él.

—No llores, mi vida —dice.

Pero ya no puedo parar, mis labios tiemblan, mi cuerpo entero lo hace, noto los ojos hinchados, pero ya nada importa, no tengo que seguir mostrando lo fuerte que soy, porque no lo he sido nunca, sólo he sido una víctima que ha intentado a toda costa que ningún hombre se aprovechara de mí.

Mi familia sabe que este momento es muy doloroso, es inevitable que me oigan llorar, ya que estamos separados pero no lo suficiente. Sin mirarlos, sé que todos se retiran al interior de la casa dejándonos a solas bajo la luna que alumbra la orilla y el brillo que producen las velas a nuestras espaldas.

Sus manos agarran mis mejillas y me obligan a mirarlo con los ojos bañados en lágrimas, mostrando toda mi verdad.

—Nasha...

—No digas nada —le suplico.

CAPÍTULO 12

NASHA

Sin pensar en las consecuencias, lo beso. Sus labios me reciben con ansia y se pasea entre ellos sintiendo lo que todo este tiempo nos hemos obligado a olvidar. Le agarro la nuca e intensifico mis besos, porque ahora lo único que quiero es olvidarme del mundo y dejarme llevar por lo que mi tonto corazón me pide.

—No pretendas que olvide todo este tiempo. —Me coge las manos y las aparta de su cuello para mirarme a los ojos fijamente y decir lo que le estaba reteniendo.

—No quiero que lo hagas. —No puedo mentirle, lo que está ocurriendo no significa que vuelva para siempre, no puedo prometer que sea así—. Sabes que yo vengo y me voy, pero hoy sólo pretendo mostrarte quién soy de verdad, esa persona a la que nunca he dejado salir de su cascarón por miedo.

Sin más, se pone de pie sin soltar mis manos y me guía hasta la cabaña, donde nadie pueda vernos.

—¿Estás dispuesta a no enamorarte?

—No vaya a ser que ahora el que se marche seas tú... —bromeo sabiendo que ambos estamos jugando con fuego, y no sé si nos quemaremos o no, pero ahora mismo lo único que necesito es estar entre sus brazos.

—Puede...

Sus manos aprietan mi cuello y me besa como lleva segundos deseando hacer. Retrocedo hasta que me topo contra la pared y su cuerpo se coloca sobre el mío.

Comienzo a no controlarme, me resulta imposible hacerlo cuando él se muestra tan feroz. El Andrés que tengo delante no es el mismo que me amaba en nuestra cama, todo este tiempo lo ha cambiado, mucho más de lo que había intuido hasta ahora.

—Dime que quieres seguir. —Se aparta de repente y siento un vacío que no puedo soportar—. No hay vuelta atrás: si dices que sí, no pararé. No hasta que termine contigo. —Mi sexo pide a gritos que me abalance sobre él, necesita el roce de su cuerpo, pero Andrés permanece inmóvil, mostrando un autocontrol que para mí es imposible. Asiento con la cabeza y me adelanto, sin embargo, él estira el brazo y me aparta—. No he oído el «sí».

—Joder, sí. Maldita sea, sí, sí, síiiii. Te necesito aquí y ahora.

Es él el que esta vez se abalanza sobre mí subiéndome a sus caderas, follándome con ropa contra la pared. Sus manos se cuelan por mi cintura y sube mi camiseta hasta que, con mi ayuda, la lanza tras de sí.

Me mira los pechos, que, para su sorpresa, están al descubierto y mucho más grandes de lo que él recordaba. Gruñe como una auténtica bestia lanzándose a ellos, atrapándolos con las manos y sin dejar de besar mi cuello.

—Me gusta el Andrés de hoy —logro decir en un suspiro sin poder cerrar la boca por el placer que me está haciendo sentir.

—Te dije que ya no era el mismo y te vas a arrepentir de esta noche, te lo aseguro.

Me separa de la pared y, cuando creo que voy a caer, de un tirón me sube sobre su torso, con lo que mi sexo queda a apenas unos centímetros de su boca.

Mis manos le agarran la nuca y cierro los ojos para sentir cómo sus labios rozan la tela, con lo que consigue excitarme más aún, sin embargo, ésa no es su intención. Me lanza sobre la cama y, lentamente, coloca las rodillas sobre el edredón, una a cada lado de mis piernas para acariciarlas hasta llegar a mis muslos. Los aprieta y me mira de una forma tan intensa que no logro descifrar lo que está pasando por su mente.

Consciente de lo que quiere, no dejo que él lo haga. Llevo las manos al botón de mi vaquero y, de la forma más sensual que sé, lo desabrocho, subo las caderas y voy bajando la tela con maestría. Sonríe lascivo, le gusta que yo tome el control, siempre lo he hecho y siempre se ha excitado con ello, me alegra que no todo haya desaparecido.

—Estás a punto de quemarte —me advierte excitado.

—Prefiero el infierno. Es mucho más sexy, ¿no crees?

Andrés se agacha apoyando las manos en la cama y lame mis muslos antes de decir:

—Yo soy más del cielo.

—Es verdad, tú eres un niño bueno. —Gimo al terminar la frase, ya que su lengua ha pasado por encima de mi braguita y me ha excitado como nunca.

—Y ¿lo seguiré siendo? —responde rasgando la tela que cubre mi sexo con los dientes—. Dime.

Se detiene de repente y me mira con fijeza, agachado a escasos centímetros de mi piel, poniéndome histérica con cada una de sus respiraciones, que excitan mis labios inferiores, deseosos de ser arremetidos por su lengua.

—Espero que no —contesto.

Mi respuesta le gusta, curva la comisura de los labios en una sonrisa juguetona y ya no puedo pensar en nada más. Al fin su lengua recorre cada centímetro de mi piel, preparando mi sexo para lo que le espera. Sus dedos se cuelan para abrir paso y no puedo más que erguir la espalda y dejarme llevar, enredar mi cuerpo con el suyo y besarnos hasta que su pene me penetra y gemimos al unísono.

—Dios...

—Lucifer... —Finjo un gemido al tiempo que se me escapa la risa.

—No me jodas que te imaginas a Lucifer mientras te...

No lo dejo terminar la frase y le respondo moviendo las caderas, obligándolo a que no se detenga.

—Tú eres mi lucifer.

El ritmo de sus embestidas es agotador. Trato de seguirlo, pero, no conforme, lo empujo para que se tumbe a mi lado y ahora soy yo la que marca el ritmo. Sus manos se clavan en mis caderas y las muevo lentamente, hago que su pene entre y salga en toda su largura, provoco que cuando llegue al interior lo haga con fuerza. Y las palabras desaparecen porque ninguno de los dos somos capaces de emitir alguna.

Mi cuerpo está completamente descontrolado, ya no puedo dejar de moverme, necesito más intensidad, y él me eleva y me baja las caderas para que la fuerza con la que caiga sea mayor. Siento que mi interior tiembla, apoyo los brazos en sus hombros, clavándole las uñas, y veo su sonrisa ladina, sabe que estoy a punto de terminar y profundiza más con sus caderas. Grito sin poder evitarlo hasta que un jadeo gutural recorre las cuatro paredes de la habitación.

—¡Aparta! —me dice. Lo miro a los ojos, pero no lo hago. Presiono contra él, cierra los párpados porque lo invade el deseo, pero sus manos se afanan en quitarme de encima—. ¡Joder, sal! —Pero no lo hago, no tengo ningún miedo, y quiero que se deje llevar hasta el final—. ¡Dios! —jadea moviéndose con rabia, con dureza, sé que ya termina—. Estás loca, joder —logra decir casi sin aliento, llevándose las manos a la cabeza.

—Tranquilo, aún tomo la píldora. —Me dejo caer sobre él y veo cómo respira de nuevo—. No soy tan tonta de jugármela.

Deslizo mis manos por el tatuaje de su pecho.

Recorro con las uñas el borde de la cruz y acaricio la serpiente que lo rodea. Respiro el aroma a sexo, cuando él besa mi cabeza. Bajo mi dedo en dirección al tatuaje que dice «*Carpe diem*» cuando agarra mi mano y la detiene. No le pregunto, sino que le miro el brazo derecho intentando adivinar qué son cada uno de los dibujos

que forman ese gran tatuaje que lo recorre de arriba abajo.

—Jamás te imaginé con estos tatuajes.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —responde en un suspiro, y se levanta para ir al baño.

Me acomodo en la almohada, me tapo con el suave edredón que cubre la cama, y miro al techo sin creer lo que acaba de ocurrir.

Cuando me fui de casa me prometí que no volvería, que mi vida con Andrés quedaría en el pasado, y eso he seguido pensando día tras día. Sin embargo, sólo fue una absurdidad que me obligué a creer, sabiendo que no era la realidad, pues la verdad es que lo que siento es que mi corazón late con todas sus fuerzas cuando él está a mi lado, y no puedo engañarme más.

Veo que sale y se tumba de nuevo junto a mí. Creo que está arrepentido de lo que acaba de ocurrir, está distante, tanto, que noto un pellizco en el corazón al darme cuenta de que puede que ya no sienta lo mismo que yo.

Me doy media vuelta, agarro la almohada y se me escapa una lágrima sin que sepa el motivo. Creo que el día de hoy ha sido tan emotivo que tengo la cabeza hecha un lío. Cierro los ojos para obligarme a dormir cuando noto que se aproxima bajo el edredón. Sus manos agarran mi cintura y su boca muerde mi hombro.

—No quiero enamorarme de ti —dice.

Tengo que esperar unos segundos para responder.

—No lo hagas —logro contestar sin que note mi tristeza.

—Te irás de nuevo, y el único que se derrumbará seré yo. —Pocas veces se ha sincerado como acaba de hacerlo ahora mismo.

Me abraza con más fuerza y me besa el cuello antes de girarme y quedar frente a él.

—Dime qué necesitas para ser feliz.

—Soy feliz —respondo como si nada.

—Sabes que no..., algo siempre te ha anclado en la tristeza...

—Hoy lo soy, estoy donde siempre he querido estar, y contigo. No quiero más. —Mis palabras enmudecen las suyas—. Déjame serlo este viaje, después ya veremos qué ocurre.

—No entenderé otro adiós, no lo soportaré.

—Ni yo... —No puedo decirle otra cosa más que lo que siento en este momento, porque la dura, la prepotente e irascible se quedó en España; ahora soy mi yo interior, y no quiero ser nada más que lo que le estoy dejando que vea.

Nos besamos y, agarrados con fuerza, permanecemos abrazados hasta que el sueño nos vence y nos quedamos dormidos.

* * *

Estoy tan a gusto que no quiero despertarme, pero siento sus dedos acariciarme. Me encojo remolona, me desperezo y lo veo frente a mí. Sus ojos azules son impactantes, siempre me han gustado, pero hoy brillan de una forma especial. Pararía el tiempo si fuera posible para que nada estropeará lo que estoy viendo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco. —Me siento y veo una bandeja con varias clases de frutas—. Alcánzame la camiseta, no vaya a ser que tengamos visita.

—¡Arturo! —Se ríe en una carcajada al recordar la interrupción del día anterior—. Dentro de poco voy a ser el padrino de Alberto Júnior.

Es la primera vez que hablamos sobre algo de su familia, y me gusta. Por alguna extraña razón quiero saber más, hace mucho que no me molesto en averiguar nada de ellos.

—No sé por qué no me extraña que tu hermano quiera ponerle su mismo nombre.

—¿Porque sigue siendo el mismo capullo egocéntrico? —dice, y termina la frase con una media carcajada.

—Eso me temía. Lo que no entiendo es cómo Alba se lo consiente todo.

—Está enamorada, ella sí.

—Y ciega.

—Enamorada —repite como si no me hubiera enterado.

—Pues yo jamás he dejado de ver la realidad estando con un hombre.

—Porque no estabas...

—¿Enamorada? —No lo dejo pronunciar la última palabra—. No lo repitas. —Me burlo de él dándole un mordisco al trozo de mango que acabo de coger—. Y, sí, sí lo he estado —le anuncio alzando el dedo índice.

—Pues no sería de mí. —Coge un trozo de plátano y se lo lleva a la boca como si lo que hubiera dicho no fuera importante.

—Claro que lo estaba, pero me asfixiaba la vida que teníamos.

—Y a mí...

Es la primera vez que confiesa que él tampoco estaba viviendo una vida plena, siempre creí que él sí era feliz con lo que teníamos.

—Y ¿ahora qué es de tu vida, Andrés?

—Ya lo sabes: tengo un bar de copas, mi consulta, no tengo obligación de dar explicaciones y hago lo que quiero.

—¿Ni a tu madre?

Le provocho una carcajada y me mira fijamente.

—Me importa una mierda lo que piense mi madre.

—Eso sí que es nuevo... —digo en voz alta, sorprendida. Su vida se ha basado en lo que su madre quería o esperaba de él y de sus hermanos—. Me gustaría verlo.

—Pues está en tu mano, sólo tienes que dejar de huir.

—Odio la prensa, a las amigas de tu madre, tu puñetero apellido, que está por encima de todo...

—Ya nada es como era.

Se pone en pie y se apoya en el quicio de la puerta para mirar al exterior, y puedo ver lo sexy que está vestido tan sólo con unos vaqueros rasgados y sin camiseta.

—¿Por eso aquí pone «*Carpe diem*»? —Me pongo delante de él, descalza se me ve mucho más pequeñita de lo que soy realmente, y acaricio las letras tatuadas bajo su pectoral, las que anteriormente no me dejó tocar.

—Puede.

—¡Vamos a pescar! —oigo la voz de Arturo, que una vez más nos frena y no podemos continuar con la conversación que tantas ganas tenía de tener. Me giro para verlo justo al lado de la puerta—. Andrés, ¿alguna vez has pescado?

—No, no he tenido la suerte —le responde cariñosamente.

—Pues venid, *porfi*.

Andrés me mira y yo afirmo sin decir nada más.

—Ahora mismo voy, déjame que me cambie.

—¡Bien! ¡Mamá, vienen a pescar! —Su voz se pierde conforme se aleja de nosotros.

—Tengo un plan. ¿Tú que vas a hacer?

Encojo los hombros porque ni siquiera había pensado en ello, pero, ahora que lo hago, me apetece dar un paseo sola.

—Después voy contigo —digo—. Debo hacer una cosa antes.

Me agarra de la cintura y me besa en los labios. Un escueto beso cargado de sentimientos que me demuestra mucho más que cualquier acto que hubiera podido hacer.

Se aparta y, tras guiñarme un ojo, se viste con una camiseta de tirantes y un

bañador y sale de la cabaña en busca del pequeñajo de la familia.

Yo me siento en la cama y saco de la maleta el diario de mi madre. Lo he leído muchas veces, pero quería que estuviera conmigo cuando viniera a nuestra tierra; tengo la sensación de que un pedacito de ella está en él.

Lo abro y leo la primera frase al azar: «Cuando paseaba por la arena blanca, soñaba que algún día una hija mía lo haría de la mano de su gran amor». Sonrío y lo cierro porque en el fondo estoy cumpliendo cada uno de los sueños de mi madre sin darme cuenta, hecho que me aterriza, porque siempre he creído que no quiero una vida típica, lo que las personas creen normales: pareja, boda, hijos... Sólo de pensarlo me entran escalofríos, sé que yo no podría vivir de ese modo, terminaría asfixiándome yo misma.

Vuelvo a guardar el diario en la maleta y entro en el baño para asearme un poco. Tras unos minutos de intimidad, salgo de la cabaña y oigo la voz de Arturo. Dirijo la mirada hacia él y veo su sonrisa, me encanta ver cómo en este lugar los niños son felices. Y lo son porque no tienen miles de cosas que no saben valorar. Aquí todo es diferente, en esta parte del planeta los niños sólo conocen lo que es el cariño y la libertad, y me enorgullezco de los valores de mi familia.

Andrés está en el agua intentando mover el sedal que cuelga de su mano, pero por su expresión no creo que vaya a pescar mucho. Sonrío y camino hacia el lado contrario. Quiero estar un rato disfrutando de este paraíso en soledad, no quiero oír nada más que lo que la propia naturaleza quiera regalarme.

Y eso hago, me siento apoyada en el tronco de una palmera y cierro los ojos. Pierdo la noción del tiempo encantada. Nada me parece más mágico que lograrlo, y así me quedaría el resto del día, pero de pronto unos gritos y unas risas me llaman la atención. A lo lejos veo a Arturo volar sobre el agua, Andrés lo ha lanzado por los aires y ha caído salpicando agua.

Veo a mis primas reír, están en la arena y no me sorprende cómo lo miran, aunque no puedo evitar que me molesten sus formas. Parece que se hayan puesto de gala —a su manera, porque la verdad es que no podemos comparar los vestidos que ellas lucen con los que encuentras en un país como España— para llamar la atención de Andrés. Caminan por la blanca arena de la playa como si estuvieran rodando un anuncio para la televisión; sin embargo, lo único que despiertan en mí es tristeza.

Me pongo en pie y camino hasta llegar a ellas. En cuanto me ven disimulan un poco y, aunque sé que Andrés no les ha hecho ni caso, agradezco el detalle de que cuando yo esté delante se corten un poco.

—Niñas, ya vamos a comer —nos grita mi tía María desde la puerta de su casa, y la miro sonriente cuando veo que se acerca para decirme algo—. ¿Habéis pasado buena noche? ¿Os ha faltado algo? Esto no es como...

—Estamos bien, más que bien, no te preocupes.

La veo sonreír y me abraza con fuerza.

—Te miro y veo a mi hermana. —Se retira una lágrima de los ojos y yo la abrazo con más fuerza.

—Mamá, ¿quieres dejar de llorar? Nasha necesita alegría. Y ya sabe que ésta es su casa y puede volver cuando quiera.

Agradezco las palabras de Cristina.

—Por supuesto, pienso volver más a menudo —le confirmo a mi prima, que intenta que su madre no se ponga mal.

—No sabes lo feliz que me hace saberlo. —María se alegra por mis palabras.

—¡Abueeeeeeelaaaaaa! Traigo la comida

Nos giramos para mirar a Arturo, que corre hasta nosotras señalándonos el palo con peces clavados que trae Andrés justo detrás. Él lo levanta para que lo veamos y mis primas van corriendo para quitárselo de las manos y limpiarlo para poder comerlo. Nos disponemos a entrar con ellas, pero mi tía se para delante de la puerta.

—No, vosotros sois los invitados. —María vuelve a reñirme por querer ayudarla, y me encantaría hacerlo, pero no me dejan. Así que salimos los dos y caminamos por la arena de la playa.

—¿Cómo ha ido tu primer día de pesca?

—Los has visto, ¿no? —intuyo que se refiere a los peces que han capturado—, pues todos los ha cogido el crío... Parece mentira cómo se le da pescar.

—Aquí no hay PlayStation. —Me río al decirlo porque es la pura realidad.

—Pues si algún día tengo hijos tampoco la van a tener.

No podemos evitar reírnos.

Nos sentamos en la arena a esperar que nos dejen hacer algo, o, en todo caso, comer un poco de ese pescado fresco que se está preparando en la cocina. Los dos miramos al horizonte, cada uno en su mundo.

—¿Te has dado cuenta de que aquí nadie tiene prisa? —me pregunta. Afirmo con un movimiento de la cabeza—. Ahora entiendo a lo que se refería mi hermano Marcos cuando se plantó y dijo que quería vivir experiencias y no quedarse en una oficina postrado.

—Tu hermano siempre ha sido el más listo de todos.

—Él fue el que me hizo abrir los ojos, el que dejó uno de sus viajes a medias para venir y decirme que, aunque tú habías decidido irte, yo debía vivir mi vida: *Carpe diem*. —Termina la frase acariciándose el tatuaje por el que momentos antes le he preguntado.

Y ahora lo entiendo, Marcos fue el responsable de que Andrés no sufriera por mi marcha, le hizo ver que la vida es demasiado bonita para desperdiciarla, y, por lo que deduzco de sus palabras, y lo que he visto de él, no hay duda de que lo ha hecho.

—Y ¿qué es de él?

—La última vez estaba surfeando la ola más grande del mundo, y también había una instantánea con una chica.

—¿Novia?

—No creo, supongo que forma parte de vivir sus experiencias.

—Lo envidio. —Sólo de imaginarme ser libre, viajando por donde quiera cuando quiera.

—Yo, en parte, también.

—Sé sincero. ¿Cómo ves tu futuro?

Duda en silencio unos segundos.

—¿Y tú? —responde con una pregunta, y me gusta porque antiguamente me habría explicado la teoría de la vida, pero ahora no.

—Pues la verdad es que no lo sé...

—No pretendas que yo responda si tú no lo haces. —Me lanza un puñado de arena sobre el pie.

—Está bien, pero después quiero que lo hagas tú.

—Hecho. —Me guiña un ojo, y miro al horizonte para concentrarme.

—A veces creo que todo lo que he construido tiene una base de arena fina, una que un día soplaré y desaparecerá sin más. —Me callo para meditar lo que estoy a punto de decir—. Me he anclado a mis negocios y siento que en un futuro tampoco me dejarán volar como me gustaría.

—Más bien te has anclado a un gilipollas. —Ha tardado mucho en decir lo que piensa realmente.

—Andrés, no te he pedido que me juzgues. —Lo miro molesta, porque estaba demasiado a gusto como para que saque un tema del que sabe que podemos terminar discutiendo.

—Joder, no lo hago, pero es la verdad. Genaro no trae nada bueno.

—Lo necesito y punto. Si no te gusta, es lo que hay.

Me pongo en pie y camino hasta la casa de mi tía dejándolo sentado en la arena.
Sabe perfectamente que no me gusta que se metan en mis asuntos.

CAPÍTULO 13

NASHA

La comida ha sido de lo más rara. Andrés y yo apenas hemos cruzado palabra, sólo las justas para que nadie se diera cuenta de que estábamos molestos el uno con el otro. Cuando hemos terminado de comer él se ha disculpado para ir a descansar un poco y, en vez de hablar con él, de intentar limar asperezas, me he quedado inmóvil viendo cómo se marchaba. Los hombres se han ido a hacer cosas, han dicho, supongo que a buscar provisiones, y las mujeres se han sentado como si no hubiera nada más en la vida que el siguiente capítulo de la novela, hecho que no deja de sorprenderme. Así que yo he decidido ir a pasear por el paseo marítimo, y me voy a comer un helado, pienso saborearlo como si fuera el primero de toda mi vida.

Me paro y, tras dudar durante unos segundos frente a un vendedor poco amable, por no decir que es un estúpido que no tiene la menor intención de cuidar de sus clientes, me compro un helado de tres bolas.

Me siento en un bordillo desde donde puedo ver el paseo al completo y me parece increíble que me recuerde tanto al de Santander; supongo que la mano española durante la colonización tiene mucho que ver.

El helado está delicioso, pero no lo estoy disfrutando como pensaba. No me gusta que Andrés se haya quedado en la habitación, ni siquiera le he preguntado si quería venir. Pero ya es tarde para arreglarlo, así que sigo comiéndomelo sin lograr disfrutarlo del todo.

—Perdona que te moleste.

Me giro y veo a una mujer mayor, más que mi madre y mis tías. Su rostro está muy arrugado y es blanca, no negra como yo, ni tiene pinta de ser guineana.

—Dígame. —Espero curiosa lo que quiere decirme.

—¿Tu madre era Catalina Biyogo?

Me sorprende que conozca su nombre, pero afirmo y ella se lleva la mano a la boca y tiene que respirar antes de seguir hablando.

—Siéntese, por favor.

Me preocupo, porque es una persona mayor y lo último que quiero es que le pase

algo.

—Soy Blanca, la mujer de tu padre. —En ese mismo instante, mi helado se cae al suelo y la miro enfurecida—. Eres igualita que tu madre.

—¡Yo no tengo padre!

Me doy media vuelta y me dispongo a irme cuando me agarra el brazo apenas sin fuerzas.

—Lo siento, sé que no querrás escucharme, pero tengo que decírtelo para morir en paz.

Sus palabras me detienen, aun dándole la espalda y sintiendo sus dedos en mi piel. Muevo el brazo para que me suelte, no quiero que siga tocándome.

—Ya sé todo lo que ocurrió, no creo que vaya a contarme nada nuevo.

—Fue por mi culpa, y me arrepiento cada día que despierto y veo la luz del sol.

—¡Nasha, ¿estás bien?! —oigo la voz de Andrés, pero no soy capaz de girarme. Estoy inmóvil viendo cómo la mujer llora desolada, y no quiero hacerlo, pero algo me dice que tendría que escuchar lo que tiene que decirme—. ¡Nasha! —Me zarandea, y es entonces cuando lo miro a los ojos aún desconcertada.

—Tiene cinco minutos, después no quiero volver a verla.

Andrés me mira sin entender por qué le hablo con un tono de voz tan duro a esa pobre anciana, pero sé que lo que está a punto de decirme no me va a gustar nada.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—El reloj no se para, aproveche bien el tiempo —le recuerdo cruelmente.

Noto cómo Andrés agarra mi mano con fuerza y permanece en un segundo plano.

—Mi marido estaba desesperado porque yo quería tener un bebé y éste no venía... Yo era una infeliz por no poder darle lo único que quería en la vida. Y entonces llegó tu madre a nuestra casa. Ella nos ayudaba, pero era una joven preciosa, mucho más que yo, y él desde el primer momento en que la vio quiso cortejarla. Ella no quería, lo sé porque lo veía en su cara, pero él... —No sigue, y yo tengo que tragar saliva para no asfixiarme. Me duele oír sus palabras porque imagino lo que tuvo que pasar mi madre—. Él consiguió lo que quería. —Se le escapan las lágrimas y es entonces cuando me doy cuenta de lo mucho que debió de sufrir, pero no soy capaz de decir nada. Aprieto la mano de Andrés y él hace lo mismo demostrándome que está a mi lado—. Un día me dijo que íbamos a adoptar a un bebé, que estaba tramitando el papeleo, pero el niño nunca llegó, y al mismo tiempo tu madre desapareció. Fue entonces cuando tu tía María vino a mi casa y me contó lo que mi marido le había hecho a tu madre y que pretendía quitarle a su bebé para dármelo a mí. —Sus sollozos

son cada vez más fuertes y las lágrimas casi no le dejan abrir los ojos.

Ya no aguanto más, no quiero seguir escuchando. Me doy media vuelta y Andrés me para, me mira a los ojos y me habla con la mirada. Sé que me está diciendo que puede que me arrepienta algún día de no haber escuchado hasta el final, pero me duele demasiado.

—Lo siento, de verdad que siento todo lo que tuvisteis que pasar. Y espero que algún día nos perdones —nos interrumpe ella en un último intento de terminar lo que quiere decirme.

—Si lo necesita para morir en paz —cojo todo el aire que puedo antes de decirlo —: La perdono, pero no puedo olvidarlo tan fácilmente, eso jamás. Ya puede decírselo a su marido.

—Él ya no está... —logra decir.

—Qué pena, me habría gustado darle las gracias por todo lo que le hizo a mi madre —ironizo antes de darme la vuelta de nuevo y caminar sin rumbo como si no hubiera un mañana.

Andrés no me sigue, supongo que lo que se ha encontrado lo ha sorprendido del mismo modo que a mí. Lejos de esa mujer es cuando me derrumbo y mis lágrimas brotan sin cesar.

—Mi amor, ven aquí. —Me alcanza y me abraza con todas sus fuerzas—. Lloro, necesitas hacerlo, pero conmigo.

Me acaricia el pelo y permanecemos abrazados en medio del paseo sin importarnos que las personas caminen a nuestro lado; para nosotros no existen, sólo estamos él, yo y el dolor que siento en este momento.

—¿Por qué ha tenido que decirme nada? —jadeo en voz alta intentando aceptar lo que acabo de descubrir. Era cierto que querían apartarme de mi madre, y me duele lo que eso debió de significar para ella.

—Necesitabas saber toda la verdad.

—Quiero irme, ya no puedo seguir aquí. —Continúo llorando, empapándole la camiseta, sin embargo, a él no le importa en absoluto.

—Cuando quieras nos vamos, es tu decisión. —Me agarra de la nuca y me obliga a mirarlo—. Siempre estaré a tu lado, pase lo que pase. ¿Me has oído?

Asiento justo antes de que me bese.

Unos minutos más tarde consigo dejar de llorar y soy capaz de girarme hacia el banco, donde la mujer, de la que ni siquiera recuerdo su nombre, me ha contado detalles que yo desconocía, pero ya no está. Puede que haya sido cruel con ella, pues

parece que no tiene culpa alguna, pero lo que me ha dicho me ha dolido mucho, he imaginado todo lo que mi madre sufrió.

* * *

Llegamos a casa de María y no hago comentario alguno de lo ocurrido. Prefiero cenar con mi familia sin que ellos sepan que estoy a punto de tomar la decisión de adelantar mi partida. Supongo que no les gustará la idea, pero ahora mismo no me hace feliz este lugar y necesito regresar a mi vida cuanto antes.

Por la noche tomamos unas bebidas sentados alrededor de un fuego que han hecho los hombres y me paso todo el rato escuchando historias familiares apoyada en el hombro de Andrés, que rodea mi cintura.

Mi prima se lleva a un Arturo que al fin se ha quedado sin pilas y se ha dormido sobre el regazo de su madre. Poco a poco van marchándose todos a descansar, al igual que lo hacemos nosotros tras despedirnos del resto.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me pregunta Andrés sentado a los pies de la cama mientras observa cómo preparo la maleta para partir al día siguiente.

—Volveré, sé que volveré, pero este viaje ha terminado.

—Si es lo que quieres, eso haremos.

Se pone de pie y, tras coger la suya del armario, comienza a guardar sus enseres.

—¿Es muy tarde para llamar a Sócrates? —Lo miro con cara de preocupación.

—Alguno podrá llevarnos —dice.

Sé que lo único que quiere es que me relaje, pero no quiero molestarlos más de lo que ya lo he hecho.

—Prefiero llamarlo a él.

—Tú misma.

Me ofrece mi teléfono, que estaba sobre la cama, y me cercioro de que tiene cobertura; para mi fortuna, una mísera rayita que me deja llamar al adormilado hombre, que acepta amablemente venir a buscarnos a las diez de la mañana.

—No tengo sueño —le digo parada frente a la cama sin saber qué hacer.

—Pues yo sé lo que puede hacerte dormir.

Tira de mi mano y me atrae hacia su cuerpo.

Esta noche todo es diferente, y los dos lo sabemos, por ello la pasión del día anterior queda relevada por un sentimiento más intenso y profundo. Andrés se encarga de acariciar cada centímetro de mi piel, de besarlo y olerlo como si fuese la última

noche que lo va a hacer. Yo, en cambio, quiero recordar cada una de las imágenes que pasan por delante de mi visión. No cierro los ojos en ningún momento porque no quiero perderme nada de lo que está ocurriendo.

Lentamente nos desnudamos, hoy ninguno de los dos tiene prisa alguna. Nuestros cuerpos se rozan y siento que estoy a punto de explotar. No quiero que se termine esta noche nunca, no quiero que cuando llegemos a Madrid nos separemos, porque después de este viaje todo ha cambiado para mí.

Se adentra en mi interior haciéndome el amor, sintiendo cada uno de los movimientos. Nuestros gemidos se convierten en música, lentos, pausados, para convertirse en puro fuego que se desvanece poco a poco al igual que nuestros cuerpos se funden el uno dentro del otro.

* * *

Esta vez soy yo la que se despierta antes y lo veo a mi lado completamente dormido; su respiración es profunda y muda. Paso un dedo por el dibujo de su pecho, lo recorro lentamente hasta que dirijo mis dedos a la frase que tiene tatuada y me doy cuenta de que nuestros caminos se separaron para volver a unirnos con más fuerza.

No quiero despertarlo porque aún es pronto y el viaje no es corto, así que me voy al baño y me doy una ducha rápida, lo más que puedo para no dejarlo sin agua, y pienso en qué voy a decirles cuando salga y me despida.

En un intento de culparme por mi cobardía, pienso que le estoy fallando a mi madre, que debería quedarme y seguir disfrutando de mi familia, pero no soy capaz. Me resigno a no tener la valentía de permanecer aquí más de dos días en los que apenas he podido saborear los recónditos lugares de Guinea, pero volveré, y lo haré preparada para todo lo que me encuentre.

* * *

—Buenos días —digo nada más aparecer por el salón con mi maleta y Andrés a mi espalda con la suya.

—Pero... ¿adónde vais? —se lamenta mi tía María—. ¿Tan mal habéis estado?

—¡No! —se adelanta Andrés para darme un margen de tiempo suficiente para prepararme y hablar—. Para nada, hemos estado como en nuestra casa.

—Soy yo, tía —logro decir al fin, consiguiendo centrar la atención de todos en mí

—. Este viaje ha sido muy intenso, me habéis abierto vuestras puertas, y podré agradeceróslo del modo que merecéis. Pero necesito volver a mi casa y aceptar todo lo que he vivido; si no lo hago, no disfrutaré la próxima vez que venga.

—Hija... —Me abraza temblorosa, su gran cuerpo tiembla desolado, y me entristece que sea por mi culpa—. Ésta es tu casa, y, por favor, ven pronto, quiero volver a verte.

—Te lo prometo. —Lloramos las dos mirándonos frente a frente.

Oigo a Arturo, que con un gran berrinche llora hasta agarrarse a la pierna de Andrés, y me emociono.

—¡Ven aquí, granuja! —Suelta la maleta y lo coge para lanzarlo al aire y conseguir que sus lágrimas desaparezcan y se conviertan en auténticas carcajadas de felicidad, aunque a los adultos nos haga llorar más.

Oigo el claxon de un coche y todos miran extrañados hacia la puerta.

—Tus primos podrían haberte llevado donde necesitaras —me recrimina mi tía molesta.

—Bastante faena tenéis aquí como para llevarnos tan lejos. Sócrates nos acompañará.

Andrés se encarga de sacar nuestro equipaje a la puerta mientras me deja unos minutos a solas para despedirme de ellos.

—Me ha encantado pasar estos días contigo. —Cristina, mi prima, me abraza con todas sus fuerzas—. Me gusta tu pañuelo. —Se ríe entre lágrimas, y no puedo más que quitármelo y colocárselo entre las manos.

—Es tuyo, así cada vez que te lo pongas me recordarás. —Abre la boca de par en par y sé que mi detalle le ha llegado al corazón—. Y cuida mucho de mi primito preferido. —Me dirijo a él, que da un salto, y lo cojo al vuelo—. Crece mucho, que la próxima vez que te vea te mediré.

—¡Vale!

Lo abrazo y le doy mil besos en el cuello, arrancándole risas que esta vez sí se contagian al resto.

—Os quiero, gracias por enseñarme lo que es tener una familia.

Compungida y agradecida, camino hasta el taxi, donde Andrés me está esperando.

—Ve entrando, ahora vuelvo.

Sin poder dejar de mirar la humilde casa de mi familia, me siento en el taxi y espero que Andrés se despida y vuelva conmigo al coche.

Para mi fortuna o mi desgracia, Sócrates ha conseguido un vuelo para dentro de

dos horas, así que nos dirigimos al aeropuerto en dos taxis al igual que lo hicimos para venir para coger un vuelo hacia Bata, donde enlazaremos con otro que nos llevará directamente a Madrid.

Siento tristeza por irme, ahora entiendo lo que debió de pasarle a mi madre por la cabeza cuando dejó a su familia atrás para buscar un futuro mejor para mí.

CAPÍTULO 14

ANDRÉS

Estoy agotado, han sido muchas horas de vuelo tras unos días más que intensos, pero ha valido la pena. No pensé que volveríamos a tener un nuevo inicio, porque este viaje no ha sido una continuación a nada de lo que ya había existido; ha sido algo nuevo que los dos hemos disfrutado sin la sombra del pasado y sin la duda del futuro. Sólo un nosotros presente.

Arrastro mi maleta y no puedo dejar de mirar a Nasha. La sonrisa con la que regresa es nueva, sé que para ella este viaje ha sido muy importante, más de lo que habría imaginado, y está deseando ver a José para animarlo a que él también lo haga, a que redescubra sus orígenes como ella ha hecho, aunque estoy seguro de que también se ha enterado de muchas cosas que tendrá que asumir poco a poco.

Salimos por la puerta y veo a numerosas personas esperando a sus familiares cuando me doy cuenta de que algo no va bien. Hay prensa, y están haciéndonos fotos cuando una persona me empuja.

—Señorita, tiene que acompañarnos.

Veo cómo el mismo hombre corpulento que ha topado conmigo agarra a Nasha del brazo y se la lleva consigo a toda prisa.

—¡Suéltame! —Intenta zafarse del individuo, pero un segundo la agarra del otro brazo.

—Pero ¿qué estáis haciendo?

Dejo la maleta y me abalanzo sobre ellos para intentar que la suelten cuando dos hombres más se arrojan sobre mí y caigo al suelo boca abajo. Me retienen y veo cómo Nasha me mira y grita:

—¡Andrés! ¡¿Queréis soltarme?, me estáis haciendo daño!

Los *flashes* de las cámaras disparan sin cesar, a ella, a mí, y al resto de los pasajeros, que no entienden lo que está ocurriendo.

—Pero ¿qué cojones...? —Esa voz me es familiar, me giro y veo a mi hermano Alberto, tapándose la boca con la mano hasta que corre hasta mí—. Soltadlo, él no tiene nada que ver.

—Nos ha agredido —se justifica uno de los que me están destrozando los brazos para que no me mueva.

—No sabe de qué va esto, por favor —insiste mi hermano.

—¡Soltadlo, es una orden! —¿Esa voz...? ¿Gema? Cuando los dos hombres me levantan la veo y entonces me sueltan para dejarme frente a ella—. Debían detenerla antes de que salierais para evitar que tu imagen apareciera en la prensa.

—Pero ¿qué ocurre? —intento averiguar por qué se han llevado detenida a Nasha.

Miro a mi hermano, que está blanco como un folio al saber que todas esas fotos estarán ya colgadas en todos los diarios digitales.

—Aquí no, vámonos.

Gema asiente en dirección a mi hermano y pide a sus agentes que nos escolten hasta el coche de Alberto, que está mal aparcado en la misma puerta. Los periodistas no han dejado de hacerme fotos, de preguntarme sandeces sobre nuestra relación, si sabía a qué se dedicaba mi amiga... La verdad es que lo único que he hecho ha sido no mirarlos y caminar sin decir ni una palabra.

—¡Joder! ¡Joder! ¡A ver cómo arreglo esto! —exclama Alberto.

—¡Pero ¿me vas a explicar qué cojones ocurre?! —le grito nervioso preocupado por ella. El resto del mundo me importa una mierda.

—Está detenida por trata de blancas. —Gira la llave en el contacto, arranca el coche y se adentra en la circulación del aeropuerto.

—¡Pero ¿qué estás diciendo?! —Miro por la ventanilla y comienzo a comprender muchas de las preguntas que me han hecho los periodistas—. Eso no puede ser cierto.

—Una de las camareras del restaurante que han montado Genaro y Nasha los ha denunciado.

—¡Hijo de puta...! —Doy un puñetazo al salpicadero con todas mis fuerzas. Sé que ella no tiene nada que ver, que ese maldito cabrón la ha metido en líos tal y como supuse el día en que me enteré de que se habían asociado—. Y ¿qué vamos a hacer?

—Tú, nada. —Lo miro fijamente esperando que lo que acaba de decir se trate de una broma—. Tu imagen ya se ha visto demasiado perjudicada.

—Eso me importa una mierda. Lo único que quiero es sacarla de este lío.

—Ella solita se lo ha buscado.

—Para el coche ahora mismo o te parto la cara.

Me mira sorprendido, creo que es la primera vez que le hablo así, pero él no se da cuenta de que me importa muy poco mi apellido, y mucho menos mi imagen. Lo único que quiero es volver a estar con ella, ayudarla a salir de este lío.

—¡Tranquilo! No te he dicho que vayamos a quedarnos de brazos cruzados.

Me tranquiliza oír sus palabras, al fin dice algo coherente desde que se ha montado en el coche.

—¿Adónde vamos? —Estoy muy nervioso, no sé qué puedo hacer, qué le estará ocurriendo a ella ahora mismo.

—A casa de mamá; allí la prensa no puede fotografiarnos.

—Quiero ir a mi casa.

—¿A tu negocio oculto? —Me fusila con la mirada—. Creo que no es buena idea que vayas en unos días. Al menos, hasta que los carroñeros se calmen.

—¡Joder! —Me llevo las manos a la cara y me froto los ojos con fuerza—. ¿Sabías que yo tenía...?

—Eres mi hermano, y conozco a todos los inspectores de la ciudad. ¿Crees que no han investigado lo que se hace en ese antro?

—No es un antro.

—Me da igual lo que se haga o no allí, pero ahora no es momento de que te vean rondarlo. Así que encárgate de que no te necesiten en unos días.

Suspiro dejando salir todo el aire de los pulmones y cojo el teléfono para llamar a Sofía.

—¡Buenas tardes!

—¿Andrés? ¿Estás bien? —Parece que no se ha enterado de nada, y lo prefiero, al menos hasta que pueda ir y encargarme de todo.

—Sí, no te preocupes. Pero quiero pedirte un favor.

—Dime.

—Voy a estar unos días sin aparecer por el club, necesito que estés atenta a todo.

—¿Qué ocurre? —Me conoce muy bien y, aunque lo intente, no puedo disimular mi preocupación—. Andrés, yo hago lo que me pidas, pero dime la verdad, es lo menos que puedes hacer.

Resoplo, me aparto el teléfono de la oreja y miro por la ventanilla antes de decirle:

—Una amiga está en un buen lío y me ha pillado con ella, así que hasta que la prensa me deje en paz no podré ir al club.

—Dios... —Pocas veces Sofía se queda sin palabras—. No te preocupes, yo me encargo de todo.

—Gracias, te debo una.

—Me debes muchas.

—Te compensaré. —Se me escapa una media sonrisa y finalizo la llamada ante la atenta mirada de mi hermano, que está a punto de decir algo que no me va a gustar, y lo sé por su gesto serio.

—¿Qué le vas a contar a mamá? Es mejor que...

—No pienso mentir, más no. Se acabó.

Sólo de pensar en seguir viviendo en una mentira me asfixia, ya es hora de asumir mis decisiones y luchar por mi felicidad, le pese a quien le pese.

—Estás loco. Mamá no va a consentir que estés con ella.

—Pues perderá a un hijo. Hermano, no olvides una cosa: mamá se irá y lo único que nos quedará es la familia que formemos, y por lo menos yo quiero ser feliz y estar con la persona que amo, y es ella. Amo a Nasha tal y como es.

—No siempre hay finales felices.

—Lo tendré; de eso me encargaré yo mismo.

Alberto no responde, permanece callado mirando la calzada, y yo veo cómo poco a poco nos aproximamos al chalet. Sé que no va a ser nada agradable, pero tenía que llegar un día u otro, y qué mejor que contar toda la verdad ahora que la prensa me lo ha puesto a huevo.

Cuando llegamos, la cancela se abre y recorremos los últimos metros. Veo a Ana esperándonos en la puerta.

—Hola, hermanita. —Le doy un beso en la cabeza y ella me rodea con los brazos con fuerza, pocas veces me ha abrazado así.

—Dime que todo es una mentira y se va a solucionar rápido.

—Confía en mí. Voy a hacer todo lo posible.

—¿Cómo está mamá? —pregunta Alberto nervioso; él sabe cómo es.

—Puf, mejor pasad y lo veis vosotros mismos.

Ana es la última en entrar, yo soy el primero en ver a mi madre sentada en el sillón en pijama y cambiando de canal como una loca: mi imagen en el suelo retenido por dos policías sale en todos. Se me encoge el estómago al recordar la escena, y en lo único que puedo pensar es en ella, en dónde estará y, maldita sea, en cómo solucionar esto.

—¡Hijo! Pero ¿qué has hecho? ¿Cómo iré ahora por la calle? Mis amigas no van a querer ni mirarme a la cara...

—¿Y un «cómo estás hijo»? —le recrimino duramente.

—Ya veo que estás bien. Menos mal que sólo se han llevado a esa furcia a la cárcel, y espero que...

—¡Mamá, cállate! —Enmudece ante mi elevado tono de voz—. Que sea la última vez que llamas así a Nasha.

—No, no... no me dirás que has vuelto a enamorarte de esa embaucadora de hombres...

—Nasha no es eso.

—¡Pero ¿quieres abrir los ojos?! Madre mía..., por todos los santos..., mi hijo se ha vuelto loco... No, no, esa mujer le ha hecho algo..., eso es.

Camina por el salón sin dejar de abrocharse y desabrocharse el cinturón de la bata. La miro, sé que cuando se pone nerviosa no entra en razón.

Me siento al lado de Ana, y para mi fortuna interviene Alberto.

—Andrés no tiene ningún cargo ni sospecha alguna, ya me he encargado de ello.

—Sale en todas las televisiones, ¿qué crees que dirá la prensa?

—¿Qué clase de prensa, mamá? —intervengo, sabiendo cómo funciona este asqueroso mundo.

—La que mueve el país. ¿O piensas que porque tú la odies y siempre la hayas ignorado, el resto del mundo lo hace? Nadie olvidará esta imagen. —Congela la que aparece en la pantalla y sale mi cara gritando el nombre de Nasha justo en el instante en que le doy un empujón a uno de los policías que la retenían—. Esto es un delito, y van a sacar jugo hasta que la policía se vea obligada a detenerte, aunque sea por una simple agresión.

—Mamá, no pasará —intenta tranquilizarla Alberto—. Ya me he encargado de dar una buena suma para que no lo hagan.

—Joder, hermano, no se te escapa ni una. —Me molesta lo que ha hecho sin tan siquiera consultarme—. Encima, les das el dinero a los carroñeros sensacionalistas, chupasangres y destrozavidas.

—Llegados a este punto es lo mejor: si quieres ayudarla, tienes que estar limpio —me dice Ana.

Hasta ahora había sido una mera espectadora de la escena, pero interviene con más sensatez de la que hemos tenido hasta el momento el resto de la familia; tiene mucha razón. Si debo preparar una defensa para un simple juicio de lesiones no tendré tiempo de defenderla como merece.

—¿Ayudar?! —El grito de mi madre me devuelve al salón y dejo de debatirme interiormente—. ¡Lo último que va a hacer mi familia va a ser ayudar a esa...!

—No pienso dejarla en la cárcel, te guste o no —la amenazo.

—Por favor... ¿Yo qué he hecho para merecer esto? —Vuelve a sentarse en su

sillón—. Si tu padre levantara la cabeza, Andrés...

—No la dejaría abandonada, lo sé.

—Pensé que la habías olvidado... —se lamenta en voz baja.

—Nunca la olvidé, y no pienso hacerlo. Mamá, te guste o no, la quiero.

—¡No vuelvas a repetir eso! —exclama mirándome a la cara por primera vez—.

Esa mujer jamás será de mi familia.

—Pues entonces yo tampoco lo seré. —Me pongo en pie para irme, decepcionado por las palabras de mi madre, cuando Alberto se pone delante de mí y me detiene.

—Pelearnos no nos va a ayudar. —Pone una mano en mi pecho y, sin decirme nada, sólo con su mirada, me pide que no lo haga, que me quede y hablemos. Y sé que no me queda otra más que hacerle caso—. Mamá, te guste o no, tu hijo está con esa mujer, y por el bien de nuestro apellido debemos limpiar su nombre.

—La prensa no olvida.

—La prensa es manipulable, eso no lo olvides nunca —replica Alberto intentando centrar el tema.

—¿Vas a defenderla tú? —le pregunto directamente porque sé que es el único que puede lograrlo.

—No puedo, ya me ha llamado Ángel para avisarme. —No doy crédito a lo que estoy oyendo, ¿será capaz de dejar en manos de otro algo tan importante?—. Tú estás involucrado en el tema y no es bueno defender a alguien de quien el jurado puede pensar que me coacciona sentimentalmente.

—Y ¿quién lo va a hacer?

—Toni.

—Ni hablar, me niego rotundamente. Haz las llamadas que quieras, pero quiero a otro. —Alberto me mira sin comprenderme, hasta que se me ocurre una idea mejor idea—. Quiero a Ángel.

—¿Estás loco?

—Esto es un puto circo mediático, pues qué mejor que el dueño del gabinete.

—No va a querer, y lo sabes.

—Sé convincente, ya sabes que pagaré lo que haga falta.

—No puedo oír más, haced lo que queráis, me voy a la cama. —Mi madre se levanta y, sin mirarme, sin importarle si estoy bien o no, se va del salón.

—Déjala, se le pasará, ya lo sabes —me anima Ana, sabiendo perfectamente qué es lo que estoy pensando.

—Pero cuando eso ocurra será tarde. El daño ya está hecho.

Apenada por mis palabras, que sabe que son ciertas, Ana va detrás de mamá, supongo que para hablar con ella y hacerla entrar en razón.

—Llama —le pido a Alberto centrando la conversación en lo importante.

Él coge su teléfono móvil, cuando suena el mío y veo el número de José.

—Mierda. —Se me había olvidado—. Joder.

Acepto la llamada y no me da tiempo a hablar antes de que lo haga él:

—¿Dónde está mi hermana?

—La han detenido, hemos aterrizado y no nos ha dado tiempo de nada.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo... —José está nervioso, muy enfadado.

—Por trata de blancas: una camarera ha interpuesto una demanda.

—Lo voy a matar... —oigo su voz baja enrabiada y sé que, si Genaro no estuviera detenido, iría a por él—. Voy a llamar a su abogado.

—No, prefiero que lleve el caso otro.

—Pero ¿por qué? —me pregunta de pronto sin entenderme—. Habla.

—Los abogados de Nasha y Genaro son muy amigos, y si de algo estoy seguro es de que, si tienen que entregar la cabeza de uno de los dos, ya sabemos a quién venderán.

—Maldito hijo de...

—Tenemos que ser más listos, José. No pienso dejarla allí dentro mucho tiempo, pero debemos ser fuertes.

—¿Qué hago?

—De momento, esperar. Yo te llamo dentro de un rato y vemos qué podemos hacer.

Hablaría con José todo el tiempo del mundo, sin embargo, no puedo dejar de escuchar lo que Alberto está hablando con Ángel. Estoy dispuesto a cualquier cosa porque sea él quien la represente; si quieren un circo mediático lo van a tener.

—Gracias, significa mucho para mi hermano —oigo que dice y espero que finalice la llamada, aunque interpreto que ha aceptado.

—Dime que es un sí.

—Ya puedes darle las gracias a mi mujer. —Se le escapa una carcajada, él mismo está sorprendido.

—¿A Alba? —Ahora es cuando no entiendo nada.

—Te ha visto en la tele y ha ido corriendo a casa de su padre para pedirle que te defendiera.

—Pero si yo no...

—No sé por qué, Alba le tiene cariño a Nasha.

Esas palabras me alivian y consiguen que sonría. Ya ni recordaba que cuando éramos novios Alba acudía a ella muchas veces; nunca le pregunté, porque supe que eran cosas de chicas.

—Menos mal. ¿Y ahora qué?

—Ángel está de camino a la comisaría. Él será el primero en hablar con ella y averiguar cómo está la situación.

—¿Crees que Aitor podría ayudarnos?

—No lo sé, no pierdes nada por hablar con él, pero dudo que pueda hacer algo.

—Hermano, llámame si hay novedades.

—¿Adónde crees que vas? —Se pone de pie para frenarme.

—Tengo que ver a Aitor. —¿No me ha oído?

—Aja, y así, sin más, sales de casa.

—Déjale ropa de deporte, tienes en la habitación. —Los dos nos giramos y vemos cómo Ana se acerca a nosotros y nos da una gran idea.

—Eso es, me camuflaré para que no me vean.

Le doy un abrazo a mi hermana, y ambos miramos a Alberto, que no está convencido de que sea una buena idea. Sin embargo, no puedo llamarlo por teléfono, lo pondría en un compromiso, y no quiero.

* * *

—Estáis locos...

—No voy a quedarme sentado en este maldito sillón, lo siento.

—¿Ves?, así no te reconocerán —me anima Ana.

Me miro de nuevo al espejo de la entrada y me pongo la capucha de la sudadera negra de mi hermano.

—Vuelve y me informas.

—Alberto, no, me iré a mi casa. —Me mira con cara de «Te estás equivocando», y puede que así sea, pero no quiero huir de mi vida por lo que está ocurriendo—. Sólo te pido un último favor. —Me mira frustrado—. Lleva todas mis cosas a Sofía, ella sabrá qué hacer con ellas.

Le entrego mi teléfono, y lo único que llevo conmigo es un billete de cien euros en el bolsillo.

CAPÍTULO 15

ANDRÉS

Salgo por la puerta y echo a correr cuando noto que me están mirando. Me paro y al darme la vuelta veo a mi madre al otro lado de su ventana. Tiene un pañuelo en la mano, así que supongo que no se ha dormido, sino que está llorando sin que nadie la vea. Con la mano le digo adiós, pero no obtengo respuesta. Me duele, pero debo seguir, le guste o no.

Comienzo a correr como si estuviera haciendo unas de mis sesiones de *running* habituales, pero la dirección es muy clara: debo llegar a casa de Aitor, tengo unos kilómetros por delante y hacía días que no corría tanto, pero hoy es lo que menos me importa.

Voy por el lateral de la carretera y veo los coches pasar. Alguno me hace luces avisándome de que es peligroso lo que estoy haciendo, pero yo no paro, sigo de frente hasta que poco a poco la sombría luz de las urbanizaciones va cambiando por la artificial de la ciudad.

Cruce tras cruce, observo la iluminación de las calles del centro de Madrid hasta que veo su portal. Me paro para coger aire, estoy agotado, necesito un poco de agua. El sudor recorre mi frente, al igual que siento cómo mi camiseta interior está completamente empapada. Estoy frente a su portal, sólo tengo que cruzar cuando veo que la luz se ha encendido. Y no lo pienso en ningún instante, camino a paso lento hasta que veo que una chica sale y, justo antes de que se cierre la puerta, me cuelo para subir por la escalera hasta el sexto piso. Hacía mucho tiempo que no venía a ver a Aitor. Desde que abrí mi club, la verdad es que me he distanciado de él, puede que por respeto a su puesto o simplemente por miedo a reconocer que ya no soy el que era.

Llamo a la puerta y espero intentando reponerme y recobrar la respiración.

—¿Andrés? ¿Qué haces aquí? —La cara de Silvia es de sorpresa, supongo que ya me ha visto en la televisión—. Pasa, está en la terraza con la pequeña.

—Estaba corriendo un poco y he pensado en venir a ver a mi amigo. —En cierto modo le miento, no quiero decirle toda la verdad, aunque ella me conoce muy bien y

sabe que no he venido porque me iba de paso, sino que quiero hablar de lo ocurrido con su marido.

—Aitor, mira quién ha venido a vernos.

—¡Hombre! —Se echa a reír al verme—. Esperaba tu visita. —Ambos sabemos a qué he venido, y Silvia, que es más lista que los dos juntos, frunce el ceño y, tras coger a Laura, su pequeña de poco más de un año, se despide de los dos.

—Adiós, pitufa. —Acaricio su mejilla y me siento delante de él, que está expectante porque le pregunte.

Sin embargo, no pienso hacerlo, los dos sabemos cuál es la cuestión, y él es conocedor de toda la información.

—¿Llevas el móvil? —me pregunta. Niego y me chafó los bolsillos de los pantalones y el de la sudadera para que vea que no le miento y estoy libre de que puedan haberme seguido o pinchado mi teléfono—. Eres demasiado inteligente para estar aquí.

—Sabes que no puedo evitarlo —le digo con la mirada perdida en el cielo estrellado sobre nuestras cabezas—. Sólo necesito saber qué pasa, cómo puedo ayudarla.

—Sólo... —Se echa a reír de nuevo, sabiendo que lo que le estoy pidiendo es más de lo que puede decirme—. Andrés, te quiero mucho, y a ella, pero cuando juegas con fuego llega el día en que te quemas.

—¿Se ha quemado? —intento averiguar si hay posibilidad de solucionarlo.

—Eso parece. —En sus palabras hay un atisbo de duda, y eso me hace sonreír. Nos conocemos muy bien, y si él tiene una pequeña duda es que no todo está perdido.

—¿Y Genaro? —Tengo que saber que ese maldito no va a salir de la cárcel en mucho tiempo.

—Él no tiene nada que hacer, hay demasiadas pruebas en su contra.

—Me alegro.

—Aléjate de este tema, ya has salido bastante en la televisión. —Se cruza de brazos y me mira serio, pero yo, en cambio, continúo mirando al cielo—. Ya has conseguido un buen abogado y estoy seguro de que se libraré.

Ángel ya ha ido a verla, de lo contrario, Aitor no lo sabría. Me alivia pensar que todo el mundo se está moviendo rápido.

—No puedo hacerlo, y menos ahora —respondo.

—Espero que no te arrepientas de la decisión que estás tomando. No sé hasta qué punto ella está dispuesta a dejarlo todo por ti, si es que se lo ha planteado.

—Te comprendo, y si estuviera en tu posición me daría el mismo consejo, pero este viaje lo ha cambiado todo, nada es como antes, yo no soy como antes.

—Ella no ha sabido con quién relacionarse, y eso afectará a su negocio. Su reino está a punto de desmoronarse y ella ha sido la única que lo ha permitido.

—Haré todo lo posible para que no ocurra.

—Amigo..., no puedo decirte más que espero que seas feliz y no vuelvas a caer por su culpa. —Sus palabras son sinceras, lo sé. Y yo soy el primero que no puedo permitirme el lujo de volver a sufrir como lo hice cuando me dejó.

—Me has dicho lo suficiente, todo cuanto quería oír —zanjo la conversación poniéndome en pie dispuesto a marcharme cuando veo a Silvia aparecer.

—Andrés, distánciate. Tú no tienes problemas, pero a su lado los tendrás —insiste Aitor de nuevo.

No obstante, los dos sabemos que no lo voy a hacer, porque si algo tengo claro en esta vida es que no dejo a un lado a un amigo cuando tiene problemas, y mucho menos cuando lo que siento por ella es más de lo que he sentido por nadie hasta el momento.

—¡Estás enamorado! —oigo la voz entrecortada de Silvia, que se lleva las manos a la boca.

Ambos la miramos con cara de tristeza, porque los dos sabemos que si estoy aquí es porque efectivamente la quiero y no me da vergüenza reconocerlo, porque desde que volví a hacerla mía en Guinea me di cuenta de lo mucho que la he necesitado todo este tiempo, de lo feliz que podría haber sido si ella me hubiera permitido continuar a su lado.

—Andrés, necesitas una mujer de verdad que mire por ti. Ella es una ególatra, y no te merece.

—Silvia...

—Tiene razón. —Miro a Aitor para que no le pida callar.

Sé que la tiene, yo mismo sé cómo es. Pero, por alguna extraña razón, cuando estoy a su lado mi mundo cambia. No sé si para bien o para mal, pero saber que ella está sufriendo es más de lo que puedo soportar.

—No te engañes a ti mismo, supiste alejarte una vez, pero esto es lo que manda —coloca su mano sobre mi corazón y siento que el latido se acelera sin poder controlarlo—, y si ella no quiere cambiar, volverás a sufrir, y esta vez dolerá mucho más.

—No va a pasar, porque esta vez, si es necesario, sé cómo apartarme de nuevo —respondo seguro, creyendo mis palabras. Si lo hice una vez podré hacerlo dos veces.

Aunque sé que ella, al igual que su marido, no me cree capaz de volver a superarlo.

—Eso espero, Andrés. —Siento el cariño que me tiene en el brillo de sus ojos, y envidio a mi amigo por ser tan afortunado de haber encontrado a una mujer tan increíble como ella.

—No vuelvas a venir, al menos hasta que...

—¡Aitor! —le recrimina Silvia sin entender las palabras de su marido, pero sé que hay un caso abierto y lo mejor que podemos hacer es no vernos. Mi presencia aquí puede complicarle las cosas a él, y la verdad es que es lo último que quiero en este momento.

—Buenas noches, familia, tengo que irme.

Choco la mano de Aitor y él me responde con unos golpes en la espalda que significan más de lo que pueda decirme. A Silvia le doy un beso en la mejilla y le susurro al oído que le hable a Laura de mí durante un tiempo y, sin más, camino hasta la puerta sabiendo que dejo en la terraza a dos amigos de verdad que están muy preocupados por mí.

Salgo de su portal con cuidado de no ser visto y comienzo a correr como si nada; estoy agotado, pero no quiero que nadie me vea salir de aquí. Continúo sin parar hasta que logro ver un taxi con el libre encendido y lo paro.

Me siento al lado del conductor y le pido que me lleve al club.

—Es trampa salir a correr y volver en taxi —señala.

Lo miro sonriente, porque si él supiera todo lo que he tenido que recorrer, sería el primero en coger un transporte para seguir.

—Tendrá que guardarme el secreto o mi entrenador se llevará una decepción.

—¡Faltaría más! —niega divertido, y agradezco una conversación banal que no tenga que ver sobre lo ocurrido o sobre Nasha.

Continuamos charlando sobre el tiempo que hace, incluso sobre el tráfico, y hasta de los años que lleva conduciendo, hasta que por fin llego a la puerta del club y me tranquiliza ver que no hay nadie fuera, ni un maldito periodista que pueda verme.

—Puede dejarme en la siguiente esquina —le pido amablemente para no parar en la misma puerta.

—Donde usted me diga. —Continúa la marcha hasta que se para tal y como le he dicho y me meto la mano en el bolsillo para pagarle la carrera—. ¿No tiene más pequeño? —Lo miro con cara de sentirlo, pero no tengo nada más.

—Si me espera unos minutos, puedo traerle un billete más pequeño.

—¡Por favor! —Veo el ruego en su mirada y me sabe tan mal que lo hago así.

Salgo del coche y corro hasta la puerta del club, en la que marco los cuatro dígitos, y subo a toda prisa hasta Sofía.

—Tienes que hacerme un favor.

—¿Andrés? —Me quito la capucha a toda prisa cuando veo que ni siquiera ella me ha reconocido—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Pero...

—¿Puedes ir a la esquina y pagarle al taxista la carrera? —No la dejo terminar la frase, no tengo tiempo, y mucho menos quiero que alguien pueda oírnos.

Sofía mira a su alrededor, al igual que lo hago yo; el local está tranquilo, y hay un camarero que puede seguir sirviendo sin notar que falta cinco minutos.

—¿De cuánto es?

—Veinte euros. —Me quito la sudadera y me siento a la barra—. Dale una buena propina.

Abre la caja y me mira pidiendo permiso por coger el dinero de ahí, a lo que yo asiento sin ningún problema; ya meteré luego el recibo para cuadrar las cuentas.

Veo cómo baja y yo me adentro en la barra para coger un botellín de agua, que bebo de un trago. Tras lanzarlo a la basura, no espero a que regrese, voy escaleras abajo y entro en mi casa. Lo último que me apetece es que alguien me vea vestido como si viniera de atracar un banco.

Sobre la mesa de mi despacho están todas mis cosas. Alberto ha venido y se lo ha dado todo a Sofía, tal y como le he pedido en casa de mi madre. Lo primero que hago es llamarlo y contarle lo que he deducido de Aitor, que no tienen pruebas firmes contra ella. La noticia le alegra y me indica que llamará a Ángel a primera hora para ver qué ha podido averiguar él.

Tras terminar de hablar con mi hermano llamo a José. Sé que debe de estar preocupado y le he prometido que le diría todo lo que fuese averiguando. Me siento en la silla de mi despacho y, frotando con la mano mis cansados ojos, espero que responda.

—No está todo perdido.

—Menos mal. —Noto la tranquilidad en su respuesta. Sé lo importante que es para él, y más tras haber perdido a su madre; ella es la única familia que le queda en España—. ¿Qué puedo hacer?

—Ahora mismo, nada. Mañana intentaremos ir a verla; tengo que hablar con mi hermano para ver cuándo podemos ir. —Es en lo único en lo que puedo pensar. Si pudiera me iría ahora mismo, pero sé que es imposible.

—¿Cómo me pides que me quede de brazos cruzados sin más? —Lo oigo y cojo

aire porque lo entiendo perfectamente.

—Puedes ir, pero sé cómo funcionan estas cosas y ni te van a informar ni vas a poder verla. Perderás el tiempo.

—¡Joder! Ya lo sé...

Oigo el silencio en la línea telefónica y sé que está desesperado como lo estoy yo.

—Te llamaré. Te prometo que serás el primero en saberlo todo —digo intentando convencerlo, o que al menos se quede más tranquilo.

—Gracias por todo lo que has hecho. —Su voz suena frustrada, pero prefiero eso a que vaya en busca de una justicia que sólo lo va a perjudicar.

—No tienes que dármelas, para mi Nasha es más importante de lo que te puedes imaginar.

—Me alegra saberlo. Sabía que este viaje tenía que hacerlo contigo.

—José, te debo una muy grande. Ahora todo mi empeño es que la dejen libre para poder seguir con lo que acabamos de comenzar.

—Espero que ese maldito no...

—Tranquilo, lo solucionaremos. —No lo dejo terminar la frase porque es lo que tengo que decirle, aunque soy el primero que, si me lo cruzara, no creo que respondiera como debería.

—Mañana te llamo.

—¡Vale! Si me informan de lo que sea, no dudes de que te llamaré antes.

Dejo el teléfono sobre la mesa y me estiro todo lo que puedo sobre la silla. Estoy agotado, el viaje ha sido largo, pero no tan estresante como ha sido todo desde que he puesto un pie en el aeropuerto. No puedo creer lo que ha ocurrido. Ahora que parecía que todo volvía a estar en su cauce, el desgraciado de Genaro ha tenido que fastidiarlo todo.

* * *

Debería haber dormido, pero no he sido capaz. He estado dando vueltas por mi estudio, sentándome en la cama... Al final, agobiado, me he dirigido al escritorio, hasta que he terminado dándome una ducha que no ha servido para calmarme. Son las siete de la mañana y mi hermano no me ha telefoneado aún. Tengo ganas de llamarlo, pero no quiero asustar a Alba en su estado.

Finalmente decido vestirme y subir al club. A esta hora no hay nadie, ni clientes ni trabajadores, sólo una mujer de la limpieza que está dejando los reservados como

nuevos. De repente, el sonido del teléfono me asusta, estaba tan ansioso porque sonara que he dado un brinco.

—Dime que hay novedades.

—Sí, y no son buenas. —Trago saliva preocupado y espero que me informe—. Creen que hay riesgo de fuga y está en prisión a espera de juicio.

—¿Qué?! Esto es una broma, no puede estar pasando. —Comienzo a caminar por la sala sin dar crédito a lo que estoy oyendo—. Pero ¿por qué riesgo de fuga?

—Alegan que se ha ido a Guinea para eludir a la justicia, al igual que Genarc estuvo a punto de hacer.

—Y por eso hemos vuelto, ¿no? Es ridículo.

—Lo sé. Ángel está haciendo todo lo que está en su mano.

—Debemos sacarla, hermano. Pocas cosas te he pedido en esta vida, pero esta vez te necesito.

—Y en ello estoy, pero no va a ser fácil.

—¿Cuándo puedo verla? —Necesito hacerlo o me voy a volver loco.

—En cuanto nos den permiso te lo digo, pero no quieren que haya privilegios al ser un caso tan mediático.

—Joder. ¿Qué puedo hacer? —Me desespero, si no fuera por la puñetera prensa podríamos saltarnos mucha de la dichosa burocracia.

—Nada, hermano.

—¿Quién los ha denunciado? —pregunto curioso.

Si supiera quién es, podría intentar hablar con ella para que modificara la denuncia... No sé, algo debo de poder hacer, no puedo permitir que pasen los días y ella esté encerrada esperando a que un estúpido juicio decida.

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres? —le pregunto sabiendo que mi hermano vale más por lo que calla que por lo que dice.

—Andrés, lo hago por ella —responde al fin—. Si interfieres, puedes complicarle las cosas más de lo que puedas imaginar.

Lo sé, pero ¿qué hago? No soy capaz de pensar en nada más que en cómo ayudarla, y no hallo la forma y me desespero como nunca antes. Me siento a la barra de brazos cruzados y miro a mi alrededor. Pienso, respiro y me doy cuenta de que el tiempo es muy valioso.

Cojo mi móvil y marco el número de teléfono de José. Nervioso, espero que responda.

—Paso a buscarte dentro de diez minutos.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Podemos verla?

—No, pero te necesito.

No soy un estúpido, y lo último que voy a hacer es hablar por teléfono, sé cómo funcionan estas cosas, así que lo mejor es que vaya y se lo explique en persona. Cuelgo la llamada, bajo a toda prisa hasta mi estudio para cambiarme de ropa y en apenas diez minutos estoy montado en el todoterreno.

CAPÍTULO 16

ANDRÉS

—Vamos, no perdamos más tiempo —me apremia en cuanto termino de explicarle lo que se me ha ocurrido para poder ayudar a Nasha. Sabía que podría contar con José, él sin duda piensa igual que yo.

—Tenemos que pensar dónde encontrarla —le advierto antes de arrancar el coche y salir en su busca.

—Sé por dónde podemos comenzar..., bueno, varios sitios, en alguno de ellos estará.

—Pues no perdamos más tiempo.

Llevamos más de cinco horas de bar en bar en busca de Violette, pero parece que se la haya tragado la tierra. Estoy llegando a un punto que dudo que lleguemos a encontrarla.

—¡Es ahí, para donde puedas! —Miro hacia la puerta que me indica José y estoy confundido porque no sé si se refiere al antro que tengo justo delante—. Te aseguro que estará aquí.

—¿Seguro? —no puedo evitar decirlo justo antes de parar en un lateral.

Aparco el coche y salimos. Camino escondido bajo la capucha de mi sudadera para que nadie pueda reconocerme.

La puerta se abre entonces y el ruido de la música es ensordecedor, molesta mucho, pero lo único que hago es mirar a las personas que se encuentran en el lugar, la mayoría borrachos que no tienen donde caerse muertos.

Veo camareras caminar por la lúgubre sala, pero ninguna me parece que tenga la categoría suficiente como para que Nasha la hubiera contratado. Me giro y tampoco, pero José ha visto algo porque me da un codazo y me señala la barra. Justo al final, veo a una joven muy atractiva que está agachada sacando bebidas de cajas.

—¡Perdona, ¿me pones una cerveza?! —le pido sin esperar ni un segundo. Si es ella, no pienso perder más tiempo del que ya ha pasado.

—¿No ves que estoy haciendo otra cosa? —Su tono de voz, su acento y, sobre todo, la poca educación nos hacen saber que es ella.

—Cuando puedas entonces —le vacila José, consiguiendo enfadarla y que se acerque hasta nosotros.

Me quito la capucha de la sudadera y cruzo los brazos sobre la barra sabiendo que está mirando cómo mis músculos se marcan a través de la tela.

—¿Dos? —Me mira fijamente, recorriendo el largo de mis brazos y parándose en mis ojos. Supongo que mis formas la desconciertan, al igual que lo estoy yo al escrutarla a ella.

—¿Crees que compartiría con él? —Empleo toda la seducción que durante años he estado trabajando, sé que me la juego, y si pudiera la drogaría para que dijera la verdad, aunque un juez no estaría muy de acuerdo con mis métodos—. Aunque contigo —la miro de arriba abajo con descaro y lascivia— podría compartir más cosas.

—Ya te gustaría a ti...

«Si tú supieras...», pienso para mis adentros.

—¿Ah, sí, Violette? —lanzo la pregunta para comprobar de una forma rápida y efectiva que se trata de la persona que buscamos.

—¿Quién eres y qué quieres? —Noto que se pone nerviosa, y justo antes de que huya la agarro del brazo y tiro de ella hacia mí para aproximarla a mi cara, apoyándola en la barra como si ella sola se hubiera colocado para coquetear conmigo.

—Tengo una amiga en problemas por tu culpa, y tú lo vas a solucionar —le anuncio, y se queda parada, extrañada sería la palabra, hecho que me hace dudar—. ¿Te suena el nombre de Nasha?

—¡Que se pudra! —suelta de repente, y le aprieto los brazos con más fuerza hasta que abre la boca en señal de dolor.

—Te aseguro que eso no va a pasar; el único que se va a pudrir va a ser Genaro.

Noto cómo se destensa un poco, y sé perfectamente que a quien tiene miedo es a él, por tanto, puedo presionarla mucho más.

—Yo no sé nada.

La suelto un poco para que vea que no soy su enemigo.

—Los dos queremos que ese hijo de la gran puta se pudra en la cárcel, le vamos a hacer un favor a la sociedad, pero ella... —Me mira sin comprender bien hasta adónde quiero llegar—. ¿Ella te ha obligado a algo? ¿Te ha agredido? ¿Amenazado?

Le hago un gesto para que me responda y, tras unos segundos de duda, lo hace.

—Permitió que Genaro hiciera lo que le diera la gana con nosotras.

Tiene dolor guardado, lo sé muy bien, y gracias a que puedo ver más allá de lo

que dice sé perfectamente lo que necesita para sentirse mejor.

—Te equivocas —suelta de pronto José, más tranquilo de lo que habría imaginado—. Te aseguro que Genaro se encargó de traer a todas las chicas, ella es una víctima como lo eres tú, y por eso tienes que ayudarme.

—¿Y si no quiero? —nos vacila porque sabe que la necesitamos.

—Si no lo haces, te aseguro que no volverás a trabajar en ningún antro de este país. —Endurezco mi tono de voz aprovechándome del miedo que transmiten sus ojos. Y me odio por estar haciendo esto, pero es el único método que creo que puede funcionar—. No podrás esconderte, te lo aseguro.

—¿Qué queréis que haga? —Noto nerviosismo en su voz.

—Es muy fácil: que seas sincera, que expliques quién te engañó, quién te retuvo y, sobre todo, que especifiques lo que ella ha hecho por ti.

—Y ¿qué ha hecho? —Se le escapa una risa de incredulidad.

—Nada más que ser tu jefa, tratarte bien e incluso ayudarte. Tus compañeras pueden corroborar nuestra versión, en realidad, ya lo han hecho. —José, que tiene más información que yo, interviene para forzarla y llevarla un poco más al límite.

—Te aseguro que incluso puedo conseguirte un trabajo mejor que este antro. —Le entrego un trozo de papel con mi número de teléfono—. Tengo muchos contactos: abogados, policías y empresarios. Eres libre de elegir lo que quieres. —Me pongo de pie para sorpresa de José, que no entiende por qué me dispongo a marcharme—. Sé que eres una chica lista y sabrás qué es lo que debes hacer.

—Y ¿ya está? —me dice José en cuanto salimos de ese asqueroso lugar.

—Es suficiente, declarará en favor de Nasha. —Estoy más que convencido de ello.

—Y ¿por qué estás tan seguro?

Sé que no quiere jugársela, lo he leído en su mirada; ella lo único que quiere es ser libre y poder sobrevivir, nada más. Estoy dispuesto a ayudarla si ella nos ayuda a nosotros.

—Porque mi profesión es ver más allá de las palabras, y eso he hecho —digo. No lo estoy convenciendo, pero se resigna a creer en lo que él no ha llegado a ver.

—Espero que no te equivoques.

Montamos en el coche y me alejo del lugar cuanto antes. Lo mejor es que no nos vean aquí.

* * *

Tras dejar a José y cambiarme de ropa, aparezco por casa de mi hermano. La puerta está repleta de periodistas haciendo guardia, y dejo que me fotografien cuando aparco el coche y camino tranquilo hasta la portería.

—Señor Zúñiga, ¿es cierto que Nasha es su pareja? ¿Desde cuándo mantienen una relación? ¿Sabe qué pena puede caerle?...

Las preguntas no cesan, sin embargo, no estoy dispuesto a mostrar una imagen de enfado, y mucho menos voy a pararme a contestarlas. Mi propósito no es otro más que aparentar normalidad.

Para mi fortuna, la puerta se abre en cuanto llamo al timbre y desaparezco dejando atrás una marabunta de preguntas y *flashes* que no me dejan ni ver.

—Buenos días, hermano.

—Buenos lo serán para ti —respondo entrando en su casa, angustiado por todo lo que está sucediendo—. ¡Alba, cada día estás más guapa! —Le beso la mejilla y acaricio su pronunciada barriga.

—Siéntate. ¿Quieres algo de beber? —me pregunta, y veo a mi hermano sentarse en su sillón.

—No, no te preocupes, estoy bien.

Sigo a Alberto, que sin rodeos me informa de los siguientes pasos.

—Ahora tenemos que preparar su defensa para el juicio. La acusación sólo tiene la denuncia de Violette, y, por tanto, es el único testigo que parece que han presentado; si ella flaquea, lo tendremos todo a nuestro favor.

—Entonces no tenemos problemas: Violette sabe qué tiene que decir. —Se me escapa una sonrisa ladina que no pasa desapercibida a ninguno de los dos, que se miran entre sí.

—¿Qué narices has hecho? —Veo la preocupación de mi hermano.

—¿Yo? —Me llevo una mano al pecho ofendido—. ¿Crees que soy capaz de hacer algo?

—¡Andrés! —Se pone de pie nervioso y da unos pasos de un lado a otro hasta que vuelve a sentarse.

—Andrés, te aseguro que mi padre se va a encargar de que salga libre sin cargos, pero es muy importante que lo dejemos trabajar —interviene Alba.

La comprendo, y sé que su padre lo está haciendo, pero no podía dejar que el futuro de Nasha estuviera en manos de esa mujer.

—Yo lo estoy dejando trabajar. —Intento que se calmen, porque no he hecho nada

que pueda entorpecer, sino ayudar.

—¡No te creas más listo que yo! —Alberto vuelve a ponerse de pie nervioso—. Mira, sabes que tu mujer no es santo de mi devoción, pero nuestro apellido no puede estar manchado, así que mantente al margen o no seguiré informándote. Sabrás lo que ocurre por las noticias —me amenaza como nunca había hecho.

—No me jodas, Alberto. —Me levanto y me pongo frente a él—. Pocas veces he sentido algo por una mujer como lo que siento por Nasha, y sé que ella no ha hecho nada más que ser engañada por ese maldito cabrón. Entiéndeme un poco. ¿O tú no harías lo que hiciera falta por Alba?

—Por supuesto, pero sin entorpecer a una defensa que puede desmoronarse con un chasquido de estos dos dedos. —Los chasquea y respiro hondo.

—Esta vez tu hermano tiene razón, es por el bien de todos, el de ella el primero. Confía en mí.

Miro a Alba y asiento.

—Lo hago. —Le acaricio la nuca intentando calmar la tensión que se respira en el ambiente—. Sólo le he pedido que diga la verdad, que recuerde todos los detalles de lo ocurrido en realidad, y sé que ella lo va a hacer.

—No deberías haberla buscado. —Alberto me recuerda algo de lo que soy muy consciente.

—Lo sé, y lo siento, pero no he podido evitarlo.

—A partir de ahora no hagas nada más, espera a que Ángel o yo te informemos —dice señalándome con el dedo índice—. ¿Entendido?

—Sí, entendido. —Le estrecho la mano para sellar mi compromiso y, tras un apretón, le pregunto lo que realmente me importa—: ¿Cuándo podré verla?

—Pues espero que mañana, estamos solucionando el papeleo para que puedas ir sin tener que acceder con el resto de los familiares de los presos.

—Sólo de pensarlo me dan más ganas de matarlo a golpes.

Veo la cara ensangrentada de Genaro y hasta me siento bien de imaginarlo así.

—Va a pagar cada uno de sus delitos, te lo aseguro —dice Alberto.

Me siento en el sillón y me llevo las manos a la cabeza, me va a estallar, y las cervicales me molestan tanto que apenas si puedo mover el cuello.

—¿Qué habéis hecho durante el viaje? —Alzo la mirada abriendo los ojos sin comprender su pregunta—. Es lo primero que os van a preguntar.

—Pues llevar las cenizas de su madre, conocer a su familia y... —Mi semblante se torna lascivo al recordarla desnuda sobre la colcha en la cama de la cabaña.

—Esos detalles ahórratelos, será mejor. —Se frota los ojos sabiendo muy bien lo que estoy pensando.

—No hemos hecho nada raro, de verdad.

—¿Has estado cada segundo del viaje con ella? —continúa interrogándome como si estuviera en un juicio, y me molesta más de lo que se puede imaginar.

—Pues claro... —Mi voz se va apagando conforme lo aseguro tan rápido, porque la verdad es que, cuando me enfadé, ella se fue, estuvo un rato sola hasta que yo llegué al paseo y la vi.

—¿Seguro? —Espera unos segundos para que pueda pensar bien.

—Un par de horas estuvo paseando sola.

—Tiempo suficiente para hacer gestiones.

—¿Estás de broma?! —Mi indignación sale por mi boca casi en un grito sin poder controlarme.

—Te aseguro que el abogado de la acusación será mucho más cruel que yo. —Y tiene toda la razón, sé que lo está haciendo con toda su buena fe, y que la persona que me interroga ante un juez no tendrá el tacto que él está teniendo—. ¿Qué te dijo que estuvo haciendo?

Respiro hondo y me concentro.

—En casa, con su familia, hasta que comenzó la maldita novela. Entonces se marchó al paseo marítimo y se compró un helado, y es cierto, porque lo vi tirado en el suelo cuando hablaba con aquella mujer.

—¿Qué mujer? —me pregunta curioso.

—La supuesta mujer del padre de Nasha —respondo una vez más a desgana.

—¿Su padre? —Alba, que hasta ahora ha permanecido en silencio, habla sorprendida. Ellas tenían mucho trato, sin embargo, Nasha siempre ha sido muy reservada con su vida privada, dudo que le contara a alguien lo que había ocurrido.

—Sí, por decirlo de alguna manera...

—Habla claro, lo necesito para preparar la defensa —insiste Alberto, aunque no me parece correcto contar algo tan personal como lo que le ocurrió a su madre, pero creo que es más importante que salga de la cárcel a que se enteren de todo.

—La madre de Nasha trabajaba para su padre, era la doncella, él estaba casado con la anciana que la paró en el paseo.

—Le puso los cuernos a esa mujer, ¿no? —da por hecho mi hermano.

—Violó a su madre y la dejó embarazada. La mujer de él no se enteró hasta que la madre de Nasha huyó porque no quería que le quitaran a su bebé. El padre quería

quedarse con ella porque su mujer no podía tener hijos.

—Ostras... —Alba no da crédito a lo que estoy contando, y va a servirse un vaso de agua para beber un poco.

—Eso hizo Nasha hasta que yo llegué y oí la mitad de la conversación, así que, como ves, el viaje no ha sido tan divertido, más bien doloroso para ella.

—Y ¿por qué volvisteis antes de lo previsto?

—Porque ella no soportaba la verdad y quería alejarse lo antes posible. —Me callo unos segundos para pensar—. Y mira lo que nos hemos encontrado aquí... —Noto una opresión en la garganta sólo de pensar en lo mal que debe de estar pasándolo allí dentro.

—Lo siento de verdad; te prometo que lo vamos a solucionar —me anima, y sé que está siendo muy sincero—. En cuanto a lo del padre de Nasha...

—Ahora no se puede hacer nada. Ella tendrá que decidir cuándo es el momento adecuado. —No puedo actuar por ella en un tema tan delicado como ése. Me levanto y me dispongo a irme—. Creo que iré a ver a mamá...

—Es mejor que no lo hagas, espera un poco.

Lo miro incrédulo y no puedo creer que me esté pidiendo que no vaya a ver a mi madre.

—Tengo que hablar con ella, no me siento bien estando así.

—No es el momento, ya sabes cómo es.

Suspiro y acepto, no me queda otra, a veces forzar las situaciones es peor. Estoy agotado, tanto, que me tiraría sobre la cama para poder dormir, pero no puedo entrar y salir de mi club como si nada, ni tampoco ir a casa de mi madre, así que no me queda otra más que ir a la consulta.

—Cuando pase todo nos iremos tú y yo de compras —le advierto a Alba sonriendo por primera vez desde que he llegado—. Tengo que malcriar a mi sobrino.

—Aquí te estaré esperando, mucho no puedo moverme. —Hace un gesto como diciendo que comienza a estar bastante avanzada.

La beso en la mejilla y choco la mano de mi hermano para volver a bajar la escalera y encontrarme, de nuevo, a los carroñeros que me están esperando.

Tengo que utilizar todo mi autocontrol para no mandarlos bien lejos, pero lo consigo. Camino sonriente hasta que me monto en el coche y me pongo las gafas de sol para que los malditos *flashes* no me deslumbren.

Aparco en el garaje del edificio y subo en el ascensor, que me lleva directo a la tercera planta. Con las llaves en la mano, camino hasta llegar a la puerta de la que

cuelga el cartel que dice: «Dr. Zúñiga». Se me encoge el estómago al leerlo, ya no recuerdo el momento en el que la psicología no me hizo feliz. Giro la llave y entro muy a mi pesar.

Frente al escritorio hay un sillón muy cómodo, de eso me encargué el día que fui a comprarlo, pues quería que mis pacientes estuvieran como en su casa. Me dejo caer en él y me froto la frente con fuerza para relajarme un poco.

Tengo que dormir algo, y estar vagando por el mundo no es solución. Me quito los zapatos, los lanzo al suelo sin miramientos y me acurruco en posición fetal, quedándome dormido sin darme cuenta.

* * *

—¿Andrés? —Oigo una voz de fondo que no logra despertarme. Estoy muy cansado, ahora no quiero que nadie me moleste—. ¡¿Andrés?!

Me asusto por el contacto de Miguel, que está frente a mí, preocupado.

—¿Qué pasa?

—¿Qué haces aquí? —me pregunta apoyándose en el escritorio cruzado de brazos.

—Dormir.

—Eso ya lo veo —se burla en mi cara—. Mejor debería decir: ¿qué haces durmiendo aquí?

—No puedo ir al club, ni a casa de mi madre. —Me froto los ojos para despertarme del todo.

—Y ¿qué te parece ese piso de doscientos metros cuadrados con vistas a...?

—¡No! —Me levanto de repente—. Allí no pienso ir.

—Pues yo creo que ya es hora. ¿Qué crees que sentirás cuando entres?

—¿Me estás psicoanalizando?

Sé que sí; es mi amigo, pero compartimos la misma profesión y no podemos evitar hacerlo en todo momento.

—Te estoy ayudando.

—Pues ahora no necesito preguntas baratas, sólo quiero que salga de la puta cárcel.

—Andrés... —Noto la preocupación en su tono, y yo mismo me doy cuenta de que mi comportamiento no es muy apropiado.

—No, estoy bien. Sólo algo cansado, te aseguro que en el momento en que esté mal iré a buscarte.

—No me gustaría volver a verte como la otra vez...

Pensar en ello me mata por dentro, creo que no sería capaz de volver a salir del pozo si volviera a caer.

—Eso no va a suceder. Ahora todo es diferente, tengo una esperanza, una ilusión..., sólo tengo que ser paciente para volver a estar con ella.

—Eso espero, amigo, es lo único que deseo. Tengo un paciente, te dejo descansar, pero llámame.

Sale de mi consulta y, tras quedarme solo, pienso que puede que ya sea el momento de volver a mi casa, que Miguel tiene razón. Ahora volver no me va a doler tanto porque tengo esperanza.

El teléfono que está sobre la mesa de madera comienza a sonar y camino rápido para ver quién es, con la esperanza de que sea Alberto con novedades, pero no, no lo es. El nombre de Biel es el que veo en la pantalla y no estoy seguro de si contestar o no.

CAPÍTULO 17

ANDRÉS

Al final he aceptado la invitación de Biel para tomar unas cervezas. Hemos ido a mi local porque era la única forma de asegurarme de que ningún *paparazzi* pudiera colarse, y he dado orden explícita de que nadie me molestara.

Lo que más me ha gustado han sido sus dos preguntas: «¿Estás bien?», «¿Podemos ayudarte?». Y nada más, no he tenido que explicarle nada, porque más o menos se han enterado de todo por la televisión, así que Yué y María le han pedido que me acompañara para desconectar, y vaya si lo hemos hecho, he podido evadirme del mundo por completo. Hemos bebido unas cuantas cervezas y al final hemos terminado riéndonos. Si es que el hombre es un santo; se me escapa la sonrisa al recordar su cara, y me da un poco de lástima. Yué y María lo han dejado con un marrón de un par de narices, pero es lo que tiene ser el prometido de una de ellas. Tiene que echarles una mano, y la verdad es que la galería está en muy buenas manos.

Sé que no debería ir al club, que me estoy exponiendo más de lo necesario, pero estoy harto de esconderme; lo he hecho durante años y ya no voy a hacerlo más, así que camino tranquilamente hasta que llego a la entrada y oigo su voz:

—¡Cuánto tiempo!

Suspiro en cuanto me giro y veo a Gema apoyada en la puerta, esperando.

—¿Tienes una orden? —le pregunto molesto por su presencia.

—¿Así me vas a recibir? Cómo han cambiado las cosas en tan sólo unos días. — Su tono es el mismo que emplea cuando viene a acostarse conmigo, y me sorprende que quiera hacerlo tras lo ocurrido—. Sabes que no es culpa mía, yo sólo he cumplido con mi trabajo.

Le pido permiso para abrir la puerta y, por primera vez, y para su sorpresa, no subo la escalera, sino que marco los cuatro dígitos y se abre la puerta de mi estudio, esa de la que tantas veces me ha preguntado qué había tras ella.

—Te escucho —digo.

Me apoyo en el escritorio casi sentado, esperando que me diga a qué ha venido, porque no me cuadra que quiera sexo; si es eso, ya puede subir y buscarse a otro, en

lo último que pienso ahora mismo es en eso.

Ella no deja de observar cada una de las paredes, mientras mi mirada se pierde en el cuadro que tengo delante y pienso en la persona que lo pintó, María. Pero el silencio me desespera y no puedo más que cortarlo.

—Habla, ¿o has venido a ver mi casa?

Mi impaciencia parece que la hace reaccionar.

—Estoy revisando todas las pruebas y creo que hay algo que no está bien atado. —No me sorprenden sus palabras, ya sé que no tienen pruebas concluyentes como para culparla, un juez desestimaré su condena, estoy seguro de ello—. Pero las encontraré.

—¿Es una apuesta personal? —Intento analizarla, descifro cada uno de sus gestos, tratando de saber más.

—Digamos que es algo así... —Sonríe de una forma que no me gusta nada.

—Pues te has confundido de lugar —sentencio dando por terminada la conversación.

—Creo que no. Dicen las malas lenguas que tú y Nasha vivíais juntos.

—¿Me estás interrogando?

Sé perfectamente que no sirve de nada que lo haga porque no puede utilizarlo, aunque quiera.

—No, hoy siento curiosidad, sólo es eso. —Da una vuelta por mi estudio, mirándolo todo—. Jamás pensé que vivirías aquí.

—¿Quién te ha dicho que lo hago? Puede que sea un reservado VIP. —La confundo, sé que quiere información clara, pero no pienso dársela.

—Y ¿por qué yo no he sido invitada?

Se para justo delante, rozando sus piernas con las mías, y yo permanezco ladino, sé muy bien lo que quiere y no lo va a conseguir. Conmigo no.

—Será que no eres tan especial como para planteármelo.

—Chico listo, Andrés. —Sonríe frustrada. Está disimulándolo a toda costa, pero la conozco muy bien y sé que no está obteniendo lo que creía que conseguiría—. Nunca he querido joderte la vida, ni siquiera sabía que eras tú el que venía en ese avión, hasta que comprobé los billetes y, obviamente, informé a Aitor para saber cómo proceder.

Ahora entiendo un poco más la escena del aeropuerto, por qué mi hermano sabía que iba a pasar. Aitor lo avisó, fue él quien se encargó de que, dentro de todo lo malo que iba a suceder, tuviera el menor impacto, al menos, que no me salpicara a mí, más

de lo que ya lo había hecho.

—Muy generoso por tu parte, pero también podrías haber investigado un poco más —le vacilo sin dudarlo.

—¿Ah, sí? —Se le escapa una carcajada al ser consciente de que estoy juzgando su trabajo—. Ilumíname.

Se aparta y coloca sus manos en la cintura a la espera de que yo le dé más información, pero no soy tan tonto como para mostrar mis cartas.

—Tendrás que hacerlo tú, yo sólo soy un simple testigo... —doy dos pasos hasta llegar a ella—, ¿o puede que también sospeches de mí?... ¿Crees que sabía lo que estaba ocurriendo?

—Eso tienes que decírmelo tú.

—¿Tendrá relación mi club con el reino de Nasha y el Dolce de ella y de Genaro? —Veo cómo aprieta los labios, sabiendo que no iba a resultarle tan fácil como creía—. ¿O acaso estás buscando algo para que te diga toda la verdad? —Lo sé, eso era lo que estaba intentando encontrar cuando recorría cada centímetro de mi estudio—. Será mejor que la próxima vez vengas más preparada.

—No juegues conmigo, Andrés, porque te aseguro que no moveré un dedo si llega el día en que se demuestra que tú también estás implicado.

—Te estaré esperando. —Le abro la puerta y la invito a largarse de mi casa—. Ya no eres bienvenida en este club, así que, si no te importa, será mejor que no vuelvas.

—Volveremos a vernos las caras. —Finaliza nuestra conversación justo antes de salir por la puerta.

—Estoy deseando que llegue el día. —Cierro la puerta de un golpe y aparto a Gema de mi vista antes de decirle algo que no debería.

* * *

No he pegado ojo en toda la noche desde que mi hermano me llamó ayer y me anunció que hoy podría ir a verla. Al fin podré decirle que estoy haciendo todo lo posible para sacarla de ese maldito lugar.

Estoy esperando que llegue José a recogerme y nos iremos a casa de mi hermano. Vuelvo a mirarme al espejo, llevo una camisa blanca que transparenta cada uno de mis tatuajes. Recuerdo cómo me los acariciaba, le gustaron, supongo que el Andrés que ella conocía no habría sido capaz de hacérselos por miedo a que pudieran

entorpecer su trabajo de psicólogo, pero ya no tengo nada que ver con aquella persona que creía que su vida se limitaba a seguir la fama de un estúpido apellido. Vuelvo a mirarme de arriba abajo y me resigno a ponerme la americana color camel a juego con el pantalón para que, en caso de que la prensa consiga una instantánea, lo haga del Andrés que ellos creen conocer, no el que se ha escondido durante estos últimos años.

—Ya salgo —respondo a la llamada de José que acaba de sonar en mi teléfono móvil.

Cuando abro la puerta de la calle compruebo que no haya nadie. Cuando estoy seguro, camino con paso ligero hasta abrir la puerta trasera del coche de José y subo escondiéndome tras los cristales tintados.

—¡Vamos! —lo invito a que arranque poniéndome el cinturón.

* * *

Estoy impaciente, parado en el coche frente a la cárcel, enfurecido por tener que visitar un lugar como éste. No ha sido nada fácil llegar sin ser vistos. Mi hermano lo tenía todo organizado para que, cuando nos dispusiéramos a entrar en el parking, la puerta se abriera y pudiéramos bajar hasta su plaza. La prensa no conoce a José, porque se supone que Nasha es hija única y nadie se imagina que él y ella son como hermanos; sólo las personas que la conocen realmente están al corriente de un detalle tan íntimo. Alberto ha montado a mi lado y José ha entrado y salido sin que nadie pudiera sospechar que estábamos en el interior del vehículo; lo último que queríamos es que nos siguieran hasta aquí.

—¡Entrad! —Ángel nos pide que lo hagamos a toda prisa para que nadie nos vea.

José conduce hasta el interior del garaje, en el cual no deberíamos estar, pero el alcaide ha decidido hacer una excepción a causa de la prensa.

Caminamos por unos pasillos hasta que nos hacen pasar a una sala que me da escalofríos. Nada puede compararse con lo que estoy viendo; ni siquiera en las películas se ve la realidad de lo que es una cárcel por dentro. Recorremos un nuevo pasillo, en el que hay pequeños cubículos divididos en dos y separados entre sí por un cristal y unos barrotes. Todos ellos, ahora vacíos, porque no es hora de visitas. Sigo al funcionario, que nos indica en cuál de ellos entrar, y trago saliva cuando me señala el último.

Dejo que José entre antes que yo, porque necesito unos segundos de aceptación. No es nada agradable este lugar; hace frío, y es lúgubre. Veo cómo alguien camina por

el pasillo que hay al otro lado y entonces la veo. Anda mirando al suelo, con la misma ropa que llevaba el día que la detuvieron en el aeropuerto. Paso yo también al cubículo a esperar que ella entre.

José no puede soportarlo y comienzan a caerle las lágrimas cuando Nasha nos mira y siento la tristeza en su mirada; sé que odia tener que vernos en esta situación.

—No llores, te lo pido por favor. —Apenas oímos su voz a través de los ridículos agujeros que hay en el cristal. Veo cómo se agarra a los barrotes, que sólo están de su lado, y mira fijamente a José—. Se va a solucionar y me las va a pagar.

—¿Cómo estás? —intervengo intentando aprovechar al máximo los pocos minutos que nos han dado para verla.

—He estado mejor. —Se le escapa una media sonrisa.

—Eso ya lo sé.

Suspiro con fuerza, aguantándome los nervios. Pongo la palma de la mano sobre el cristal y ella hace lo mismo mientras me mira fijamente, intentando decirme que no me preocupe.

—¡No se puede tocar el cristal! —oigo la desagradable voz del funcionario. Me ha molestado tanto que me giro y lo miro con cara de pocos amigos antes de retirar la mano.

—Estoy bien, de verdad. No os preocupéis, por favor —repite Nasha.

—¡Dime qué necesitas! —José, algo más repuesto, se encarga de preocuparse por el bienestar de ella.

—Ropa, por favor, no he podido ni ducharme. —Aprieto los puños con todas mis fuerzas al oír sus palabras. ¿Dónde han quedado los derechos de los reclusos?—. Y sudaderas, aquí hace mucho frío.

—Piensa, rápido. ¿Algo más? Intentaremos que salgas cuanto antes, pero mientras tanto quiero que estés bien.

Deseo que lo piense y nos diga qué es lo que necesita de verdad, no quiero por nada del mundo que esté mal.

—Un paquete de tabaco y dinero, por favor, ingresadme dinero. Ángel os dirá cómo hacerlo.

Tengo que respirar hondo porque parece que el aire no me llega a los pulmones.

—Nasha, todo se va a arreglar. No voy a dormir hasta lograrlo.

—Gracias, gracias por el abogado y por lo que estás haciendo. No tenías por qué...

Veo el brillo en sus ojos y se me parte el alma. Está haciéndose la dura porque

sabe que José no soportaría verla mal, al igual que contiene su rabia para que no haga ninguna locura, pero a mí no puede engañarme: su interior está roto, como lo está el mío en este mismo instante.

—¡Se terminó!

—¿Estás de broma? —Miro a Ángel, que está a mi espalda y asiente; sabe que no tengo más tiempo y no puede hacer nada por cambiarlo—. Nasha, sé fuerte, cariño.

—Te quiero, hermana. Muy pronto estarás fuera de este lugar.

—Os quiero —logra decir antes de que un segundo funcionario la invite a salir y ella le haga caso resignada.

Vemos cómo desaparece por el pasillo y José me abraza abatido. Sé perfectamente cómo se siente, porque yo estoy igual. Sigo mirando cómo se va, y no sé cuándo podré volver a acariciar su piel. Me duele tanto esta situación que una lágrima rueda por mi mejilla; no puedo evitar que pase, ahora mismo me importa una mierda que me vean llorando.

—Tenemos que irnos. ¿Vamos a mi despacho y hablamos?

José asiente agradecido antes de comenzar a caminar y dejar atrás la zona de visitas para deambular por los fríos pasillos que nos llevan al parking.

* * *

—¿Qué sabemos? —pregunto nada más cerrar la puerta del despacho de Ángel, mientras camino hasta su escritorio para sentarme al lado de José.

—A nuestro pesar, el juez que nos ha tocado no quiere acelerar las cosas por miedo a un error y que se filtre a la prensa. Así que no creo que se celebre el juicio hasta dentro de un par de meses.

—¡No puede estar ahí tanto tiempo! —le grita José como si él tuviera la culpa.

—Lo sé, y te aseguro que lo estoy acelerando todo lo que puedo —dice intentando que se tranquilice—. De momento sólo podréis pedir visitas familiares, en las que podréis abrazarla, y los típicos *vis-à-vis*. —Me mira a mí directamente, y por primera vez no se me levanta al pensar en sexo. Dudo que en esta situación se le levante a nadie.

—¿Qué pruebas hay?

—Contra Nasha, la declaración de la testigo; la empresa está creada dentro de la legalidad.

—¿Y contra él?

—Él ha hecho viajes a las ciudades de las chicas, movimientos de dinero que no puede justificar..., en fin, lo tiene más complicado. Pero lo importante es saber cómo demostrar que ella no sabía que las chicas venían obligadas de un club de alterne: el restaurante era una tapadera.

—Tu abogado es quien lo tramita todo —suelto alucinado porque su empleado no supiera nada de lo que estaba ocurriendo.

—Lo sé, y eso no nos beneficia, pueden alegar que hay conflicto de intereses y desestimar todo lo que él declare.

—Maldito hijo de...

—Andrés, no hay nada perdido, pero quiero que os pongáis en el peor de los casos por si las moscas. Sé que, si la testigo no es convincente, no tendrán nada contra Nasha y saldrá sin cargos.

Ahora es cuando me alegro de habérmela jugado al ir a buscarla y hablar con ella. Miro a José, que sé que está pensando exactamente lo mismo que yo.

—¿Hay alguna manera de forzar el juicio?

—Sí la hay, pero no creo que se deba. —Mira a mi hermano, que se lleva las manos a la cabeza y niega en silencio a nuestra espalda.

—Es una locura. No, tiene que ser nuestra última carta. Considero que debemos esperar un mes y, si no parece que la cosa se mueva, entonces hacerlo.

—¿Te gustaría perder un mes de tu vida? —le pregunto a Alberto para que comprenda que Nasha no puede estar tanto tiempo allí dentro.

—Yo no he hecho nada para que me metan en prisión. —Intenta buscar diferencias entre ellos, pero para mí no las hay.

—¡Y ella tampoco! —le grito enfurecido por su posición—. Decidme ahora mismo qué forma existe para conseguir acelerar el juicio.

—La prensa es la única forma: cuanto más les des a los carroñeros, más se hablará y habrá más presión. —Ángel, en contra de la opinión de mi hermano, es el que me lo explica—. Pero yo esperaría un poco, la verdad.

—Voy a hacer lo que haga falta para sacar a mi hermana de allí —anuncia José para que tengan muy claro hasta qué punto estamos dispuestos a llegar por ella.

—¿Qué creéis que podemos hacer?

Son conscientes de cuál es la mejor forma, y creo que es la misma que estoy pensando yo. Se miran entre sí, son abogados y no es la primera vez que están ante un caso así, pero tratándose de un familiar todo cambia.

—Lo que ellos quieren saber es si mantenéis una relación... —deja caer Ángel

sabiendo que Alberto lo está mirando bastante cabreado desde el fondo del despacho.

—Eso es muy fácil. —Suelto una carcajada aprobatoria.

—Mamá no te hablará en la vida —me reprende mi hermano para que comprenda la gravedad del asunto.

—En su mano está hacerlo o no. Quiero a Nasha, y no tengo miedo a decírselo a los cuatro vientos. —Cojo mi teléfono y, tras enviar un mensaje, le digo a José que nos vayamos—. Ahora debo irme, pero quiero que hablemos de este tema.

—Será lo mejor. Tenemos que meditarlo y no actuar por impulsos. —Alberto respira un poco más tranquilo cuando les doy a entender que no pienso hacerlo inmediatamente.

Nos despedimos y, como esperaba, mi hermano se queda en el despacho.

—Cuando bajemos habrá prensa —le digo a José—, no quiero que te quedes a mi lado. Yo saldré primero, mientras están distraídos conmigo, vete disimuladamente, no quiero meterte en este mundo.

—Se va a enfadar contigo —me advierte apenado, porque sabe la repercusión que va a tener lo que estoy a punto de hacer.

—¿Crees que me importa algo la opinión de mi hermano?

—Me alegro de que no sea así.

Nos damos la mano y José espera en la escalera a que yo salga. Apenas hemos tardado cinco minutos y, tal y como he pedido, ya hay varios reporteros en la puerta.

—Señor Zúñiga, ¿puede decirnos qué relación tiene con la detenida?

—Nasha es mi novia; parece mentira la desinformación que tenéis.

Se hace un silencio sepulcral durante unas décimas de segundo hasta que comienzan a preguntar de nuevo.

—¿Desde cuándo? ¿Qué piensa su familia de que esté detenida? ¿En qué puede afectarles?...

Las preguntas llegan y yo simulo que me molestan.

—Nunca he hablado de mi vida privada. Sé que Nasha es inocente y muy pronto ella os dirá qué ha ocurrido.

—¿Cuándo se celebrará el juicio?

—Por mí, mañana mismo, pero no está en mis manos. —Bingo, ésa era la pregunta que quería, y esa respuesta es la que va a lanzar un debate que necesitamos para que el juez que instruye el caso lo acelere todo—. Si no les importa, tengo que trabajar.

Veo a Víctor esperándome, y me sorprende. Yo no lo he llamado.

—Señor, suba.

—Gracias, Víctor. —Me acomodo en el asiento trasero del Mercedes. He conseguido lo que quería, y José ha podido salir sin que nadie se diera ni cuenta—. Llévame a casa de mi madre.

—Pero su hermano me ha dicho que lo llevara a... —Su voz se apaga conforme pronuncia la frase—. Donde usted me diga, señor Andrés.

CAPÍTULO 18

ANDRÉS

Mi teléfono comienza a sonar y veo que es Alberto, pero no tengo la menor intención de contestar. Para él habré hecho una locura, para mí he hecho lo que tenía que hacer.

—Víctor, ve lo más rápido que puedas —le ruego.

Quiero llegar antes de que mi madre haya visto las noticias; con suerte podré explicarle todo lo que está ocurriendo, sé que en el fondo está más preocupada por mí que por el qué dirán.

Noto cómo su conducción cambia mientras mi teléfono sigue sonando. No me gusta molestar a mi hermano, aunque nunca se haya comportado como debería, pero yo no soy como él. Sin embargo, esta vez lo que siento por Nasha está por encima de todo.

Cuando llego a casa de mi madre no se oye ni un alma ni veo a ningún periodista en la puerta, hecho que me sorprende aún más. Víctor para delante, y bajo para dirigirme hasta la entrada. Aprieto los puños como si con ese gesto tuviera el poder de recargarme de energía; no me vendría nada mal, para lo que me espera.

—Mamá. —Mi voz suena calmada, tranquila.

—Pasa. —Abre la puerta y me invita a acceder al interior, sé que, por mucho enfado que exista, soy su hijo, y no creo que nada pueda ser más importante que eso.

—Necesito hablar contigo.

—Andrés, hijo. Pero ¿por qué? —No me deja seguir hablando. Me pregunta lo que tanto le duele, y sé que tengo que conseguir que me comprenda y me apoye.

—Mamá, no la conoces bien. Ella es...

—No quiero que te engañes, ella te hizo daño. —Noto la tristeza en sus ojos al recordar lo que ocurrió cuando me dejó—. Nunca ha sido buena contigo.

—Sí lo ha sido, pero nunca le habéis dado una oportunidad.

—Porque no me gusta para ti. Es egoísta.

—Y ¿quién no lo es? —le pregunto directamente y se calla, porque en mi familia todo el mundo lo es. Quieran o no, es lo que he respirado desde pequeño.

—Nosotros estamos unidos y nos ayudamos.

—¿Para que el apellido no se ensucie? —Sé que acabo de lanzarle un dardo que le ha dolido—. Mamá, para mí hay cosas más importantes: yo la quiero, y sé que es inocente.

—Pero, hijo, está en la cárcel. —Se lleva las manos a la boca, porque para ella es algo espantoso.

—Esperando a que la juzguen, pero te aseguro que cuando declare la testigo todo cambiará.

—No te inmiscuyas, Alberto se está encargando de todo. —Como siempre, defiende a mi hermano, porque en el fondo son uña y carne.

—Mamá, Genaro la engañó, lo sé. Y van a declarar en su favor, no tienen pruebas contra ella.

—No quiero que te haga daño, eres mi hijo y no soportaría verte de nuevo mal.

—Sólo lo estoy cuando me separo de ella; mamá, la quiero —me sincero al fin.

—Esa palabra es muy grande como para decirla como si nada. —Su mirada se pierde, y sé que está pensando en algo que no está dispuesta a desvelar.

—Sabes que no lo diría si no lo sintiera, yo no soy Alberto, que se casa por conveniencia, lo he demostrado sobradamente. Mi gran amor es ella, y si no hemos podido estar juntos es porque ella tiene muy claro lo que quiere en esta vida, y yo hasta este último viaje no lo tenía tanto.

—Vamos, Andrés, ese viaje fue un espejismo. Unos días no definen vuestra relación, vuestra convivencia lo hace. Mira tu hermano: es feliz. Tiene el trabajo que quiere, una mujer que lo quiere, va a tener un hijo.

—Y ¿crees que no le falta tener a una mujer a su lado por la que se desviva? —No me responde porque es consciente de que tengo razón—. Mamá, yo me muero por Nasha, si le ocurriera algo te aseguro que moriría una parte de mí. Papá me repitió una y otra vez que buscara el amor verdadero.

—Tu padre era muy soñador.

—Pues seré como él, y espero que me comprendas y me apoyes en que debo luchar por ella.

—No me pidas eso, Andrés. —Me amenaza con el dedo índice—. No lo hago porque no comprendo por qué no quieres ni ver a Martina. Ella vive por y para ti, está enamoradísima de ti y tú no le haces ni caso. Podrías ampliar tu consulta con los pacientes de su padre, con su hospital, con ella sí serías feliz.

—¡Que no, mamá! —no puedo evitar gritarle, asustándola por primera vez en mi vida—. No quiero a Martina, la miro y no siento nada por ella... Necesito sentirme

vivo, sentir deseo por la persona que tenga a mi lado, no quiero vagar por la vida creyendo que soy feliz cuando mi felicidad está con otra persona. Estoy dispuesto a todo por ella, te guste o no.

Cojo el mando del televisor y lo enciendo. Paso un canal tras otro hasta que al fin en uno de ellos sale mi cara. Subo el volumen y las palabras que suenan en ese momento —«Nasha es mi novia»— son las que enfurecen a mi madre.

—¿Cómo has podido elegirla a ella por encima de tu familia?

—No te confundas: no la he antepuesto a vosotros, sólo quiero que ella sea parte de mi familia.

—¡Jamás! Olvídalo, Andrés. ¡Ella no va a formar parte de mi familia nunca! —El desprecio que destilan sus palabras me duele.

—Eres tú la que me va a obligar a elegir, y ya sabes por quién me voy a decantar.

—Si lo haces, no vuelvas a esta casa. Lo que has hecho ahí —señala la televisión— no me lo esperaba, de ti no.

—Lo siento, pero ya te he dicho que voy a hacer lo que sea porque ella salga de la cárcel cuanto antes.

—¿Andrés? —Oigo la voz de Ana justo cuando la puerta se abre, y viene corriendo hasta mí para abrazarme.

—Tú has elegido, ya no hay marcha atrás. —Mi madre da por zanjada nuestra conversación y se va del salón dejándonos a los dos en silencio.

—No le hagas ni caso. —Ana me abraza más fuerte y le beso la cabeza.

—Las cosas se han complicado, hermanita. Seguramente esté una temporada sin venir por aquí.

—¿Por ella? —señala hacia el lugar por donde se ha ido nuestra madre y asiento molesto y resignado. Se le escapan unas lágrimas.

—Sólo es una temporada, creo que es lo mejor para todos.

—¿Cómo está Nasha? ¿Puedo verla?

—Es mejor que no. Tranquila, es fuerte. He podido verla y está bien dentro de lo que cabe.

Para Ana es una amiga y le duele mucho verla en esa situación.

—¿Puedo ir a verte a tu casa entonces?

Respiro unos segundos antes de afirmar con la cabeza sabiendo lo que tendré que hacer a partir de ahora.

—Cuida a mamá por mí. Tengo que irme.

Le agarro la mejilla con las manos y se la beso antes de caminar hacia la salida,

donde veo a Víctor apoyado en el coche, esperándome.

Me abre la puerta y yo subo para marcharme de casa de mi madre sabiendo que no podré volver en una buena temporada. No va a ser agradable, pero si no respeta mi decisión ya no tengo nada más que hacer aquí.

Vamos en dirección al club, pero ahora sé que tengo que tener mucho más cuidado del habitual. Acabo de darle un poco de carne a la prensa y no van a darse por satisfechos, seguro que quieren más, así que van a seguir mis pasos día a día.

—Víctor, llévame al ático mejor. —Sus ojos se clavan en el espejo retrovisor y espera unos segundos antes de arrancar en el semáforo, donde debe girar hacia la derecha si se dirige al club y hacia la izquierda si al final va al ático—. Estoy seguro, por favor, ve —añado, y gira a la izquierda sin dejar de mirar por el espejo retrovisor por si es lo que quiero realmente.

Por primera vez desde que decidí no volver, quiero ir.

* * *

El coche entra en el parking y se detiene frente al ascensor. Salgo y miro a Víctor, que está aguardando que le diga si debe esperar o debe irse. No estoy muy seguro de cuánto voy a estar aquí, pero por si acaso le pido que se marche; en caso de que necesite moverme, tengo aparcado el Porsche que le regalé a Nasha para su cumpleaños y que nadie usa desde que ella se fue de casa.

Introduzco la llave en el ascensor y éste se pone en marcha. Espero a que las puertas se abran y me lleven al ático que decidí comprar con la ayuda de Nasha.

Cuando doy el primer paso en el interior no siento tristeza, ni dolor, al contrario, la luz natural del salón me gusta. Me siento cómodo y por ello me animo a dejar las llaves sobre el mueble de la entrada y a cerrar la puerta tras de mí.

El salón está tal y como lo recordaba. Camino por él hasta llegar a la cristalera y me asomo para ver desde las alturas la Gran Vía de Madrid. Los coches circulan, las personas caminan sin saber que están siendo observadas.

Abro la puerta y salgo a la terraza para respirar un poco de aire cuando me doy cuenta de que justo en el edificio de enfrente hay alguien oculto que hace fotos. No me escondo ni me muevo, sino que continúo mirando los coches que circulan hasta que entro sin cerrar la vidriera ni bajar las persianas; quiero que me vean, que crean que mi vida es la de siempre.

Enciendo el equipo de música y una canción comienza a sonar por toda la casa; el

volumen no está bajo, pero no me importa. Me adentro en la cocina y abro la nevera pensando que no habrá nada, aunque para mi sorpresa hay bebida fría: agua, refrescos y vino, y se me escapa una carcajada. Sé perfectamente quién es el responsable o, más bien, los responsables. Víctor y su mujer, siempre tan atentos conmigo, tengo que agradecerles todo lo que han hecho por mí.

Cojo un botellín de agua y doy un largo trago antes de dejar el envase sobre la isla de la cocina y salir para dirigirme a mi despacho.

Aún tengo papeles con anotaciones de pacientes sobre la mesa, informes en una esquina, pero el resto está todo recogido y limpio, ni una pizca de polvo. Paso la mano por encima de los informes y me siento feliz, al fin me siento así cuando entro en este lugar.

Salgo del despacho para entrar en la habitación, donde me quito la ropa y me pongo cómodo, con un pantalón de deporte sin camiseta. Luego voy al salón para responder la llamada que está sonando.

—¿Sí? —pregunto al no reconocer el número de teléfono.

—Andrés... —Se le corta la voz y sé que está llorando.

—Mi amor. ¿Cómo estás?

—Bien, no te preocupes. No tengo mucho tiempo.

—Dios, Nasha, te echo tanto de menos. Necesito saber que estás bien, porque si no...

—Andrés, lo estoy, te lo prometo, pero necesito que seas fuerte. Ángel ya me ha avisado de todo lo que se está diciendo sobre mí.

—Me importa una mierda lo que digan. Te quiero, no te lo dije en Guinea, pero te lo digo ahora: te quiero, Nasha, y no me conformo con otra despedida.

—Siento lo que ha pasado, yo no sabía nada... —Sé que está haciéndose la dura una vez más, no quiere demostrar sus sentimientos, pero puedo imaginármela con los ojos brillantes, a punto de llorar, y se me cae el alma a los pies.

—Tranquila, lo sé. Dentro de nada saldrás y podremos volver a casa como deberíamos haber hecho. —Salgo a la terraza para oír el tráfico de los coches sin importarme que puedan estar fotografiándome—. Escucha. ¿Recuerdas las cenas en nuestra terraza? —Enmudece, sé que está llorando y no quiere hablar para que no lo sepa—. En cuanto te saque estarás aquí, cenando y follando conmigo como sólo tú sabes hacerlo.

—Tengo que colgar... —Oigo la voz de un hombre que le mete prisa—. Andrés —se calla de repente y espero que hable, que, por favor, diga algo más—, te quiero.

Justo cuando oigo las palabras que creí que no volvería a oírle pronunciar, la llamada se corta y no puedo responderle.

Permanezco con el móvil en la mano unos segundos mirando hacia los coches una vez más, y me giro para sentarme a la mesa de teca en la que pronto cenaremos, en la que pienso follármela como nunca lo he hecho, sin importarme los vecinos o los objetivos que nos acechen.

Oigo que llaman al timbre y me sorprende porque no espero a nadie; dudo que alguien, aparte de ese fotógrafo, que no deja de capturar instantáneas, sepa que estoy aquí. Me encamino hacia la puerta y la abro para encontrarme a una emocionada Marisa, a la que están a punto de caérsele la gran cantidad de bolsas que cuelgan de sus delicadas manos.

—Déjame que te ayude.

—Señor Andrés... —Está a punto de llorar al verme de nuevo, la verdad es que hace muchos meses que no la veía y me alegra hacerlo ahora.

Le cojo cada una de las bolsas y las dejo corriendo sobre la isla de la cocina, cuando la veo poniendo en la panera la barra que ha comprado.

—Pero, Marisa, no necesitaba nada.

—En cuanto Víctor me ha dicho que había venido, he salido a comprarle, no quiero que le falte de nada. —La veo parada mirándome los tatuajes de los brazos y del pecho asombrada—. Ha cambiado mucho —dice sin dejar de observarlos.

—La vida nos hace madurar, ¿no crees? —Se me escapa una sonrisa con la que demuestro que ahora estoy mejor que nunca, y sobre todo que ningún dibujo hace a la persona, sino su corazón.

—¿Cómo está la señorita Nasha? —Me alegra que alguien me pregunte por ella en un tono cariñoso y de preocupación.

—Está bien, pero tenemos que sacarla rápido.

—No me creo nada de lo que dicen. Ella no es así. —Noto el enfado en sus palabras. Marisa se traga todos los programas de cotilleos de la ciudad, así que, si quiero saber qué se habla en las tertulias, nadie mejor que ella puede explicármelo.

—La han engañado y no ha sabido verlo.

—Pobre..., desde que se fue..., mi niña...

Pocas personas han conectado tan bien con ella como Marisa. Las dos cocinaban, e incluso esta última la regañaba por ayudarla a recoger la casa cuando venía a verme. Y es que Nasha nunca ha sido como las mujeres que me han rodeado, ella era singular, y por ello me llamó la atención el primer día que la vi tras aquella barra de

bar.

Fue la primera mujer que me dijo que no reiteradamente, por lo que me pasé horas bebiendo cerveza y comiendo los cacahuets más malos que había probado en la vida, pero no tenía intención de irme de aquel maldito bar sin tener su teléfono.

—¿Y usted? ¿Se va a quedar para siempre? —me pregunta Marisa.

Miro a mi alrededor y afirmo sin hablar, porque para mí esta decisión es muy importante, una que no sabía que iba a tomar hasta ahora mismo, sin embargo, me alegra haber regresado, porque parece que al fin todo vuelve a su sitio.

—Muchas gracias por mantener el ático así.

—No tiene que dárme las, es un placer ayudarlo, ya lo sabe. —Deja salir el aire de sus pulmones y, por primera vez desde que la conozco, me abraza como no recuerdo que haya hecho mi madre. Tras unos segundos en los que me he quedado parado, rodeo su delgada espalda y la abrazo yo también—. ¿Quiere comer algo?

Se retira las lágrimas de los ojos y, aunque no tengo ni pizca de hambre, no soy capaz de negarle nada.

* * *

Dos meses después...

Me siento en la terraza y me paro unos segundos a pensar, cosa que no he hecho en dos meses, ya que los días han pasado volando. La prensa no me ha dejado ni un segundo, me han perseguido de casa a la consulta, he tenido que pedirle a Miguel que me derivara algún paciente para aparentar normalidad, mis comidas con él han sido a la carrera porque nos perseguían a donde fuéramos, pero gracias a esos ratos he logrado saber que mi club no se ha visto afectado por los acontecimientos y que Sofía se está encargando de todo.

Casi todos los días he charlado con Alberto, que, aunque ha hablado con mi madre, ella no acepta lo que estoy haciendo y, por ello, he preferido que el tiempo pase y ni la he llamado ni he ido a verla. Ana ha venido a cenar varias noches tal y como me dijo la última vez que fui a casa de mi madre. Mi decisión de volver al ático sin duda ha sido lo más inteligente, no podría haber tapado el club si hubiera dormido allí.

He ejercido de padrino como debía y pasé un día entero con Alba y Ana de

compras; nos reímos mucho, pero el día terminaron enturbiándolo los fotógrafos, que eran nuestra sombra. Al final mi hermana no pudo contenerse y los mandó bien lejos, una locura que terminó bastante mal.

Los titulares de las revistas, los periódicos y las tertulias giran en torno a mi vida, a lo que hago y dejo de hacer, e incluso han sembrado la duda sobre Alba, llegando a inventarse que mi acercamiento a ella sin la presencia de mi hermano era sospechoso.

Ha sido una desdicha que sólo se ha paralizado cuando he recibido las llamadas de Nasha o he podido verla. Cada vez está más desesperada y la noto cabizbaja, le repito una y otra vez que debe ser fuerte, que no puede perder las energías, pero en la última llamada la noté peor que nunca, casi no me habló, fui yo el que lo hizo, y ella apenas si contestaba. No he querido decirle que su reino en estos dos meses ha ido de mal en peor. Que cerraran Dolce y saliera en la televisión que la socia de ese restaurante era la propietaria del reino la ha perjudicado; muchas de sus antiguas clientas han dejado de ir, y no asoman nuevas por el lugar. José intenta aguantar todo lo que puede, pero ya me ha dicho que al final tendrá que decírselo; sus ahorros se han esfumado, y he tenido que dejarle dinero para que lo mantenga hasta que ella salga y pueda decidir por sí misma.

Me suena el teléfono y veo que es él, viene a buscarme. Como ya estoy listo, bajo a la calle por la puerta principal dejando que me vean, al igual que he hecho en mis últimas visitas a la cárcel.

José y yo la hemos visto como el resto de los familiares, sintiéndonos fuera de lugar rodeados de personas que nada tienen que ver con nosotros, pero con la cabeza bien alta, aunque por dentro me haya sentido destrozado por no entender por qué tenía que vivir todo esto. Por ella, por Nasha, ella es la única que me da la fuerza para sobrellevarlo.

Doy mi DNI en la ventanilla y el funcionario lo mira como si el delincuente fuese yo. A punto estoy de decirle algo, pero no serviría de nada, a los familiares de los reclusos se los trata del mismo modo que supongo que harán con ellos. Lo miro a la cara fijamente y sólo deseo no tener que venir más a este maldito lugar.

—Usted ya puede ponerse a la cola para entrar —le dice a José entregándole el DNI. Luego me mira a mí una vez más con cara desagradable, esa que me pone de tar mala leche cada vez que vengo—. Usted debe esperar, no puede pasar.

—¿Perdone? Vuelva a mirarlo.

—Le he dicho que no puede pasar. Siguiente.

—¡Y yo le he dicho que vuelva a mirarlo! —reclamo enfurecido por cómo me está

tratando y, sobre todo, por lo que acaba de decir.

—Andrés, llama a tu hermano. Tranquilo, entraré yo y le explicaré a Nasha por qué no has entrado.

—No pienso quedarme fuera, pienso entrar. ¡¿Me ha oído?! —grito señalando al funcionario directamente.

CAPÍTULO 19

ANDRÉS

—Señor Zúñiga, espere. —Veo justo detrás del funcionario al alcaide y suspiro aliviado cuando observo que recrimina con la mirada a su empleado por no saber quién soy.

Nos apartamos de la ventanilla para que puedan atender al resto de los familiares que están esperando detrás de nosotros.

Antes de que el alcaide llegue hasta mí, le digo lo que ocurre bastante indignado:

—¡No me dejan entrar!

—Tranquilo, pasen, vamos a ver qué ocurre.

Todo el mundo nos mira sin saber por qué nosotros tenemos un trato de favor, pero ahora mismo no me importa lo más mínimo, necesito verla y me da igual cómo sea.

Seguimos al alcaide por los fríos pasillos color ocre mientras los funcionarios abren las puertas de barrotes porque él lo solicita, hasta que llegamos a la puerta por la que deberíamos estar entrando con el resto de las personas.

—Será mejor que pase usted —le dice a José—, para que ella no sienta que no ha venido nadie, mientras miramos qué ocurre, señor Zúñiga.

Asiento y veo cómo, tras palmearme la espalda, mi amigo espera que le abran la puerta de barrotes y continúa hasta el final, donde dentro de un momento se sentará Nasha tras el grueso cristal del cubículo.

—Necesito verla. —Intento que comprenda la rapidez que necesito en la solución.

—Lo sé, acompáñeme.

Caminamos a toda prisa por una serie laberíntica de pasillos hasta llegar a su despacho, donde comprueba en un ordenador algo que yo no logro ver hasta que cambia la cara por completo.

—¿Qué ocurre? —No puedo esperar más. Él continúa haciendo clic con el ratón, supongo que abriendo programas o pasando páginas—. Alcaide, por favor...

—La señora Biyogo le ha denegado el permiso de visitas.

—¿Qué?! —Lo miro con cara de no creer lo que acaba de decir—. Eso debe de

ser un error, es imposible..., anteayer hablé con ella.

—Espere. —Se pone de pie y abre un armario que hay a nuestro lado. Debe dar varias vueltas de llave antes de sacar una carpeta con muchos papeles y, tras pasar varios, coge uno—. Es la firma de ella, ¿no?

Lo cojo entre las manos y a punto estoy de hacerlo trizas cuando lo leo. Es un documento en el que se indica el nombre de las personas a las que ella desea que se les prohíban las visitas. Aparece mi nombre: «Andrés Zúñiga Sierra», y es su letra, una caligrafía segura y clara que no indica que la haya escrito bajo presión.

—No puedo dejarlo entrar, lo siento.

—Es que no entiendo nada... —Tengo en este momento una nube en la cabeza que no me deja pensar—. ¿Podría acompañarme a la salida?

No quiero estar más en este lugar, necesito respirar aire fresco.

Sigo sus pasos sin dejar de preguntarme por qué Nasha no quiere verme, por qué ha firmado un documento para impedir mi entrada, debe de pasarle algo para que no quiera que la vea, porque no puedo entender el motivo por el que lo ha hecho, o tal vez tema tener que cumplir una condena y no quiere que yo sufra las consecuencias. No lo sé, las preguntas se agolpan una tras otra hasta que, al fin, tras agradecerle al alcaide su trato de favor, salgo al patio para respirar.

Estoy demasiado nervioso, me apoyo en la pared tapándome la cara con las manos y no grito porque..., lo cierto es que no sé por qué no lo hago. Ya no sé nada.

—¿Quieres uno? —Retiro las manos y miro a una chica muy joven que me ofrece un cigarrillo.

—No te voy a decir que no.

No fumo, en contadas ocasiones lo he hecho, pero ahora mismo me importa una mierda todo.

—No tienes la misma pinta que el resto.

—En esta vida nunca se sabe, ¿no? —La miro con cara de «Tú tampoco estás aquí porque quieras», y ella afirma suspirando a punto de llorar.

Los dos permanecemos apoyados en la pared esperando, ella no sé a quién ni qué; yo espero a José, que al menos podrá arrojar un poco de luz a lo que ocurre, porque por muchas vueltas que le dé yo no puedo entender lo que ha sucedido.

Al cabo de apenas unos minutos lo veo salir entre el tumulto de personas y observo que se aproxima bastante serio.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—No quiere verte. Cree que lo mejor es que no vuelvas a venir.

—¡Pero ¿por qué?! —Le pongo la mano en el pecho para que no siga caminando y me mire a los ojos.

—Ya sabes cómo es, me ha dicho que no y punto, sin más explicaciones.

—¡Joder! José, debe de haberle pasado algo... —Es lo único que se me ocurre—. ¿Tenía alguna marca de agresiones? —Le veo la cara y está igual de confundido que yo, pero al fin niega—. Puede que no se le vean..., tiene que haber algo, no puede ser que de un día para otro me aparte como si nada —continúo hablando solo y él se limita a escucharme—. Me dijo que me quería, y eso ella no lo dice a la ligera, y lo sabes.

—Yo qué sé, Andrés. Le he preguntado, pero no ha querido decirme nada —responde nervioso.

Noto que, efectivamente, tampoco ha querido darle explicaciones, sin embargo, no me conformo, no pienso volver a perderla porque sea una tozuda a la que se le ha ido la cabeza por la presión de donde está.

—Tengo que hablar con mi hermano, tengo que hacer algo.

José me sigue, no dice nada hasta que llegamos al exterior y una nube de periodistas comienzan a lanzar sus incómodas preguntas, y él me agarra del brazo con fuerza para que no me pare.

—¡No va a responder a nadie! —dice justo cuando me abre la puerta de su todoterreno y me subo en él.

—¿Por qué está tan serio? ¿Qué ocurre, señor Zúñiga? Dicen que no ha podido entrar... —La última pregunta resuena por encima del resto porque la puerta de José se ha abierto para montarse y congelo mi gesto mirando al frente, no quiero darles más imágenes a esos estúpidos que no tienen otra cosa que hacer más que darme por saco.

—Vámonos —dice tras arrancar el motor, y a toda velocidad salimos del lugar.

Yo no digo nada, enmudezco porque mi mente no deja de dar vueltas y no es capaz de articular palabra alguna ni tan siquiera para responder a las preguntas que José me está haciendo.

Quiere saber que estoy bien, pero es obvio que no. Lo que ha ocurrido era lo último que podría haber imaginado que sucedería.

Mi actitud es la misma hasta que llegamos a mi casa y le digo un escueto adiós antes de entrar en el portal y subir a mi casa abatido.

Me lanzo al sillón y me quedo sentado mirando el teléfono móvil, marco el número de mi hermano y lo llamo.

—No he podido verla. —Mi voz es baja y seria.

—¿Por qué no? —Percibo su confusión por la línea de teléfono.

—Ha firmado para que no pueda entrar.

—¿Que ha hecho qué? —Noto un silencio sepulcral que me invade—. Si ella te ha denegado la entrada, no puedo hacer nada, es su voluntad.

—Lo sé.

—¿Necesitas algo? —me pregunta, y yo niego en silencio aún sin comprender por qué diablos Nasha no quiere que vaya.

—Ve a verla y asegúrate de que está bien, necesito saberlo —digo. Es lo único que se me ocurre—. Ah, y que vaya un médico si hace falta, o un psicólogo, no me creo que cambie de opinión en dos días, algo ocurre.

—Lo haré. Te prometo que yo mismo me encargaré de que esté bien.

—Gracias —respondo antes de finalizar la llamada y quedarme sentado en el sillón inmóvil durante no sé cuánto tiempo, porque pierdo la noción del mismo.

Cuando reacciono ya es de noche, pero no me apetece nada más que beberme una cerveza bien fría, que cojo de la nevera. Entra casi de un trago, hasta que me la termino y salgo a la terraza a que me dé el aire. Estiro la espalda y me crujen los huesos, tengo demasiada tensión. Me siento en la silla y toco la madera de la mesa donde le aseguré que cenaríamos y follaríamos, pero parece que ella ya no tiene los mismos planes que yo, y me enfurece muchísimo porque en Guinea ya le dije que no quería enamorarme porque no soportaría que volviera a alejarse de mí, y ha vuelto a hacerlo.

Aparto la mesa de una patada y entro dentro para acostarme, mañana será otro día, y espero que mejor que el de hoy.

* * *

Acaricio el volante una y otra vez al tiempo que miro por enésima vez el reloj desde que he llegado, y al fin lo veo. Alberto sale de su casa vistiendo uno de sus mejores trajes para ir a la oficina.

Toco el claxon y él se para de repente para mirar y negar en silencio.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días a ti también.

—Déjate de bromas —me reprende bastante irritado por mi actitud.

—Voy a ir contigo. —Sabe perfectamente a lo que he venido, al igual que es

consciente de que no tiene más opción que llevarme—. Sube, iremos en mi coche.

—Andrés, aún no has asumido que no quiere verte, ¿no?

—Hasta que lo oiga de su boca no lo haré. —Miro al frente mientras mis palabras salen de mi boca con la esperanza de que no suceda.

—Ángel me va a matar.

—Es tu suegro, no tienes de qué preocuparte. —Vacilo antes de arrancar y encauzar la marcha hacia su despacho.

No le gusta nada lo que acabo de decir, pero no responde, ni alega nada en su defensa como el buen abogado que es, sino que se limita a mirar a través de la ventanilla.

La circulación a estas horas es horrible, así que tardamos más de lo previsto en llegar al bufete.

—Espérame aquí, por favor.

Me siento en su despacho y veo cómo sale en dirección al de Ángel. Observo su mesa de escritorio y no me sorprende el orden con el que están dispuestas todas sus cosas. Cada elemento está colocado estratégicamente, pero lo que sí me llama la atención es un marco que no puedo ver porque estoy justo detrás. Lo cojo entre las manos y, al girarlo, veo la foto de Alba, muy sonriente. Está guapísima en esa fotografía.

Dejo el marco tal y como estaba y me pongo de pie para dar unos pasos, no estoy tranquilo.

—Señor Zúñiga, ¿quiere un café, té...?

—Uno solo, gracias.

La secretaria, como siempre, es muy amable y a los pocos minutos regresa con un café solo y dos sobres de azúcar que deja sobre la mesilla de la zona de invitados.

—Si necesita alguna cosita más, estoy fuera.

Le doy las gracias con un gesto de la cabeza antes de coger el café y olerlo. Echo el azúcar y, cuando comienzo a removerlo, aparecen Ángel y Alberto.

—Hemos conseguido que puedas verla, no ha sido fácil, ni barato —anuncia mi hermano para que comprenda todo lo que están haciendo por mí.

—Pues vamos ya, no quiero perder más tiempo —digo.

Salimos del despacho y me bebo de un trago la taza de café, que dejo sobre la mesa de la secretaria mientras le susurro que estaba muy bueno, le guiño el ojo y, tras su sonrisa, nos vamos.

* * *

Llevamos más de media hora aquí y estoy comenzando a desesperar cuando veo aparecer al alcaide con una chica muy mona que le sigue los pasos.

—Buenos días, ella es Marta Hernández, la psicóloga de Nasha.

—Encantado, Andrés Zúñiga. —Le estrecho la mano, al igual que lo hacer Alberto y Ángel.

—¿Podemos pasar a verla? —Mi hermano confirma que nos han autorizado la visita.

—Antes de hacerlo me gustaría adelantarle que ella no sabe nada de su visita.

Miro a Alberto y él me indica con un gesto que es lo mejor, así que asiento y nos dirigimos hacia el despacho del alcaide, donde me dejan a solas para esperar que llegue.

Recorro cada metro de ese tétrico y frío despacho, pongo las manos sobre el radiador, que está enchufado a la corriente, y logro sentir algo de calor. Oigo unos pasos y la voz de Marta, la psicóloga; supongo que se acerca con ella y comienzo a estar nervioso, no sé cómo va a reaccionar.

—Pasa, por favor, Nasha. —La puerta se abre y veo cómo entra a desgana sin haberme visto—. Espera un segundito, ahora vuelvo.

Se gira hacia la puerta, que están cerrando con llave, y es entonces cuando me ve a mí de pie, parado frente a ella, mientras observo lo desmejorada que está desde la última vez que la vi.

—¿Estás bien? Cariño... —Me acerco a ella para darle un abrazo.

—No me toques. —Se aparta para esquivarme y me sorprende su tono de desprecio, creo que nunca le había oído hablarme así.

—¿Qué ocurre? —le pregunto en cuanto me mira a los ojos.

—¿Sabes lo que es un «no»? —Niega con la cabeza y se cruza de brazos mirando hacia otro lado—. Pedí que no vinieras, pero tu estúpido dinero logra abrir hasta las puertas de una cárcel; obviamente es lo que mueve el mundo.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea por verte.

—Yo no quiero que lo hagas, sólo deseo que me dejes en paz.

—¿Qué ha cambiado? —Necesito entenderlo, quiero que me explique por qué este cambio de actitud hacia mí—. Hace unos días hablábamos de cenar en casa juntos.

—Me estaba engañando, Andrés. Tú y yo no tenemos futuro —niega convenciéndose a sí misma de lo que está diciendo—. Mírate, y mírame. —Levanta

las manos y me muestra las esposas—. El viaje fue bonito, y siempre te agradeceré que vinieras, pero allí se terminó todo... No quiero volver a verte, ni que hagas nada por sacarme de aquí.

—¿Quieres pasarte media vida entre rejas?

—Las decisiones acarrearán consecuencias, y yo tengo que asumirlas.

—Nasha, por favor. —Me da igual que ella no quiera, la agarro de la nuca y la obligo a mirarme a los ojos, apenas a unos centímetros.

Puedo olerla, ver la tristeza en su mirada, y soy consciente de que está pasándolo mal, de que seguro que piensa así porque se autocastiga sin darse cuenta. Muchos de mis pacientes actúan como ella.

—Andrés, suéltame o grito.

—Me da igual que lo hagas, no pienso soltarte —le advierto para su desdicha—. Mirame y dime a la cara que no me quieres, que lo nuestro no significa nada para ti.

Cierra los ojos con fuerza y, tras un suspiro, me mira a los ojos fijamente y me responde:

—Nunca te he querido, Andrés. Lo siento, espero que me perdones por todo lo que te he hecho, pero tienes que olvidarme, porque yo ya te he olvidado.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí, la suelto como si su piel me ardiera en las manos y la miro fijamente intentando hallar una estúpida y remota muestra de que lo que me está diciendo sea mentira, pero no, su semblante es seguro y hasta puedo respirar la tranquilidad que ha sentido al decírmelo.

—Si eso es lo que quieres, no tenemos nada más que hablar. —Camino hasta la puerta, doy dos golpes al frío hierro y espero a oír de nuevo el giro de la llave—. Adiós, Nasha, espero que salgas pronto y puedas ser feliz.

—Tú también, Andrés.

Salgo de ese maldito despacho y veo a Alberto y a Ángel, que, al observar mi gesto serio, me agarran cada uno de un hombro y los aprietan en señal de cariño, hasta que los tres nos giramos y vemos cómo ella sale sin hacer siquiera ademán de mirarnos. Camina con la cabeza bien alta y contoneando las caderas como siempre ha hecho, esposada, por delante de un funcionario que la acompaña hasta la celda.

Conforme se aleja, algo se rompe en mi interior. Sé que Nasha ha tomado una decisión al igual que lo hizo cuando se marchó de casa y ya no hay vuelta atrás.

—¿Puedo ayudarlos en algo más? —ofrece Marta, que es una joven muy amable.

—No, ya ha hecho más de lo que debería. Muchas gracias por todo —se despide mi hermano, al igual que hacemos nosotros, y salimos por el parking de la prisión sin

ser vistos.

—Lo siento, hermano, pero llegados a este punto debes decirnos qué hacemos — me dice Alberto.

Lo miro a los ojos incrédulo, porque no puedo creer que tenga algún tipo de duda.

—¡Seguir! —exclamo. Ángel me mira por el retrovisor y me parece que sonrío ante mi respuesta, al contrario que Alberto, al que parece molestarle—. Quiero que tenga la mejor defensa, y que salga cuanto antes. Que no desee verme no quita que yo quiera el mal para ella.

—No pienso dejar de luchar hasta que esté libre. —Ángel me confirma que va a hacer lo que le estoy pidiendo.

—Gracias, no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Eres de mi familia, y la familia se ayuda.

Lo escucho, pero en lo único que pienso es en ella. Veo cómo el maldito edificio desaparece de mi vista conforme el coche avanza y me alejo sin saber cuándo será el día en que pueda volver a verla.

Me siento vacío. No creo que merezca el desprecio con el que me ha tratado, sin embargo, estoy enamorado, y aunque ella no sienta lo mismo, no quiero que le ocurra nada, deseo que esté bien.

—¿Te llevo al ático?

—Sí, por favor.

* * *

Cuando el coche para frente a mi puerta, los periodistas corren hacia él. Me quejo en voz alta y mi hermano me pide que no diga nada, que no les dé más carnaza, y la verdad es que no tengo ganas de hablar, lo que quiero es irme a mi casa y encerrarme donde pueda hacer lo que me dé la gana.

Me bajo del coche e intento caminar, pero me rodean, no dejan de preguntarme y no veo el hueco por el que escapar, los miro y todo me da vueltas. Maldita sea, que me dejen en paz, no sé cómo salir de aquí en medio, me empujan, no dejan de insistir.

—¿Queréis dejar vivir a las personas? —Ángel se encarga de llamar su atención y mi hermano me agarra del brazo para guiarme hasta la puerta.

—Andrés, ¿estás bien? —me pregunta, y yo asiento sin dejar de caminar hasta el ascensor—. ¿Quieres que me quede?

—No, quiero estar solo. —La puerta se abre y me adentro pudiendo respirar

hondo—. Malditos carroñeros, hijos de puta, no me van a dejar vivir...

Salgo del ascensor y, cuando voy a abrir la puerta, noto una presencia a mi derecha. Me giro y veo a uno haciéndome fotos escondido en la escalera.

—¿Te quieres ir a la mierda?! —le grito, y sin pensarlo voy hasta él y lo cojo del cuello.

Su cara es de terror, pero no me importa, él ha entrado en una propiedad privada para molestarme y se merece que le parta la cara.

—Aquí no puedes estar.

—Lo sé, pero necesito una foto que nadie tenga.

—¿Para quién trabajas? —Traga saliva, duda si contestarme o no. Le aprieto con más fuerza, él es muy delgado y bastante más bajito que yo, así que me es muy fácil levantarlo del suelo hasta que me responde—. Vete o te parto la cara.

Lo suelto y sale corriendo escaleras abajo, sabe muy bien que lo que ha hecho es un delito. Al fin abro la puerta de mi casa y dejo todas las cosas de los bolsillos sobre la mesa del salón antes de coger el teléfono y hacer una llamada.

—Eres un cabrón de mierda.

—Tranquilo, ya sabes cómo funciona esto. —Noto su voz ladina a través de la línea. Está pensando que la pelota está en su campo y que es él el que domina el juego.

—Tu chico se ha colado en mi casa. —Se queda en silencio de repente—. Sabes lo que significa, ¿no?

—¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? ¡Nada! Tú lo vas a hacer. Mañana quiero en la prensa un artículo a página completa hablando de los negocios oscuros de Genaro, de la pena que le va a caer, y no quiero que aparezca el nombre de Nasha ni una sola vez, quiero que limpiéis su imagen.

—¿Cómo quieres que haga eso?

—Tú sabrás. —Me río en voz alta para que me oiga.

—No puedo, yo...

—Tengo una grabación con un chico que reconoce trabajar para ti en mi finca. Elige: ¿la ruina de tu agencia o limpiar el nombre de Nasha y, por consiguiente, que me dejen en paz?

—Está bien, lo haré.

—No esperaba menos de ti.

Cuelgo la llamada y soy consciente de que ahora estará dándose de cabezazos

contra la pared, pero ya se me ha agotado la paciencia, no quiero ver a un maldito fotógrafo en mí puerta, y él sabe que si desvía el tema todos lo harán.

Abro la nevera y veo comida recién hecha, ¿qué haría sin Marisa? Cojo un plato y vierto el contenido del táper para calentarlo en el microondas mientras me bebo una cerveza.

Enciendo el equipo de música y elevo el volumen para comer un poco sin pensar en nada, aunque sé perfectamente que eso es imposible, las palabras de Nasha se repiten como un maldito disco rayado.

Doy un mordisco a la carne y bebo más de lo que como, en nada la cerveza se me termina y voy en busca de otra para seguir comiendo hasta que pierdo la noción del número de botellines que me he bebido. La cabeza me da vueltas y por primera vez sonrío, lo hago porque estoy borracho, pero necesitaba desahogarme de alguna forma, y ésta es la mejor.

Canto las estrofas de las canciones que suenan a todo volumen y termino tirado en el sillón perdiendo el tiempo.

* * *

—Señor, ¿quiere bajar esa música? —Marisa corre a mi lado, veo su presencia, pero no soy capaz de moverme. Sus lamentos se me meten hasta lo más hondo del cerebro, me lo bloquean, y no puedo pensar—. ¿Señor? ¿Andrés? —repite una y otra vez, pero yo no le contesto, sino que la miro con los ojos entreabiertos y sonrío.

De repente, alguien es capaz de levantarme. Quiero zafarme de él, pero me es imposible, me concentro todo lo que puedo para ver quién es y al final lo consigo.

—Víctor, siempre a mi lado... —Me río sin poder controlarme.

Me levanta apoyándome sobre su hombro al tiempo que Marisa no deja de lamentarse. Uf..., comienza a marearme su voz. La verdad es que todo me da vueltas y tropiezo yo solo con mis propios pies.

—Víctor, yo...

No puedo terminar la frase porque mi boca se ha abierto y he manchado toda la pared y el suelo, he sacado mis entrañas al igual que mis penas. Apoyo una mano en la pared y miro abajo, siento que me voy a caer, pero no lo hago.

—Vamos, Andrés, tiene que dormir.

—Por favor... Pero ¿cómo está así? Madre mía.

Oigo las voces muy lejanas, ya no me molestan, simplemente apenas las oigo, noto

el sabor de la cerveza en el paladar y me da asco.

—No quiere verme, me ha mentado como siempre —le digo, pero él me contesta que no pasa nada, que descanse—. ¿No me oyes?, no me quiere, pero yo sí...

Y las lágrimas me caen, y eso me enfurece más, y me pongo nervioso. Siento que mi corazón late tan rápido que lo noto palpar en mi cabeza. Siento que me muevo, que choco contra las paredes hasta que caigo y percibo el olor de mis sábanas. Me acurruco como hace tiempo que no hacía, y estoy cómodo, por fin me siento en paz.

CAPÍTULO 20

ANDRÉS

Cómo me molesta la luz, ¿por qué no cerré la maldita persiana cuando me acosté ayer? Aunque lo cierto es que no recuerdo haberme acostado. Cierro los ojos con fuerza y me estalla la cabeza. Creo que ayer me pasé bebiendo.

Me levanto y noto que mi cuerpo pesa más de lo normal, aun así, camino hasta llegar al baño, donde me veo la cara.

—Vaya careto tengo, joder.

Me la lavo con abundante agua y salgo de la habitación.

Necesito beber algo, tengo la boca seca. Doy unos pasos hasta que veo a Marisa agachada en el suelo, mojando un paño en un cubo de agua.

—¿Qué haces?

—¿Está usted bien? Ay, madre mía, que susto me dio anoche.

Se pone de pie y me mira cada una de las extremidades como si me faltara alguna. Observo la pared que estaba limpiando y veo cómo su gesto muestra tristeza.

—Señor, hacía mucho tiempo que no lo veía así, y no me gusta.

Entonces soy consciente de que me pasé de verdad bebiendo, hasta el límite de vomitar contra la pared.

—Deja, ya me encargo yo en cuanto me tome algo.

—No se preocupe, ya termino.

Vuelve a agacharse, frota la pared con todas sus fuerzas y me siento un miserable. ¿Cómo pude emborracharme de ese modo?

Me duele verlo y, por ello, voy hasta la cocina, donde echo un poco de agua en un vaso y me tomo un ibuprofeno que cojo del armario. Doy un gran trago para quitarme el sabor de la cerveza de la garganta y me siento en la isla para meditar.

Lo primero que me viene a la cabeza es Nasha. Odio volver a sentirme como lo hago ahora mismo. Sabía..., no quería reconocerlo, pero en el fondo era muy consciente de que lo que estaba viviendo con ella podría terminar del mismo modo, que ella una vez más decidiera alejarse de mí, aunque tenía la esperanza de que los cambios que he hecho en mi vida fueran suficientes para volver a recuperarla.

Soy un estúpido, se ha reído en mi cara, otra vez. Y me molesta mucho, pero esto me sirve para darme cuenta de que no me merezco una persona así a mi lado.

Dejo el vaso sobre el mármol de mala gana, provocando un gran estruendo, y vuelvo a mi habitación para vestirme e irme a tomar el aire. Marisa intenta convencerme de que coma algo, pero declino su ofrecimiento por marcharme cuanto antes del ático.

Cuando pongo un pie en la puerta no hay ni un fotógrafo, y sé que la amenaza de ayer ha servido para que me dejen en paz. Camino tranquilamente por la Gran Vía sir que nadie me reconozca, sin miedo a que puedan averiguar hacia dónde voy y, sobre todo, alejándome del ático, que parece mi peor pesadilla.

No pienso volver más, regresaré al club, donde no existen recuerdos ni promesas que caen en saco roto. Allí soy yo y, por una extraña razón, tengo un mejor control sobre mí mismo.

Tras caminar durante un rato decido ir al bar de copas. Aún es pronto, no es ni media tarde, pero hay ambiente, hombres y mujeres de unos cuarenta, que son la mayoría de los clientes, los que más dinero dejan.

Me siento a la barra y pido un botellín de agua, lo último que quiero es beber alcohol. En cuanto me lo ponen, me lo bebo de un trago.

—¿Un mal día? —Esa voz me suena mucho.

Miro a la chica que se ha apoyado en la barra para pedir una copa y la reconozco al instante.

—Marta —susurro su nombre—. ¿Qué haces aquí?

—Tomar algo con mis amigas, no voy a estar todo el día trabajando. —Se ríe—. ¿Y tú?

—Trabajar.

—Ya veo, ya... —Señala mi botellín de agua y le hago un gesto de que es lo que hay—. No debería decirte esto... —Duda en hablar, pero yo necesito que lo haga.

—Puedes confiar en mí.

—Ayer, tras tu visita, estuve hablando con ella. —Mira a sus amigas y continúa—. Está convencida de que no quiere estar contigo, piensa que es lo mejor para los dos.

—¿Crees que le ha ocurrido algo para que piense así?

—No..., allí no —contesta extrañada, y saberlo me tranquiliza.

—Puede que la culpabilidad...

—... sea la causa —termino su frase, la misma que yo repetía a muchos de mis

pacientes cuando los visitaba en la consulta.

—¡Oye!

—Compañeros de profesión. —Le guiño un ojo y me mira sonriente.

—Olvídate de ella, no te merece.

Se acerca mucho más a mí y sé que en el fondo tiene mucha razón.

—¿Le sirvo algo? —Mi camarero nos interrumpe, pero no dejamos de mirarnos fijamente a los ojos.

—Una cerveza. —Lleva en la mano un billete de cinco euros que pretende dejar sobre la barra.

—Invita la casa. —Pongo mi mano sobre la suya y la detengo.

—¿No eres psicólogo? —Intenta adivinar lo que pienso, al igual que hago yo con ella.

—Pluriempleado.

Dirijo toda mi atención al camarero, que le deja la bebida sobre la barra, y le hago un gesto para que no le cobre.

—Muchas gracias, señor Zúñiga.

—Andrés.

—Andrés —repite antes de alejarse hasta llegar junto a sus compañeras.

Luego continúa mirándome desde la distancia, al igual que hago yo, sin ningún tipo de reparo. Sé que le gusto y me interesa tenerla cerca por si en algún momento necesito información de Nasha.

Mi teléfono comienza a sonar, es Alberto. Dudo en contestar, pero al fin lo hago por si tiene alguna novedad.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Tienes algo nuevo?

—No.

—Pues llámame cuando lo tengas.

Finalizo la llamada sin dejarlo hablar porque no tengo ganas de explicar que estoy jodido, que sus palabras no se borran de mi mente y que no tengo ganas de hacer nada.

* * *

Me despido de mi camarero y, con un adiós a distancia, también de Marta. Luego salgo del local para dirigirme al club. Según mi hermano, no debería ir allí, que me vean entrar no es bueno para mi imagen, pero ahora mismo me da todo igual.

Entro y veo caras conocidas, todas ellas me miran sabiendo que, si las elijo, van a pasar una buena noche, y lo sé por la forma en que me miran. A decir verdad, necesito desahogarme como hace tiempo que no hago.

Me siento en la barra justo al lado de Miguel y le pido a Sofía una copa. Los dos me miran extrañados.

—¿Cuándo vas a volver a la consulta?

—No lo sé, creo que vas a tener que encargarte de nuevo de mis pacientes.

—¿Otra vez? —Miguel mira a Sofía con una cara que ya me la conozco muy bien, y no me gusta nada.

—Estoy bien, necesito descansar unos días, sólo es eso.

—¿Cómo está Nasha?

Sé que su pregunta tiene una finalidad, y no me va a pillar como pretende.

—¿Tu qué crees? —Lo miro con cara de «¿No es obvio?»—. Deseando salir.

—Seguro que antes de que nos demos cuenta lo hace. —De repente se queda callado y miro hacia a donde él lo hace—. Hoy me lo voy a pasar muy bien.

—*Nos lo vamos a pasar* —replico.

Me mira extrañado porque hace mucho que no compartimos un reservado con Elena, pero hoy necesito desfogarme, volver a ser yo.

Me pongo en pie y, tras darle un golpe en la espalda a Miguel, los dos caminamos detrás de Elena, que se dirige hacia el reservado unos pasos por delante, hasta que yo, que soy el último, cierro la puerta y la locura se desata.

Elena se muere por volver a acostarse con nosotros dos, y yo me muero por olvidarme del mundo.

* * *

Mi rutina se basa en ver los titulares de los diarios y enfurecerme tanto porque no digan nada —por mi culpa, ya que fui yo quien pidió que no lo hicieran— que subo la escalera para entrar en un reservado con la primera mujer que esté decidida a compartirlo y fustigarme con el sexo. Cuando termino, vuelvo a bajar y, tras una ducha, miro las llamadas perdidas de mi hermano Alberto, a las que aún no me apetece responder, al igual que las de mi hermana Ana. Simplemente, llamo a los pacientes que tengo en la agenda y les cancelo la cita o se los derivo a Miguel, que cada día se mosquea más conmigo. Cuando tengo el día siguiente libre, me voy a la cama tranquilo, y así día tras día.

* * *

Hoy es el día del juicio y estoy contrariado. Por un lado, deseo verla en alguna televisión, cerciorarme de que Violette está haciendo lo que le pedí, pero, por otro, comienza a darme igual si sale o no; puede que la culpe de mi desidia, de no saber el porqué de su decisión. Así que hoy no pienso salir de entre estas cuatro paredes. Ni tan siquiera voy a subir al club, porque sé perfectamente que Sofia y Miguel hoy estarán más pendientes de mí de lo normal. Y no tengo ganas de niñeras, y mucho menos de tener que decir que estoy perfectamente cuando no es así.

Oigo el sonido de un mensaje de WhatsApp entrando en mi teléfono y, sin abrirlo, puedo ver que es de María y leer el principio:

Serás capullo...

Vaya si lo soy. No he leído sus últimos mensajes porque puedo imaginar lo que dicen, y ahora no me apetece que mi amiga se convierta en mi psicóloga o, mucho peor, en mi puñetera madre. Y, hablando de ésta, ni tan siquiera he recibido una llamada suya, parece mentira que quiera a su hijo; puede que a Alberto y a Marcos sí, porque lo que es a mí, me ha demostrado que muy poco.

Miro el reloj y veo que son las dos de la tarde, si no han emitido el veredicto estarán a punto, así que antes de que alguien enturbie mi paz, apago el teléfono para no saber nada.

Me tumbo en la cama; pienso quedarme todo el día mirando mi reflejo bochornoso en el espejo del techo.

* * *

Me despierto al día siguiente cansado, aunque he dormido más horas que nunca. El primer pensamiento es que seguro que está en la calle y yo no sé nada de ella... Enciendo el teléfono y miro el último mensaje de mi hermano:

Ya hemos terminado, es libre.

OK

Le doy a «Enviar» y vuelvo a apagar el móvil.

En Guinea supe que estaba jugando con fuego, que si me acostaba con ella iba a sentir de nuevo lo mucho que la quería. Temía que volviera a ocurrir lo mismo, que viniera para volver a marcharse, y que yo volvería a enamorarme como un gilipollas y a ella no le importaría lo más mínimo. Quería creer que no iba a ser así, que no podía ocurrirme lo mismo dos veces, pero parece que sí lo ha sido, me equivoqué y me caí dándome la hostia más grande de los idiotas de este mundo. Juro que lo intenté todo, pero por alguna extraña razón ella siempre decide por los dos y luego se va. Y aquí estoy yo, vacío, sin saber qué hacer.

CAPÍTULO 21

ANDRÉS

Mis días se limitan a subir y a bajar la escalera del club, cuando me adentro en la soledad de mi estudio intento hablar con José, pero no responde, y las veces que lo ha hecho nunca me dice nada: ella nunca está o simplemente no quiere hablar conmigo. Mi hermano lleva desde antes del juicio llamándome, pero no me apetece contestarle, me cansé de que me pidiera que fuera paciente. Y lo fui hasta que llegué a un punto en que ya todo me dio igual, ella regresó al cajón de los olvidos, y me limité a vivir mis días de la forma que mejor me pareció: follando.

* * *

Estoy fumando un cigarro en la puerta del club cuando veo salir a una pareja que se despide. Detengo la puerta para entrar, pero alguien la agarra.

—Echo de menos estas manos. —Su voz me sorprende y me paro de repente antes de girarme y ver que Gema está detrás de mí.

La miro de arriba abajo con lascivia, sé que le encanta que sea descarado con ella.

—Parece que ya no estás enfadado conmigo.

—Puede que lo que necesite sea vengarme por lo que me hiciste.

—Y ¿cómo tienes pensado hacerlo?

Me está retando, sé que le gusta el riesgo, y hoy no pienso perder la oportunidad de echar un polvo con ella; nada me retiene, el rencor ya quedó atrás.

Me separo de la puerta y dejo que ella pase delante de mí.

—Tú primero.

Me aparto lo justo para que al pasar tenga que rozarme. No me muevo ni un milímetro hasta que entra, y entonces la agarro de la nuca para empujarla contra la pared hasta que quedamos casi a oscuras cuando la puerta se cierra.

—¿En tu cama? —pregunta excitada, cosa que ignoro por completo.

Rozo mis labios contra su cuello al tiempo que mis manos sujetan las suyas sobre

su cabeza. Veo cómo abre la boca y pienso que es uno de los gestos más eróticos de Gema. Me pone cachondo que una mujer tan autoritaria y dominante como ella deje que yo sea el único que la someta. Aprieto mi erecto miembro contra su vaquero consiguiendo que jadee, justo en el instante en que se abre la puerta superior del club y me separo de repente para que las personas que están a punto de bajar lo hagan. Luego le agarro la mano con fuerza para que me siga escaleras arriba.

Sin detenerme, accedo a uno de los reservados. Ella se queda parada en la puerta, parece que dude en entrar, sé que en el fondo la excita del mismo modo que la enfurece sentirse sometida por mí, y por ello necesita su tiempo para aceptar lo que está a punto de hacer.

—Si quieres me sirvo solo. —Me quito la camiseta ante ella y en sus ojos veo lascivia, deseo por acostarse conmigo, y no pienso demorar el momento.

—Tendría que detenerte —dice justo cuando la agarro de las caderas y la pego a mi cuerpo para que sienta mi erección.

—¿Con qué?

Lleva las manos hasta la cinturilla de su vaquero y saca las esposas, pero no le doy tiempo a decir nada. Le doy la vuelta contra la puerta y me agacho hasta tener mi boca a unos centímetros de su pantalón y, parsimoniosamente, desabrocho el botón, le bajo la cremallera y hundo mi nariz en su sexy braguita de encaje negro.

—Parece que vienes preparada...

Tiro con los dientes de la tela, sabiendo que acabo de desgarrarla un poco, y cuelo mi lengua arrancándole un gemido que podría haber oído cualquiera, pero en este club nadie se asombra y no hay que tener miedo por lo que pueda oírse. Clavo los dedos en sus glúteos y la aprieto contra mi boca consiguiendo que pierda la razón, momento que aprovecho para quitarle las esposas de la mano y colocárselas en una de las muñecas, justo antes de ponerme en pie y caminar sin importarme que la esté obligando a seguirme, e incluso que pueda hacerle daño.

—Andrés, si no fueras tú, te estaría pateando el culo de camino a la comisaría ahora mismo.

—Sabes que no lo harías. —Me paro en seco y la beso contra la pared. Estoy muy cachondo, y Gema es la persona idónea para saciar mi apetito—. ¿Quieres que continúe hasta allí? —Le señalo la pared de la que cuelgan unas argollas y ella responde con un violento beso. Clava sus caderas en mis muslos y me paro para oír su voz—. Dímelo, ¿sí o no?

—Sí, por supuesto que sí. —La cojo hasta que queda sentada sobre mis caderas.

Lleva las manos a mi nuca y nos besamos, lo hacemos chocando contra la pared, hasta que al fin logro retener su mano al esposarla a ésta—. Tengo dos horas, no perdamos el tiempo.

Me pide que le quite la ropa sin ningún tipo de pudor y lo hago, lentamente, consiguiendo desesperarla al mismo tiempo que se humedece. Estoy deseando fundirme en su cuerpo una vez más.

Cojo un preservativo y voy a ponérmelo cuando ella agarra mi mano para que no lo haga. Se agacha hasta colocarse frente a mí y me lo quita para sujetarlo entre los labios. Su cuerpo está medio girado porque una de sus manos la tiene inmovilizada, su boca está a unos milímetros de mi miembro, y yo no puedo más que tragar saliva, consciente de lo que voy a sentir a continuación.

Cierro los ojos, apoyo una mano en la pared y hundo los dedos de la otra en su melena castaña para sentir mejor lo que está a punto de hacer.

—¡Joder...!

Pocas personas lo hacen como ella, sus labios lentamente recorren el largo de mi polla mientras coloca el maldito preservativo como nadie.

Justo cuando termina, la giro y presiono su espalda para que se agache. Acaricio su columna desde la nuca hasta el final, teniendo a mi merced su culo y, poco a poco, sin prisa, me hundo en su interior. Una vez dentro, entro y salgo con fuerza, sin contemplaciones. Agarro su cintura para hacer más fuerza, para obligar a su cuerpo a que no se separe de mí en cada arremetida; me agacho como ella y poso mi pecho en su espalda para acariciarle el sexo. Está húmedo, casi podría decir que chorrea cuando mi dedo acaricia sus labios. Sus fuertes piernas ahora no lo son tanto, hasta que le cojo la única mano que le quedaba libre y aprieto la esposa. Nada más sentir el clic del cierre se ha humedecido el doble, y yo consigo un placer que me vuelve loco y no paro hasta que, con un grito ahogado, me dejo llevar.

—Pensaba que no querías verme...

—Y no quería hacerlo. —Me separo y lanzo a una papelera que hay en un rincón el preservativo tras comprobar que está en perfecto estado—. ¿Qué haces aquí?

—He oído que has vuelto a tus viejas costumbres —responde subiéndose el vaquero.

—¿Y tú lo crees? —le pregunto como si nada mientras me visto yo también.

—Me alegra que me hayas perdonado. —Camina hasta mí para acariciar mi brazo, sin éxito, porque atrapo su mano con la mía y se la retiro.

—No lo he hecho. —La miro desafiante a los ojos.

—Entonces ¿por qué has follado conmigo? —Veo cómo analiza mis gestos, al igual que debe de hacer con los detenidos en comisaría.

—Lo hago muy a menudo, eres una más. Sólo eso.

Se le escapa una media sonrisa y sale del reservado. Yo espero unos segundos para respirar, y me odio por haber sentido placer con la persona que metió a Nasha en la cárcel, puede que si ella no lo hubiera hecho, todo hubiese sido diferente.

Necesito un buen trago.

Es lo único que pienso cuando llego hasta la barra y compruebo que ya no hay rastro de Gema. Me siento en el taburete y le pido una copa a Sofía cuando ella pone los brazos en jarra y me señala a la persona que hay justo a mi lado a quien yo ni siquiera he visto.

—¿María? —No puedo creer que sea ella—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú estás loco?! —No grita, tan sólo gesticula más de lo necesario porque no quiere que nadie nos oiga.

Miro a mi alrededor sabiendo a qué se refiere, pero ella permanece inmóvil esperando una respuesta.

—Gracias, Sofía. —Voy a coger la copa cuando María se adelanta y me la quita para ponerse en pie.

—Si la quieres, ven conmigo.

Aún sentado en el taburete veo cómo se marcha escaleras abajo y no entiendo nada. Miro a Sofía, que permanece pasiva al otro lado de la barra, y decido seguir a María.

—¿Puedes explicarme qué estás haciendo con tu vida? —me reprende en cuanto marca los cuatro dígitos, que muy pocas personas conocen, para acceder a mi casa.

—¿Perdona? Creo que no te sigo.

—Andrés, he venido desde Nueva York para ayudarte —respira justo después de decirlo. Y me fastidia, porque yo no le he pedido que venga; a decir verdad, no creo que necesite nada.

—No he pedido tu ayuda.

Sé que Miguel es el culpable, seguro que la ha llamado contándole mil mentiras para que ella esté aquí hoy.

—Yo tampoco y no me dejaste en paz. —Viene dispuesta a todo, la conozco muy bien.

—Tú sí la necesitabas —le recuerdo cruzándome de brazos parado frente a ella, que se está bebiendo mi copa como si fuera suya.

—Y tú también —señala pidiéndome que no vuelva a decirle que no—. ¿Por qué no coges mis llamadas?

—Estaba ocupado —le digo como si nada, y no le miento: no he parado estos días.

—¿Qué hacías acostándote con ella?

Que yo sepa, María no conoce a Gema, por lo menos, yo jamás le había hablado de ella.

—¿Ahora me vais a decir con quién debo entrar o no a un reservado? —respondo con una carcajada aparentando normalidad—. Venga, María, que ya somos mayorcitos, si quieres te paso un listado de todas las personas que entran conmigo.

—No digas tonterías, sabes que no quiero eso —se indigna por mi respuesta.

—¿Pues entonces?

—¿No te das cuenta de que estás perdiendo el tiempo? ¿Cuánto llevas sin hacer algo productivo?

—Dirijo mi negocio, ¿te parece poco? —Eso sí que no he dejado de hacerlo, he estado encima del local y del club como nunca.

—Vamos, Andrés. Soy tu amiga y quiero que seas feliz. Pero, si no me llamas, ¿cómo quieres que te ayude?

Se acerca a mí y me abraza sin que yo me mueva del sitio.

—No te he llamado porque he estado bien.

—Acostarte con la persona que ha metido a tu chica en la cárcel no es sano. —Levanta la cabeza y veo sus castizos ojos intentando convencerme.

—Es rocambolesco —convengo. Tiene razón, no puedo negar algo que a cualquiera le parecería impensable.

—De masoca —hurgo intentando hacer que me sienta peor.

—Bueno, ya está bien. —Agarro sus manos para poder separarme de ella—. ¿Un trago?

—¿Otro? —asiente divertida señalando el vaso vacío que hay sobre mi escritorio.

—Otro. —Si ella no lo quiere, yo sí. Sé que María no se va a ir de aquí hasta que le dé la razón o, por el contrario, me dé por perdido y se canse de mí, cosa que dudo que llegue a suceder—. ¿Cómo está Claudio?

—Agotado de trabajar, la escuela le conlleva un esfuerzo muy grande, y por mucho que lo ayude no es suficiente.

—Ya le dije que necesitaba una persona a jornada completa.

—Y yo, pero no me hace ni caso.

—¿Y Yué y Biel? —le pregunto, aunque a Biel lo vi hace unos meses.

—Preguntándose por qué narices no respondes a sus llamadas.

Me giro y la miro, pero no digo nada. Tiene razón, llevo un mes que apenas hablo con nadie, ni tan siquiera he hablado con mi familia.

—¡Vamos a cenar! —propone.

—¿Ahora? No tengo hambre. —En lo último que había pensado era en salir del club.

—Pues yo, después de diez horas de vuelo, me muero por comer un poco de jamoncito. Y no es tarde.

—María...

Espero que se apiade de mí cuando le hago un gesto de que me mire: estoy sucio, huelo a sexo.

—Tienes cinco minutos para ducharte, el tiempo que tardo en subir a hablar con Miguel. Te quiero arriba en ese tiempo, y, por favor, arréglate un poco —termina de decir justo cuando cierra la puerta.

Se me escapa una sonrisa. Esta mujer es la hostia.

Sé que no puedo hacerla esperar, así que me doy una ducha rápida y me pongo unos vaqueros rasgados con un polo oscuro y mi chupa de cuero para subir la escalera hasta el club.

—Cuando quieras.

—Si estuviera soltera... —Me mira de arriba abajo, lo que provoca que Miguel y Sofía se rían con ella.

—Cuando quieras podemos volver a las viejas costumbres. —Le señalo hacia los reservados, que tan bien conoce.

—Siempre hay que mirar hacia el futuro. Venga, vámonos.

Le indico con un gesto que pase ella delante y la sigo hasta llegar a la calle, donde veo a Víctor esperándonos y lo miro extrañado.

—No vamos a ir caminando con lo cansada que estoy...

—Ya veo, ya... —Le doy las gracias a Víctor por estar siempre disponible y me acomodo en el asiento trasero del Mercedes—. Aún recuerdo la primera vez que te montaste.

—Qué vergüenza. —Dirige la mirada a Víctor, que conduce como si no estuviera oyendo nada, y sé que los dos estamos recordando cómo follamos como locos—. Aunque no estaba en plenas facultades, por tu bebida...

—Tonterías, habrías hecho lo mismo sin beber nada.

—¿La sigues utilizando? —me pregunta expectante.

—No, hace mucho que no la necesito, las mujeres que vienen al club son muy sumisas.

—No como ella —añade. Me giro hacia la ventanilla y miro al vacío. Los dos sabemos a quién se refiere; ella es fuerte, astuta, demasiado, nada que ver con las mujeres con las que me acuesto—. ¿Y Gema?

—Con Gema es distinto —respondo tratando de no decir nada concreto.

—¡Te recuerda a ella!

—No vayas por ese camino, que el psicólogo soy yo.

Me molesta que actúe conmigo como lo hice yo en el pasado.

—¿Recuerdas lo que hacía yo?

La miro a los ojos y afirmo.

—No me acuesto con Gema porque me recuerde a Nasha —replico.

—¿Entonces por qué lo haces?

Respiro hondo antes de decir:

—Porque Gema deja que sea todo lo agresivo que quiera, y pago con ella mi enfado; al resto las partiría en dos si lo hiciera.

—Andrés... —Pone su mano en mi nuca y se la retiro, no quiero reconocer que estoy jodido, que por su culpa he vuelto a dejar de tener ganas de disfrutar de la vida.

Para mi fortuna, Víctor detiene el coche y veo la taberna que tanto le gusta a María. Salgo del vehículo y le doy la mano para ayudarla a salir cuando pisa una alcantarilla y el tacón se le cuele hacia adentro. Por suerte, la tenía agarrada y consigo atraparla de la cintura antes de que llegue a caerse.

—¡Joder! —gruño en cuanto veo el *flash* de la cámara—. Vamos adentro.

—Tranquilo, no pasa nada.

—¡Estoy hasta los cojones de los malditos fotógrafos, me habían dejado en paz! —gruño en voz alta sin dejar de mirar fijamente a la persona que se esconde detrás de un coche.

—¿Cómo quieres que lo hagan? Eres guapo, estás forrado y soltero..., eres el caramelo de las revistas.

—Gracias, me reconforta saberlo —le respondo a desgana entrando en el restaurante con ella colgada de mi brazo y riendo—. Pasa, anda.

Miro de nuevo hacia afuera y lo veo escondido haciendo más fotos. Niego enfadado.

—Tengo mucha hambre —comenta María. Me divierte verla relamerse bajo los

jamones que cuelgan de unos clavos sobre la barra.

Nos sentamos a una de las mesas más alejadas de las ventanas y pedimos una ración de jamón, pan con aceite y un buen vino que acompañe la comida.

—Me tendrás listo algún cuadro, ¿no?

—Calla, que todos están expuestos. Tengo ganas de hacer una colección privada. Llevo meses diciéndole a Claudio que no organice más exposiciones y me deje pintar para mí, pero no hay forma. —Se apoya en las manos y sonrío como hace días que no hago. Está preciosa, más que nunca, se nota que es feliz—. Volviste a la consulta, me dijo Miguel. ¿Cómo fue?

—Lo hice para tapar el club, no es que me hiciera especial ilusión volver.

—No te puedo creer, lo llevas en la sangre.

—Por culpa de mi trabajo, me dejó. —Intento que me entienda, ella es la única que sabe de lo que le estoy hablando.

—Yo no creo que fuera por eso. No, Andrés, yo creo que fue por tu forma de ser. —Es la primera vez que alguien me lo dice, y por un momento veo a Nasha diciéndomelo.

—¿Qué quieres decir? —A ver si la opinión de María puede arrojar un poco de luz a una laguna que jamás he comprendido.

—Sólo hay que ver a tu familia..., son estirados, únicamente piensan en los cotilleos de la alta alcurnia. Sí, esos que mi madre se traga cada día en la televisión. Y tú eras así, cuando te conocí ya habías cambiado, pero tú mismo me has dicho que antes eras como ellos. —Voy a decir algo cuando ella me pide que no lo haga, que no ha terminado—. Si yo te hubiera conocido entonces, tampoco habría estado contigo. Soy demasiado humilde para llevarme bien con tu hermano, y mucho menos con tu madre.

—Pero ya no soy así.

—Y ¿acaso ella lo sabe? —Me quedo callado—. ¿Crees que en un viaje exprés llegó a descubrirlo? Seguro que no todo lo que debería.

—¡Quería demostrárselo cuando volviéramos! —le digo rabioso, porque eso era todo cuanto quería que viera, que mi apellido me importaba bien poco, que el psicólogo ejemplar ya no era tal, que había descubierto que necesitaba un mundo nuevo... Pero aun así no estoy completo.

—Por eso mismo no comprendo qué haces aquí perdiendo el tiempo cuando el amor de tu vida está ahí fuera. —Se queda callada un instante—. Porque ya sabes que la han soltado, ¿no?

—Claro que lo sé, gracias a mí está libre. Violette dijo la verdad y no tuvieron pruebas necesarias para culparla de algo que no había hecho. Sin embargo, si ella no me ha llamado ni ha intentado verme, ¿por qué debería hacerlo yo?

—¿Porque la quieres? ¿Porque tu vida es una mierda siempre que estás separado de ella? ¿Quieres más motivos? Porque mira que se termina la noche y sigo enumerándolos...

—No es fácil con ella. —Reconozco el miedo a que vuelva a darme con la puerta en las narices.

—Acabáramos, amigo... La simpleza no va con ninguna mujer. Y por eso debes arrastrarte un poco, porque en el fondo a todas nos gusta.

—¿Para qué? —Sé que, aunque lo haga, lo único que voy a conseguir es que se separe más de mí, ella no es como el resto.

—Sé sincero por una vez. ¿Qué es ella para ti?

Me quedo en silencio. Sé lo que es, siempre lo he tenido claro, aunque haya querido luchar con todas mis fuerzas para apartarla de mis pensamientos, de mis días y mis noches.

—Responde, Andrés, con la verdad, por favor.

—Es la reina de mis putos sueños. —Lo reconozco por primera vez en voz alta. Ella lo es todo, y sé que cuando no está, mi mundo se tambalea hasta que cae, como ha ocurrido por segunda vez.

—¿Entonces? ¿Qué haces aquí parado? —Se lleva un gran trozo de jamón a la boca al tiempo que no me quita ojo.

—Vivir mi vida. —Me cruzo de brazos sabiendo que estoy haciendo de todo menos eso.

—Eres mi amigo, te aseguro que si no fuese así no habría venido desde Nueva York. Odio ver cómo te autodestruyes por no tragarte tu orgullo, y lo lamentarás; sé que lo harás como lo hice yo. Sin embargo, alguien me dijo que corriera a por él, y si no te hubiera hecho caso, ahora no podría estar aconsejándote a ti.

—Te aseguro que no es así; me he tragado el orgullo muchas veces, he hecho todo cuanto he podido por ella, para nada. —Hago hincapié en las dos últimas palabras.

—Pero no por recuperarla. —Esa respuesta es un dardo, uno que me ha hecho daño, porque es verdad: desde que ha salido de la cárcel no he hecho nada más que llamar a José.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Ir al juicio después de que me hubiese negado verla? ¿Presentarme en su casa para que me cerrara la puerta en las narices?

—Pues sí, porque es lo que nos gusta a las mujeres, tener que cerrarla. —Me quita el vaso de vino que estaba a punto de coger y añade—: Levanta ese culo y ve a por ella, dile lo que sientes, lo que quieres y lo que eres...

Debería hacerlo, intentarlo por última vez antes de tirar la toalla del todo, y me alegra que sea mi amiga la que me haya abierto los ojos.

—¿Qué haces aún sentado?

CAPÍTULO 22

ANDRÉS

—¿Y tú? —le pregunto sin saber muy bien qué hacer.

—Yo ya tengo planes. Claudio me espera.

—Te quiero, te aseguro que si en este mundo no existieran ni Claudio ni Nasha serías mía. —Me pongo de pie de pronto y la abrazo con todas mis fuerzas.

—¿Quieres irte ya? —Me aparta de un empujón riéndose a carcajadas.

Salgo del restaurante y no veo a Víctor; ahora sí que me gustaría que estuviera para poder llegar cuanto antes. Miro a un lado y a otro y deseo con todas mis fuerzas que pase un taxi libre. Camino calle abajo y no tengo éxito, hasta que, cuando llego al cruce, veo uno y corro por en medio de la calzada para que no se vaya.

Sé muy bien que la encontraré en su reino. Desde que ha salido de prisión no es que le vaya de fábula, pero es tan cabezota que no puede estar en otro lugar. Cuando llego, las luces del exterior están apagadas, no hay coches aparcados y el silencio impera en el lugar.

Me cuelo dentro porque la puerta está entreabierta y me dirijo al salón, donde la veo sentada dándome la espalda. Veo que ojea unos papeles, pasa uno tras otro hasta que los lanza enfurecida.

—Así no se solucionan las cosas. —Tensa la espalda al oír mi voz, y durante unos segundos creo adivinar lo que está pensando—. Me alegro de volver a verte.

—Pues yo no, no sé qué haces aquí. —Cuando gira el taburete y le veo la cara sé que no lo está pasando bien, su rostro denota cansancio. Imagino que no debe de ser fácil ver cómo tu negocio se hunde por culpa de una mala decisión—. Andrés, no tengo tiempo de...

—¿De qué, Nasha? —No le dejo terminar la frase—. ¿De dar explicaciones? De ser sincera por primera vez.

—De tonterías —aclara duramente.

—No creo que lo sean. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—No es el momento.

Se pone de pie para marcharse, pero me pongo delante para impedirselo.

—¿De qué tienes miedo?

—Yo no tengo miedo —responde con una carcajada, exhibiendo la seguridad que siempre quiere mostrar, aunque los dos sabemos que no es así.

—¿Entonces? Habla conmigo.

No me mira a la cara, se cruza de brazos y no sé si voy a lograr que no se vaya.

—Ahora no me apetece.

—Pues a mí sí me apetece sincerarme, y me vas a escuchar. —Comienzo a mosquearme, no me gusta que no me dé la oportunidad.

—Déjame pasar.

—No.

—Sí.

Me aparto un poco para que pase y, justo cuando está a mi lado, la cojo en volandas y camino con ella a cuestas mientras me grita y pega patadas al aire.

—¡José! ¡José! —chilla a pleno pulmón, pero no me detengo. Cojo su bolso, que cuelga de la baranda de la escalera, y llego hasta su coche.

—Pero ¿qué haces? —Oigo la voz de José y veo mi salvación, no puedo coger las llaves de dentro de su bolso, así que se lo lanzo y él lo atrapa al vuelo sin saber qué hago.

—Saca las llaves y te digo dónde nos llevas.

Veo complicidad en su media sonrisa y, tal y como le digo, abre la cremallera y, tras pulsar el botón del mando, se encienden las luces del coche.

—¿Estáis locos? ¡¿Queréis dejarme en paz?! —

—Hermanita, será mejor que no te muevas tanto, no vaya a ser que os caigáis y os hagáis daño...

—¡José, me las vas a pagar!

—No te preocupes, los dos lo haremos.

Me abre la puerta y, sin dejar de agarrarla, la meto en el coche y José entra corriendo y cierra los seguros.

—A esto se le llama secuestro —nos advierte malhumorada.

—¿Tú lo crees así, José? —me burlo viendo cómo se ha sentado justo en la ventanilla, intentando estar lo más lejos posible de mí.

—Para nada, yo sólo voy a dar un paseo. —José se ríe a carcajadas divertido, no hay duda de que se lo está pasando de lujo a su costa.

—¡Os vais a enterar! —Nasha se cruza de brazos y le indico a José la dirección de mi club—. ¿Adónde narices me llevas? —No conoce nada en esa dirección, lo sé

muy bien.

—Donde puedo ser yo, el de verdad, el que no conoces.

Por primera vez desde que la he montado en el coche me mira sin saber a lo que me refiero.

Y no contesta, supongo que la he pillado por sorpresa, que no esperaba mi reacción, mucho menos después de tantos días sin saber nada de mí. Estoy deseando llegar, pienso abrirme tal y como soy ahora mismo y demostrarle que no soy la persona que a ella no le gustaba, sino una nueva que está dispuesta a todo por tenerla a su lado.

—Ya puedes irte. —Le choco la mano a José por ayudarme a traerla sin haberlo avisado.

—Puedo esperar —dice él. Me mira por el espejo retrovisor y yo niego para que nos deje a solas.

—Vamos —le ofrezco mi mano a Nasha, pero no se mueve—. Por las buenas o por las malas —le advierto más seguro que nunca.

—¿Estás dispuesto a que un fotógrafo capte el momento en el que me obligas a ir?

—A todo, te aseguro que ya nada me importa. —Gira el cuello y abre los ojos intentando analizarme—. Por favor, dejaré que te vayas en cuanto lo veas.

Parece que la he convencido, porque baja del coche y mira la puerta que está delante de nosotros.

—¿Esto qué es?

—Mi nueva casa. —Marco los dígitos y la puerta se abre. Frente a ella queda una escalera que mira sin saber qué hay al final de la misma. Vuelvo a marcar otros dígitos en el teclado que hay justo a la derecha y la invito a pasar a mi estudio, el que me ha cobijado durante tantos meses—. Aquí he vivido desde que te fuiste de casa.

—Y ¿arriba qué hay? —Veo la curiosidad en sus ojos, que no dejan de mirar todo a su alrededor.

—Después subiremos. —Le aseguro que sabrá lo que hay un poco más tarde—. Ésta es mi oficina, la consulta me asfixiaba y dejé de ir, hasta que volvimos de Guinea y fingí trabajar de nuevo para que la prensa no averiguara qué escondo. —Hago un mohín de tristeza y la miro esperando que diga algo, pero no lo hace—. Por aquí está mi cama...

—Muy discreta. —No le pasa desapercibido el espejo del techo.

—Te dije que no tenía que dar explicaciones, y no lo he hecho. —Paso por delante de la cama y me detengo—. Mi vestidor y mi baño. Esto es todo.

—¿No has vivido en el ático? —pregunta a continuación.

—No concebía la idea de vivir allí sin ti, todo lo elegiste tú, yo no me opuse, me gustaba, pero no era lo que quería, y ahora lo sé.

—Y ¿esto es lo que quieres? —Señala las cuatro paredes dándome a entender que es un lugar muy pequeño.

—Esto es lo que he necesitado durante este tiempo, nada más. —Soy sincero, más de lo que lo he sido durante toda mi vida, y espero que sirva de algo—. ¿Quieres que subamos?

Asiente y respiro hondo para mostrarle lo que le falta por ver.

Cuando la invito a pasar sé que no se esperaba lo que está viendo. Camino hasta Sofía, que se queda perpleja porque nunca se habían visto, pero Miguel le ha hablado de ella. Aunque no me lo hayan dicho, sé que han comentado muchas cosas cuando yo no estaba en mi mejor momento.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto mostrando una seguridad que no es real.

—Un poco de agua.

La miro extrañado; conociéndola, creía que necesitaría algo más fuerte.

—Sofía, ¿nos sirves dos aguas? —Nasha espera que nos traigan la bebida y yo la miro, quiero que lo observe todo, que sea consciente de donde está—. Aquí se viene a...

—¿Crees que soy idiota y no sé dónde estoy? —replica.

Sonríó, era consciente de que nada más llegar sabría dónde estaba.

—Ya sé que no lo eres.

—Es que, por más que lo pienso, no logro comprenderlo —se sincera de repente, para mi sorpresa.

—Pregunta y te responderé, no tengo nada que ocultar. —Estoy deseando que comience a hacerlo, porque al fin sabrá en lo que me he convertido realmente.

—Odiabas la idea de montar mi reino, siempre hiciste lo posible para que me olvidara de ello, y ahora tú... has creado algo más allá de lo que yo quería hacer. ¿Por qué?

—Porque creía que mi vida era perfecta, pero no era así. —Me río y miro a las parejas que tengo delante—. Yo no soy mi hermano Alberto, y de eso me di cuenta cuando te fuiste; mi vida se quedó vacía, me dejé llevar por este mundo y aquí me conocí de verdad a mí mismo.

—¿Participas?

Esperaba esa maldita pregunta. Me separo un poco de ella para ponerme justo

delante y que pueda ver bien cómo le respondo.

—Sí. —Con contundencia, así pronuncio el monosílabo que describe lo que soy ahora, sin miedo a que me juzgue ni ella ni nadie. Sabiendo que esto era lo último que esperaba y, sin duda, lo que ella siempre anhelaba en nuestra relación, la pasión sin límites—. Generalmente comparto a mujeres —le aclaro antes de que ella lo pregunte—. ¿Te molesta?

—No, claro que no, puedes hacer con tu vida lo que quieras.

La agarro de la mano y la llevo conmigo por el pasillo hasta ver un reservado vacío.

—Siempre quisiste probarlo. —Cierro la puerta tras de mí y la retengo contra la pared—. Dime, Nasha, ¿qué hiciste durante los meses en que no estuvimos juntos?

—Nada.

—No tienes por qué mentirme, yo no voy a hacerlo. —Estoy excitado, tenerla en un reservado es lo que he soñado miles de noches—. Junto a esta misma pared, muchas gritan como locas, y allí...

—Para, Andrés.

Mis manos atrapan su cintura y mis labios la besan a la fuerza.

—No puedo, ya no. —Huelo su perfume, veo cómo cierra los ojos, sé que se está resistiendo, pero no va a poder aguantar mucho, está excitada. Sus pechos están duros y deseosos de un simple roce—. Nasha, quería verte aquí.

—Yo no quiero estar aquí —jadea sin poder reprimirse—, ya no somos nada.

—Sí lo somos, no sigas negando algo que ya no puedes sostener.

Mis manos retienen las suyas contra la pared, justo a la altura de sus caderas, y me agacho para besarle los pechos; me encantan, siempre me han gustado, pero ahora mucho más, son más protuberantes y sexis que antes. Mi boca besa la tela que cubre su cuerpo y bajo hasta su barriga. Suelto mis manos para estrecharle la cintura y levantar la blusa para sentir el contacto de su piel, pero no me permite hacerlo.

—Andrés, déjame.

Con todas sus fuerzas, me aparta y yo me quedo confundido. No sé qué le ocurre, no está enfadada; es algo diferente que hasta ahora no había conocido.

—Ey, ey, lo siento. —Le agarro la cara con una mano e intento a toda costa que me mire—. Jamás, ¿me oyes? —espero a que sus ojos me miren fijamente—, nunca te obligaré a hacer nada que no quieras.

—Tengo que irme.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué crees que pasa, Andrés? No puedes venir de repente, sin más, y pretender continuar algo que para mí terminó cuando me esposaron en el aeropuerto. Todo ha cambiado, y necesito pensar.

—¡¿Pensar en qué?! —Me pongo nervioso porque veo que la estoy perdiendo, que todo el esfuerzo que he hecho para mostrarle lo que soy realmente no ha servido de nada, y me duele, mucho—. Joder, necesito comprenderte, que me des una oportunidad.

—Antes de darte nada necesito decidir mi futuro.

Está en tensión, y no es propio de Nasha, por ello, me aparto. No puedo impedirle que sea libre de elegir lo que quiere en su vida, al igual que lo he sido yo, para continuar por un camino diferente del que estaba acostumbrado.

—Te estaré esperando.

No me responde, y veo cómo una vez más creo que me he equivocado y he vuelto a perderla. Me siento a los pies de la cama y me tapo la cabeza con las manos. Estoy perdido, no sé qué hacer más, no tengo ni idea de lo que va a ser de mi vida a partir de ahora, porque estoy enamorado de ella, y ya no puedo vivir si no es a su lado.

* * *

Las horas pasan y yo sigo inmóvil con el teléfono en la mano. No pienso llamarla, sería mi perdición porque mi insistencia sería el detonante para que se sintiera forzada y no volviera nunca más.

—José, la he cagado. Necesito tu ayuda. —Sé que él es el único que puede ayudarme, seguro que está en su casa y la tiene a pocos metros, y lo envidio por ello.

—Necesita tiempo para asumir los cambios —lo oigo decir con voz apagada. Sé que tampoco lo está pasando bien, verla sufrir le duele.

—Yo puedo ayudarla con el reino, lavar la imagen del negocio.

—No quiere tu dinero, Andrés. —Noto la rabia en sus palabras—. El negocio es lo de menos —me responde enfadado.

—¿Qué más hay, José?

—Yo no soy quién para decírtelo.

Me duele ser consciente de que hay algo más que desconozco, quiero ayudarla, pero si no tengo toda la información no sé cómo hacerlo.

—¿Con quién hablas? —Es su voz, la estoy oyendo a lo lejos—. José...

—¿Adónde vas con esa maleta? —dice él.

Me pongo en pie de repente, no debo de haber oído bien. ¿Una maleta? ¿Se va? Ruego en silencio porque José no cuelgue, necesito oír la conversación, aunque no sea el modo correcto de comprender lo que ocurre.

—Me voy.

—¿Adónde?

—No lo sé, necesito respirar, salir de esta ciudad, que me asfixia. —Ahora oigo las voces más lejanas, y subo el volumen del móvil para entender lo que dicen.

José se aleja, debe de haber dejado el teléfono en un mueble y se acerca a ella.

—Debes hablar con él. Todo tiene solución.

—No puedo hacerlo. —Juraría que está llorando—. ¿Qué le voy a decir?

—La verdad, hermanita. —Necesito que digan lo que ocurre exactamente—. Andrés tiene que saberlo, te quiere, y lo sabes.

—Y yo a él, joder... —Silencio es lo único que llega a mis oídos y me odio por oír esas palabras sin que ella sepa que estoy escuchando—. ¡Pero ¡¿qué le digo?! ¡«Hola, Andrés, tu hermano me aconsejó que te dejara en cuanto se enteró de que estoy embarazada...»! ¿Eso?

Me aparto el teléfono de la oreja perplejo. No puede ser cierto lo que acaba de decir. ¿Está embarazada? ¿De mí? ¿Y mi hermano ha hecho qué? Salgo del reservado corriendo hasta que choco con Miguel, que estaba girando hacia el pasillo.

—¿Andrés? ¿Qué te pasa?

—Tengo que irme —respondo sin dejar de caminar, sin mirarlo a los ojos, sólo con un fin en mente: ir a buscarla.

—¿Andrés?

No tengo tiempo de responderle, necesito ir a casa de Nasha, me da igual que se entere de que he oído toda la conversación. No puede irse, y si hace falta la secuestro para que no lo haga.

Conduzco a toda velocidad por las afueras de Madrid, adelanto a los vehículos uno tras otro intentando robar unos minutos al tiempo. Siento que mi corazón late a mil por hora, estoy más nervioso que nunca y no podré tranquilizarme hasta que llegue. Hago sonar el claxon porque hay un vehículo que no me deja adelantarlo, está en medio de mi camino como un puto jueves.

—¡Joder!

—¡Estás loco, pijo de mierda! —me chilla el conductor.

Ni me molesto en contestarle, piso el acelerador hasta el fondo y lo dejo atrás para mi alegría.

Ya veo la urbanización en la que está el reino, no sigo ninguna señal de tráfico, no tengo tiempo de pararme a mirarlas. Me adentro en la gravilla de la puerta y freno para aparcar frente a la entrada de una sola maniobra, derrapando.

Corro todo lo que puedo hasta la casa, llamo al timbre insistentemente hasta que José abre y niega en silencio.

—Lo siento, pero ya se ha ido.

—¿Adónde? Tengo que encontrarla.

—No puedo ayudarte más de lo que he hecho. —Me señala su teléfono y es entonces cuando entiendo que no ha colgado intencionadamente para que yo oyera la conversación—. Era la única forma de que supieras la verdad, ella no está dispuesta a ser sincera.

—¿Se ha ido en coche?

Asiente, y ni le contesto. Corro hasta mi coche, recorreré cada kilómetro de Madrid si hace falta para encontrarla.

CAPÍTULO 23

ANDRÉS

Doy un golpe al volante con todas mis fuerzas, estoy enfurecido. He ido al aeropuerto, a la estación de trenes, de autobuses, he recorrido las afueras de la ciudad, he llegado a ver el amanecer más agrio de toda mi vida. Y lo ha sido porque, conforme pasan las horas, sé que está más lejos de mí.

Miro el reloj y veo que son las ocho de la mañana.

—Nasha, ¿dónde narices te has metido?

No puedo creer lo que he oído..., está embarazada, y mi hermano...

Hasta este momento no he pensado en ello, él lo sabe y ha sido tan cretino de ocultármelo, y no sólo eso, el muy cabrón le ha dicho que se aparte de mí. ¡¿Por qué?! Piso el freno de repente y choco contra el volante. Tardo unos segundos en reaccionar y es entonces cuando doy gracias porque no hubiera ningún coche detrás del mío.

Miro por el retrovisor y hago un cambio de sentido invadiendo los dos carriles. Voy a matar a mi hermano, por su culpa ha pasado esto. Todo estaba bien hasta que él metió sus puñeteras palabras de por medio.

Conduzco como si no hubiera un mañana hasta llegar a su puerta. Dejo el coche parado en medio de un carril sin importarme que el resto de los vehículos estén quejándose con el claxon. Presiono el timbre de la puerta y no dejo de hacerlo hasta que me canso. Parece que no hay nadie.

—¡Que te den! —Le hago un corte de mangas al coche que está justo detrás del mío antes de montarme y reanudar la marcha.

El siguiente semáforo está en rojo y me paro en el momento en que creo saber dónde debe de estar mi hermano: ¿dónde va a estar un sábado si no es en casa de mi madre?

Cuando llego a la finca, la puerta se abre y veo su coche; sonrío ladino, está aquí. Aparco a su lado y llamo al timbre una sola vez.

—Buenos días, mamá. Está Alberto, ¿verdad?

—¡Andrés! —Se sorprende al verme, y es que hace unos meses que no venía por aquí, ni tan siquiera la he llamado—. Está en el salón —responde extrañada—.

¿Ocurre algo?

No le contesto, sino que voy directo hasta que me encuentro con Alba, en un avanzado estado que me frena de repente. La miro y siento pena por ella, pero para mi sorpresa me imagino a Nasha en el mismo estado y me enfurezco más de lo que ya lo estaba.

—Lo siento por ti, Alba... Por favor, quédate en la cocina —le advierto, porque es lo único que puedo hacer por ella antes de seguir mi camino.

Cuando me adentro en el salón, lo veo de pie mirando por la ventana mientras habla por teléfono. Ni siquiera me ve llegar cuando le arrebató el teléfono, finalizo la llamada y le doy un puñetazo en el ojo.

—¡Estás loco! ¿Qué haces?

Lo empujo con todas mis fuerzas, topa con el borde del sofá y cae al suelo.

—¡Andrés! ¡Para, por favor! —Mi madre grita aferrada al brazo de Alba, que nos mira aterrada, agarrándose la barriga.

—¡Maldito hijo de puta! —grito agachado junto a él. Me zafó de su mano, que me sujetaba el hombro intentando defenderse—. ¿Cómo has sido capaz? —le pregunto tratando de comprender por qué diantres lo ha hecho.

—Te lo puedo explicar, por favor —me ruega, y yo sólo puedo mirarlo con cara de asco.

—Hazlo, antes de que te mate a palos. —Lo suelto y me pongo de pie, colocándome la ropa en el sitio mientras él hace lo mismo ante la atenta mirada de Alba y de mi madre, que no se han atrevido a acercarse—. ¡Hazlo! —le grito cuando me giro y lo veo retirándose la sangre del labio.

—¿¿Qué pasa aquí?! —Ana, que estaba en la planta superior, ha bajado corriendo cuando ha oído el jaleo que he formado.

—¡Ya estamos todos! —Se me escapa una carcajada ante la confusión de los demás—. Venga, hermano, vamos a decirle a toda la familia lo ruin que llegas a ser.

—¡Lo he hecho por ti!

—¡No repitas eso en tu hipócrita vida! —Levanta las manos pidiendo perdón, y es entonces cuando mi madre lo abraza para ayudarlo a sentarse en el sofá—. Porque lo único que has hecho ha sido joderme la mía.

—Lo siento, no quería que te hiciera daño.

—¿Daño? ¿Cómo crees que me siento ahora sabiendo que mi propio hermano me ha traicionado ocultándome algo tan importante? —Me llevo las manos a la cara y me la froto con fuerza. Necesito tranquilizarme.

—¿Qué has hecho, Alberto? —le pregunta Alba acercándose a él pero sin llegar a tocarlo.

—¡Maldita sea, ella me dijo que no sabía si lo tendría! —intenta defenderse.

—Nasha está... —Mi madre no es capaz de terminar la frase, porque supongo que para ella la noticia no es grata, y mucho menos que sus hijos estén peleando por ella —. Dios, Andrés..., ¿es cierto? —Me mira fijamente, esperando, y yo asiento, superado por todo.

—Alberto, ¿no crees que tenía derecho a saberlo? Tú le dijiste que no me lo contara, y ahora se ha ido.

—¿Cómo has podido hacer eso, hijo? —Veo cómo mi madre se lleva las manos a la boca y Alba comienza a respirar nerviosa.

—¿Estás bien? —Me acerco a toda prisa a ella—. ¿Quieres algo? ¿Agua? ¿Ir a médico? —Me siento culpable porque yo he sido quien ha provocado esta situación, y me fastidia que mi hermano no sea capaz de ver que su mujer no está bien.

—No, tranquilo, no pasa nada... —Se concentra en respirar, y la ayudo a sentarse.

—Toma. —Ana es la que le ofrece un vaso de agua y los dos vemos cómo lo bebe —. ¿Qué vas a hacer?

Mi hermana pequeña ya no lo es tanto; acaricio su mejilla y le doy un beso en la cabeza antes de responder:

—No lo sé. Llevo toda la noche buscándola y no la he encontrado.

—Pues tienes que encontrarla. —Lo que menos esperaba era esa contestación de mi madre—. No me mires así; me guste o no, será mi nieto, un Zúñiga, y no pienso dejar que le pase nada malo.

No puedo decir nada. No tengo palabras para responder a lo que acaba de decir mi madre, porque creo que hasta este momento no he sido consciente de la realidad, y es que voy a ser padre.

—¿Has llamado a José? —Alberto interviene por primera vez diciendo algo sensato.

—Sí, ya se había ido cuando he llegado —me lamento. No sé qué puedo hacer para decirle que estoy dispuesto a todo por ella. Que ahora sé que me quiere y no pienso separarme de ella por nada del mundo.

—¿Tiene alguna casa fuera? —Mi madre intenta darme ideas, pero no: aparte del reino y el piso de José no tienen nada más.

—¿Algún lugar donde haya ido siempre a pensar cuando está mal? —Miro a Alba, que también trata de ayudar, y pienso y pienso, pero no se me ocurre ninguno. Nunca

he sido consciente de que lo tuviera.

—Déjame que haga unas llamadas. —Alberto se acerca y me ofrece la mano—. Lo siento, de verdad, no creí que fuera tan importante para ti, pensé que sólo era un capricho. —Miro su mano y la estrecho.

—No vuelvas a decidir por mí, al igual que yo no me meto en tu vida.

—Vale...

—Cúrate ese labio.

Veo cómo se aleja y espera que le respondan a la llamada. Desaparece de mi vista y me siento en el sillón abatido.

—La vamos a encontrar. —Ana me abraza y yo me dejo.

—No he dejado de conducir en toda la maldita noche.

Las tres me miran, sé que están preocupadas por mí, y es normal, mi cara no es la mejor que he tenido. Veo que Alberto vuelve al salón, y, sin preguntarle, me dice que en cuanto sepan de ella nos llamarán.

Me quedo ausente en el sillón, dudando si volveré a verla. Si habrá pensado en algún momento que yo quiero ser parte de su vida, o simplemente, como siempre hace, ha huido egoístamente sin importarle el daño que me está haciendo.

Para mí ya nada tiene sentido, no si ella no está a mi lado.

CAPÍTULO 24

NASHA

Estoy agotada, y no me encuentro muy bien. No sé por qué no me he quedado en el hotel, por qué he vuelto a conducir los mismos kilómetros de vuelta, para parar frente a la puerta de su ático. Sé que no está, él mismo me dijo ayer que ya no vivía aquí, pero no puedo desaparecer sin decirle la verdad. No es justo que guarde este secreto porque no es sólo mío, él es cómplice, y aunque no quiera hacerse cargo porque no entramos en sus planes, debo ser valiente y después ya comenzaré de nuevo.

Abro con las llaves, que no sé por qué nunca he sacado de mi bolso, y subo hasta el ático. Hoy me siento extraña; he venido aquí miles de veces y siempre he sentido que era mi casa, aunque en realidad era de él, pero saber que va a estar vacía me encoge el corazón, nunca pensé que la vería así.

Temblorosa, entro y apenas si veo nada hasta que enciendo las luces. El salón está exactamente igual que cuando me fui. Me acerco a la vidriera, subo las persianas y sonrío al ver las vistas que tengo delante de mí, siempre me han encantado. Justo a mi lado veo la mesa del comedor y un bloc de notas junto a un bolígrafo. Estoy tentada de cogerlo, pero dudo porque no creo que sea buena idea, sin embargo, gana mi cobardía y lo cojo.

Respiro hondo y le escribo una nota porque sé que no voy a ser tan valiente de decirle todo esto a la cara.

Hola, Andrés:

Te escribo esta carta porque soy una cobarde que cuando siente presión huye en vez de enfrentarse a los problemas. Ahora tengo uno muy gordo, uno que me va a cambiar la vida, y no creo que sea justo que te la cambie a ti también por mi culpa.

Te dije que tomaba la píldora, y así es; yo aún sigo sin comprender cómo puedo ser tan gafe de pertenecer al porcentaje mínimo de personas que se han quedado embarazadas con ella, pero en fin... Al mes de estar en prisión, y por la falta del período, solicité hacerme un test de embarazo, y el resultado, tal y

como ya te he avanzado, fue positivo. Te juro que pensé que era una broma, pero no lo es. Dentro de mí resuenan unos latidos que no puedo obviar, y aunque he tenido la tentación de detenerlo todo, no he sido capaz. Pero eso no quiere decir que estés obligado a aceptarlo, sé que no es tu plan de vida, mucho menos desde que me fui, y ahora no voy a aparecer con una «sorpresa». Siento haberte fallado, espero que me perdones algún día.

Nasha

Suelto el bolígrafo sobre la mesa como si me quemara y cierro la persiana oscureciendo de nuevo la estancia, dejando sobre la mesa mis palabras para que cuando llegue las lea, si es que lo hace, porque no tengo ni la más remota idea de si vendrá a este piso, puede que cuando lo lea yo ya esté muy lejos.

Me dirijo a la puerta e, involuntariamente, mi cabeza se gira hacia el pasillo. Resignada, camino hasta llegar al dormitorio y miro la cama en la que tantas veces nos hemos acostado. Llevo las manos a mi tripa, aún sin que se note mi estado, y me rueda una lágrima cuando oigo que se abre y se cierra la puerta, para mi sorpresa.

Las luces del salón se encienden, oigo cómo deja las llaves sobre la mesa y supongo que ya ha visto mi nota. Sin hacer ruido, recorro el pasillo hasta quedarme en el umbral de la puerta y veo cómo sostiene la carta sin mirarla, hasta que al fin se decide a leerla. Supongo que lo que acaba de descubrir le ha supuesto un *shock*, porque no se mueve.

—Joder, cómo no te voy a perdonar... —Lanza el papel sobre la mesa, pero éste cae al suelo y no lo recoge—. ¿Dónde estás? Necesito decirte...

—¿El qué, Andrés? —No termina de decir la frase cuando se gira y, al verme, da grandes zancadas hasta llegar hasta mí.

—Nasha, por favor... ¿Estás bien?

Me abraza con todas sus fuerzas y me palpa como si estuviera comprobando que no me faltara ninguna extremidad.

—¿Qué tienes que decirme, Andrés?

Necesito que me lo diga, siento que, si ahora me dice que no quiere ser partícipe de nuestro futuro, me hundiré como nunca lo he hecho, porque siempre he sido fuerte, pero desde que... me enteré de mi estado todo es diferente, yo lo soy.

—Puede que esté loco, pero por primera vez tengo claro lo que quiero, y es a vosotros. —Lo miro a los ojos y a punto estoy de llorar, sin embargo, me contengo

con todas mis fuerzas—. Llevo toda la noche buscándote, y no pienso volver a separarme de ti, aunque no quieras. —Me agarra el rostro y es ahora cuando ya no puedo evitar que se me salten las lágrimas—. Tú estás por encima de todo.

Y me besa, siento cómo sus labios necesitan el mismo contacto que yo, y ahora es cuando me siento en casa; por mucho que me haya negado a reconocerlo, él es todo lo que necesito, ahora lo sé.

—Siento todo lo que has sufrido por mi culpa... —digo.

Lo ha hecho, José me lo ha ido contando, aunque me arrepiento de no haber movido ni un dedo por solucionarlo.

—No digas nada, ya tendremos tiempo de hablar. —Me abraza de nuevo y noto su respiración profunda y calmada.

—Andrés, te quiero, creo que es la primera vez que te lo digo directamente.

Sonríe, sé que se alegra de que por fin haya sido capaz de expresar mis pensamientos.

—Y yo, mi amor. Estarás cansada. ¿Tienes hambre? —Niego aún entre sus brazos, no quiero separarme. Anoche, mientras conducía, sabía que estaba equivocándome, que la decisión de irme era un error, uno más de tantos que ya he cometido con él, y me aterraba la idea de perderlo—. Ahora tienes que comer.

—Ya lo he hecho, de verdad. Sólo deseo descansar un poco, no he dormido en toda la noche.

Asiente y me coge en volandas hasta llegar al dormitorio, donde, con sumo cuidado, me deja sobre la sábana y me descalza.

Se tumba a mi lado y me abraza, me acaricia, es lo único que necesito en este momento, cariño, el que me he obligado a apartar durante tanto tiempo, creí que lo había olvidado.

—Descansa un poco. —Me besa los labios y yo cierro los ojos oliendo su perfume, y me duermo entre sus brazos.

* * *

—¿Quieres, dormilona?

Huele a pan tostado y, por alguna extraña razón, el olor me molesta. Siento cómo me acaricia y sus labios recorren mi cuello, pero ese olor me está revolviendo el alma, mejor dicho, el estómago, y sin poder avisarlo me pongo en pie y corro hasta el baño de la habitación para vomitar.

—¡Joder! —logro decir tras respirar, y lo miro avergonzada—. Lo siento, no quería...

—¿Estás mejor?

Asiento y me pongo en pie. Aún un poco mareada, me agarro a la encimera y me enjuago la boca, y es entonces cuando anhelo tener mi cepillo de dientes.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—¿Tú me has visto bien? —Lo miro a través del espejo y los dos observamos mi rostro—. Pocas veces he visto mi cara tan blanca, y mira que es difícil.

—Yo sólo veo a una negra de escándalo que me vuelve loco. —Me da la vuelta y se acerca directo a besarme, pero aparto la boca; me resulta asqueroso, no voy a dejar que lo haga—. Pienso cuidaros. Tú y este bebé vais a ser mi vida.

Sus manos se dirigen a mi barriga y, con una ternura que hasta ahora jamás había demostrado, recorre mi vientre como si fuera a romperse.

—Hay una cosa que no te he dicho. —Se me escapa la risa, y él me mira sin comprender qué más tengo que decir—. No es *el bebé*, sino *los bebés*... —Levanto dos dedos en el aire y veo que abre los ojos de par en par.

—¿Perdona? Es una broma, ¿no? —Se le escapa una carcajada nerviosa que desaparece conforme me muerdo el labio y niego con la cabeza—. ¡Joder, qué locura...! —exclama de pronto, y consigue que me ría más alto.

—Eso dije yo cuando me enteré.

—Vamos a tener que mudarnos, esta casa no tiene el suficiente espacio. —Se lleva las manos a la cabeza y no puedo parar de reírme—. ¡No te rías!

—Y ¿qué hago? Estoy embarazada de gemelos, mi negocio se ha ido a pique por un cabrón que espero que se pase muchos años en la cárcel, y mis hijos van a apellidarse Zúñiga. ¿Te parece que no es para reírse?

—¿Algún problema con mi apellido? —Agarra la cinturilla de mi pantalón hasta que nuestros cuerpos topan—. Todos no somos iguales, ya lo has visto.

—Menos mal, porque sé de uno al que lo van a desheredar con las nuevas noticias... —Estoy segura de que su madre pondrá el grito en el cielo cuando se entere.

—Para tu información, mi querida madre ha sido la que me ha dicho que te buscara nada más conocer la noticia.

—¿Lo sabe? ¿Te lo ha dicho Alberto?

—No, él sólo necesitará una rinoplastia por la paliza que le he dado por no decírmelo...

—¿Le has pegado?

—Algo así... —Esta vez me besa sin importarle que apenas unos minutos antes haya vomitado.

—José te lo ha dicho. —Lo doy por hecho, porque no hay nadie más que lo sepa.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces? —pregunto, porque no comprendo nada.

—Tú. —Me da un toquecito en la nariz—. Tú me lo dijiste por teléfono sir saberlo. —Lo miro a los ojos sin comprender lo que me está diciendo—. Cuando entraste en la habitación de José con la maleta para irte yo estaba al otro lado del teléfono y lo oí todo.

Conforme lo dice me quedo perpleja. No tenía ni la menor idea de que lo sabía, y me quedo sin palabras. Por suerte, su teléfono comienza a sonar. Lo animo a que conteste, pero él niega sonriente para volver a besarme, hasta que apoya la frente en la mía molesto cuando el móvil vuelve a sonar.

—Ve, puede ser importante.

—¿Más que estar con vosotros? Creo que no...

—¡Andrés! —Quiero que conteste, yo no voy a moverme de su lado, ya no.

Sale del baño y aprovecho para cogerle un poco de pasta de dientes y, con los dedos, ya que no tengo nada más, me los lavo como puedo, al menos me quito el asqueroso sabor que se me ha quedado.

—¡Vístete, tenemos que ir al hospital, acaba de llamarme Ana! —exclama de pronto nervioso.

Voy a contestarle cuando entro en la habitación y compruebo que ya no está. ¿Qué ha pasado? ¿Quién está en el hospital?

—¿Andrés? —lo llamo, pero no me responde.

Oigo ruido en el salón, y no pienso en nada más. Abro la maleta, que no sé en qué momento ha dejado en la habitación, y, tras coger un vaquero blanco y una camiseta básica del mismo color, me arreglo a toda prisa.

—Te he preparado el desayuno para llevar. —Me lo quedo mirando al ver encima de la isla un zumo de naranja en un vaso, un paquete de galletas y una manzana—. ¿Tendrás suficiente?

—¿Qué pasa? Me estás asustando. —Necesito saber qué ocurre.

—No, cariño, es sólo que Alba ya está dando a luz. Soy el padrino.

Observo la sonrisa de oreja a oreja en su rostro y sonrío al verlo tan feliz.

—¡Vamos ya, entonces!

Cogemos nuestras cosas y bajamos al parking para montarnos en el coche e ir corriendo a la clínica donde Alberto Júnior está a punto de nacer.

Miro de soslayo a Andrés y me siento rara; hacía tanto que no iba a su lado, notando su mano acariciar mi muslo. Creo que acostumbrarme a ello no será nada difícil. Doy un último sorbo al zumo de naranja y abro el paquete de galletas, pero cuando voy a meterme una en la boca me doy cuenta de una cosa y no lo hago.

—¿No te gustan? Dímelo y compraremos otras.

—No es eso...

—¿Entonces?

—Te voy a manchar el coche, y sé que es lo que más rabia te da. —Recuerdo una bronca que tuvimos una noche en la que me comí una pasta y casi le da un infarto al ver las migas por todos lados.

—¡Que le den al coche! ¡Come! —exclama.

Y lo hago porque estoy hambrienta, aunque intento manchar lo mínimo por si acaso, hasta que llegamos al hospital.

* * *

Subimos por el ascensor del garaje hasta la recepción, donde nos indican la planta y el número de habitación. Agarrados de la mano, caminamos ya tranquilos, a un paso lento, y no le digo nada, pero se lo agradezco.

Abre la puerta y me invita a pasar a mí primero, pero por una extraña razón me quedo inmóvil. Por mucho que él me haya contado que su madre está de acuerdo, no sé si es cierto o me lo ha dicho para que no me preocupe por nada; conociéndola, sé que no le va a hacer gracia que aparezca a su lado.

—Tranquila, todo está bien, de verdad.

Asiento y doy dos pasos cuando oigo la voz de Ana:

—¡Nasha! ¡Has vuelto!

Me abraza con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—Ana, por favor, ten cuidado —le advierte Andrés.

Lo miro con cara molesta, que esté embarazada no significa que vaya a romperme, cuando veo a Carmen acercarse.

—Bienvenida de nuevo, Nasha —me dice.

No parece tener segundas intenciones, al contrario, me sonrío, creo que es la primera vez que lo hace de forma sincera. Aunque no estoy segura de si creerla de

buenas a primeras o estar preparada para lo que pueda venir.

—Gracias.

—¡Nasha! —La voz de Ángel me alegra, sé todo lo que ha hecho por mí. Por primera vez, el gran abogado dueño de un bufete está hecho un flan, y no es para menos, pues su hija es la que está dentro.

—¿Qué sabemos? —Andrés, sin soltarse de mi mano, me guía hasta el sillón que hay en la pequeña salita anexa a la habitación de los futuros papis, y nos sentamos.

—Parece que no estaba bien colocado y le están haciendo una cesárea —nos informa Carmen nerviosa.

—¿Y Alberto? —pregunta Andrés divertido, y yo sé que se está imaginando a su hermano a punto de desmayarse en medio del quirófano.

—¡Dentro, ¿dónde quieres que esté?! —Carmen está histérica, y no es para menos: es su primer nieto—. ¡Hijo!

Oímos todos el grito y miramos hacia la puerta, donde vemos a un orgulloso padre sosteniendo a su hijo.

Miro a ese niño y me emociono porque sé que dentro de poco yo estaré en la misma situación. Veo a Andrés, que ha ido corriendo hasta su ahijado y lo mira embelesado como nunca lo había visto.

—¿Cómo está Alba?

—Es una campeona, ahora mismo la traen, Ángel.

Observo cómo suspira, estaba conteniendo la respiración. Entonces entra su mujer y, nerviosa por haber tardado, abraza a su marido, que le confirma lo que esperaba, y los dos lloran abrazados.

—Ay, hijo, que tú eres el siguiente... —Carmen agarra a Andrés por la cintura y veo cómo llora emocionada.

—Sí, este año las Navidades van a ser moviditas con tres nietos —lo dice riendo y todos se quedan perplejos, o más bien confusos, hasta que Carmen me mira.

—¿Dos? —pregunta—. ¿Dos niños traéis?

Afirmo acojonada, porque no sé cómo van a reaccionar. Sin embargo, tras los veinte segundos de *shock*, lo normal, ríen y comienzan a burlarse por lo entretenidos que vamos a estar.

* * *

Tras estar toda la mañana en el hospital y poder achuchar al nuevo Alber —

porque yo me niego a llamarlo Júnior, como su padre quiere; para Andrés y para mí ya es Alber—, nos hemos ido a comer a un restaurante.

Estoy leyendo la carta de tapas para ver qué elijo cuando lo veo aparecer. Sale del baño y camina seguro mirándome en todo momento, sin importarle que el resto de las mujeres lo sigan con la boca abierta, pero no me preocupa. Él está conmigo, ha decidido quedarse con nosotros y permitir que nuestras vidas cambien.

—¿Ya sabes qué quieres? —dice mientras se sienta frente a mí.

—No, es que me apetece todo y no me decido. —Se me escapa una carcajada y me escondo tras la carta.

—Camarero, traiga media razón de cada y una botella de agua mineral.

—¡Oye! ¿Estás loco? No me lo voy a poder comer todo.

—Tienes que comer por tres. —Se ríe; sé que cada vez que lo dice no llega a creérselo.

—No te confundas: la finalidad no es ponerme como una bola, sino que ellos crezcan.

—Por eso mismo. —Me coge la mano por encima de la mesa y suspira hondo—. Tengo la impresión de que no hemos estado nunca separados, ¿no te ocurre a ti lo mismo?

—Sí, pero si no hubiera sido por ese tiempo ahora no seríamos como somos.

Tengo claro que es así, la separación nos ha cambiado de tal forma que ahora sí encajamos a la perfección.

—Ahora caminamos por la misma línea.

CAPÍTULO 25

NASHA

Nos han invitado a una fiesta, por ello voy vestida de ángel, aunque yo habría preferido ir de demonio, va más conmigo, pero como no había más remedio pues he encontrado el disfraz más sexy para una embarazada.

Oigo un silbido y me giro ladina, cuando lo veo mirarme de arriba abajo.

—Estás impresionante —me dice desde el umbral de la puerta, y me giro para mirarlo a los ojos.

—Sí. ¡*Immmm*-presionante! —Hago un gesto con las manos agrandando mis formas, y suspiro porque en el fondo no me siento nada bien.

Por más que lo intente, mi gran barriga y la forma en que se han hinchado mis caderas y mis pechos no es que ayuden a que me sienta bien conmigo misma.

—Eres la embarazada más bonita del mundo. —Camina hasta mí y agarra con las manos mi tripa. Me encanta ese gesto, jamás pensé que podría ser el antídoto a mis penas. Cuando sus manos me acarician, se me olvida todo—. ¡¿Me has oído?!

Asiento apoyando la cara en su pecho y cierro los ojos para sentir su contacto.

—¿Tenemos que irnos de verdad? —Alzo la cabeza y nuestras miradas se cruzan sabiendo muy bien lo que necesito—. ¿Ni un poquito?

Niega sonriente.

—Nos esperan, no podemos llegar tarde.

—Andrés... —Pongo voz de pena y de niña buena, pero no sirve de nada.

—¡Vamos! —Agarra mi mano y me guía hasta salir de la habitación, donde tengo el bolso y una gabardina blanca que me tapa lo justo para que el que me vea por la calle no piense que estoy loca.

—¿Y tú? —le pregunto al ponerme la diadema de angelito mientras veo que él deja la suya de demonio sobre la mesa.

—No me veo yo mucho con esto...

—Eres tú el que quiere ir... —la cojo y me acerco hasta quedar frente a él y, más que divertida, se la coloco—, así que te la pones.

—Deberías ir tú de demonio, no sé a quién se le habrá ocurrido esta estúpida

idea.

—Pues cuando lo sepas me lo dices y le metemos el tridente...

—Esa boca, que mis hijos no deben oír esas cosas. —Se le escapa una carcajada y yo no puedo evitar llevarme la mano a la barriga y repetir para mi interior que eso no se dice, sólo mami—. ¿Lo llevas todo?

—Sí.

Apagamos las luces y salimos hasta el ascensor, donde rezo porque no aparezca ningún vecino y nos vea de esta guisa.

* * *

—¡Póntelo! —Curvo la comisura de los labios cuando veo que sostiene el antifaz que solemos utilizar para jugar—. ¡Si no quieres, nada! —Va a guardarlo en el bolsillo cuando se lo arranco de las manos y me lo pongo.

—Esto necesitaba. —Gimo a oscuras. Tengo los ojos tapados y no puedo ver nada, mi oído es el encargado de decirme lo que está ocurriendo.

—Pues prepárate. —El motor del coche arranca cuando su mano abre la raja de la falda de tul blanca para apartar la tela de la braguita a un lado y su dedo acaricia mi sexo—. ¿Nos vamos?

Asiento gustosa, no conozco a nadie más que con una caricia consiga despertar mis deseos más lascivos.

Siento cómo el coche avanza. No puedo verlo, pero sé que ha activado la conducción automática para tener una mano desocupada, sin preocuparse de cambiar las marchas. Me estiro un poco en el asiento y le dejo vía libre para que su dedo se cuele en mi interior.

Lo pasa frente a mi nariz, lo sé porque huele a sexo, y abro la boca; quiero saborearlo, y lo hago, vaya si lo hago. Desde que estoy embarazada me excito mucho más, mis ganas son incontrolables, y él lo sabe.

—Andrés, llega ya donde quiera Dios que tengamos que ir y fóllame.

—Chist, tranquila —me pide calma, pero ya no puedo.

Siento cómo el coche acelera, no sé a qué velocidad iremos, pero para nada entra dentro de la legalidad.

Sus manos se separan de mi cuerpo. Siento que me arde la piel, me remuevo en el asiento y juraría haberlo oído reírse.

—Agárrate —dice.

Estamos pasando por una carretera de curvas, y me extraña porque no sé adónde diablos vamos. Sin embargo, ahora mismo eso es lo menos importante, lo único en lo que puedo pensar es en él.

Me acaricio e imagino que mis manos son las suyas. Estoy húmeda, mucho, tanto que puedo manchar la tapicería, pero ahora nada importa. Me muevo, me froto, agarro mi clítoris y lo rodeo como puedo, ya que mi abultada barriga no me da opción a mucho movimiento. Y por ello necesito que me toque él.

—Sigue, cariño, ya llegamos y te vas a enterar.

—Corre —le suplico en un suspiro.

Cuando el coche se detiene y echa hacia atrás mi asiento, se inclina encima de mí y lleva su boca hasta mi sexo.

Agarra mi barriga cuando me muerde el clítoris y grito, no de dolor, sino de placer.

—Andrés...

—Dime, cariño —contesta y, sin poder verlo, lo imagino levantando el mentón y mirándome con lascivia, sus labios enrojecidos de la presión que están haciendo.

Cuando mis fantasías me están transportando a otro mundo, de repente cuela uno de sus dedos y siento que me voy a morir, agarro su cabeza y hago fuerza con los dientes para soportar el placer, hasta que con maestría me provoca un orgasmo que me deja sin habla.

—¿No dices nada? —me pregunta ladino.

—Dios...

—Eso me gusta más.

Me quita el antifaz y lo miro a los ojos. Estoy enamorada de esos ojos azules que resaltan de su piel blanca.

—Te quiero —digo, y lo hago sonreír.

—Y me debes una.

Lo miro apenada e intento acomodarme, pero necesito de su ayuda.

—No..., ayúdame. —Lo empujo para que se siente y me inclino para agacharme, pero me es imposible—. Joder.

—Para, te vas a hacer daño. Esta noche, cuando llegemos a casa, tendrás que esforzarte el doble para compensarme.

—Lo siento, mi amor.

Nos besamos y me abraza; es la persona más comprensiva que he conocido en toda mi vida.

—Llegamos tarde. ¿Lo sabes?

Sonríó sin que me importe y me pongo el cinturón de seguridad de nuevo.

—Pues ¿qué haces, que no arrancas? —lo apremio bromista para que vayamos a donde tengamos que ir—. Encima voy a oler a...

—Sexo —pronuncia de la forma más sexy, y no puedo dejar de mirarlo—. Sin embargo, tengo una sorpresa antes de llegar a la fiesta. Ponte el antifaz de nuevo.

—Es una broma, ¿no? ¿Tengo que ir todo el camino con los ojos vendados?

Miro a mi alrededor por primera vez y veo que estamos a las afueras.

—Si no, no continúo —me amenaza.

—Está bien, pesadito.

Vuelvo a taparme los ojos y sube el volumen de la música para seguir hasta nuestro destino.

Conduce sin decir nada, y no puedo mirarlo para saber qué hace, o simplemente qué está pensando. Pero de pronto detiene el coche.

—¿Ya hemos llegado?

—Sí, y ahora te ayudaré a salir del coche y te guiaré para caminar.

—Me estoy poniendo nerviosa con tanto secretismo. —Incluso noto una opresión en la garganta por su culpa.

—Sólo unos segundos; te prometo que valdrá la pena.

—Vale, vale, pero de prisa.

Espero que rodee el coche y oigo cómo abre mi puerta y me coge de la mano para ayudarme a bajar; necesito una grúa, y por ello utiliza las dos manos. No hay nada como estar embarazada de ocho meses y de gemelos. Una vez he salido, me agarra de la cintura y caminamos juntos, subo un par de escalones.

—Aquí, quítate el antifaz.

Al fin, me lo quito y abro los ojos de par en par.

—¡Sorpresa! —gritan todos a la vez.

—Mi reino —comienzo a llorar sin poder contenerme. Miro a Andrés, que ha sido sin duda alguna el artífice de esta maravillosa sorpresa, y lo abrazo con todas mis fuerzas—. Gracias, pensé que no volvería a...

—Sólo necesitaba una nueva imagen, publicidad nueva para borrar lo ocurrido y... listo.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Últimamente demasiadas veces, y como me acostumbre, después no me pidas que lo olvide.

Lo beso agradecida y me dejo abrazar y besar por José, por Merche, por mi cuñada Ana, Alba, mi cuñado Alberto y hasta Marcos, el hermano pequeño de Andrés, a quien después de muchos años vuelvo a ver; ni siquiera sabía que hubiera regresado.

—¿Carmen? ¡¿Tú aquí?! —exclamo.

—Me han obligado. —Simula seriedad, pero no puede contenerla mucho tiempo. A los pocos segundos sonrío y nos fundimos en un abrazo—. Aunque no pervirtáis tan pronto a mis nietas.

—Eso no te lo prometo —se burla Andrés riéndose feliz como nunca lo había visto. Y su madre le da un azote en el brazo como si aún fuera un niño pequeño.

Sigo saludando a los presentes hasta que oigo la voz de mi chico por el micrófono:

—¡Bueno, bueno, bueno...! ¿A quién tenemos aquí?... ¡Os pido, por favor, que os sentéis porque hoy tengo que contaros una historia! —Todos lo hacen menos yo, pues con la mano me pide que me acerque y me sienta en el trono blanco y plateado que simula ser del cielo—. Hoy tengo que presentaros a mi reina. —Me guiña un ojo y vuelve a dirigirse al público—: Hace muchos años, ya no sé ni cuántos, esta señorita era puro pecado. Oh, sí, no pongáis esa cara, la miré y su magnetismo me embaucó, tanto que enloquecí.

Oigo las risas de nuestra familia y me siento avergonzada, porque el papel de mala siempre lo he interpretado yo. El hecho de que sea él el que esté dirigiéndose a todo el mundo es una venganza por lo que yo le hice una vez, estoy segura de ello.

—Nada de lo que diga es cierto —lo interrumpo antes de que siga.

—No creo haberte dado permiso para hablar. —Se para y actúa como si estuviera pensando—. No, no lo he hecho, ya tendrás tiempo más tarde. Esta mujer un día se fue y me dejó tirado, hundido en la miseria, sin importarle que estuviera destrozado. —Me mira y sonrío, está pasándoselo en grande, al igual que el resto de los invitados—. Os juro que me prometí olvidarla y me impuse unas determinadas reglas para llevar a cabo mi plan. —Se coloca el micrófono en el pecho agarrándolo con las dos manos y cierra los ojos para abrirlos y lanzar la pregunta clave—: ¿Creéis que es un ángel? Miradla. —Me señala y se pone a mi lado—. Es preciosa, tan dulce, tan blanca... Pero ¿creéis que merece una nueva oportunidad?

—Síiiii —todos gritan divertidos. Andrés por primera vez está entrando en mi espectáculo, y me gusta.

—Yo creo que no. Aunque... —lanza la duda para que el público vuelva a

gritarle—. Cuando uno se ha enamorado ya no hay reglas para olvidar. —Oigo esas palabras, que consiguen que una lágrima ruede por mis mejillas, y quedo expuesta a todos como nunca me habían visto—. No he tenido más remedio que despedirme de mis compañeros del cielo —señala a mi espalda y veo aparecer a cada uno de mis chicos: Enzo, José..., todos van vestidos con un pantalón blanco y sin camiseta, llevan unas alas preciosas a la espalda, dejando ver cada uno de sus músculos— y yo me he dejado llevar por el infierno... —Se aparta y veo cómo las chicas de Dolce comienzan a subir vestidas de demonios con una minifalda de tul rojo y un sujetador de cuero negro anudado al cuello, portando una fusta negra en vez de un tridente. Y me río, porque no habría imaginado a Andrés montando semejante espectáculo—. Chicas, bienvenidas. Imaginaos qué difícil ha sido dejar llevarme por el mal... —Las señala y todos los hombres ríen—. Así que, resignado a lo que esta mujer ha provocado... —me señala y me mira a los ojos para darme la mano y los dos caminamos hasta el centro—, mi reina, bienvenida a Carpe Diem, el único lugar en el que la lujuria y el placer celestial se han unido para resurgir de las cenizas y ser una versión mejorada de nuestras experiencias.

»¿Que comience la fiesta? —me pregunta, y yo asiento feliz y agradecida por todo lo que ha hecho por mí.

»Chicos, haced los honores.

Veo cómo traen unas alas. José me pide que estire los brazos y yo lo hago para que me las pongan.

—Chicas, ¿vosotras no vais a hacer nada? —pregunto.

Me miran sorprendidas; es obvio que Andrés no ha tenido en cuenta un pequeño detalle que consiga que las féminas del lugar se retuerzan a causa de las fantasías.

Agarro la cintura de su pantalón, consciente de que se lo ha dejado alguno de mis chicos, y tiro con todas mis fuerzas dejándolo en bóxer delante de todo el mundo, incluso de Carmen, que está muriéndose de la risa al ver la cara de su hijo. Luego le quito el micro.

—¡Ahora sí, que comience la fiesta!

Andrés me besa y los presentes aclaman con todas sus fuerzas, hasta que bajamos sonrientes y emocionados.

—Así que Carpe Diem... —Paso mi dedo por su tatuaje, ese en el que pone esas palabras.

—No podía verte triste porque se hubiera apagado el reino, tenía que hacer algo. Y él... me ha ayudado en todo. —Abraza a José, que va vestido de ángel.

—¿Desde cuándo participas en los espectáculos? —bromeo abrazándolo.

—Desde que él también lo hace. —Los dos se ríen al ver las pintas que llevan—.
¿Cómo están mis sobrinitas?

—Cómo deben de estar, calentitas dentro de mami. —Acaricio mi tripa y nos sentamos a la mesa con el resto de la familia para cenar y seguir disfrutando de los espectáculos que José y Andrés han preparado para relanzar el negocio.

—¿Qué hace mi hermana? —pregunta mi chico de pronto.

Mucho ha tardado en darse cuenta de que su hermana tiene una relación con Enzo. A punto está de ponerse de pie cuando lo agarro del brazo.

—Es su novio, y, no, no de ahora. Déjala.

No está muy conforme, aunque me hace caso, pero desde ese momento su mirada se dirige una y otra vez, sin poder remediarlo, hacia ellos.

Paso una de las mejores noches de toda mi vida. Están presentes todas las personas que considero mi familia. Me miman y me cuidan como nunca, se preocupan por mí y yo me dejo cuidar sin miedo a mostrar cómo soy realmente.

—Quiero hacer un brindis, familia, amigos...

—Silencio —piden unos a los otros para poder oír las palabras de Andrés.

—Aprovecho que estamos todos para daros las gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros. —Me mira, y yo no puedo más que sonreír feliz—. Y como parece que reunirnos es casi imposible —en este momento observa a su hermano Marcos, que está atento a sus palabras—, quiero que todos seáis testigos de que... — Se queda en silencio y me da la mano para que me ponga en pie. No puedo creer que vaya a hacer lo que imagino que está a punto de hacer—. Nasha, he bajado hasta el inframundo para saber que mi vida sin ti ya no tiene sentido... ¿Quieres casarte conmigo? —Todo el mundo espera ansioso, aplauden y se abrazan unos a otros—. ¿Sí? —Creo que en este momento está rezando porque no tenga una de mis bipolaridades activas y le diga que no.

—Andrés..., yo... —Respiro, no quiero ponerme nerviosa, porque, si no, me pongo de parto aquí mismo—. Andrés, claro que quiero casarme. Sí..., sí..., ssss...

No me da tiempo a decir el último «sí» cuando se lanza a besarme. Un beso, dos, tres, cuela su lengua en mi boca y nos enredamos sabiendo que nada ni nadie puede separarnos.

—¡Tío! ¡Ya está bien! —José provoca las risas de todos y nosotros nos separamos, momento que Andrés aprovecha para colocarme un gran anillo en el dedo.

* * *

—Estoy agotada pero feliz. —Muevo la cabeza en el asiento del coche y me pongo de lado para verlo mejor.

—¿Te ha gustado mi sorpresa?

—Me ha encantado. —Me quedo callada y me acaricio la barriga—. ¿Sabes qué? —le pregunto justo cuando veo que me mira y abre los ojos de par en par.

Me giro para mirar hacia donde él lo hace, pero no me da tiempo: algo nos embiste y me aplasta. Intento con todas mis fuerzas proteger mi barriga al igual que lo hace Andrés, que ha soltado el volante para poner las manos en mi vientre, y noto un golpe en la cabeza. Me duele... mucho...

* * *

Me duele muchísimo la cabeza, aprieto los ojos con fuerza y recuerdo una luz que me deslumbraba. Me viene a la mente la sensación del golpe que nos lanzó a metros de la carretera y cómo mi cuerpo daba vueltas sin poder evitarlo. Abro los ojos y me veo en una cama de hospital. Nerviosa, voy a tocar a mis bebés cuando grito sin poder evitarlo al notar que mi barriga está vacía, que mis niñas ya no están en mi interior.

—Cariño, tranquila. —Es la voz de Andrés, que me está agarrando con fuerza para que me tumbe, pero yo sólo pienso en que mis niñas no están.

—Andrés...

—Tienes que descansar un poco.

—¿Dónde están...? —Mis lágrimas no cesan, y le pregunto, aunque no quiero saber la respuesta, no sé si voy a ser capaz de soportarlo.

—Mi amor, hemos tenido un accidente y...

—¿Están muertas?! —Lo agarro de la camisa con fuerza, él cierra los ojos y me temo lo peor—. No, Andrés, no, no, no...

—No, Nasha, están en cuidados intensivos. Te han hecho una cesárea para salvarles la vida.

—¿Están vivas?

Mis ojos están anegados en lágrimas cuando sus labios me besan y luego se separan para decirme:

—Lo están, pero les están haciendo pruebas.

Me abraza con fuerza y me pide que, por favor, vuelva a dormir.

Poco a poco cedo y me tumbo de nuevo en la cama. Él se acomoda como puede a mi lado y me abraza, consiguiendo que me tranquilice y me duerma.

* * *

—Andrés... —lo llamo al verlo dormido justo a mi lado, en la butaca. Tengo la garganta seca, apenas si puedo alzar la voz.

—¡Nasha!

Corre hasta la puerta, llama a una enfermera y observo cómo entran para toquetear las máquinas que tengo por encima de mí. Lo veo todo como en un sueño, como si no pudieran oír mis palabras.

—Tranquilo, está así por la sedación, pronto irá despertando.

—Cariño, ¿estás bien?

Asiento con la cabeza. Ahora no me duele nada, sólo que tengo mucho sueño, parece que no pueda despertarme del todo, que algo me lo impida.

—¿Mis niñas?

—Están bien, mira. —Veo cómo se aleja de mi lado y coge a una de ellas, después a la otra y se acerca hasta mí—. Mira qué dos morenitas más preciosas tengo. —Las miro y se me caen las lágrimas—. Están bien, mi amor, no tienen nada.

Andrés me las coloca sobre el pecho; puedo ver sus caritas de cerca, son preciosas. Una de ellas abre los ojos y veo que los tiene azules como el mar.

—Tiene tus ojos —le digo aún adormilada.

—Eso parece —contesta orgulloso e inflado como un pavo—. Pronto estaremos en casa, y esta pesadilla habrá terminado. Ahora somos una familia, tú, yo y nuestras princesas.

CAPÍTULO 26

NASHA

Cinco meses después...

—No era necesario hacerlo todo corriendo. —Carmen lo repite por enésima vez, y ya está empezando a ponerme de los nervios.

—Es lo mejor, en esta vida nunca se sabe. —Aliso la falda de mi vestido de novia al tiempo que, por instinto, miro hacia la cuna, donde mis bombones de cinco meses duermen al fin—. Es más, tu hijo quería hacerlo nada más salir del hospital.

—Mi hijo se ha vuelto loco.

—Loco de amor. —Oigo su voz al otro lado de la puerta.

—¡Ni se te ocurra entrar! —Carmen se pone delante de mí como si con ello pudiera tapar mi gran vestido de novia.

—No voy a hacerlo, tranquilas. —Oigo su risa divertida, está nervioso—. Yo ya me marchó.

—Sí, vete, no quiero que tengas la tentación tan cerca.

Niego en silencio con la cabeza ante la escena y vuelvo a mirar a mis pequeñas. Me encanta que duerman juntas, siempre han estado unidas y no pienso separarlas nunca.

Observo mi habitación. Me encanta nuestra nueva casa, una grande con el espacio suficiente para las niñas, con jardín, donde podrán jugar, y muy cerquita de Carmen, para su sorpresa y alegría. Apenas nos separan unas casas de la suya, es la única forma de tener ayuda cuando estoy sola porque Andrés se va a la consulta. Porque Andrés ha vuelto a ser el doctor Zúñiga, aunque no ha dejado de lado su club ni el local de copas, al igual que se ha encargado junto con José de Carpe Diem. Con las niñas apenas si tengo tiempo de mirarme al espejo, así que he tenido que aprender a aceptar la nueva situación y dejar que los demás se encarguen de los negocios.

—Ya estás lista. Vamos, que nos cierran el juzgado.

—Con qué tono lo dices... —Me río porque sé que no le gusta nada la idea de que su hijo se case en un juzgado, pero nosotros lo hemos decidido así, sin importarnos lo

que digan los demás.

—No tengo otro.

—¡Hola! Venimos a vestir a las peques. —Ana y Alba llaman a la puerta, y les pido que pasen.

—¿Dónde está mi niño? —le pregunto a Alba por Alber. Es un niño tan risueño, tan bonito..., estoy enamorada de él.

—Con los hombres.

—Con Marcos, quiere decir —interviene Ana para aclararnos que su hermano es el que se está encargando del pequeñajo, porque Alberto, como siempre, sólo se preocupa de él.

—¿Dónde están mis niñas? —Alba prefiere no comentar nada y va hasta la cuna, donde coge a Janet y la estruja contra su cuerpo.

Tras casi una hora de locura, al fin estamos en la puerta del juzgado. Ana se encarga de llevar el cochecito de Janet y Dafne, que duermen un poco.

José me está esperando vestido con un esmoquin que le sienta que ni pintado, está guapísimo. Me agarro de su brazo y subimos la escalera para llegar a la sala donde está Andrés con sus hermanos y sus amigos más íntimos. Me sorprendió que aceptara tener una boda pequeña, pero parece ser que él quería lo mismo y, sin pensarlo mucho, invitó a los amigos con los que había estado en mi reino meses atrás: Biel, Yué, María, Claudio, Markel y Dunia. Y hemos estado de acuerdo en invitar a Sofía, Miguel y Merche, nuestros amigos en común y con los que compartimos los días.

Andrés se gira y cuando me ve se emociona. Creo que está evitando llorar a toda costa, pero apenas si lo logra, porque sus ojos están rojos y, cuando llego a su lado y me agarra de la mano, tiene que tragar saliva para contenerse.

* * *

—Puede besar a la novia —es lo último que oigo del juez antes de besarnos y que el mundo se detenga por completo para nosotros dos.

—*Carpe diem*, mi amor —me dice justo antes de cogermme por la cintura y levantarme del suelo para besarme con tal pasión que los invitados nos aplauden emocionados.

EPÍLOGO

ANDRÉS

—¡No me puedo creer que hayas hecho esto por mí!

Veo el brillo en sus ojos y sé que está a punto de llorar, y es entonces cuando me enorgullezco de haber preparado este viaje, sé lo que significa para ella, y ahora también para mí.

—Si no lo hago por ti, ¿por quién? —replico.

La beso en los labios enredando los dedos en su nuca, sintiendo su frondoso cabello, y me encantaría hacerla mía una vez más como he hecho toda la noche, pero Janet nos observa advirtiéndonos que ya no estamos solos, nos vigila.

—Tenemos una hora y veinte minutos hasta que Víctor nos lleve al aeropuerto.

—Estoy nerviosa —suspira mirándome fijamente a los ojos, abriendo su corazón sólo para mí, y me siento el hombre más afortunado del mundo—. Tengo ganas de volver a ver a mi familia.

—Yo también, sobre todo a ellas.

—¡Ya sé por qué..., menudas son! —Se le escapa la risa cuando recuerda a sus primas, y es que, para no hacerlo, las pobres no dejaron de mirarme en ningún momento, ya podría Nasha darles alguna clase de saber estar y de moda.

Veo las maletas justo al lado de la puerta. Yo ya estoy preparado, no he podido dormir en toda la noche; cuando Nasha ha caído rendida he decidido quedarme despierto para verla dormir. No recuerdo una noche en la que su rostro estuviera tan bello y relajado, tanto que les he dado a las glotonas el biberón cuando lo han pedido esta madrugada para que ella descansara.

Ha cambiado todo tanto... Hace unos meses huíamos el uno del otro, y ahora estamos casados, tenemos a dos preciosas niñas que nos hacen sonreír y hablar como tontos, pero lo más importante es que al fin somos felices. No obstante, sabía que la boda en parte sería triste para ella porque no había nadie de su familia presente. Por ello quise que volviera a su tierra, que presentara a nuestras pequeñas a sus parientes, ya que no pudieron asistir a la ceremonia, y nuestra luna de miel será allí.

—Andrés, me doy una ducha rápida y salgo.

—No tardes o nos vamos nosotros, tú misma —bromeo descaradamente sabiendo que le gusta que la rete, que entre nosotros la llama está más encendida que nunca.

—Sabes que no lo harías.

Se levanta de la cama y camina contoneándose delante de mí, vestida solamente con el liguero blanco que resalta en su oscura piel; es lo único que no quise quitarle para hacerla mía.

Nasha ha sido la persona que más difícil me lo ha puesto en la vida, y por ello creo que nuestra relación es para siempre. Hemos tenido que pasar por mil cosas para darnos cuenta de que nos necesitábamos y debíamos aprender a doblegarnos para encontrar el equilibrio.

Salgo de la habitación y compruebo que no me haya dejado nada.

—¿Necesita algo?

—No, Marisa, todo está bien.

—¿Quiere que vaya vistiéndola a las niñas mientras Nasha termina?

—Si me ayudas lo hacemos entre los dos.

Ella acepta gustosa, y es que la decisión más fácil y rápida que tomamos fue que Marisa se mudara a nuestra nueva casa. Ella se encarga de ayudarnos y de cuidar a las niñas cuando nosotros no podemos hacerlo, mi madre sola no podía, así que la ayuda de Marisa es importantísima.

Vuelvo a la habitación, donde oigo correr el agua de la ducha, y sonrío al imaginarla bajo el chorro. Estoy tentado de entrar, sin embargo, no lo hago, dejo que tenga unos momentos para pensar en todo lo que le espera. Cojo a una de mis bombones y Marisa a la otra y vamos hasta su habitación.

—A ver, Dafne, ¿quieres dejar que te vista? —Oigo la risa de Marisa, que ya tiene a Janet vestida y le está poniendo unos zapatitos rojos. Yo, aunque le pido con una vocecita que me deje, aún no le he puesto ni la camiseta. ¿Por qué es tan difícil? —. Papi te va a vestir, ¿a que sí?

Ella abre la boquita de par en par y se me cae la baba. ¿Cómo se puede querer tanto a un hijo? Vuelvo a ponerle el brazo y esta vez acierto a la primera. Le pongo el pantalón y los zapatos sintiendo que he ganado la mayor victoria del mundo cuando mueve las piernas y..., zas, zapato al suelo.

—Dafneeee... —Pongo cara de pena y simulo llorar sobre su barriguita, y la muy bandida se echa a reír.

—Janet ya está en el cochecito, deje que la termine yo.

Me rindo.

Dejo a Marisa que se haga cargo y voy hasta el dormitorio, donde Nasha ya se ha vestido con un simple vaquero ajustado que marca sus fabulosas curvas y una chaqueta de cuero roja que le regalé hace unos años; no pensé que la conservara, pero me alegra que lo haya hecho, porque está preciosa con ella. Está cogiendo sus últimas cosas para irnos.

—¿Las nenas lo tienen todo?

—Sí, Marisa ya se ha encargado.

—Vale, pues ya estamos.

Me paro frente a la puerta y, antes de que se agache para coger la maleta, la abrazo.

—¿Cómo está, señora Zúñiga? —Sé que no le gusta nada que la llame de esa forma.

—Pues me siento tan bien que incluso podría acostumbrarme a ese apellido. —Sonríe y apoya su cara en mi pecho, con lo que me siento el tío más afortunado del mundo.

* * *

—Buenos días, Víctor.

—¿Todo listo, señor?

—¡Sí! En cuanto salga Nasha vamos al aeropuerto. —Guarda las maletas y esperc apoyado en el Mercedes hasta que la veo aparecer—. ¡No te preocupes, que no nos olvidamos nada!

Cojo su bolso y una mochila de mano para cada una de las nenas.

—Eso espero —dice, y sonrío al ver mi cara de esfuerzo, y es que no sé qué ha metido, pero, como mínimo, unas cuantas piedras del jardín.

Me siento en el coche y miro hacia los asientos traseros, donde están mis tres mujeres, las que día a día me enamoran más si cabe y me vuelven loco a partes iguales, sin embargo, ya no concibo la vida sin ellas.

* * *

Doce horas después...

NASHA

Tras bastantes horas de viaje, las niñas ya están dormidas en sus cunas, y Andrés y yo estamos tomando una copa en la habitación del hotel al que nos ha traído Sócrates. Menos mal que pudo conseguir su número y contar con él, porque con lo agotados que estamos no habríamos soportado encontrar algún impedimento para llegar hasta aquí.

Nos ha traído a un hotel que está muy bien, pero mañana al amanecer nos iremos hacia Malabo en un vuelo interno. Espero que sea mejor que el anterior, pues a Dafne no le ha gustado nada viajar y se ha pasado casi todo el trayecto llorando. Pobres pasajeros, agradecidos estamos de su comprensión y de su ayuda para conseguir calmarla. Aun así, ahora todo está tranquilo, Andrés está relajado y yo también.

Dejo mi copa sobre la mesa y me siento sobre sus piernas, me encojo y dejo que sus brazos me rodeen.

* * *

Llegamos a nuestro destino final. Estoy medio dormida, agotada..., podría seguir, pero no me apetece ni pensar. Salgo del coche y preparo a Janet para ponerla en el cochecito. Luego saco a Dafne, que está rendida; normal, después del viajecito que nos ha dado...

Tras coger nuestras maletas, caminamos por un camino de arena hasta llegar a la playa, donde nos encontramos con unas cabañas de madera integradas en la naturaleza. Los dos miramos a nuestro alrededor boquiabiertos cuando un joven inglés se nos acerca y nos pregunta qué tal el viaje.

—Hola, un poco largo, pero ha ido bien —responde Andrés sin dejar de mirar el paisaje que nos rodea, y no es para menos. No es la primera vez que lo veo, pero sí este rincón en concreto.

—Necesitáis descansar, venid, os mostraré cuál es la vuestra. —Nos lleva las maletas por el camino que rodea los árboles hasta que llegamos a la cabaña más apartada, justo en primera línea de mar—. Es la más espectacular de todas, el amanecer es digno de ser fotografiado.

—Es precioso. —Miro cada uno de los rincones de la playa, estoy más que emocionada.

—Espero que disfrutéis de vuestra luna de miel.

Entramos en la cabaña y dejamos nuestras cosas. Primero tenemos que montar las

cunas de las nenas para que estén cómodas. Como están dormidas, lo hacemos con calma, hasta nos permitimos unos minutos para tomar algo en el porche. Este lugar me trae muchos recuerdos, es muy similar al de la cabaña de mi tía. Parece que hayan pasado siglos desde que vinimos por primera vez, cuando me pasé el trayecto huyendo de él o intentando molestarlo.

—Gracias por el viaje, Andrés.

—Teníamos que venir.

—Y soy muy feliz de haberlo hecho. Ahora estoy preparada para todo, necesito hacer lo que no fui capaz la vez anterior.

—Lo que tú me digas, cariño. Mañana vamos a casa de tu tía y decides qué quieres ver primero.

Me abraza y nuestra vista se pierde en el horizonte, en el atardecer anaranjado, que parece que sea un regalo de bienvenida.

—Voy a darme una ducha antes de que se despierten.

Asiento sin que me importe, quiero quedarme un poco más. Me siento en el sillón y no pienso en nada, y así permanezco durante un buen rato.

* * *

Cuando Andrés aparece en el porche de nuevo, me dice que va a buscar algo a la cabaña de recepción. Miro a las peques y, sorprendentemente, observo que las dos están dormidas. Justo a la derecha de la cama hay un jardín en el que hay instalada una bañera, y en la pared del fondo, ya en el exterior, una ducha de piedra impresionante.

Camino hasta salir y dejo mi ropa sobre un banco situado al lado de la bañera. Luego abro el grifo de la ducha pensando que, como en casa, el agua caliente saldrá al instante, pero no. Sobrecogida por el frío, tengo que esperar unos diez segundos hasta que al fin el agua caliente comienza a caer y me quedo bajo el chorro intentando relajarme.

—No quiero olvidar este momento jamás. —Oigo su voz y, cuando abro los ojos, lo veo fotografiándose.

Lejos de enfadarme o taparme, continúo bajo el agua, regalándole unas instantáneas que no olvidaremos.

—Suficientes —digo al cabo—. Ahora quiero disfrutar de esta ducha contigo. —Oír mi tono de lascivia consigue excitarlo.

Andrés deja la cámara sobre mi ropa y se desnuda para acompañarme, tal y como

le he pedido.

Cubro sus hombros con jabón y veo cómo sus tatuajes quedan ocultos por la espuma blanca. Los acaricio, recorro sus dibujos, y sé que estoy con el hombre de mi vida.

—Me he casado con la mujer más sexy de este país...

Nos miramos a pocos centímetros, casi llegando a sentir el sabor del otro, mostrándonos cómo somos en realidad, sin prejuicios ni máscaras de apariencia, sólo él y yo, como deberíamos haber sido desde el día en que nos conocimos.

—Y yo tengo al hombre más maravilloso de este mundo justo a unos centímetros, aunque me gustaría sentir esa furia sexual a la que me tiene acostumbrada. —Sonrío, no puedo hacer otra cosa más que tentarlo hasta que se lanza sobre mis labios y me coge en volandas para tenerme a su altura.

—Mi pequeña morena...

Apenas termina la frase cuando siento que se cuele en mi interior sin medio alguno, piel con piel, su suavidad, su fogosidad, la humedad de mi vagina..., y yo en lo único que pienso es en moverme más fuerte, más profundo y...

—Nasha, no llevo nada y... puede que me haya vuelto loco, pero es que... —contoneo mis caderas consiguiendo que no pueda seguir hablando—. Dios..., este lugar..., tú..., quiero llenarte, quiero correrme una y otra vez en tu interior...

Gruñe más alto, mis manos arañan su espalda y yo... juro que no me voy a poder controlar.

—Hazlo, quiero que lo hagas. Lléname de amor.

Mis palabras lo inmovilizan. Me mira a los ojos perplejo y los dos sonreímos, justo antes de empotrarme contra la pared e introducirse con todas sus fuerzas en mi interior. Grito, grita, gruñe, suspiro con la boca entreabierta consiguiendo volverlo loco cuando mis piernas lo estrechan con fuerza, mi espalda se yergue y sé que es el momento. Sus manos se clavan en mi cintura para que baje con más fuerza sobre sus caderas y siento cómo se endurece, cómo me llena para comenzar a correrse en mi interior.

Intenta recobrar la respiración mientras el agua cae sobre su espalda y mis besos recorren su cuello. Poco a poco, me dejo caer hasta que coloco los pies en el suelo y nos besamos sabiendo que acabamos de sellar nuestro amor, esta vez conscientes de lo que estamos haciendo, sabiendo que no hay vuelta atrás.

—Dafne... —Nos reímos los dos cuando oímos un quejido.

Andrés se pone un albornoz a toda prisa y sale corriendo hacia el salón para

cogerla y calmarla antes de que despierte a Janet.

Yo hago lo mismo y me acerco para verlos a los dos en el porche riendo, Andrés sentado en el sillón y ella sobre sus piernas, sin dejar de mirar embelesada a su padre, y no la culpo, yo también lo hago.

* * *

Nos despertamos muy pronto, ya que Andrés pidió a Sócrates que nos recogiera para llevarnos hasta casa de mi tía. Y eso hacemos, sin avisar previamente, como la vez anterior, nos presentamos en su puerta y nos recibe un sonriente Arturo, que luego mira a las dos pequeñas extrañado.

—¿No les vas a dar un beso a tus primas?

—Gracias... —Me giro y veo a mi tía dando gracias con los ojos cerrados—. Hija, no pensé que vinieras tan pronto.

—Pues no vengo sola. —Se me escapa una risa divertida al mostrarle a Janet, que cuelga de mi portabebés, y luego señalo a Dafne. Andrés se gira para que la vea.

—¿Dos? —Se lleva las manos a la cabeza—. Doble alegría. Nos encantan los niños, es señal de buena salud.

—¿Podemos entrar? —le pregunto deseando volver a recorrer los rincones de mi hogar de verdad.

—Estáis en casa.

La abrazo como puedo y ella se deshace en elogios y carantoñas con las niñas.

Las sentamos en el sofá y ellas comienzan a observarlo todo a su alrededor. Mis primas, sus maridos y sus hijos empiezan a llenar la casa, y ellas, curiosas, los miran a ellos y luego se miran las manitas. Supongo que les llama la atención que todos sean de nuestro color de piel, no como en Madrid, que todos son blancos como Andrés, exceptuando a José, pese a que aún son demasiado pequeñas para ser conscientes.

* * *

Aunque teníamos reservada la cabaña, al final no hemos podido evitar dejarnos convencer por mi tía, que no concebía la idea de que nos fuéramos a un hotel teniendo su casa y espacio disponible, así que hemos estado una semana con ellos. He vuelto a disfrutar de las barbacoas de peces recién pescados por los hombres y los niños, mis hijas han jugado como locas en la playa y han bebido agua de coco, poniéndose

perdidas.

He disfrutado como nunca creí que lo haría observando la familia que hemos creado en el hogar que me vio nacer y del que tuve que irme por circunstancias tristes pero que ya he superado. Y lo he hecho porque he sido capaz de viajar hasta adentrarme en la selva a la que huyó mi madre para darme a luz y esconderme durante mucho tiempo. Ese lugar es singular porque despierta sentimientos contradictorios en mí, pues me entristece saber que allí sobrevivimos sin ningún medio, simplemente con la ayuda de familiares y rodeadas de una naturaleza tan espectacular que me he ido de la zona, embelesada.

Pero, sin lugar a dudas, si tengo que decir qué es lo que más me ha costado aceptar ha sido volver a verla a ella, a aquella mujer que me paró en el paseo marítimo la vez anterior. En esta ocasión fui yo la que pidió que me llevaran a su casa, donde me enfrenté a su verdadera historia, que en parte afectó a la mía, y pude contarle todo lo que mi madre sufrió por culpa de su marido, porque, aunque a ella la haya perdonado, a él no podré perdonarlo jamás. Puede que sea un error, pero no soy capaz de hacerlo sabiendo todo lo que mi madre sufrió por su culpa.

* * *

Ésta es nuestra última noche, y las niñas se han dormido en cuanto las hemos metido en la cuna. No han parado en todo el día con sus primos: han sido el juguete durante estas vacaciones.

Tumbados en la cama, Andrés y yo yacemos sin hablar. Nuestros besos y nuestras caricias lo dicen todo, ahora mismo no necesitamos nada más que estar el uno con el otro.

—No quiero sentirme sola nunca más.

—Sabes que no volverá a ocurrir. —Me agarra la mano y me besa—. Siempre me tendrás a tu lado..., y quién sabe si dentro de poco seremos uno más...

—Me encantaría tener una gran familia.

Es uno de los deseos que siempre he tenido. Yo no tuve la oportunidad de tener hermanos por las circunstancias, por ello José siempre ha significado tanto para mí. Él ha sido el hermano que no pude tener, y ahora que tengo a mis gemelas me encantaría que, fruto de este viaje, tuviéramos al niño que Andrés tanto desea.

—Tendremos una gran familia, tan grande como quieras. Aunque me vuelva loco.
—Se ríe con una carcajada demasiado fuerte que consigue molestar a una de las

niñas, que se queja.

—Chist, como las despiertes no hay quien duerma hoy.

—Pero ¿tenías pensado dormir? Porque eso no entraba en mis planes.

Me levanto de la cama y, de puntillas, me asomo a la cuna y las veo a las dos dormidas, una frente a la otra y, como acostumbran a hacer desde que nacieron, enredando sus brazos.

—Pues un poco sí me gustaría, estoy rendida —susurro justo cuando me alejo de la cuna y, de rodillas, camino sobre la cama hasta que me coge y me tira encima de él—. Te quiero, Andrés.

Lo miro a los ojos y, durante unos segundos, los dos lo hacemos sin hablarnos, porque nada de lo que digamos nos hará sentir más que lo que lo hacen nuestras miradas cómplices.

* * *

He querido madrugar para no perderme el último amanecer; he estado tentada de despertarlo, pero apenas hemos dormido unas tres horas.

Sentada sobre la arena blanca, justo al lado de una piedra, observo el horizonte emocionada mientras mis lágrimas caen sin cesar.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Su voz me sorprende, tanto, que doy un pequeño saltito justo antes de que se siente a mi lado y me estreche entre sus brazos—. Creí que volver te haría feliz.

—Y lo estoy —balbuceo entre llantos—. Pero me he dado cuenta de lo mucho que he culpado a este lugar de todo lo que me ha ocurrido en mi vida, sin saber que esto no me ha castigado, sino que le ha dado sentido a todo.

—Ésta es tu tierra, y aunque la vida sea una puta mierda, tus orígenes no son los causantes de nada. Nosotros, las personas, somos las culpables de la mayoría de nuestras desgracias.

—Gracias por volver a mi vida, por abrirme los ojos y por reencontrarme.

—Lo haré siempre que lo necesites.

—Mira. —Señalo el horizonte, donde poco a poco la luz comienza a aparecer, y los dos contemplamos embelesados un nuevo amanecer.

—¡Dafne!

Nuestras risas interrumpen este momento tan especial cuando nuestra oportuna pequeña gruñona llora a pleno pulmón y nos obliga a volver encantados a la cabaña,

donde están nuestras preciosas hijas, las que son parte de nuestro presente. Juntos, luchando con uñas y dientes, y unidos, caminaremos con paso firme por el futuro.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela se la debo a cada una de las lectoras que, después de leer *Me gustas de todos los colores*, han dejado un comentario en las plataformas de venta o en el muro de mi Facebook o me han dicho por privado que querían saber más de Andrés. Aquí lo tenéis, sólo espero que, después de haber leído la historia, os haya gustado tanto como imaginabais.

Sin embargo, esta novela no habría sido posible sin la intervención de mi hada madrina, Esther Escoriza; ella ha sido la encargada de agitar su varita mágica y conseguir que ahora tengáis esta historia en vuestras manos. Gracias infinitas por confiar en mí una vez más.

A Campanilla Prada tengo que agradecerle que me escribiera para decirme que quería saber más de Andrés e incluso me especificara qué era lo que le gustaría encontrar. Espero haber cumplido tus deseos y que hayas vuelto a enamorarte de él.

¡García de Saura, qué poco me conoces, ¿eh?! ¿Creías que no iba a ser capaz de seguir escribiendo con un bebé? Pues, *voilà*, te he demostrado que sí. ¿Te apuntas a otro reto? A

Los retos son estupendos porque te animan a continuar, a dar un empujón a esa historia que llevabas retrasada. Eso hice con Carmen, y gracias a ello pude terminarla a tiempo de entregarla. No obstante, el próximo reto queremos compartirlo con Ana Forner; ella siempre dice que no puede seguir nuestro ritmo, blablablá, pero os aseguro que nos gana en cuanto se pone. A las dos, gracias por estar a mi lado día tras día, os quiero.

Y, por último, quiero dar las gracias a Andrés y a Nasha, porque si ellos no me hubieran susurrado su historia, no existirían.

Trabaja duro y verás cumplidos tus sueños.

IRIS T. HERNÁNDEZ

BIOGRAFÍA



Soy Iris T. Hernández, una joven de treinta años que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, un pequeño barrio de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto ha sido una personita que nos ha unido más si cabe y que nos lleva regalando sonrisas y alegrías desde hace seis años.

Actualmente ocupo la mayor parte de las horas del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía «Momento» (2014-2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015), *A través de sus palabras* (2016), *Me gustas de todos los colores* (2017) y *Acepté por ti* (reeditada en 2017).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en: www.iristhernandez.com,

@IrisTHernandez,

<https://www.facebook.com/iris.t.hernandez.9>

No hay reglas para olvidar
Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-18745-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre
www.eltallerdelllibre.com